
Stanford University Libraries
3 6105 126 578 694

Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se las atan con lazos de oro ó de plata.

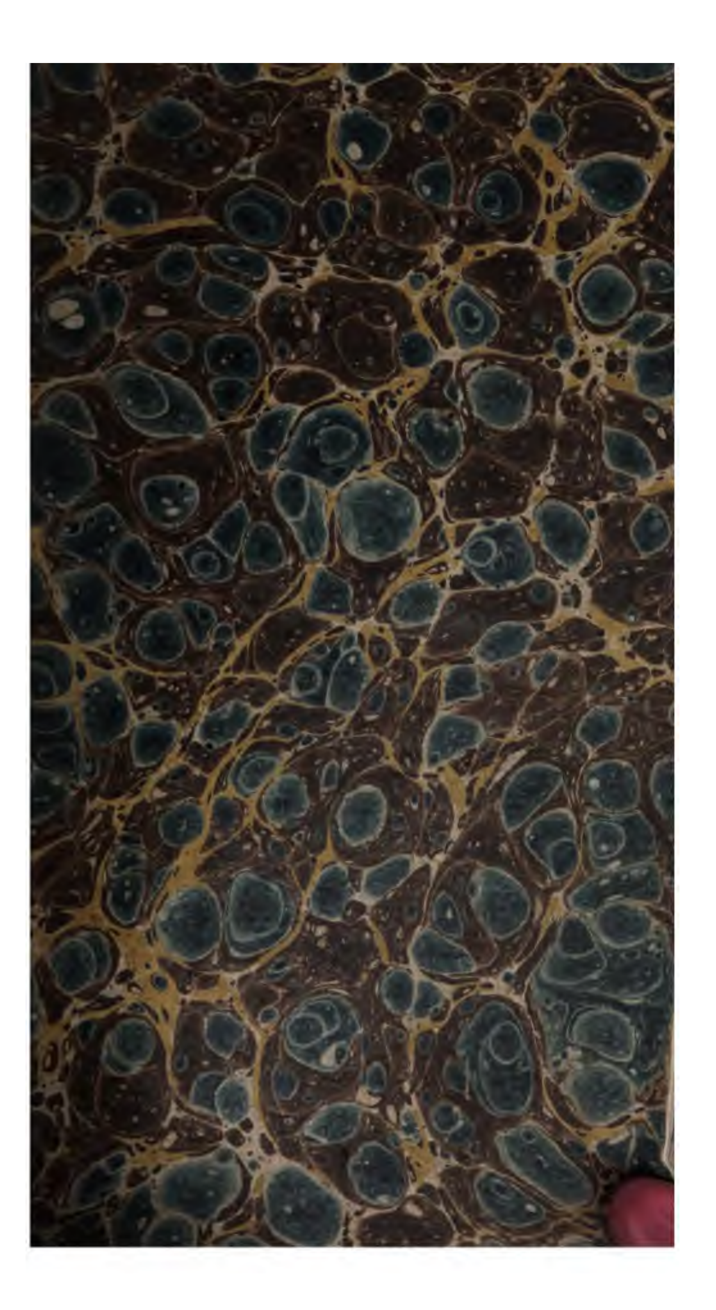
Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas.

Las mangas son de rico lienzo de Holanda, ó de la China, muy anchas, abiertas por la estre-midad, con bordados; unas de sedas de colores y otras de seda, oro y plata, y largas hasta suelo.

El tocado de sus cabellos, ó mas bi[illegible]
guedejas, es una escofieta de infinit[illegible]
sobre la escofieta se ponen una [illegible]
da; atada con una hermosa cint[illegible]
ó de seda que se cruzan por [illegible]
y en la cual se leen algu[illegible]
que dicen versos ó cua[illegible]
amor.

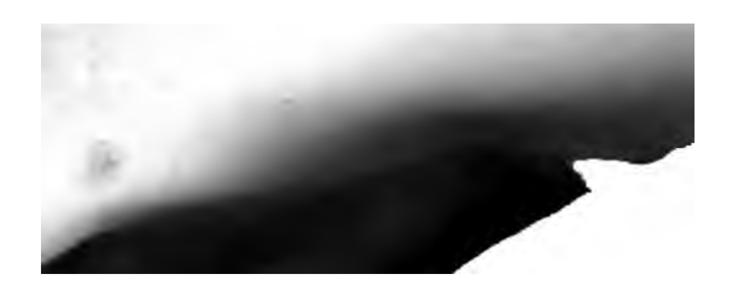
Cúbrense el pe[illegible]
que se pren[illegible]
rebosillo [illegible]
atavio[illegible]
de [illegible]
lle[illegible]
to[illegible]
les[illegible]

[illegible]
ho[illegible]
cho[illegible]
ten[illegible]
per[illegible]
gar [illegible]
sed[illegible]



VIAGES DE GAGE.

Tomo 1º



VIAGES DE GAGE.

PARIS.—IMPRENTA DE EVERAT.

NUEVA RELACION

QUE CONTIENE

LOS VIAGES DE TOMAS GAGE

EN LA NUEVA ESPAÑA,

SUS DIVERSAS AVENTURAS, Y SU VUELTA POR LA PROVINCIA DE NICARAGUA HASTA LA HABANA : CON LA DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEJICO, TAL COMO ESTABA OTRA VEZ Y COMO SE ENCUENTRA AHORA (1625) : UNIDA UNA DESCRIPCION EXACTA DE LAS TIERRAS Y PROVINCIAS QUE POSEEN LOS ESPAÑOLES EN TODA LA AMERICA, DE LA FORMA DE SU GOBIERNO ECLESIASTICO Y POLITICO, DE SU COMERCIO, DE SUS COSTUMBRES, Y LAS DE LOS CRIOLLOS, MESTIZOS, MULATOS, INDIOS Y NEGROS.

TOMO PRIMERO.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

—

1838.

PROLOGO

DE LA EDICION ULTIMA DE 1699.

Despues de una infinidad de historias que los Españoles nos han dado de sus primeras conquistas en la América, parece que para acabar de satisfacer nuestra curiosidad sobre este asunto, no tenemos mas que desear que relaciones modernas del estado actual de sus colonias.

Pero su política habiéndoles hecho prohibir en lo sucesivo lo que su vanidad les habia hecho publicar al principio de su descubrimiento; solo un milagro puede hacernos ver lo que ellos nos ocultan con tanto cuidado despues de mas de un siglo de pacífica posesion.

En efecto las leyes rigorosas que han hecho respecto de las Indias, atestiguan bastante hasta qué punto llega su zelo, pues que no se contentan con defender la entrada á los estrangeros so pena de la vida, sino hasta á sus mismos súbditos; á escepcion de los naturales de los reinos de Leon y de Castilla, segun uno de sus mas célebres autores, quien dice que * Carlos Quinto acordó por un privilegio particular el gobierno de Guyana á D. Gerónimo de Ortal, á causa de sus grandes servicios y de su mérito estraordinario, sin embargo de ser de Zaragoza, capital de Aragon.

Ellos han observado exactamente esta conducta hasta el dia en América y como la Nueva España es una de las mas ricas de sus posesiones y para el comercio de la cual tienen espresamente una flota que hace todos los años un viage á Veracruz con un provecho inmenso: el virey y los gobernadores son mucho mas exactos para impedir la entrada á los estranjeros que en el Perú, á causa de su situacion sobre el mar del Sur.

Por esto es digna del mayor aprecio la relacion que nos ha dado Tomas Gage, por su rareza, y por la exactitud con que él observa todo lo que encuen-

* Alcanzó del rey la gobernacion de Guiana como lo pretendia, no obstante que era natural de Zaragoza, por la ordenanza que prohibe que non puedan pasar á las Indias sino los naturales de la corona de Castilla y de Leon. *Tercera noticia de las conquistas de Terra Firme en las Indias Occidentales* por el padre Fray Pedro Simon, provincial de San Francisco.

tra de remarcable en el tiempo que estuvo, tanto de Méjico y las otras ciudades principales de la Nueva España como de los diferentes viages que hizo por mar y tierra.

No se ha contentado de entrar, (por decirlo así), en el santuario de los Españoles, mas tambien nos ha descubierto los misterios que ellos nos ocultan con tanto cuidado; y se puede decir que esta nacion no ha cesado de ser impenetrable sino hasta despues de que nuestro autor nos ha descubierto sus secretos y que ha roto un silencio de mas de dos siglos, dando al público la mas plausible relacion que se ha tenido despues de mucho tiempo.

Pocas hay que puedan pasar por singulares con mas justo título que la suya; y si se tiene hoy un gusto general por esta clase de obras, parece que debe darse á esta la preferencia sobre las otras por las cosas raras que describe.

Puede ser tambien de una grande utilidad por la geografía, la navegacion y el comercio; ademas el conocimiento particular que él nos da de las fuerzas y debilidad de sus plazas marítimas, y de las que estan mas avanzadas en el pais, del odio inveterado que los Españoles naturales profesan á los que nacen en el Nuevo Mundo, la aversion que sus esclavos mismos tienen por ellos, y de muchas naciones Indias que no han podido jamas someter á su dominacion ó que han sacudido el yugo por haberles parecido insoportable.

Ademas de estas instrucciones que él da, se pueden sacar todavía otras de la mayor parte de sus aventuras; y nos las describe tan bien, que se interesa uno insensiblemente á todo lo que le sucede.

Los detalles mismos que las mas veces enfadan en la mayor parte de las relaciones estranjeras, son en esta de una indispensable necesidad para la inteligencia de las materias de que allí trata.

Despues de lo que acabo de decir de esta obra, espero que el lector me agradecerá le haga saber que nuestro autor era de calidad, de una familia católica y muy ilustre de Inglaterra, y que su hermano mayor era gobernador de Oxford, cuando el difunto rey de la Gran Bretaña se retiró allí con su ejército, en 1645, durante los desórdenes de su reino. Siendo todavía muy joven fué enviado á España para hacer allí sus estudios, se entró en la orden de los Domínicos, y algun tiempo despues partió para Filipinas en calidad de misionero.

Se embarcó en Cadiz en uno de los navíosque los españoles llaman la flota, que se diferencia de los galeones en que estos son navíos que van á Tierra-Firme, Cartajena, Puerto-Bello, y de allí á la Habana para volver á España, mientras que la flota saliendo de Cadiz va en derechura á Nueva-España para desembarcar en el puerto de Vera-Cruz, que es el que está mas cerca de Méjico, capital de este reino, y la estancia ordinaria del

virey; y despues de haber cargado allí, viene á juntarse á la Habana con los galeones para volver á España en compañía, cuando los unos y los otros se encuentran prontos al mismo tiempo. Doy estas esplicaciones para distinguir estos dos convoyes que muchos creen ser uno mismo.

Así pues nuestro misionero despues de haber llegado á Méjico y haberse refrescado algun tiempo, se vió precisado á irse á una casa de campo que los Domínicos tenian cerca de la capital, para hacer allí un noviciado de un año; y ponerse con sus compañeros en estado de ejercer este empleo antes de ir á Acapulco, puerto del mar del Sur, en donde se embarcan para Manila, capital de Filipinas.

Allí gustó tanto las dulzuras de la vida monástica en la Nueva-España y le incomodaba tanto el ir á Filipinas por las relaciones que se le habian hecho, que resolvió con sus dos compañeros tomar otro camino por tierra para ir á otra mision menos peligrosa.

Antes de partir de Méjico hace la descripcion antigua y moderna de esta capital y sus contornos, de las costumbres de los pueblos que la habitan, tanto europeos como criollos, naturales del pais, mulatos y esclavos negros, de sus intereses particulares, de su gobierno eclesiástico y político, de su comercio, y generalmente de todo lo que le pareció digno de observacion tanto dentro como fuera de esta ciudad tan célebre en otro tiempo, y aun hoy dia, por sus riquezas, estension, y por su situa-

cion estraordinaria. Esto será el objeto de la primera parte.

La descripcion que hace en seguida de los lugares mas notables de los alrededores de la ciudad de Méjico y varias provincias que ha recorrido desde su salida de esta ciudad hasta Goatemala no es menos curiosa. Esto será materia de la segunda parte.

Continua despues la descripcion del gobierno, estension y riquezas de la ciudad de Goatemala; del pais y ciudades que dependen de ella, y varias aventuras que se le acaecieron.

Tambien aprendió los idiomas de varios pueblos; lo que le sirvió no solamente para catequizarlos é instruirlos, sino tambien para informarse de muchas particularidades que sin eso no hubiera podido dárnoslas á conocer.

El empleo de cura que desempeñó en varias parroquias de grande estension, le hizo conocer á fondo el corazon de estos pobres pueblos; penetrando por este medio sus secretos los mas ocultos, durante diez ó doce años que fué su pastor.

La narracion de lo que ha visto de remarcable durante tantos años; la descripcion geográfica del pais; el comercio que se hace; la historia del chocolate y de los diferentes modos de hacerlo; y otras varias bebidas: serán la materia de la tercera parte.

La cuarta comprenderá su viage desde la ciudad

de Petapa, hasta la de Granada, capital de Nicaragua.

Su primer embarque sobre la mar del Norte para Puerto-Bello, su sorpresa por un esclavo que habia abandonado á los Españoles, y que mandaba un navio en Corso por los Holandeses, su desembarque despues de que le han robado lo que tenia, su viage por tierra hasta el puerto de Salinas sobre el mar del Sur, sus diversas aventuras sobre este mar hasta Panamá, que él describe muy particularmente, su vuelta á Porto-Bello, de que él hace tambien una descripcion muy curiosa, como tambien de lo que sucede á la llegada ó partida de los galeones, y de la mas célebre feria del mundo que se tiene allí en el tiempo que estos están.

Su embarque sobre los galeones para Cartajena de que tambien hace la descripcion, como de la Habana, su retorno á España y de allá á Inglaterra terminarán esta última parte.

Pero bien que Tomas Gage nos haya descrito aquel pais tal cual está hoy dia, y nos haya dado sobre este asunto todo lo que se puede desear de un viagero habil y exacto: nuestra nacion hubiera carecido del conocimiento de tantas cosas curiosas que él nos descubre, sin el cuidado que ha tomado Monsieur Colbert, de mandar hacer la traduccion por Monsieur de Baulieu Hues O'Neil.

Ha juzgado á propósito cambiar el título, en lo que no ha creido faltar á la fidelidad de un

traductor, como tampoco quitando del cuerpo de la obra las digresiones que no convienen bastante al principal designio del autor.

Tampoco ha seguido la division de los capítulos, que él ha juzgado á propósito de acortar para la comodidad del lector y para hacer la tabla mas instructiva.

NUEVA RELACION

QUE CONTIENE

LOS VIAGES DE TOMAS GAGE.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Como y á qué provincias de las Indias Orientales y Occidentales, pertenecientes á la corona de Castilla, se mandan Misiones de religiosos, y particularmente de la que fué enviada el año 1625.

De la misma manera que todos los dominios conquistados en la América por los reyes de España se dividen para lo temporal en diversos gobiernos, así tambien para lo espiritual se reparten en varias jurisdicciones, sujetas, con el título de *provincias*, á diferentes órdenes de religiosos y á sus superiores. Todas estas órdenes, aunque tan lejos de Europa, viven sin embargo

en la dependencia y sumision de la corte de Roma, y tienen estrecha obligacion de informarla con puntualidad de cuantas cosas notables suceden en aquellos remotos paises, debiendo unir á su relacion una lista del número de predicadores que necesita cada provincia; á fin de que se les envie suficiente refuerzo de eclesiásticos, para trabajar en la conversion de los pobres Indios, lo que se hace del modo siguiente.

Cada una de esas órdenes elije de seis en seis años un gobernador ó director principal, que los frailes llaman *general*, superior en autoridad á todos los de su profesion, no habiendo mas que los domínicos y los jesuitas cuyos generales conservan su dignidad mientras viven, á no ser que un capelo de cardenal los eleve á mayor eminencia.

Los religiosos que obedecen á ese general, y que se hallan diseminados por Italia, Alemania, Francia, Flandes, España, y las Indias Orientales y Occidentales, forman diversas provincias. Como en España hay la provincia de Castilla la Vieja, la de Castilla la Nueva, las de Aragon, Valencia, Murcia y Cataluña, así hay en América las provincias de Méjico, de Michoacan, de Oajaca, de Chiapa, de Goatemala, de Comayagua, de Nicaragua, y otras semejantes.

Todas esas provincias tienen sus gefes particulares, que se llaman *provinciales*, elejidos cada tres años por los padres graves de sus provincias respectivas, en una junta á que dan el nombre de *capítulo provincial*, como dan el de *capítulo general* á la congregacion precedente.

El capítulo general se celebra por lo comun en alguna de las ciudades principales de Italia, Francia ó España.

Cuando se reune el capítulo provincial, se nombra con el consentimiento unánime de los que estan presentes un *procurador*, que debe asistir en nombre de toda la provincia á la próxima eleccion del general de la orden, pedir las cosas que se le recomiendan, y representar en la asamblea general el estado de los conventos que lo envian.

De esa manera mandan los religiosos de las Indias Occidentales procuradores á Europa, que son ordinariamente las mejores presas de los corsarios holandeses, por las grandes riquezas que llevan para regalar á los generales, al papa, á los cardenales, y á los grandes y validos de España, á fin de lograr con mas facilidad lo que pretenden.

Es entre otros encargo de los procuradores americanos el encarecer la falta grande que hay de trabajadores para aquella abundante y próspera cosecha de las Indias, si bien no todas las provincias piden predicadores de España, como luego haré ver; y solicitar treinta ó cuarenta sacerdotes mozos, los cuales puedan aprender los diversos idiomas de los Indios, y llenar las vacantes de los ancianos.

Leida la demanda de la provincia ante el general ó ante su capítulo, se otorgan de su parte al procurador *cartas-patentes*, nombrándolo *vicario general* de tal provincia en consideracion de sus luces, buenas prendas, y celo infatigable con

que ha procurado los aumentos dela nueva iglesia de las Indias, añadiendo en ellas que se ha juzgado digno de conducir á aquellos lugares una mision de los eclesiásticos que voluntariamente se ofrecieron á ir para estender la propagacion del cristianismo entre los bárbaros.

Hallándose con esas recomendaciones el religioso venido de las Indias, va á presentar sus credenciales al papa, y su Santidad le hace espedir una bula, por la cual en calidad de *comisario apostólico* puede ir por todos los conventos existentes en España, y escojer en ellos los treinta ó cuarenta predicadores mozos que necesita, á quienes desde el dia mismo que se alistan, para mas estimularlos, absuelve este comisario, en virtud de la autoridad pontificia, de la culpa y pena debida á sus pecados, con una indulgencia plenaria; y los que les suscitan estorbos ó impedimentos, ó los que así comprometidos se retractan, incurren en escomunion, no pudiendo alzarsela sino su Santidad misma, ó este su comisario apostólico.

Conviene advertir que en todos los estados de América pertenecientes á la corona de España hay dos clases de habitantes, tan opuestos entre sí como en Europa lo son los Españoles y los Franceses; á saber: los que han nacido en la metrópoli y van á establecerse en aquellas regiones, y los que nacen allí de padres españoles, y que los Europeos llaman *Criollos* para distinguirlos de su clase.

El odio que se profesan unos á otros es tal, que vo á decir que nada puede contribuir á la

conquista de la América tanto como esa division, siendo facil ganar á los Criollos, y decidirlos á tomar partido contra sus enemigos, para romper el yugo, salir de la servidumbre á que estan reducidos, y vengarse de la manera rigorosa que los tratan, y de la parcialidad con que se les administra la justicia, por el favor y valimiento de que siempre gozan los naturales de España.

Y tan amargo, tan duro es esto para los pobres Criollos, que les he oido yo mismo decir con frecuencia, que preferirian un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los Españoles, con tal que les dejara el libre ejercicio de su religion; mientras algunos habrian deseado que los Holandeses hubieran permanecido en Trujillo, cuando la tomaron, y que se hubieran internado en el pais, donde los hubiesen recibido con los brazos abiertos; añadiendo otros que la religion de que gozaban en tan aciaga esclavitud, ni les era agradable ni les ofrecia el mas ligero consuelo.

La animosidad encarnizada que reina entre esas dos clases de Españoles, fué la causa de que los Criollos se unieran contra el marqués de Gelves, virey de Méjico, en el motin de aquella ciudad, y de que siguieran la voz de su arzobispo, don Alfonso de Cerna, que lo arrojó de ella: y habrian acabado con el gobierno de los Españoles, sin la mediacion de algunos eclesiásticos que los apartaron de su intento. Pero hablaré de esto con mas amplitud en su lugar.

El origen de ese mortal encono proviene de los zelos de los Españoles, que han temido y temen

siempre que los Criollos sacudan el yugo y desconozcan la autoridad de España, porque los priva de todos los cargos y empleos del estado.

Todavía no se ha dicho que haya sido un Criollo virey de Méjico ó del Perú; ó presidente de la Audiencia de Goatemala, de Santa Fé, ó de Santo Domingo; ó gobernador de Yucatan, de Cartajena ó de la Habana; ó alcalde mayor de Soconusco, de Chiapa ó de San Salvador; ó en fin que haya obtenido otros cargos de semejante importancia.

Hasta las plazas de las chancillerías como la de Santo Domingo, Méjico, Goatemala, Lima, y otras, compuestas ordinariamente de seis magistrados que llaman oidores, y de un promotor fiscal, se han negado siempre á los Criollos, aunque todavía se cuenten entre ellos descendientes de los principales conquistadores.

En efecto como en el Perú Alto y Bajo los Pizarros, hay en Méjico y en Oajaca la familia de los marqueses del Valle, sucesores de Hernan Cortés, varias otras ramas de la casa de Giron, de la de Alvarado, de la de los Guzmanes, y finalmente descendientes de las alcurnias principales de España, sin que ninguno haya sido honrado con las dignidades ó empleos públicos del estado.

Y no solamente estan privados de oficios y cargos del gobierno, sino que los Españoles advenedizos los afrentan todos los dias, como á personas incapaces de gobernar á los demas, y medio-Indios, es decir, medio salvajes.

Ese menosprecio general no está menos esten-

dido en la iglesia, donde nunca se ve á un Criollo provisto de un obispado ni de un canonicato en cualquiera catedral, porque solo se admiten en ellas á los que pasan de España.

Por el mismo principio han hecho cuanto han podido en las órdenes regulares por el espacio de muchos años, para abatir y espulsar á los Criollos recibidos en sus conventos, temiendo que sobrepujaran en número á los que procedian de España.

Aunque se han visto en la precision de recibir algunos naturales, sin embargo siempre los oficios de provincial, de prior y demas de la comunidad han elegido á Españoles nacidos en la metrópoli. Solamente en algunas provincias, y hace muy pocos años, habiendo los Criollos superado á los Europeos, han llenado sus conventos de tal modo que han rehusado admitir las misiones que solian enviarles de España, y que hasta ahora continuan mandando á las demas provincias.

En la provincia de Méjico hay Domínicos, Franciscanos, Agustinos, Carmelitas, Mercedarios y Jesuitas, entre los cuales los Jesuitas y Carmelitas son los únicos religiosos que mantienen la superioridad del partido español, reforzándolo todos los años con dos ó tres misiones de sus órdenes respectivas hechas venir de España.

La última mision mandada á los frailes de la Merced fué la de 1625, y fué tan grande la discordia que se apoderó de ella y de los Criollos, que en la próxima eleccion de provincial en el convento de Méjico vinieron á las manos, y se

habrian muerto á puñaladas, á no haber ido el virey en persona á sosegarlos.

Como quiera que fuese, los del pais ganaron la eleccion á pluralidad de votos, y desde entonces se han eximido de las Misiones de ultramar, alegando que tienen suficiente número de religiosos en sus conventos, y no necesitan que les envien mas de España: se han sometido al papa como los otros, y le presentan regalos tan considerables como le hayan podido ofrecer jamas los Españoles.

En la provincia de Oajaca no admiten misionero alguno de España. Es cierto que no hace mucho tiempo que en la orden de Santo Domingo el partido de los Criollos ha derribado el de los Españoles, que todavía trabajan en Roma por alcanzar religiosos de España, declarando que el lustre de la religion ha menguado mucho, desde que les falta la asistencia de sus hermanos de Europa.

En la provincia de Goatemala, que es de una grande estension y comprende Goatemala, Chiapa, los Zoques, parte de la de Tabasco, los Zeldales, Sacapula, la Vera Paz, toda la costa de la mar del Sur, Suchutepeque y Soconusco, Comayagua, Honduras, San Salvador y Nicaragua, se cuentan las órdenes siguientes.

Santo Domingo,

San Francisco,

Los Agustinos, que dependen de Méjico no teniendo en Goatemala mas que una pobre casa.

Los Jesuitas, dependientes tambien de Méjico, y,

Los religiosos de la Merced.

Pero entre todas esas religiones solamente tienen derecho de predicar, desempeñar curatos, y servir iglesias parroquiales, las de Santo Domingo, San Francisco y la Merced.

Estas tres órdenes han tenido siempre en toda la provincia muy sujetos á los Criollos, sin permitir que ninguno de ellos fuese elegido para provincial, y haciendo ir de España á lo menos de de dos en dos años frailes de sus religiones, para sostener su parcialidad y dominar á los naturales.

Las provincias del Perú, que estan mucho mas lejos de España, y á cuyas costas es mas dificil arribar que á las costas de las provincias mencionadas, no reciben misioneros de Europa, sino de las provincias vecinas; aunque no por eso deja de haber frailes de todas clases como en los otros paises, siendo los mas opulentos y poderosos los Domínicos, si bien todos los demas, á pesar de su voto de pobreza, abundan en riquezas, en libertad y en delicias.

En el reino de la Nueva Granada, de Cartajena, de Santa Fé, Varinas, Popayan, y en el gobierno do Santa Marta, hay Domínicos, Jesuitas, Franciscanos, Carmelitas, Agustinos y Mercedarios, de los cuales reciben hasta el dia Misiones de España, los Domínicos, los Jesuitas y los Franciscanos.

Las islas de Cuba, de la Jamáica, la Margarita y Puerto Rico dependen del provincial de la de Santo Domingo, y todos los religiosos establecidos en ella son Domínicos, Franciscanos, ó Je-

suitas, y todos reciben de tiempo en tiempo nuevas Misiones de España.

En la provincia de Yucatan no hay mas que religiosos de San Francisco, que son poderosamente ricos y sostienen con vigor la faccion española por medio de las Misiones que les llegan de Europa.

La provincia de Michoacan se gobierna de la misma manera que la de Méjico, á cuyos religiosos pertenece.

Así he recorrido toda la América que posee la corona de Castilla, y hecho ver cuales sean los religiosos establecidos en ella.

Cuanto á las Indias Orientales y al Brasil nada diré, porque, habiendo sido descubiertas de los Portugueses, son en la actualidad posesiones del rey don Juan de Portugal.

Con todo las islas Filipinas estan sujetas al rey de España, y en ellas hay Domínicos, Franciscanos, Agustinos y Jesuitas, todos los cuales tienen su principal residencia en la ciudad de Manila, capital de las islas del Archipiélago, y allí esperan los buques propios para pasar al Japon, á donde van á trabajar en la conversion á la fé de los habitantes de aquel reino.

Mas, aunque admitan en sus conventos á algunos naturales ó Criollos, particularmente de los que han convertido en la China y el Japon, sin embargo su mayor número se compone de misioneros españoles que trasportan á las islas Filipinas mas frecuentemente que á los demas puntos de la América que acabo de señalar.

Porque en primer lugar los envian en las naves

que van á Nueva España, y luego, cuando han permanecido en la capital de Méjico dos ó tres años, los llevan á Acapulco, puerto de la mar del Sur, donde los embarcan en los grandes galeones que van á Manila, y vuelven cargados de ricas mercancías de la China, del Japon, y otras regiones de las Indias Orientales.

En seguida trasportan estas mercancías de Acapulco á la ciudad de Méjico, la cual saca sin comparacion mucho mas de ellas que de cuanto le llevan por la mar del norte.

CAPITULO II.

Asiento del Autor para pasar á las islas Filipinas, y lo que sucedió hasta su salida de Cadiz para la Nueva España.

En el año 1625 viviendo yo con los religiosos de Santo Domingo de Jerez de la Frontera, ciudad de Andalucía, fueron enviadas cuatro misiones; una de la orden de San Francisco á Yucatan, otra de la Merced á Méjico, y las dos restantes que eran de Domínicos y de Jesuitas, con direccion á las islas Filipinas.

El comisario, á quien el papa habia dado la autoridad de formar la mision de los Domínicos, y de reclutar para ella treinta religiosos, se llamaba fray Mateo de la Villa, y como ya hubiese reunido sobre veinticuatro en Castilla y los alrededores de Madrid, los iba mandando unos detras de otros á Cadiz bien provistos de dinero, á fin de que alli permanecieran, en una habita-

cion alquilada de intento para él y su séquito, hasta el tiempo que la flota debia darse á la vela para las Indias.

Este comisario nombró á otro religioso, llamado fray Antonio Calvo para visitar los conventos de la carretera, á saber: los de Córdoba, Sevilla, San Lucar y Jerez, y completar el número de los treinta frailes que le concedia su bula.

Llegó en efecto hácia fines de mayo á Jerez, acompañado de un tal fray Antonio Melendez, del colegio de San Gregorio de Valladolid, á quien yo habia tratado mucho tiempo antes, y con quien me estrechaban relaciones íntimas de una amistad particular.

Tanta fué su alegría al verme, que me rogó encarecidamente que fuera á cenar á su celda aquella misma noche, y como tenia sendos doblones, hizo cuanto pudo para regalarme bien.

El buen vino de Jerez, que no se escaseó en este festejo, reanimó de tal modo el ardor de su celo apostólico, que no cesó de hablar en toda la noche de la conversion del imperio entero del Japon, discurriendo acerca de aquellos paises, distantes seis mil leguas de nosotros y que nunca habia visto, como quien hubiese vivido en ellos toda su vida. En una palabra, Baco lo habia convertido de teólogo en orador, enseñándole la elocuencia que manejaba á fuer de segundo Ciceron. Ni olvidó cosa alguna de cuantas podian persuadirme á asociarme con él en esa funcion evangélica, representándome, en medio de argumentos y figuras, que nadie era profeta en su

tierra, y se necesitaba echar el vuelo para alcanzar riqueza y fama.

Mas cuando vió que semejante retórica no me hacia gran mella, y que no me inclinaba á seguir sus designios, quiso ganarme con otras consideraciones mas patéticas.

Me pintó las Indias empedradas de oro y de plata : las piedras, segun él, eran perlas; se barrian los rubíes; se tropezaba en diamantes; los árboles se desgajaban con el peso de los rácimos de nuez moscada; los campos eran cañaverales de azucar; las velas de los buques eran de seda de la China, de tafetan, de raso, tal era la abundancia que de ella habia; en fin aquellas venturosas regiones ofrecian realmente cuanto la historia y la fábula contaban de las riquezas de Creso y de los portentos de Midas.

El cuadro que me bosquejó en seguida de las Filipinas fué el de un paraiso terrenal, donde todo era abundancia, placer, contento, donde nada faltaba á la felicidad de la vida.

Y creyéndose ya en aquellos lugares, me describia sus viajes por las provincias, acompañado de Indios con trompas y atabales, su entrada en las ciudades por caminos sembrados de flores y por arcos triunfales, repicando las campanas al vuelo, y saliendo á ofrecerle sus respetuosos homenages todos los habitantes.

Añadia á esas descripciones de tesoros, de pompas y delicias varios argumentos para escitar en mí los estímulos de la curiosidad tan natural del hombre. ¿Qué satisfaccion no será la ›stra, me decia, cuando veamos con nuestros

propios ojos como el oro y la plata se forman en las entrañas de la madre tierra; como se cubren de su preciosa semilla los ramos de la pimienta, como madura la nuez moscada, como florece el clavo? Allí nos convenceremos de que la canela es la corteza de un arbol y nada mas: allí asistiremos á la estraccion del zumo de la caña dulce, y los esclavos pondrán á nuestros pies la negra melaza y los nevados pilones que de él se hacen; allí estudiaremos la estraña metamórfosis de cochinilla, que del estado de gusano pasa al del tinte de la grana, la trasformacion del añil, y otras muchas maravillas. De ese modo sin trabajo y hasta sin estudio aprenderemos mil rarezas capaces no solo de contentar nuestra curiosidad, sino de ensanchar el círculo de nuestras ideas y de perfeccionar nuestro entendimiento.

Así discurria, no dejando el ingrato de anteponer en su estimacion al mosto de Jerez, si bien le debia tan poética facundia, su vino de Filipinas, estraido de esos enormes árboles que llaman cocos, y de los cuales nos refieren los historiadores tantos milagros: al contrario deseaba ya con ansia pisar aquel suelo para beberlo en mi compañía á la salud de todos nuestros amigos.

Despues que hubimos cenado, quiso saber Melendez cual era mi modo de pensar con respecto al viaje que me proponia, y juró que no pararia hasta que yo le prometiera acompañarlo. Para mas obligarme, añadió á sus ruegos la oferta de media docena de onzas, y me aseguró que nada me haria falta, y que el padre Calvo

me suministraria al otro dia por la mañana con que comprar cuantas cosas me fueran menester para una navegacion tan larga.

Respondíle que las resoluciones demasiado prontas solian producir arrepentimiento y tristeza: que lo pensaria toda la noche, y que por él haria cuanto hacer pudiera; pero que si me determinaba á ir, queria llevar conmigo á uno de mis amigos, que era un religioso irlandés llamado fray Tomas de Leon.

Con esto me despedí de Melendez, y me retiré á mi celda, donde no encontré el descanso de que solia disfrutar; no porque los discursos de mi amigo me hubiesen inclinado á seguirlo, sino porque se me presentaba una coyuntura favorable para alejarme del alcance de mi familia, y sustraerme de su conocimiento.

Porque en efecto acababa de recibir hacia poco una carta de mi padre, que me escribia furioso, y me decia que todos mis parientes estaban enfadadísimos conmigo, y él mas que todos, porque, despues de haber gastado tanto para darme carrera, no solo me habia negado á entrar en la Compañía de Jesus, como él lo deseaba, sino que en todo habia manifestado una aversion mortal á los Jesuitas, y que mejor hubiera querido verme simple marmiton de cocina entre los padres de la Compañía, que general de toda la orden de Santo Domingo; que no pensara mas en que mis hermanos ni mi padre me recibirian en su casa; que no creyera verlos, aunque volviese á Inglaterra; que si me atrevia á presentarme que escitarian á los Jesuitas para echarme de mi pais; y por úl-

timo que con el consentimiento de mi hermano mayor, que es ahora gobernador de Oxford, venderia su hacienda de Hailing, y me privaria de la parte de herencia que yo pudiera pretender.

La intencion que yo tenia de acabar mis estudios templaba el disgusto producido por esta carta: bien hubiera yo querido poder dar la vuelta á Inglaterra, permaneciendo todavía algun tiempo en España; pero consideraba que, acabada mi carrera, los Domínicos me enviarian á mi patria con un breve del papa en calidad de misionero.

Presentábanseme al mismo tiempo todas las consecuencias de la cólera de mi padre y de la rabia de mi hermano el coronel, agolpándose á mi pobre imaginacion cuanto la maña y el encono de los Jesuitas podian inventar para espulsarme de Inglaterra.

Recapitulé pues todo lo que me habia dicho Melendez, de los medios de procurarme el conocimiento de las cosas naturales, viendo la rica América y el Asia hermosa, y de perfeccionarme en las espirituales con la contemplacion de aquella nueva iglesia y el trato de sus fundadores.

Habiendo pasado toda la noche en estas zozobras y conflictos, me resolví al cabo á ver la América, y á permanecer allí hasta la muerte de mi padre, y que yo hubiese agenciado con que suplir la porcion de herencia, de que me habia privado mi padre en favor de los Jesuitas.

Con tal resolucion fuí á ver á mi amigo fray Antonio, y estoy seguro de que cuando le mani-

festé mi intencion de acompañarlo en su largo viaje, se alegró tanto por lo menos como si le hubiese vuelto una cena semejante á la que me habia dado; y su contento creció cuando á la comida le presenté á mi amigo fray Tomas de Leon, el irlandés, por compañero de mision.

Despues de comer nos presentó al padre Calvo que nos abrazó con mucha ternura, y nos prometió toda especie de miramiento durante la navegacion.

Leyónos una larga factura de todo lo que habia comprado para nuestro consumo á bordo: tanto pescado, tanta carne, tantas ovejas, tanto tocino, tantos jamones, tantas gallinas, tantos barriles de galleta blanca, tantos jarros de vino de Casalla, tantos sacos de arroz, tantos cajones de pasas, tantos cofines de higos, tantas aceitunas, tantas alcaparras, tantos limones, tantas naranjas dulces y naranjas agrias, tantas granadas, tantos confites, dulces, conservas, mermeladas y toda especie de jaleas de Portugal.

Nos prometió ademas que nos haria dar los grados de maestro en artes y doctor en teologia en Manila; luego abriendo su bolsillo, nos dió para los gastos de aquel dia, y para que comprasemos en Jerez lo que desearamos llevar á Cadiz, sin contar el importe del viaje, y por último estendiendo las manos sobre nosotros nos dió la bendicion de su Santidad á fin de que no nos sucediera desgracia alguna en el camino.

Nuestros amigos de los principales de la co-
ad tentaron todo lo que estuvo á su alcan-
desanimarnos; mas la libertad de que

habiamos gozado aquel dia con Melendez, ahuyentó la tristeza que nos podia causar una partida tan pronta.

El padre Calvo, temiendo que el apego á las monjas, que por lo comun tiene mucho imperio en los frailes españoles, no retardase nuestro viaje, nos aconsejó astutamente que salieramos de Jerez al dia siguiente por la mañana. Así lo hicimos Melendez, otro religioso, natural del pueblo, mi amigo y yo, dejando al cargo del superior nuestros libros y baules, para que nos los enviase á Cadiz. Emprendimos pues nuestra jornada hácia el puerto de Santa María, montados á guisa de ginetes egipcios en nuestros borriquillos, dejando á un lado la suntuosa Cartuja, y el Guadalete, antiguo rio del olvido de los poetas, donde comimos frutas de aquellos campos elíseos, y bebimos el agua cristalina del rio, para desterrar por siempre la memoria de los objetos queridos que dejábamos en España y en Jerez, y cuanto podia sugerirnos el pensamiento de volver atrás.

Llegamos por la tarde al puerto que se ha hecho célebre, por servir de estacion á las principales galeras de España. D. Fadrique de Toledo, gobernador entonces, habiendo sabido la llegada de los cuatro apóstoles de las Indias, y no queriendo perder aquella ocasion que miraba como una felicidad estraordinaria, nos convidó á cenar en su casa.

Todos los habitantes del puerto tenian por bendito el pueblo, porque nosotros pisábamos sus calles; nos contemplaban como á santos des-

tinados al martirio por la fé de Jesucristo, y deseaban lograr alguna reliquia nuestra, disputándose á puñadas los presidarios por cual habia de hacer mas estrépito con sus trompetas y atabales.

D. Fadrique no perdonó cosa alguna para obsequiarnos; despues de cenar nos despidió, mandando á sus gentes que nos acompañaran al convento de los Mínimos. Allí habia dado orden de alojarnos, y fuimos recibidos con tanta bondad por los religiosos, que quisieron lavarnos los pies aquella noche, en testimonio de su afecto fraternal, dándonos las buenas noches al irnos acostar, y deseando que descansaramos con el talante de la mas sincera cordialidad.

Por la mañana, luego que los pobres religiosos nos sirvieron el desayuno, encontramos un barco que nos habia hecho preparar D. Fadrique, y á sus gentiles-hombres con orden de acompañarnos y conducirnos hasta Cadiz.

A nuestra llegada vimos á todos los compañeros y al comisario apostólico fray Mateo de la Villa, que nos recibió y convidó á comer.

Permanecimos en Cadiz, honrados de todo el mundo, y gozando de la hermosa vista de aquella poblacion, por tierra y por mar, hasta la salida de la flota.

Al acercarse el momento, fray Mateo de la Villa, á quien creiamos inflamado del celo del martirio, se despidió de nosotros, manifestándonos que por la bula del papa, tenia facultad de nombrar á otro en su lugar, y nombró en efecto al padre Calvo, quedándose él en España.

Su partida causó una sublevacion entre nosotros, y entibió el celo de dos de nuestros misioneros que nos abandonaron secretamente.

Los demas se quedaron contentos con nuestro superior fray Antonio Calvo, que era un buen anciano, aunque mal dotado de luces para inspirar el respeto debido á su caracter.

Era ademas tan desaseado, llevaba un hábito tan sucio, y tenia las manos tan mugrientas á fuerza de andar siempre con sus jamones, que mas parecia un pinche de cocina que un comisario apostólico. Sin embargo tal cual era debia conducir esta mision hasta Méjico desde España, y desde Méjico hasta Manila, ciudad metropolitana de las islas Filipinas, y corte del virey, es decir, seis mil leguas de distancia.

CAPITULO III.

De la salida de la flota de Cadiz en 1625, y de las cosas mas memorables acaecidas durante la navegacion.

El primero de julio por la tarde don Carlos de Ibarra, almirante de los galeones, que estaba en la bahía de Cadix, mandó tirar un cañonazo, que en términos de marina llaman el cañonazo de leva, y sirve para advertir á todos los pasageros, soldados, y gente de mar que al otro dia por la mañana cada uno debe estar á bordo de su respectiva embarcacion.

El segundo dia de julio nos avisaron desde por la mañana que un fraile inglés llamado fray Pablo de Londres, del convento de san Lucar, habia obtenido del duque de Medina una carta para el gobernador de Cadix, por la cual le mandaba que me buscase, y que en cualquiera lugar que se me encontrara, se me prendiese, con tanto

mas motivo cuanto que el rey de España habia prohibido que Inglés alguno pasara á las Indias bajo cualquier pretesto que fuera.

El buen anciano hizo todo eso espresamente para impedir mi viage, habiéndome escrito varias cartas con el mismo intento, y aun habiéndome remitido una del padre fray Diego de la Fuente, provincial de Castilla, que habia estado en Inglaterra con el conde de Gondomar, en la cual me prometia empeñarse para que se me adelantara, si desistia de mi viage y volvia con él á Castilla.

Ninguna de estas cartas me movió, ni todas las pesquisas del gobernader me impidieron el realizar mi intento. Al punto me llevaron solo á un buque, y allí me escondieron en una bota de galleta, vacia adrede para ocultarme en ella.

Así, cuando el gobernador pasó á bordo, para informarse si habia algun Inglés en la embarcacion, el padre Calvo respondió con resolucion que no, bien persuadido de que no irian á buscarme dentro de un tonel. El gobernador se volvió á tierra sin encontrarme, y esta historia sirvió de pasatiempo á nuestra gente lo restante del dia.

No tardaron en salir todos los buques del puerto, despidiéndose todos de los de la poblacion y los de la poblacion deseando á los navegantes un viaje feliz.

Tan luego como todos estuvieron en alta mar, y que no hubo ya esperanza de volver á gozar de la libertad y los placeres de Cadiz, nuestros frailes jóvenes empezaron á llorar la tierra. Unos recordaban allá en su mente los platos esquisi-

tos que les habian dado; mientras otros mas animosos consideraban el número de las naves magníficas de nuestra flota, que, con los nueve galeones que nos convoyaban hasta Canarias, subian á cuarenta y un buques, destinados á diferentes puertos de las Indias.

Dos iban á Puerto Rico; tres á Santo Domingo, dos á la Jamáica, uno á la Margarita, dos á la Habana, tres á Cartajena, dos á Campeche, dos á Honduras y Trujillo, y diez y seis á San Juan de Uluá ó á la Vera Cruz.

Todos iban cargados de vinos, higos, pasas, aceitunas, aceite, telas, paños, hierro, y azogue para las minas de Zacatecas, que así separan la plata de la escoria con que está mezclada.

Las personas mas notables que iban embarcadas en los buques de la flota, eran : el marqués de Serralbo, nombrado virey de Méjico, que pasaba á encargarse del mando y reemplazar al marqués de Gelves, que se habia retirado á un convento de miedo de que el populacho, amotinado contra él ese mismo año, no lo arrastrara.

El marqués de Serralbo iba á bordo del navío San Andrés, con don Martin de Carrillo, presbítero, é inquisidor de Valladolid, enviado á Méjico en calidad de Visitador general, para informar acerca de la querella que se agitaba entre el marqués de Gelves y el arzobispo, y del tumulto que esta habia promovido, llevando plenos poderes y autoridad ilimitada para hacer prender y castigar á todos los culpables. En el navío Santa Gertrudis navegaba don Juan Niño

de Toledo, presidente nombrado de Manila en las Filipinas, y en el mismo buque toda la Mision de los treinta Jesuitas, que enviaban á aquellas islas.

Ya se habian insinuado en su favor, y para mejor cultivarlo durante la travesía, habian logrado con mucha maña embarcarse con él; porque donde quiera que se hallen esas gentes, no dejan piedra por mover para acercarse á los reyes, á los príncipes, y á los que tienen algun poder en el pueblo.

Nuestra Mision, compuesta de veintisiete religiosos de la orden de Santo Domingo, se habia embarcado en el San Antonio, y en la nave, llamada Nuestra Señora de la Regla, iban veinticuatro de la orden de la Merced, de los cuales fueron algunos de los que echaron mano á los cuchillos contra los Criollos de su mismo hábito en Méjico.

Nuestra flota se hizo á la mar, con un convoy de ocho galeras, para defenderla de los Turcos y de los Holandeses que los Españoles temen siempre encontrar en su camino.

Dimos la vela con un viento dulce y favorable, estando la mar serena y agradable, hasta que entramos en el golfo de las Yeguas. Las olas hinchadas sucedian unas á otras y se estrellaban con furia contra los costados de nuestra embarcacion, ya elevándose hasta la imágen del santo que ocupaba lo mas alto de la popa, como para derribarla, ya cubriendo de espuma todas las galerías que su violencia parecia querer arrebatar.

Mas luego que vencimos los peligros del golfo, se despidieron las ocho galeras, y dejaron los buques mercantes entregados á su propia guardia y proteccion.

La separacion de la flota se verificó por una y otra parte con grande aparato, y despues de repetidas salvas de artillería con que se saludaron recíprocamente unos y otros. Los esquifes corrian de un buque á otro; se visitaron los dos almirantes y los capitanes de las galeras y los de los buques mercantes; los oficiales de la marina real fueron á verse, como que eran parientes ó amigos, y el almirante de nuestra flota dió al de las galeras un banquete magnífico.

Fué de ver sin duda lo que pasó aquel dia entre nuestros apóstoles de las Indias. Se les oia suspirar y gemir : uno se arrepentia de haberse embarcado, otro queria volverse con las galeras á España, aquel pedia encarecidamente licencia al padre Calvo, pero en vano; este escribia á sus hermanas, á los amigos que habia dejado en su pais.

Por último, acabada la comida, y habiéndose despedido los dos almirantes, resonó el cañonazo de leva, y las galeras que se habian reunido para virar nos dieron y recibieron el á Dios postrero, deseándonos mutuamente un buen viaje. La flota real tomó el rumbo de Europa, y nosotros continuamos el de América, siempre con viento en popa hasta nuestra arribada.

Es de notarse que desde que se llega á la altura de las Islas Canarias, se lleva un mismo viento que empuja hácia las Indias Occidentales,

y viene todo el año de la parle de Oriente. Ese viento es tan favorable que, sin la interrupcion de las calmas, es cierto que se podria hacer la navegacion desde Cadiz á las costas del Nuevo Mundo en menos de un mes.

Nosotros empero fuimos sorprendidos por ellas con tanta frecuencia que no descubrimos tierra antes del 20 de agosto. Cerca de seis semanas estuvimos navegando como en un rio de agua dulce, divirtiéndonos en pescar diferentes especies de pescados, y entre otras los que llaman los marineros *doradas*, porque debajo del agua parece que sus escamas sean de oro.

Y tal era la abundancia de ellas, que apenas caia el anzuelo en al agua, cuando picaba la dorada, de suerte que cojimos muchas mas por entretenimiento que por necesidad, echándolas muchas veces á la mar despues de pescadas, porque si se salan, no son tan sabrosas como frescas.

Así pasamos el tiempo agradablemente en nuestros barcos, con diversiones honestas de todas clases, hasta que descubrimos la primera tierra, y fué la Isla que llaman la Deseada.

El último dia de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, fundador y patron de los Jesuitas, el navío Santa Gertrudis, en que, como hemos dicho, iban treinta, apareció desde la víspera empavesado de blanco. Sus pabellones y banderolas, sus flámulas y gallardetes representaban las armas y empresas de la Compañía, y el retrato de San Ignacio. Los mástiles y vergas, los obenques y cordages se iluminaron por la noche con faroles de papel, y en toda ella no cesaron de cantar,

de tocar la flauta y otros instrumentos, haciendo una salva de cincuenta cañonazos por lo menos, y disparando mas de quinientos cohetes, que en medio de una atmósfera despejada y serena producian un efecto maravilloso.

El dia se celebró con mas magnificencia que el de la víspera. Los Jesuitas hicieron una procesion general en el navío, y cantaron himnos y antífonas en honor del santo, siguiéndose al canto como el acompañamiento del coro ruidosas salvas de artillería. Los marineros por su parte nada omitieron de cuanto podia contribuir á la pompa y júbilo de la festividad.

El 4 de agosto, dia consagrado á la fiesta de Santo Domingo, fundador de la orden de los Predicadores, el navío San Antonio en que yo iba, quiso sobrepujar en pompa al Santa Gertrudis con la asistencia de veintisiete que en él se hallaban, no solo por las salvas, las luminarias, los fuegos, la música, y las galas del buque, sino por un festin opulento de carne y pescado, á que fueron convidados todos los Jesuitas con don Juan Niño de Toledo, y el capitan de su embarcacion. Despues de la comida, se representó una comedia de Lope de Vega, cuyos papeles desempeñaron algunos soldados, pasageros y religiosos jóvenes, siendo tan brillante la ejecucion, y tan vistosas las decoraciones, á pesar del recinto estrecho de nuestro navío, que no se hubiera podido hacer mejor en el mejor teatro de la corte de Madrid.

Siguió á la comedia una colacion deliciosa de toda clase de confituras, para terminar mas agra-

dablemente los regocijos del dia. Luego nuestra chalupa y la del Santa Gertrudis volvieron á su bordo á nuestros amigos, despidiéndonos alegremente al son de cajas y clarines, y en medio del estrépito de los cañones.

De esta manera continuamos nuestra navegacion con viento favorable y muchas calmas, durante las cuales pasábamos el tiempo con juegos y recreos, hasta el 20 de agosto que, como hemos ya dicho, descubrimos la Deseada.

CAPITULO IV.

De las islas que descubrimos, y de lo que en ellas nos aconteció.

Estrañando el almirante de nuestra flota que hubiésemos adelantado tan poco desde el dia 2 de julio hasta el 19 de agosto, sin haber visto mas tierra que las islas Canarias, hizo ir á bordo de su embarcacion á todos los pilotos de la escuadra, para saber cual era su opinion sobre el paraje en que nos encontrábamos, y lo que todavía podriamos distar de la tierra.

Con este objeto se fueron acercando todos los buques unos detrás de otros al del almirante. Así podia decir su parecer cada piloto, pasando por su costado.

Sus diferentes dictámenes dieron mucho de que reir á todos los pasageros, que veian la poca relacion que guardaban entre sí.

El uno aseguraba que estábamos á trescientas

leguas de tierra, el otro á doscientas, aquel á ciento, este á cincuenta, separándose todos de la verdad ya mas ya menos, como luego demostró la esperiencia. Solo acertó un anciano, piloto de la embarcacion mas pequeña, el cual aseguró que no tardariamos en ver otra cosa que la mar. Si este viento sigue, dijo al almirante con el tono de la confianza, mañana por la mañana arribaremos á la Guadalupe.

Los demas se burlaron de él; pero mas razon tenia el buen viejo para burlarse de la ignorancia de ellos. En efecto, al salir el sol al dia siguiente descubrimos de lleno la isla que los Españoles llaman la Deseada, porque cuando empezaron á descubrir las Indias, fué la primera tierra que hallaron, deseando con el mismo ardor que nosotros lo deseábamos encontrar donde descansar, despues de haber estado tanto tiempo en la mar.

En seguida avistamos otra isla llamada Marígalante, luego la de Santo Domingo, y por último la Guadalupe, que era la que buscábamos para refrescarnos, lavar nuestra ropa, y hacer aguada, cosa de que ya teniamos grande necesidad.

Sobre las dos ó las tres de la tarde, entramos en una rada muy segura, que está delante de la isla, y allí anclamos sin temor alguno de los salvajes. Los de la Guadalupe como los de las otras islas andan en cueros, esperan con mucha alegría todos los años la visita de los Españoles, y como cuentan los meses por los cambios de la luna, conocen perfectamente cuando deben llegar.

Algun tiempo antes hacen acopio de cañas de azucar, de la fruta que llaman *ananas*, de tortugas, y otros comestibles semejantes, todo lo cual truecan con los Españoles por sus mercerías, por hierro, cuchillos, ó cualquiera otra cosa de que pueden servirse en las guerras que suelen tener de continuo con los habitantes de las otras islas.

Aun no habiamos dado fondo, cuando vinieron á bordo muchos de aquellos Indios en sus canoas. Nuestros Ingleses, los Holandeses y los Franceses nos han pintado los hábitos y costumbres de algunos de esos bárbaros; porque la rada de la Guadalupe es la escala de todas las naciones que hacen comercio y tienen relaciones con la América, y han podido verlos y describirlos, como yo me apercibí por la diversidad de sus armas.

En efecto nos llevaron segun su práctica ordinaria muchas y variadas frutas del pais; pero la que nos pareció mas bella y sabrosa fueron las ananas.

Nos fué imposible mirar sin pasmo al principio, gentes desnudas, con el pelo tendido hasta la mitad de la espalda, las caras cortadas y pintadas de rayos y flores diversas, y llevando anillos con pendientes y arracadas en la punta de la nariz, á guisa de los aros que ponen á los cerdos en el hocico para impedirles que escarven la tierra.

Nos agasajaban como niños: hablaban unos en su lengua, que nosotros no entendiamos, y otros nos indicaban por señas las cosas que deseaban; pero de todos sus gestos el que mejor entendia

nuestra chusma era el signo de que se valian para pedirles vino de España, siendo su diversion darles un vaso, y verlos despues tambalear, caer y revolcarse como marronos por la cubierta.

Como ya era tarde, se resolvieron nuestros religiosos á pasar lo restante del dia á bordo, y dejaron para la mañana siguiente el bajar á tierra, y ver lo interior de la isla; aunque habian ya ido muchos pasageros y gente de la tripulacion, volviendo algunos á sus buques, y quedándose entre los Indios una gran parte de toda la noche.

Al dia siguiente por la mañana fui yo á tierra con otros varios religiosos, y habiendo ajustado con algunos marineros que nos lavaran la ropa, nos echamos por aquellos vericuetos, ya todos juntos, ya dos á dos, y á veces solos. Encontramos al paso muchos Indios que no nos hicieron daño, antes bien nos hacian fiestas como niños, y nos presentaban sus frutas, pidiéndonos en cambio alfileres, antas ó guantes viejos que nos veian. Esto nos animó, y nos atrevimos á acercarnos á unas casas ó cabañas situadas junto á un hermoso rio, donde nos recibieron con la mayor humanidad, dándonos de comer pescado salado y carne de ciervo ó de cabra montés.

A eso de medio dia nos encontramos á la mitad de la montaña con algunos Jesuitas del Santa Gertrudis, los cuales estaban en conversacion con un mulato, desnudo como los demas Indios, y lo escuchaban con grandísima atencion.

CAPITULO V.

Curiosa historia de un mulato nacido en España, y hallado casualmente por los Jesuitas en la Guadalupe.

El mulato era cristiano, natural de Sevilla, donde habia sido esclavo de un rico mercader: llamábase Luis, y hablaba la lengua española con harta perfeccion.

Hacia como unos doce años que, despues de fugarse de la casa de su amo, por el trato áspero y cruel que este le daba, se habia ido á Cadiz, y acomodádose allí en el servicio de un caballero que pasaba á la América, el cual le habia hecho embarcarse, creyendo que su amo no volveria á tener mas noticia de él, ni sabria jamas que hubiese ido al Nuevo Mundo.

Acordándose empero el mulato de los golpes que habia recibido de su primer dueño, y temiendo que descubriera su paradero aun al otro

lado del océano, y se lo trajera á España; ó tal vez presumiendo que el caballero imitaria al mercader en la dureza y porrazos, como le daban razon de pensar los palos que le habia administrado ya á bordo, se habia escapado, al llegar la flota á la Guadalupe, resuelto á perecer entre los Indios en el último estremo, mas bien que vivir bajo el yugo de los Españoles.

Entregándose de ese modo á su buena ó mala fortuna, se mantuvo escondido en la espesura del bosque y las malezas de los montes, hasta que habiéndose hecho á la vela de nuevo todas las naves españolas, salió de la espesura, y fué descubierto por los Indios. Ya fuera por natural virtud de aquellos bárbaros que suelen mostrarse hospitalarios, ya fuera porque el mulato se captara su benevolencia repartiéndoles algunas bujerías que habia hurtado á su señor, los salvajes lo recibieron con grandísima humanidad, y Luis vivia entre ellos como uno de los naturales del pais.

Se habia casado con una isleña, tenia tres hijos y hablaba el idioma de aquellas tribus que habia aprendido en los doce años de su residencia en la isla. Solo de tiempo en tiempo, cuando llegaban las flotas de España, se escondia para evitar el encuentro de sus compatriotas; pero despues gozaba de una entera libertad.

Los Jesuitas se encontraron con él por casualidad, y conociendo que era mulato, mas por el pelo ensortijado de su cabeza que por lo atezado del color, pues aquellos Indios se pintan la cara y el cuerpo de rojo, se imaginaron al punto que

habia ido á la Guadalupe con algunos Españoles, y le dirigieron la palabra en castellano. En efecto Luis respondió en la misma lengua y les contó su historia.

Cuando llegamos nosotros, quisimos tambien persuadirlo á que abandonara una vida tan miserable, en la cual no podia esperar salvacion, y le prometimos su libertad si se decidia á seguirnos.

El pobre Luis, que en doce años no habia escuchado una palabra del verdadero Dios, y que como los demas paganos adoraba los troncos y las piedras, se echó á llorar á lágrima viva, en cuanto oyó hablar de Jesu Cristo, de los Infiernos y de la bienaventuranza que gozan los escogidos en el paraiso, y nos aseguró que, á no ser por su muger y sus hijos que amaba con ternura, y que no podia abandonar, tendria el mayor placer en acompañarnos.

Nosotros respondimos á eso que si queria llevarse consigo á su familia, podria tambien salvar sus almas, y le aseguramos que cuidariamos de que nada ni á él, ni á su muger, ni á sus hijos nunca les faltaran medios de subsistencia.

Habia escuchado el mulato nuestras reflexiones y ofertas con muestras de beneplácito; pero se sobrecogió de repente, al ver pasar á algunos Indios, que habian observado su larga conferencia con nosotros. El pobre hombre, despavorido y lleno de congoja, nos dijo que su vida estaba amenazada, que temia que lo mataran los salvajes, sospechando que nos lo queriamos llevar, y que, si lo verificaban, como se corria en

la isla, no tardariamos en ver su amistad trocada en rabia y alzamiento contra nosotros.

Contestámosle que él no debia inquietarse por lo que los bárbaros pudieran intentar contra nosotros, que teniamos bastantes soldados y buena artillería para defender nuestra vida y tambien la suya, que tratara de resolverse á conducir á su muger y á sus hijos junto á la orilla del mar por la parte que nuestra gente tenia tendida su ropa, que los defenderian, si osaban perseguirlos, y que allí estaba una lancha para recibirlos y pasarlos á bordo de una de nuestras naves.

El mulato prometió ejecutar cuanto le habiamos aconsejado, añadiendo que llevaria mañosamente á su muger y á sus hijos hasta el borde de la mar, con el pretesto de trocar sus frutas por artículos nuestros, peroque habian de estar allí algunos Jesuitas, á quienes conoceria en sus hábitos negros, para guiarlo á la lancha y trasbordarlo á la flota.

Partió pues en seguida, resuelto, en nuestra opinion, á cumplir lo que nos habia ofrecido.

Nuestro gozo fué grande con la esperanza de sacar cinco almas de las tinieblas de la idolatría, y de hacerles ver la luz del cristianismo.

Pero los Jesuitas, que eran los primeros que habian entablado la conversacion con el mulato, y que esperaban que el suceso, si acababa con felicidad, les procurara gran gloria y valimiento, é hiciera prosperar su Mision, se apresuraron á volver á la flota; apenas se despidieron de nosotros, para dar cuenta al almirante de lo que habian hecho, y despachar el esquife de su embar-

cacion, con intento de apoderarse del mulato Luis y de su familia.

Nosotros volvimos á la playa por ver si nuestras camisas con lo demas de nuestra ropa estaban secas, y habiéndola encontrado toda en buen estado y nuestra lancha á tierra, nos embarcamos la mayor parte de los de nuestro buque: solo se quedaron en la orilla dos ó tres, con otros muchos de las demas embarcaciones, especialmente de los Jesuitas que aguardaban su presa.

Luego que estuvimos á bordo, nuestros religiosos se sintieron tan arrebatados de celo, á causa de los agasajos que les habian prodigado los isleños, que trataban de quedarse entre ellos para convertirlos á la fé, imaginándose que seria cosa facil de lograr por la suavidad de maneras de aquel pueblo, y empresa de ningun peligro por la visita anual de la flota, que podria castigar el mas leve desacato.

Habia algunos sin embargo que no estaban tan exaltados y contestaban á los entusiastas que semejante celo era temeridad, y que debia reputarse locura esponer así la vida entre unos bárbaros que mas vivian como fieras y brutos que como hombres racionales.

Pero los que habian manifestado mas calor, menospreciaban todas esas reflexiones, y respondian que todo lo mas que les podia suceder era el que los matasen, sacrificasen y devorasen los salvajes, y que por esa misma razon habian dejado su patria, á fin de alcanzar la corona del martirio, y morir confesando el nombre de Jesu-Cristo y predicando el evangelio á los infieles.

Mientras se acaloraba la disputa entre unos y otros, notamos de repente un gran tumulto en la playa, y vimos huir á nuestra gente acá y allá despavorida, abandonando su ropa, y corriendo precipitadamente hácia las lanchas : y tantos fueron los que se embarcaron y tanta su priesa que algunas se sumergieron.

Pero lo que mas lástima causaba era oir los gritos lamentables de las pobres mugeres, de las cuales se arrojaron muchas á la mar, prefiriendo la probabilidad de que las salvara alguna lancha, ó en todo caso el ahogarse, al peligro de caer en manos de los Indios, y despues ser muertas por ellos cruelmente.

En medio del asombro en que nos puso aquella repentina mudanza, cuya causa ignorábamos, vimos salir de entre los árboles del bosque una nube de flechas. Ese acto de hostilidad nos convenció de que los salvajes se habian levantado contra los europeos.

El tumulto no duró media hora. Nuestro almirante, hizo disparar dos ó tres andanadas de cañonazos, y envió á tierra una compañía de soldados para proteger nuestra gente y cubrir la orilla de la mar. Los Indios se dispersaron á la vista de la tropa, y huyeron á lo interior.

Nuestra lancha nos trajo á bordo tres de nuestros religiosos que habian permanecido en tierra con varios pasageros. Uno de ellos, llamado frai Juan de la Cueva, venia herido de un flechazo en el hombro. El infeliz me habia instado con empeño para que me quedase en su compañía, mas yo no quise, y eso me valió el no encon-

trarme y ser tal vez víctima en aquella furiosa y sanguinaria acometida de los Indios.

Ademas de las cinco personas que se ahogaron, y que en seguida fueron sacadas á la orilla, se encontraron en la arena dos Jesuitas muertos, y tres gravemente heridos, con tres pasajeros muertos, y diez heridos. Tambien se echaron menos otros tres, pero no se pudieron descubrir por ninguna parte, y es probable que los asesinaron los Indios, si dieron con ellos en lo interior de los bosques.

Nuestro mulato no volvió mas á parecer, y el ejército de Indios que traidoramente nos asaltó y vino en su lugar, nos hizo creer, ó que Luis habia descubierto la intencion que tenian los Jesuitas de llevárselo con su familia, ó que los Indios, sospechándola por la conversacion que tuvo con nosotros, lo habian forzado á confesársela.

Y hay grande apariencia de que tal fuese la causa de su insurreccion. En efecto como Luis habia dicho que reconoceria á los Jesuitas en el vestido negro, parece que los señaló mejor á los isleños, y por eso sin duda se notó que las mas de sus flechas habian sido disparadas contra los que iban de negro, cayendo en menos de un cuarto de hora cinco de ellos entre muertos y heridos.

Los soldados estuvieron sobre las armas toda la noche en la costa, y de cuando en cuando hacian fuego para espantar á los Indios, que no se volvieron á presentar á nuestra vista.

No descansamos tampoco nosotros; porque pasamos la noche en vela, temiendo que los Indios,

protegidos por la oscuridad, no viniesen en sus canoas á acometer nuestro buque, y sorprendernos cuando estuviésemos dormidos.

Unos lloraban los muertos y los ahogados, otros compadecian á nuestro herido frai Juan de la Cueva que sufrió toda aquella noche dolores terribles, y algunos se burlaban del celo de nuestros frailes estusiastas. « Pues bien, les decian, « el que desee quedarse á convertir á esos bár« baros, ya tendrá para saciarse de martirio, que « con haberse estado hasta esta noche, no hu« biera dejado de servirles de cena con sus cos« tillas y jamones. »

El celo empero de nuestros apóstoles se entibió mucho con el susto, y ninguno de ellos era ya del parecer de los que proponian quedarse en medio de un pueblo tan feroz; antes bien deseaban todos que el almirante mandase tirar lo mas pronto posible el cañonazo de leva, para perder de vista un lugar tan peligroso.

Al otro dia por la mañana todos los buques se apresuraron á hacer aguada para lo restante de la navegacion, y á fin de que nuestra gente desempeñara su faena con seguridad, se establecieron en la costa varios puestos de guardia. Pero no se vieron mas Indios en toda la mañana, ni nosotros pudimos saber cosa alguna de los tres hombres que nos faltaban.

Al medio dia levamos anclas, despues de habernos refrescado, y continuamos nuestro viaje hácia la Tierra Firme, con un viento hermoso que nos hizo muy á nuestra satisfaccion salir de la rada, y alejarnos de la isla de la Guadalupe.

CAPITULO VI.

De la continuacion de nuestro viaje á San Juan de Ulúa, ó la Vera-Cruz, y como desembarcamos allí.

El 22 de agosto nos sopló un viento tan próspero, que perdimos de vista en poco tiempo las islas.

Entretanto el ataque de los Indios nos dió abundante materia de largas conversaciones: en algunos religiosos produjo un pavor que les hacia arrepentirse de haber emprendido la obra apostólica de la enseñanza y conversion de gentes tan hurañas, y, si posible les hubiera sido, se habrian vuelto atrás sin el menor remordimiento.

Mas el padre Calvo no dejaba por tocar nada de lo que podia reanimar nuestro espíritu: nos contaba historias y mas historias de la buena índole que tenian los Indios de las Filipinas; decia

que la mayor parte era ya de cristianos, y que tenian á sus sacerdotes en suma veneracion; por último nos aseguraba que los que todavía no estaban convertidos, temian tanto á los Españoles que no se atreverian á provocar su enojo.

La principal ocupacion que tuvimos los dos primeros dias, fué la de arreglar y guardar nuestras ananas. Esta fruta les gustaba á todos, y nadie dejaba de estimarla en mas que cuantas habia comido en España. Las ananas no se cojen maduras sino verdes, se cuelgan en el techo por espacio de algunos dias, y de ese modo se sazonan y toman con el color de oro que las hermosea, un sabor mas dulce que la miel.

No apreciábamos menos nuestras cañas de azucar, y chupábamos con delicia el zumo para refrescarnos la boca.

Durante la primera semana casi no comimos otra cosa que tortugas, y como no las habiamos visto jamas, nos parecian monstruos de la mar. Algunas tenian mas de una vara de ancho, y su concha era tan dura que podria pasar la rueda de una carreta por encima sin quebrantarla.

Cuando las abrieron por primera vez, nos quedamos atónitos del gran número de huevos que crian, teniendo lo que menos mil en su cuerpo. Nuestros Españoles hacian escelente sopa de tortuga con varias especias. La carne de estos animales parece mas bien ternera ó gallina que pescado, y estando salada y colgada dos ó tres dias al aire sabe realmente á cecina. Muchos dias dejábamos á un lado nuestras aves, nuestro carnero, nuestra vaca y nuestros jamones, cuan-

do teniamos para satisfacer el apetito de nuestros estómagos abundancia de nuestra *ternera marina*.

Al cabo de cuatro dias de navegacion, nuestro religioso frai Juan de la Cueva, murió de su herida. Todo su cuerpo estaba hinchado, y eso nos hacia creer que la flecha que lo habia herido, estaba envenenada. Sus exequías se celebraron con la pompa que podian celebrarse en la mar, y fué su sepultura el océano. Para que el cadaver se hundiera y no flotara sobre las olas, le ataron dos gruesas piedras á los pies, otras dos á los hombros y una al pecho. Acabado de amortajar así, se cantó el oficio de difuntos, sacaron del buque el cuerpo atado con dos cuerdas, y lo dejaron caer, gritando toda la tripulacion: « Buen viaje, » mientras la artillería hacia una salva para mas honrar el triste funeral del pobre religioso, que precipitado por el peso de las piedras se sumergió al momento, y desapareció para siempre de la vista de los hombres.

La misma ceremonia vimos celebrar á bordo del Santa Gertrudis, para enterrar á uno de los tres Jesuitas que habian sido heridos por los Indios de la Guadalupe. El infeliz murió hinchado con la violencia del veneno, como nuestro religioso.

Pasados el susto y los sinsabores que de él habian resultado, se hizo nuestra navegacion aun mas agradable que al principio. Pasamos á la vista de Puerto Rico, y en seguida descubrimos la isla grande de Santo Domingo, donde empezó á separarse nuestra escuadra. Unos buques se fue-

ron á Puerto Rico, otros á Santo Domingo, algunos tomaron el rumbo de Cartajena, y los demas pusieron la proa á la Habana, á la Jamaica, á Honduras ó á Yucatan.

No quedó pues de nuestra flota mas que el número de naves destinadas á la Nueva España, hácia donde seguimos viento en popa hasta llegar á lo que llaman la Sonda de Méjico. En aquel paraje echamos con frecuencia nuestro escandallo, para medir el fondo, estando la mar tan en calma que en el espacio de ocho dias no anduvimos ni siquiera media legua por falta de viento.

Durante todo este tiempo nos divertimos con la pesca, especialmente con la de las doradas, y así nos regalamos bien y conseguimos ahorrar las provisiones que habiamos sacado de España.

Lo que mas nos incomodaba, era el calor estraordinario que hacia: no podiamos disfrutar de placer alguno ni aun respirar durante el dia. La refraccion de los rayos del sol en el agua nos abrasaba, la brea se derretia, y nosotros sudábamos de tal manera que nos veiamos en la necesidad de aligerarnos de la mayor parte de nuestra ropa.

Las tardes y las noches eran mas soportables; y con todo el calor que habia dejado el sol en los costados y tablas de nuestra embarcacion era tan grande que no podiamos cerrar los ojos entre-puentes ni en nuestros camarotes, y pasábamos las noches paseándonos en camisa ó haciendo tertulia encima de cubierta.

Los marineros se bañaban echándose á nadar para divertirse y refrescarse; pero la desastrosa muerte de uno de sus camaradas, les hizo perder la aficion á semejante pasatiempo.

Al acercarse á la Tierra Firme, se encuentra con abundancia el pescado monstruoso que llaman *tiburon*, y algunos confunden con el *marrajo*, y su número crece con la proximidad de la costa.

No falta quien toma el *tiburon*, por el *caiman* ó *cocodrilo*, creyendo que se le ha dado el nombre de *tiburon* por abuso; pero es un error nacido tal vez de que devora la carne humana, llevándose de una dentellada un miembro entero al agua. Sin embargo no basta esa pequeña semejanza de gustos para disculpar ese grosero engaño: el *caiman* tiene todo el cuerpo cubierto de concha, y el *tiburon* ó *rape* no tiene ni aun escama, sino un pellejo durísimo como los demas pescados grandes de la mar.

Los Españoles no se equivocan así, y aunque los Indios comen la carne del *caiman*, ellos no la quieren, regalándose sin embargo con la del *tiburon*.

Nosotros cojimos uno con un arpon de tres puas; los marineros lo amarraron por el cuerpo con una guindaleta, lo hizaron á bordo del buque. Mas era tan grande, que apenas podian quince hombres avenírselas con él. Era un animal monstruoso que tenia cuando menos de ocho á diez brazas de largo. Lo salaron, y aseguraban que sabia á tortuga, ó mas bien á ternera. Este pescado es tan voraz de carne humana como el *cai-*

man, y vimos un gran número en aquellos parajes del golfo de Méjico.

La desgracia, de que acabamos de hablar, sucedió un dia que, bañándose los marineros, como tenian de costumbre, junto á sus buques, donde no habia mucho peligro, porque los *tiburones* rara vez se acercan tanto á la embarcacion, uno de ellos perteneciente al navío San Francisco y mas atrevido que los otros, quiso aventurarse á pasar nadando de su buque al mas inmediato para ver á algunos de sus amigos. No tardó en arrepentirse de su temeridad; pero antes que se pudiese echar á la mar ni lancha ni cable para socorrerlo, fué presa de uno de esos monstruos, y lo vimos sumergirse tres veces arrebatado por la fiera marina, que le devoró una pierna, un brazo y parte del hombro. Los restos del cuerpo se encontraron despues y fueron sacados del agua y llevados al San Francisco, donde se le hicieron las exequías con las mismas ceremonias que se le habian hecho á nuestro religioso.

El profeta Rey, dice en el salmo 107: que los que van á la mar y hienden las olas en navíos, ven las obras del Señor y sus maravillas en lo profundo de las aguas.

En efecto no solo se ven en ellas ballenas, sino otros peces que como fieras vencen á los hombres mas fuertes y valientes, los despedazan con sus dientes largos y agudos, y se tragan sus miembros enteros con carne y hueso.

Semejante infortunio contristó á toda la escuadra por espacio de tres dias, al cabo de los cuales plugo á Dios templar el calor escesivo que

sufriamos con un viento fresco y favorable: así nos sacó felizmente de la calma, en que no hubieramos podido evitar el caer enfermos, si se hubiese prolongado algun tiempo mas.

Tres dias despues de habernos puesto en marcha, un lunes por la mañana mientras decia la misa uno de nuestros religiosos, y toda la gente estaba de rodillas, se levantó un marinero y empezó á gritar. «¡Tierra! ¡tierra! ¡tierra!»

El júbilo que de repente se apoderó de todos, fué tan grande que la tripulacion y los pasajeros se levantaron corriendo para ver el continente de América, y el sacerdote se quedó en el altar, acabando solo el sacrificio, mientras los demas devoraban con los ojos y llenos de placer las costas por que habian suspirado tanto tiempo.

El regocijo de los otros buques no fué menor aquel dia. Nosotros celebramos la vista de la tierra con un banquete que nos dió el padre Calvo. El buen superior hizo una gran matanza de aves, habiéndolas economizado hasta entonces, y regaló á sus frailes con prodigalidad.

A eso de las diez vimos la tierra claramente, y alargamos todas las velas, para acelerar nuestra arribada. Sin embargo nuestro almirante, hombre juicioso y práctico en los peligros de aquella costa, conoció que no podiamos tomar el puerto con el viento que hacia, antes de anochecer. Sabia que la entrada de la bahia es muy dificil, y que la hacen particularmente hazarosa los escollos que están á la lumbre del agua, y que solo se reconocen por las boyas y banderas que han

puesto encima para advertir á los navegantes. Temia ademas que se levantara el viento del norte, que por lo comun suele azotar aquellos parajes en el mes de setiembre, y que diera con la flota en las lajas y bancos en medio de las tinieblas de la noche. Pero quiso consultar á todos los pilotos, y los llamó á consejo, á fin de resolver, si era mas acertado continuar á toda vela, como haciamos nosotros, con la esperanza de llegar temprano al puerto, ó si valdria mas dejar solamente las mesanas, y aguardar al dia siguiente en la mar, para entrar con toda seguridad con el auxilio de los barcos que nos enviarian de tierra.

La junta decidió que la escuadra no se acercara demasiado á la costa, por temor de la noche que la podia sorprender, y que se cargaran todas las velas, á escepcion de las de mesana. Pero el viento menguó, y nuestros buques siguieron su curso con bastante lentitud la vuelta de tierra, llevando todas sus velas hasta el oscurecer.

Aquella noche se doblaron las vigias á bordo de nuestro buque, y el piloto no quiso abandonar la guardia que hizo con mayor cuidado que no la habia hecho hasta entonces. Nuestros religiosos sin embargo se retiraron á descansar como de ordinario; pero su reposo no duró mucho tiempo: porque antes de la media noche, se cargó el viento al norte, y fué tal su ímpetu que arrancó un grito general y repentino, y causó un tumulto estraño en toda la flota.

Nuestros marineros se dirigian en su desorden

á nuestros frailes, y les rogaban que implorasen la asistencia del cielo. Su temor era mas por el peligro que podia acarrear aquel viento, que por el que entonces parecia amenazarnos, pues todavía no soplaba con violencia ni daba señales de tempestad.

Como quiera que fuese, los religiosos encendieron algunos cirios benditos, cantaron la salve á la Virgen María, las letanías, y otros himnos y plegarias, ejercicios piadosos que duraron hasta el alba. Al despuntar el dia, cesó el viento del norte por el favor de Dios, nuestro viento ordinario volvió á soplar, y nuestros marineros lo atribuyeron á milagro, persuadidos de que semejante fortuna era una gracia, concedida por la intercesion de Nuestra Señora.

Sobre las ocho de la mañana dimos vista á las casas, y pedimos con señales que nos mandaran los prácticos para guiarnos. Los barcos de los pilotos de la costa no tardaron: recibímoslos con grandes muestras de alegría, y los seguimos unos detrás de otros por medio de los escollos que hacen aquel puerto uno de los mas peligrosos que yo haya visto en mis viajes por las mares del norte y del sur.

Nuestras trompetas resonaron agradablemente, y nuestra artillería saludó, segun costumbre, á la ciudad y al castillo que está enteramente delante, saltándonos el corazon de contento al vernos ya arribados á buen puerto.

Echamos las anclas; pero como no bastaban para asegurar nuestros buques en un puerto tan peligroso, las reforzamos con varios cables, que

se amarraron á unos argollones de hierro, clavados espresamente en la muralla del castillo, á fin de proteger por este medio las embarcaciones contra la violencia de los vientos del norte.

Despues de habernos felicitado mútuamente todos por nuestra feliz llegada al Nuevo Mundo, tratamos de bajar á tierra, y verificamos con mucho alborozo nuestro desembarco en las lanchas, que para el efecto nos fueron á buscar.

CAPITULO VII.

Como desembarcamos en la Vera-Cruz ó San Juan de Ulúa, y de la recepcion que tuvimos.

El dia 12 de setiembre llegamos felizmente al continente americano, desembarcando en la ciudad que llaman de San Juan de Ulúa, ó de otro modo, la Vera Cruz, célebre por haber sido el principio de la famosa conquista de Hernan Cortés.

Allí formó aquel gran caudillo la noble y generosa resolucion de echar á pique las naves en que habia llegado con sus Españoles á un continente de mayor estension que cualquiera de las otras tres partes del Antiguo Mundo: política jamas oida, que reducia á un puñado de hombres á no pensar sino en vencer ó morir, perdida toda esperanza de volver á la isla de Cuba, ni á Yucatan, ni á parte alguna de donde habian salido.

Allí fué donde los primeros quinientos Españoles que desembarcaron, se hicieron fuertes contra millones de enemigos, y concibieron la esperanza de subyugar tan inmensas regiones.

Allí fué por último donde se instalaron los primeros alcaldes, el primer ayuntamiente, los primeros síndicos, los primeros oidores, los primeros magistrados.

El nombre de la ciudad es San Juan de Ulúa; diéronle el de la Vera Cruz á causa de la bahía vieja, distante seis leguas de la nueva y llamada así, porque fué descubierta el viernes santo, dia en que se adora la Verdadera Cruz.

Mas el puerto de la antigua Vera Cruz, siendo harto inseguro á causa de la violencia de los vientos del norte, fué abandonado por los Españoles, que mudaron su domicilio á San Juan de Ulúa. La rada está defendida por una roca, donde se estrellan los vientos mas furiosos, y á fin de perpetuar la memoria del fausto acontecimiento de la descubierta, que como hemos dicho sucedió el Viernes Santo de 1519, han añadido al nombre primitivo de aquel puerto el de la otra poblacion.

Cuando bajamos á tierra, vimos que todos los habitantes del pueblo se habian agolpado en la playa para recibirnos, y que tambien estaban allí con cruces y ciriales las comunidades de los Domínicos, Franciscanos, Mercedarios y Jesuitas, para conducir en procesion al nuevo virey de Méjico hasta la catedral.

Los frailes y los Jesuitas saltaron en tierra con mas diligencia que el marqués de Serralbo y su

esposa. Varios de ellos, al poner el pie en la arena, la besaban, teniéndola por santa á causa de la conversion de los Indios, que antes adoraban ídolos, y sacrificaban á los Demonios; otros se hincaban de rodillas para dar gracias, estos á la virgen María, aquellos á los santos de su devocion; por último todos se iban en seguida á incorporar con los de su regla, en los sitios en que estos estaban.

Un momento despues comenzó la artillería de los buques á disparar, á cuya salva respondian todos los cañones del castillo. El virei desembarcó entonces con su señora y todo su séquito, acompañándolo don Martin Carrillo, que iba de Visitador general, para entender en las diferencias que entre sí tenian el marqués de Gelves y el arzobispo de Méjico.

El virey y su muger fueron colocados bajo un dosel, y se cantó un *Te Deum*, acompañado de varios instrumentos de música, que aumentaban con su armonía la solemnidad de aquel acto de accion de gracias. Dirigióse la procesion á la catedral, en donde estaba el santísimo sacramento manifiesto el altar mayor: todos se hincaron de rodillas al entrar, y habiendo dado á los asistentes agua bendita un sacerdote, entonaron un himno, y finalmente se celebró una misa solemne con el ceremonial de estilo.

Acabados los oficios, el virey fué conducido á su alojamiento por el alcalde mayor, por los regidores, por algunos magistrados, que habian bajado de la capital para recibirlo, y por la guarnicion y la tropa de la escuadra.

Los religiosos fueron conducidos tambien á sus conventos respectivos, yendo á la cabeza de la comunidad la cruz y los ciriales.

Frai Juan Calvo presentó sus Misioneros al prior del convento de Santo Domingo que nos acogió muy amistosamente, nos regaló algunos dulces, y nos hizo dar una jícara á cada uno de ese brevage de las Indias que los Españoles llaman chocolate.

Este pequeño obsequio no fué mas que el preludio de uno mayor, es decir, este fué la introduccion de una comida opípara compuesta de carnes y pescados de todas clases, y en lo cual no hicieron falta las aves mas raras y los animales mas estraños, sin que se escasearan los pabos, ni las gallinas: todo con la intencion sencilla de manifestarnos la abundancia del pais, y no por gula ni ostentacion mundana.

El prior del convento de la Vera Cruz no era anciano ni severo, como suelen serlo generalmente los hombres elegidos para gobernar una comunidad de religiosos jóvenes. Al contrario estaba en la flor de su edad, y tenia todos los modales de un mozo alegre y divertido; pero su paternidad, segun nos dijeron, habia logrado el priorato por medio de un regalo de mil ducados que le habia enviado al padre provincial.

Despues de comer, convidó á varios de los nuestros á pasar á su celda, y allí fué donde acabamos de conocer su ligereza y el desahogo de su vida poco penitente.

Creimos encontrar en la habitacion del prelado de aquella casa una hermosa biblioteca que

nos diera indicios de su saber y de su aficion á las letras; pero no vimos mas que una docena de libros viejos, hacinados en un rincon y cubiertos de polvo y telarañas, como si se avergonzaran de que fuese preferida á los tesoros que contenian, una vihuela que les habian puesto encima.

La celda estaba ricamente entapizada de telas de algodon, engalanada con adornos de pluma de Michoacan; las paredes ofrecian á la vista varios cuadros de mérito; tapetes riquísimos de seda cubrian las mesas; la China y la porcelana llenaban sus alacenas y aparadores, y esos vasos y cuencos preciosos contenian almíbares y dulces delicados.

Nuestros frailes entusiastas no dejaron de escandalizarse de un tren que miraban como aparato de vanidad mundana, y ageno de la pobreza de un fraile mendicante; pero los que habian salido de España con intento de vivir á sus anchas y disfrutar de los placeres que procura la riqueza, se exaltaban á la vista de tanta opulencia, y deseaban ya con ansia internarse en un pais, donde tan pronto se labraban fortunas tan saneadas y pingües.

El buen prior solo nos habló de sí, de su nacimiento, de sus buenas partes, del valimiento que tenia con el padre provincial, del amor que le manifestaban las principales señoras y las mugeres de los mercaderes mas ricos, de su hermosa voz, y de su habilidad consumada en la música. En efecto, para que no dudasemos de estas últimas prendas, tomó la guitarra y cantó una letrilla que habia compuesto él mismo á cierta

linda Amarilis, acabando con este nuevo escándalo de horrorizar á nuestros buenos religiosos que se afligian de ver tanto libertinage en un prelado, cuando hubiera debido al contrario dar ejemplo de penitencia y mortificacion, y servir como de espejo con sus costumbres y palabras.

Apenas se habian saciado nuestros oidos de las delicias de la música y nuestros ojos de la hermosura de tantos primores de algodon, de seda y de pluma, cuando nuestro reverendo prior nos mandó sacar de sus despensas una cantidad prodigiosa de toda especie de golosinas, para halagar nuestro gusto y satisfacer nuestro apetito.

No era pues estraño que, habiendo pasado realmente de la Europa á la América, se nos antojara aquel otro mundo, y creyesemos nuestros sentidos de otra naturaleza que los habiamos juzgado la noche anterior y el dia precedente, al oir el grito horrible de los marineros, al ver abiertos á nuestros pies los abismos de la mar, al beber el agua hedionda, y respirar la peste de la brea. En la celda priora del convento de la Vera Cruz, oiamos una voz dulce y clara con un instrumento armonioso, veiamos tesoros y riquezas, comiamos esquisitos confites, y respirábamos el ambar y almizcle, con que habia hecho perfumar sus grageas y almíbares aquel delicioso prior.

CAPITULO VIII.

Descripcion del puerto y de la ciudad de San Juan de Ulúa, y de un terremoto, y otras cosas que sucedieron al Autor hasta su salida de esta ciudad para Méjico.

Acabamos nuestra visita al prior, y salimos á dar una vuelta por la ciudad, con tanto mas deseo de aprovechar el tiempo cuanto que solamente debiamos permanecer en ella aquel dia y el siguiente. En nuestro paseo notamos que está fundada en un terreno arenoso, escepto por la parte del medio dia que la tierra es pantanosa y quebrada, lo que unido á los calores escesivos del clima hace la habitacion muy malsana.

El número de los habitantes será como de unos tres mil, entre los cuales hay muchos ricos mercaderes, algunos de ellos de docientos, los otros de trescientos y de cuatrocientos mil ducados de buen haber.

No paramos mucho la consideracion en los

edificios, porque todos son de madera, así las iglesias y los conventos como las casas particulares. Las paredes de la casa del vecino mas rico son de tablas, y esto y la violencia de los vientos del norte han sido causas de que la ciudad se haya reducido á cenizas en diversas ocasiones.

El inmenso tráfico que tiene España con Méjico, y por Méjico con las Indias Orientales, el comercio de Cuba, de Santo Domingo, de Yucatan, de Portobelo, el del Perú con Portobelo, el de Cartajena y de todas las islas de la mar del Norte; el que se hace por el rio de Alvarado subiendo á los Zapotecas, San Alfonso, y Oajaca, y el del rio de Grijalva subiendo hácia Tabasco, los Zoques y Chiapas, dan á esa corta ciudad una grande opulencia, y la convierten en depósito de todas las riquezas y mercaderías del continente americano y de las Indias Orientales.

El mal aire de aquel parage es la causa de que haya tan pocos habitantes; y el corto número de ellos y el gran comercio que hacen esplican sus estraordinarias y súbitas riquezas. No obstante todavía serian mayores sus caudales, si no hubieran sufrido tan horribles pérdidas las muchas veces que se ha quemado la ciudad.

Toda la fuerza de la Vera Cruz consiste principalmente en las dificultades y peligros que presenta la entrada del puerto, y ademas en una roca que hay como á distancia de un mosquetazo delante de la poblacion, en donde los Españoles han construido un fuerte ó ciudadela, y siempre mantienen guarnicion aunque corta. En el pue-

blo no se ve gente de guerra ni fortificacion alguna : la roca le sirve de muralla y defensa.

Mas á pesar del amparo que da al puerto contra los vientos del Norte aquella roca, no se atreven los bajeles á fondear en la bahía sino al pie mismo del castillo, y aun allí se creerian mal seguros, como no se amarraran con gruesos cables á las argollas, puestas para ese intento en la roca. Esa precaucion empero no impide algunas veces que la corriente de la marea eche á un lado las embarcaciones, y que entonces rotas las amarras por la fuerza de las ráfagas, vayan á estrellarse contra los bajíos, ó tengan que dejarse llevar á alta mar.

Semejante desastre acaeció á uno de nuestros buques á la otra noche de nuestro desembarco, y fué grande fortuna para nosotros el no estar ya á bordo, porque el huracan fué tan recio, y tan grande la tempestad, que el viento del Norte rompió los cables del navío y lo echó á alta mar. Nosotros mismos que estábamos en tierra, creiamos que la tormenta nos iba tambien á arrebatar de nuestras camas, y temiamos á cada instante, al ver como sacudia el viento las casas, que iban á ceder á su violento empuje, y sepultarnos bajo las ruinas.

Nuestro descanso fué bien ligero aquella noche, que nos hizo esperimentar lo que es San Juan de Ulúa. En vano nuestro prior nos habia dado un esquisito almuerzo y una comida regalada, en vano habia hecho que nos lavaran los pies para que durmieramos en nuestras buenas camas mejor que habiamos dormido durante lo

dos meses de la navegacion en nuestros camarotes nada podia procurarnos el sueño. Los silbidos continuos del viento eran tan espantosos, nuestras habitaciones crujian y se bamboleaban con tal violencia, que no pudiendo soportar mas tiempo el mecimiento importuno de nuestras camas, nos vimos obligados á abandonarlas á media noche. Todos los recien llegados bajamos corriendo con los pies descalzos al patio á buscar un refugio, porque todos veiamos ya el edificio derribado, y allí permanecimos hasta por la mañana que los religiosos del convento, acostumbrados á semejantes borrascas, se burlaron de nuestros temores. « Nunca dormimos mejor, « decian, que cuando nos mece el huracan en « nuestras camas. »

El susto que tuvimos aquella noche nos hacia fastidioso hasta el agasajo de los buenos padres, y deseábamos con ardor alejarnos cuanto antes de las orillas de la mar. El padre Calvo participaba de nuestra impaciencia, no tanto por miedo de los temporales como por el temor de que nos pusiesemos malos, comiendo la fruta del pais y bebiendo agua encima sin moderacion, y nos muriesemos allí, como sucedió á otros muchos despues de nuestra marcha. Los Europeos suelen pagar con la vida su gula, porque se atracan de unas frutas, á que su estómago no está acostumbrado, y beben sin precaucion aquella agua, que por sí sola causa peligrosas diarreas á los que llegan de España.

Estaban esperándonos, hacia seis dias, treinta mulas que habian enviado espresamente de Mé-

jico á San Juan de Ulúa para nuestro viage, aun antes de que se supiese á punto fijo la llegada de la flota.

El padre Calvo fué á bordo y se ocupó de nuestro equipage, haciendo desembarcar nuestras arcas, y las provisiones que nos quedaban, reducidas á un poco de galleta, algunos jamones, un resto de cecina de vaca, una docena de gallinas, y tres carneros; pero todo el mundo se admiró de que nos hubieran sobrado tantos víveres despues de tan larga navegacion.

Mientras nuestro superior cuidaba de eso, fuimos nosotros á visitar á nuestros amigos y despedirnos de ellos por la mañana, y por la tarde hicieron ponernos asientos en la catedral, á fin que vieramos representar una comedia que habian preparado los habitantes de la ciudad para el recibimiento del nuevo virey.

Despues de haber permanecido en San Juan de Ulúa dos dias, salimos de aquella ciudad para proseguir nuestro viage á la capital de Méjico.

CAPITULO IX.

Del viage que hicimos de San Juan de Ulúa á Méjico, y de la villas y lugares que se encuentran en el camino.

El dia 14 de setiembre salimos de la ciudad de San Juan de Ulúa, y entramos en la calzada de Méjico, que, durante tres ó cuatro leguas, nos pareció muy arenosa, pero tan ancha y despejada como el camino de Londres á San Alban.

Los primeros Indios que encontramos fueron los de Vera-Cruz la Vieja, que es un pueblo situado á las orillas de la mar, donde tuvieron intencion de establecerse los primeros Españoles que emprendieron la conquista del pais. Ya hemos dicho que el poco abrigo de que gozaban las naves para preservarse de los vientos del norte, fué causa de que abandonaran aquel sitio por el en que permanecen todavía.

Allí empezamos á notar el poderío que tienen

los clérigos y los frailes entre los pobres Indios, como los dominan, y el respeto y veneracion que estos les profesan.

Habiales escrito el prior de San Juan de Ulúa la víspera de nuestra salida, advirtiéndoles en su carta el dia de nuestra llegada, y mandándoles que salieran á recibirnos y nos obsequiaran durante nuestro tránsito por su territorio.

Los pobres Indios obedecieron con la mayor puntualidad las órdenes del prior, y como á una legua del pueblo nos encontramos sobre veinte de los principales á caballo, que nos habian salido al encuentro, y nos presentaron un ramo de flores á cada uno de nosotros. En seguida se pusieron en movimiento, abriendo la marcha á la cabeza de nuestra caravana, como á un tiro de flecha de distancia, hasta que encontramos á otros Indios á pié con trompetas y flautas que fueron tocando muy agradablemente delante de toda la comitiva.

Entre ellos habian salido los empleados de las iglesias, los mayordomos y hermanos mayores de cofradias, todos los cuales nos presentaron tambien un ramo. Seguiánlos con otras muchas personas los acólitos y niños de coro, y todos iban delante cantando el *Te Deum laudamus,* hasta que llegamos á la plaza del Mercado.

Está esa plaza en medio del pueblo, y la hermosean dos grandes y bellísimos olmos. Habian construido entre ellos un cenador inmenso, debajo del cual estaba una mesa cubierta de cajas y tarros de conservas, y de otras clases de dulces y bizcochos para tomar el chocolate.

Mientras se preparaba, calentando el agua y disponiendo el azucar, los principales Indios y las autoridades del pueblo se hincaron de rodillas, nos besaron la mano y nos echaron su arenga.

Decian que nuestra llegada era una felicidad para el pais, que nos daban mil gracias, porque habiamos abandonado nuestra patria, nuestros parientes y nuestros amigos para ir á regiones tan remotas á trabajar en la salud de sus almas, que nos honraban como á dioses en la tierra, y como á apóstoles de Jesucristo, y tantas y tantas cosas que solo el chocolate pudo poner término á su elocuencia.

Descansamos una hora, y manifestamos á los Indios nuestro agradecimiento por las muestras de afecto y bondad con que nos habian favorecido, asegurándoles que no habia en el mundo cosa alguna que nos fuese mas cara que su salvacion, y que para procurársela, no habiamos temido esponernos á todos los peligros con que nos amenazaban la mar y la tierra, ni tampoco á la bárbara crueldad de los otros Indios que aun no tenian conocimiento del verdadero Dios, en cuyo servicio estábamos resueltos á sacrificar hasta la vida.

Con esto nos despedimos de ellos, hicimos regalo á los principales de rosarios, medallas, crucecitas de metal, de *Agnus Dei,* de reliquias que llevábamos de España, y concedimos á cada uno cuarenta años de indulgencias, en virtud de la facultad que habiamos recibido del Papa para dis-

tribuirlas cuando, donde y á quien se nos antojase.

Al salir de la enramada ó cenador para montar en nuestras mulas, vimos el mercado lleno de Indios, tanto hombres como mugeres, que estaban de rodillas casi adorándonos y pidiendo que les echásemos nuestra bendicion : nosotros levantamos las manos al pasar, y se la dábamos haciendo la señal de la cruz.

La sumision de los pobres Indios y la vanidad de un recibimiento con tantas ceremonias, con tantos homenages públicos, trastornó la cabeza á varios de nuestros frailes jóvenes, que se creyeron ya superiores á los obispos de España, y á la verdad, aunque sus señorías ilustrísimas no carecen de orgullo, antes bien tienen la soberbia con demasía, nunca han podido ver su vanidad lisonjeada con tantas aclamaciones en sus visitas como nos prodigaron aquel dia á nosotros, sin ser mas que unos simples frailes.

Las flautas y trompetas volvieron á resonar delante de nuestra procesion; los principales del pueblo nos fueron acompañando hasta media legua, y despues se retiraron á sus casas.

Los dos dias que siguieron no nos hospedamos sino en pobres lugarejos ó caseríos de Indios, donde sin embargo encontramos siempre una acogida muy afable, y grande abundancia de víveres, particularmente de gallinas, capones, pabos, y frutas de diversas especies.

Al tercer dia por la tarde llegamos á una villa grande ó ciudad, en donde hay cerca de dos mil habitantes entre Españoles é Indios, y á la cual

han dado el nombre de Jalapa de la Vera-Cruz.

El año 1634 fué erigida esta ciudad cabeza de obispado por la division del de la Puebla de los Angeles, y aunque el nuevo obispo no tiene mas que la tercera parte del distrito que componia toda la antigua diócesis, su renta sin embargo sube, conforme al cálculo general, á diez mil ducados anuales, por ser aquellos terrenos muy fértiles en maiz y en trigo de España.

Hay muchos caseríos ó ranchos de Indios en los alrededores; pero lo que constituye las riquezas de la ciudad es el número crecido de haciendas en que cultivan la caña dulce, el de las *Estancias*, como llaman allí, donde crian mulas y ganados, y la parte de tierras en que se coje la cochinilla.

En toda la ciudad no hay mas que una iglesia y una capilla, que dependen del convento de los frailes de San Francisco, donde nos hospedamos aquella noche, y pasamos el dia siguiente que era Domingo.

Las rentas del convento son grandes, y no obstante la comunidad se compone solo de seis religiosos, á pesar de tener con que mantener muy holgadamente mas de una veintena de ellos.

El guardian de Jalapa no era menos vanidoso que el prior de San Juan de Ulúa; pero nos acogió con mucho agasajo, y nos trató magnificamente, aunque eramos de otra orden que la suya.

En aquel pueblo, como en todos los de nuestro tránsito, reparamos que la vida y costumbres del clero secular y regular eran relajadísimas, y

que su conducta desmentia completamente sus votos y su estado.

La órden de San Francisco, ademas de los votos comunes de las otras, es decir, la castidad y la obediencia, exije que la pobreza se observe con mayor escrúpulo que la observan todos los religiosos mendicantes. Su hábito debe ser de paño burdo y del color á que han dado su nombre, sus cíngulos ó cordones de cáñamo, y sus camisas, si llevarlas pueden, de lana; han de ir sin medias ni calcetas; y por último no les es lícito usar zapatos sino sandalias.

No solamente les está prohibido el tener dinero, sino que ni aun manejarlo deben, ni poseer cosa alguna como propia. En sus viages les está vedado montar á caballo, aunque se caigan á pedazos de cansancio; es menester que anden á pie con dolor y fatiga, estimándose la infraccion de cualquiera de estos preceptos un pecado mortal, que merece la escomunion y el infierno.

Mas á pesar de todas las obligaciones que les impone la rigorosa observancia de su regla, á pesar de tanta severidad y de tamañas amenazas, los que han sido trasportados á aquel pais viven de manera, que no parece en cosa alguna que hayan hecho voto á Dios de la mas leve privacion, y su vida es tan libre y descompuesta que tal vez se sospecharia con razon que no han renunciado sino á lo que no pueden ó no quieren hacer.

Nosotros nos quedamos sorprendidos, y aun nos escandalizamos estraordinariamente al ver

á un fraile de los Franciscanos de Jalapa cabalgar en una hermosa mula con su mozo de espuela ó mas bien lacayo detrás, solo para ir al cabo del pueblo á confesar á un enfermo. Llevaba su reverencia los hábitos enfaldados, y dejaba lucir de esa manera una rica media de color de naranja, un zapato pulidísimo de tafilete, y unos calzones de lienzo de Holanda con sus lazos y trensillas de cuatro dedos de ancho.

Semejante espectáculo nos hizo observar con mas atencion la conducta de aquel fraile, y la de los otros que debajo de sus mangas anchas iban enseñando sus chaquetas bordadas de seda, sus camisas de Olan, y sus puños de encaje; pero no descubrimos ni en el vestido ni en la mesa cosa alguna que indicara mortificacion; al contrario todo señalaba la misma vanidad que se hubiera podido notar en las gentes del siglo.

Despues de cenar, empezaron algunos de ellos á hablar de naipes y dados, y nos convidaron á jugar, como para obsequiar á los huéspedes, una mano *á la prima*. Casi todos los nuestros se escusaron, unos por falta de dinero y otros por no conocer el juego; sin embargo á pocas instancias lograron decidir á dos de nuestros religiosos que se pusieron mano á mano con otros dos Franciscanos.

Arreglada la partida comenzaron á barajar con admirable destreza: se puso sencillo; se dobló. La pérdida picó á unos; la ganancia acaloró á otros. Al cabo de un cuarto de hora se convirtió el convento de la órden seráfica de nuestro padre

San Francisco en un garito, y la pobreza religiosa en profanaciones mundanas.

Nosotros, que estábamos de simples espectadores tuvimos ocasion para observar lo que pasaba en el juego, y adquirir materia de reflexion sobre semejante vida. Al paso que el juego se engrezcaba, iba creciendo el escándalo : los tragos se repetian con mas frecuencia, la lengua se soltaba, los juramentos se cruzaban con las chanzas, y las carcajadas hacian temblar el edificio.

No se libertó tampoco de sus burlas sacrílegas el voto de pobreza. Uno de los Franciscanos, aunque ya hubiese manoseado y puesto el dinero con sus dedos en la mesa, quiso divertir la reunion, y cuando ganaba alguna suma considerable (atravesándose á menudo mas de veinte doblones) abria una de sus mangas, y con la punta del cujon de la otra barria el tapete, arrastrando el oro y la plata. Así se echaba sus ganancias en la manga, diciendo al mismo tiempo. « Guárda« melo tú que puedes; yo he hecho voto de no « tocarlo. »

Erame ya imposible escuchar tantos ajos y por vidas, y mas de una vez estuve para decirles mi sentir, reconviniéndolos de su falta de miramiento; pero consideré que yo era un estraño, un huésped que pasaba, y ademas que cuanto les dijera seria predicar en desierto. Levantéme pues sin hacer ruido, y me fuí á dormir, dejando á los jugadores que siguieron con su diversion hasta la madrugada.

Al otro dia, aquel fraile que la echaba tanto

de gracioso, con mas traza de bandolero que de religioso, y mas propio para la escuela de un Sardanápalo ó de un Epícuro que para la vida del claustro, dijo que habia perdido mas de ochenta doblones. Parece que su manga se resistia á guardar lo que él habia hecho voto de no poseer jamas.

Esa fué la primera leccion que nos dieron los Franciscanos del Nuevo Mundo. Por ella se veia bien que la causa de pasar tantos frailes y Jesuitas de España á regiones tan distantes, mas era el libertinage que el amor del evangelio y el celo por la conversion de las almas. Si ese amor, si ese celo fueran el móvil de su conducta, tendrian razon para ofrecer su desprendimiento como uno de los principales argumentos de la verdad de la religion.

El desenfreno, la licencia, la avaricia, y demas vicios que manchan su conducta descubren su secreta intencion. El ansia de enriquecerse, la vanidad, la ambicion, el gusto de la autoridad que ejercen entre los pobres Indios, no el amor de Dios, no la propagacion de la fé, son el objeto y el fin que se proponen.

De Jalapa fuimos á otro paraje que los Criollos designan con el nombre de la Rinconada, el cual no es ni villa ni lugar, y no mereceria mencionarse, si no fuera por dos cosas particularmente notables.

Es la primera su soledad. Está separado de toda habitacion, y tan lejos que seria imposible emprender la jornada y no ir á descansar y comer, ó á cenar y dormir en la Rinconada. Si un

viagero no quisiera parar en la Rinconada, necesitaria apartarse dos ó tres leguas del camino, y buscar alguna aldea ó aduar de Indios.

La segunda es la abundancia y delicadeza de las aguas. En efecto allí se encuentran los mejores manantiales de toda la carretera, aunque el agua está tibia á causa del calor del sol.

No hay mas que una casa sola, llamada la Venta, está situada en la estremidad de un valle, y es el sitio mas caliente que se halla en toda la calzada desde San Juan de Ulúa hasta Méjico.

El amo de la Venta, sabiendo cuan agradable es templar la sed con agua fresca, cuando se viaja en un clima tan ardoroso, tiene siempre á prevencion grandes tinajas enterradas en arena que cuida de hacer regar con frecuencia: así logra presentar á los pasageros una agua tan fria como si fuera de nieve.

No es este regalo el menos apreciable despues de una jornada como las de aquel pais, y nos causó tanto placer el beberla como sorpresa el medio ingenioso de remediar los efectos de tan escesivo calor.

Nos sirvieron ademas carne de vaca, carnero, cabrito, gallinas, pabos, conejos, perdices, y particularmente codornices, todo con tanta profusion que estábamos admirados.

El valle y sus cercanías son muy fértiles y abundantes, en las inmediaciones hay varias haciendas, en donde los Españoles hacen cultivar la caña dulce, la cochinilla, el trigo y el maiz.

Pero lo que me recuerda con especialidad la Venta solitaria, es la noche que pasamos en ella.

La industria del hombre ha logrado procurar agua fresca al viagero sediento en un clima de fuego, y la tierra parece que se complazca en prodigarle cuanto el capricho puede apetecer para el sustento; mas todo el encanto de aquel sitio se pierde con el dia, y los mismos Españoles llaman los manjares que les ofrece *caramelos del infierno.*

No solamente es tan fuerte el calor que es imposible comer, sin enjugarse á cada instante el sudor que ciega los ojos, sino que los mosquitos lo devoran á uno, ya esté despierto ya durmiendo, y no hay medio de preservarse de ellos. Nosotros fuimos víctimas toda la noche, á pesar de tener todos nuestras cortinas; pero la maldita plaga nos acosaba aun dentro de nuestra flaca defensa, y nos atormentaban en la cama, como las ranas de Egipto.

Los mosquitos no salen durante el dia, pero al ponerse el sol aparecen como nubes y andan zumbando hasta que vuelve á salir. Por eso al ver que los ahuyentaban los primeros rayos del sol, juzgamos que lo mas oportuno seria alejarnos de un sitio, donde se pasaban tan crueles noches.

Salimos pues muy de mañana para llegar á un pueblo, tan abundante y hermoso como la Rinconada, y libre ademas de los huéspedes molestos que aquella noche nos habian hecho tan incómoda compañía.

CAPITULO X.

Llegada del Autor á Segura de la Frontera, villa fundada por Cortés, con la descripcion de ella, y el origen de su fundacion.

Llegamos al anochecer á Segura, lugar ó villa cuyo vecindario compuesto de Indios y de Españoles, será como de mil habitantes. Allí tambien fuimos recibidos con mucho agrado y tratados suntuosamento por los religiosos de san Francisco, tan galanes y llenos de vanidad como sus hermanos de Jalapa.

La villa fué fundada por Hernan Cortés, y llamada *Segura de la Frontera*, porque debia servir de plaza fronteriza, y proteger á los Españoles que pasaran de San Juan de Ulúa á Méjico, defendiéndolos de los Culhuanos y los de Tepeacac; que eran aliados de los Mejicanos y molestaban grandemente á los Europeos.

Cuando Cortés fué rechazado de Méjico la pri-

mera vez, los Indios lo asaltaron, y acometieron á los heridos que iban con direccion á Tlascala á fin de curarse y recobrar salud y fuerzas. Los de las tribus de Culhua y Tepeacac, que eran entonces amigos de los Mejicanos, y enemigos de Cortés y de los Tlascaltecas, se pusieron en emboscada y sorprendieron doce soldados, que sacrificaron á sus ídolos, comiéndoselos despues.

Indignado Cortés de semejante crueldad rogó á Magistca *, y á otros caudillos de los Tlascaltecas que lo acompañaran, ayudándole á vengar la muerte de los doce Españoles tan bárbaramente inmolados, y á castigar las injurias que hacian todos los dias á los de Tlascala, con el auxilio de sus aliados los Culhuanos y los Mejicanos.

Magistca y los principales Tlascaltecas tuvieron consejo con los magistrados y el pueblo, y resolvieron de comun acuerdo asistir á Cortés con cuarenta mil combatientes, sin contar los Tamemes ó Indios de carga que sirven para llevar los bagages, y las demas cosas necesarias.

El guerrero español salió para Tepeacac al frente del ejército Tlascalteca y llevando consigo sus soldados y caballos. Propuso á los enemigos que, en reparacion de la muerte de los doce cristianos que habian sacrificado, se sometieran é hicieran pleito homenage al emperador y rey de España su señor, y que en adelante no recibieran á Mejicano alguno, ni á los habitantes de la provincia de Culhua.

Los Tepeacaques respondieron que habian

* *Magitzcatein.* El traductor se ha propuesto conservar los nombres que emplea el autor.

muerto á los doce Españoles con justa y buena causa, por haber entrado en su territorio en tiempo de guerra y haber querido atravesarlo por fuerza, y sin pedirles su permiso ni aguardar su consentimiento.

Que los Mejicanos y los Culhuanos eran sus aliados y señores, y como á tales los recibirian siempre con amor y respeto en sus ciudades y en sus casas.

Que se negaban á su demanda y despreciaban su ofrecimiento, protestando que no estaban en ánimo ni querian obedecer á gentes que no conocian.

Por último le rogaban que se volviese á Tlascala, si no deseaba acabar sus dias con los suyos, y ser todos sacrificados y devorados como lo habian sido sus doce compañeros.

A pesar de tanta arrogancia, Cortés insistió en su propósito, y los invitó á tratar en términos de paz; pero viendo que nada alcanzaba, entró á sangre y fuego en el territorio enemigo.

Los Tepeacaques eran valientes y aguerridos, y con el auxilio de los Culhuanos se pusieron en estado de defender la entrada de su ciudad. Ni se contentaron con esperar la batalla, sino que, confiados en el número de su gente, empezaron á escaramucear, y provocar á los invasores. Pero al cabo fueron derrotados, sin que la victoria costara un Español á Cortés, aunque la matanza fué grande y murieron muchos Tlascaltecas en la accion.

Los caciques y nobles de Tepeacac, viéndose vencidos y deshechos, y que era inutil cualquiera

resistencia, se rindieron á Cortés como vasallos del emperador, con la condicion de desterrar para siempre de su territorio á los de Culhua, y reservándose el derecho de poder castigar á su arbitrio á los que hubieran sido causa de la muerte de los doce Españoles.

Cortes mandó, para perpetuar la memoria del escarmiento que tanta crueldad y obstinacion merecian, que las tribus que habian consentido aquella barbarie, fueran esclavas para siempre.

Otros dicen que los subyugó sin condicion ni reserva alguna, y que solamente los castigó por su desobediencia, porque eran sodomitas é idólatras, y porque comian carne humana, queriendo así dar un ejemplo á los otros. Como quiera que sea, los Tepeacaques fueron condenados á esclavitud perpetua.

La campaña duró veinte dias, y tuvo por resultado la pacificacion de toda la provincia, que es muy grande, la destruccion de los ídolos, y la sumision de los principales señores de Tepeacac.

Entonces fué cuando para mayor seguridad hizo construir la villa á que dió el nombre de Segura de la Frontera, habiendo establecido oficiales para que cuidasen de que el paso estuviera desembarazado, y pudiesen transitar sin recelo desde la Vera-Cruz á Méjico los cristianos y los Indios auxiliares.

Segura, como los demas pueblos de aquella carretera, abunda en víveres y frutas de diferentes clases, principalmente en ananas, zapotes y chicozapotes, que tienen dentro un núcleo negro del tamaño de una ciruela. El fruto por dentro es

encarnado como la grana, y su sabor dulce como el de la miel; si bien los chicozapotes no son tan gruesos, habiéndolos encarnados y parduzcos, pero todos con tanto jugo, que cuando se comen, corre como si fueran gotas de miel. El olor se acerca al de las peras cocidas.

Tambien nos presentaron rácimos de uvas, tan hermosas como las de España, y nosotros las recibimos con mucho gusto en obsequio, porque no las habiamos visto desde nuestra salida de Europa.

Por aquella muestra calculamos lo que produciria en semejante pais el cultivo de la viña, si el rey de España no lo prohibiera, temiendo que perjudique al comercio de la metrópoli, que tanto saca de América con sus vinos.

El temple de Segura es mas suave que el de los demas pueblos del tránsito, y sus habitantes, que comian en otro tiempo carne humana, son ahora tan urbanos y cultos como los que se encuentran en todo el camino.

En ese punto nos desviamos hácia el oeste, dejando el camino real que signe hácia el noroeste, con el solo intento de visitar la famosa ciudad de Tlascala, cuyos habitantes se unieron con Hernan Cortés, guardaron fielmente su alianza, y fueron en realidad los principales instrumentos de la conquista. En recompensa de sus servicios, están exentos de pagar censo hasta el dia de hoy, por gracia especial de los reyes de España, y aunque los demas Indios pagan una contribucion anual, los Tlascaltecas solo dan una mazorca de maiz, mas como presente de homenage que como pecho ó tributo.

CAPITULO XI.

Descripcion de la gran ciudad de Tlascala, y de su territorio.

Tlascala ó Tlascallan quiere decir en la lengua del pais pan bien hecho, y han dado ese nombre á la provincia, porque en sus términos se coje mas cantidad del grano llamado *cent'li* que en todas las demas tierras circunvecinas.

La ciudad tuvo antiguamente el nombre de Tescallan, que significa un valle entre dos montañas.

Está asentada en la ribera de un rio que, saliendo de los montes llamados de Atlancapetec, riega la mayor parte de la provincia, y va á desaguar en la mar por Zacatula.

Componen la ciudad cuatro barrios, que son otras tantas calles, y se llaman Tepetiepac, Ocotelulco, Tizatlan, y Quiahuiztlan.

El primero de estos barrios está situado sobre una colina, distante cerca de media legua del rio, y lleva el nombre de Tepetiepac, que significa monte ó colina: fué el que dió principio á la poblacion, y el sitio en que lo fundaron sus primeros habitantes manifiesta que sus cimientos se echaron pensando en la guerra.

La otra calle está construida á lo largo de la falda del monte por el lado del rio, y por los muchos pinos que habia, cuando la edificaban, la llamaron Ocotelulco, es decir: un plan de piñas.

Ocotelulco era el barrio mas hermoso y mas poblado de la ciudad: allí estaba la plaza del mercado principal, donde se vendia y compraba todo género de artículos, trocando unas cosas por otras; la plaza del mercado se llamaba Tianquintztli. En esa calle estaba tambien la casa de Magistca.

En la llanura y junto al rio, se estendia otra calle designada con el nombre de Tizatlan, por la mucha cal y greda que habia en ella. Ese era el barrio donde vivia Jicotencatl, generalísimo de todas las tropas de la república.

La cuarta calle debia el nombre de Quiahuiztlan á las aguas salitrosas que habia en ella.

Pero el aspecto primitivo de Tlascala está mudado enteramente desde que los Españoles llegaron. Las mezquinas habitaciones de los Indios se han convertido en casas de piedra y hermosos edificios. La casa del ayuntamiento y algunos edificios públicos, están construidos en la llanura á la misma orilla del rio como los palacios de Venecia.

Tlascala estaba gobernada por los principales de su nobleza y los mas ricos de sus habitantes. El gobierno de uno solo parecia tiránico á los Tlascaltecas, y por eso aborrecian á Montezuma, á quien miraban como tirano.

En tiempo de guerra, elegian cuatro caudillos: cada uno gobernaba un barrio; pero uno de ellos era nombrado generalísimo, y tenia bajo sus órdenes á otros nobles que eran oficiales de batalla, aunque en número muy corto.

Cuando iban á la guerra llevaban su pendon en la cola del ejército; pero dada la señal del combate lo ponian en donde todos pudieran verlo, y el guerrero que no corria al lado de su gefe era castigado con una multa.

Sobre el pendon habia dos flechas, veneradas como reliquias de sus mayores, y no confiaban el honroso cargo de llevarlo sino á dos veteranos, acreditados por su denuedo y del número de los caudillos principales. Habia en esto cierta supersticion, y pretendian adivinar el resultado de la contienda por el de la prueba con que la empezaban. Para saber si saldrian vencedores ó vencidos, tiraban una de las dos flechas al primer enemigo que descubrian: si lo mataban ó herian, la victoria era cierta; pero si la flecha no mataba ni heria á aquel contra quien la habian disparado, creian que su derrota era segura ó que llevarian lo peor de la batalla.

La provincia ó señorío de Tlascala tenia bajo su dependencia veintiocho pueblos entre villas y lugares, y contaba en su territorio ciento cincuenta mil guerreros, cabezas de familias.

Los Tlascaltecas, hombres todos bien formados, eran los mejores soldados que hubiese entre los Indios. Ahora son muy pobres, y no tienen mas bienes que el grano ó trigo que llaman centli, con cuyo producto se visten, y se procuran las demas cosas que necesitan.

Hay diferentes plazas en que hacen sus mercados; pero la mas considerable y donde acude mayor concurrencia, está en la calle ó barrio de Ocotelulco. En otro tiempo era tan famosa, que se veia ir á ella en un solo dia veinte mil personas á comprar ó vender, á pesar de reducirse su comercio al cambio simple de las cosas, porque no conocian aun el uso de la moneda.

Tambien habia antiguamente como hay todavía una policía escelente en la ciudad, y diferentes oficios y menestrales. Ahora se ven plateros, plumageros, barberos, estufistas y alfareros que trabajan y fabrican una cosa tan bella como la de España.

La tierra es sustanciosa y fértil, y propia para trigo, frutas y pastos. En los mismos pinares crece entre los árboles tanta yerba que basta para engordar los ganados que los Españoles echan allí á pacer.

A dos leguas de Tlascala hay una montaña redonda de seis mil pasos de altura y ciento cuarenta mil de circuito. Ahora se llama el cerro de San Bartolomé: los Indios que la veian coronada siempre de nieve le daban el nombre de *Matealeucia*, dios de las aguas.

Los Indios, aficionadísimos á embriagarse tenian tambien un Dios protector de los licores:

Ometochtli no era la divinidad que menos culto recibiera de las de su teogonia.

Sin embargo su dios principal era *Camaxtlo* ó mas bien *Mixcovalt*, cuyo templo estaba en Ocotelulco, y allí se sacrificaban todos los años por lo menos ochocientas personas.

En Tlascala se hablan tres lenguas diversas: el *Nuhuatl*, que es el idioma de la corte y el principal dialecto de todo el pais de Méjico, el *Otoncir*, que usan generalmente los Indios del campo, y *pinomer* que solo se oye en una calle, y que es el lenguage mas grosero de todos.

Habia en otro tiempo una carcel pública, donde se encerraban todos los presos, y se castigaban á los que habian cometido algun crimen.

Estando Cortés en Tlascala sucedió que un Indio hurtó á un español una corta posesion de oro. Cortés se quejó á Magistca, que mandó hacer una perquisicion escrupulosa. El ladron fué descubierto en Cholula, ciudad bastante grande á cinco leguas de distancia. El magistrado Tlascalteca lo puso en manos del general español, para que hiciera de él lo que juzgara conveniente. Cortés se lo volvió á entregar, y le dió las gracias por el celo con que lo habia hecho buscar. Pero Magistca, deseando hacer un ejemplar, mandó que pasearan al reo por el pueblo, con un pregonero que publicaba en alta voz su delito, cuando llegó á la plaza del mercado, le subieron á un tablado, y allí le rompieron todas las coyunturas con un mazo.

Tan severa justicia dejó atónitos á los Españo-

les, que formaron una opinion muy ventajosa de los Tlascaltecas. Aquel acto les sugirió el pensamiento de que habiendo obrado así por darles satisfaccion, nada les rehusarian en adelante de cuanto pudiera ser necesario para apoderarse de la capital y avasallar á Montezuma.

Ocotelulco y Tixatlan son las dos calles mas habitadas al presente. En Ocotelulco está el convento de religiosos de San Francisco, que son los predicadores del pueblo: su iglesia es hermosísima, y los sirven unos cincuenta Indios que desempeñan los oficios de cantores, organistas, músicos, trompeteros y atabaleros. No hay mayor delicia que oir una misa, asistida por esa capilla, cuyas maravillosas sinfonías llenan de admiracion á todo el mundo.

En las calles de Tepetiepac y Quiahuiztlan hay solamente dos capillas, donde van á decir la misa los domingos y dias de fiesta los religiosos del convento.

Nos detuvimos un dia y dos noches en Tlascala, y los Franciscanos se esmeraron con nosotros como lo habian hecho en las casas de Jalapa y Segura. Los manjares fueron abundantes, y sobre todo el pescado que se halla fresco y en mucha cantidad siempre por la proximidad del rio.

La ciudad ha dado una docena de Indios á los religiosos, para que les pesquen solamente, eximiéndolos de todas las demas obligaciones, á fin de que nada pueda privar de pescado fresco y abundante á sus reverendísimas.

No por eso van á pescar todos juntos, sino de

cuatro en cuatro cada semana, y por turno, á no ser que lo exija algun caso estraordinario; que entonces todos tienen obligacion de abandonar las ocupaciones en que puedan estar empleados, y de ir á pescar para los padres.

La ciudad está habitada por Españoles y por Indios mezclados todos. En ella reside el alcalde mayor que envia cada tres años la corte de Madrid, y cuya autoridad alcanza á todas las ciudades, villas y lugares del contorno hasta la distancia de veinte leguas.

Ademas de este magistrado, hay entre los Indios alcaldes, regidores y alguaciles, que el alcalde mayor nombra, y por medio de los cuales gobierna el pueblo y administra la justicia. El mal tratamiento de esos alcaldes mayores, su avaricia y parcialidad, y hasta su ignorancia han contribuido mas que todas las demas causas juntas á la decadencia de una ciudad tan populosa y rica en otro tiempo. Los Tlascaltecas no reciben recompensa alguna por sus servicios; la autoridad de que los reviste el alcalde mayor no es mas que una librea para que sirvan mejor á su rapacidad y á sus venganzas; sin embargo los hijos de los aliados fieles de Cortés, los que le facilitaron con su sangre la conquista, son acreedores á otros miramientos.

CAPITULO XII.

Prosigue nuestro viage desde Tlascala á Méjico, por la Puebla de los Angeles y Guacocingo.

La ciudad mas notable que se encuentra despues de Tlascala en el camino que nosotros llevamos, es la Puebla de los Angeles, á donde teniamos vivísimos deseos de llegar, porque sabiamos que hay allí un convento de religiosos de Santo Domingo de la misma observancia que nosotros, no habiendo encontrado aun ninguno desde nuestra salida de San Juan de Ulúa.

Descansamos en efecto tres dias con la mayor satisfaccion entre nuestros hermanos, que no sabian que hacerse con nosotros para agasajarnos.

Nos paseamos por toda la ciudad, y vimos cuanto era digno de la curiosidad de un viagero.

Notamos su opulencia y sus riquezas, no solamente por la actividad de su comercio, sino por el gran número de conventos de frailes y de monjas, que se han fundado y que se mantienen en ella. Hay pues un convento grande de Santo Domingo, cuya comunidad es por lo menos de cincuenta á sesenta religiosos; otro de Franciscanos, otro de Agustinos, otro de la Merced, otro de Carmelitas Descalzos, y una casa de Jesuitas; habiendo ademas cuatro conventos de religiosas.

La ciudad está asentada en un valle agradable, separado como diez leguas de una montaña altísima que siempre se ve cubierta de nieve. Dista cosa de veinte leguas de Méjico, y fué edificada el año de 1530, por mandado de don Antonio de Mendoza, virey de Méjico, y con el consentimiento de Sebastian Ramirez, regente, que habia sido anteriormente de Santo Domingo, y presidente aquel año de la chancillería de Méjico, en lugar de Nuño de Guzman, que se habia portado muy mal con Españoles y con Indios. Componian aquel tribunal cuatro jueces ó consejeros, á saber : el licenciado Juan de Salmeron, Gasco Quiroga, Francisco Zainos y Alonso Maldonado.

Estos magistrados administraron la justicia mejor que lo habia hecho antes Nuño de Guzman, y entre otras cosas buenas se les debe la poblacion de esta ciudad, y la emancipacion de los Indios que antes ocupaban el recinto; lo habian abandonado por el mal tratamiento que les daban los Españoles, y se habian retirado unos á Jalisco, y otros á Honduras, á Goatemala y de-

mas provincias que aun se mantenian en guerra con los conquistadores.

La Puebla de los Angeles era llamada por los Indios en tiempo de su independencia Güetlaxcoapan, ó *culebra entre las aguas*, porque tiene dos fuentes, una con agua malísima, y otra con agua muy buena.

Ahora es silla de un obispo, cuya renta, despues de la separacion de Jalapa de la Vera Cruz, vale mas de veinte mil ducados anuales.

El aire que se respira es bueno, y su pureza atrae todos los dias multitud de gentes de todas partes que fijan allí su domicilio. Pero el vecindario se aumentó mas considerablemente el año de 1634, cuando Méjico fué inundada por las aguas de la Laguna: muchos habitantes de la capital huyeron con sus muebles y alhajas, y se establecieron con sus familias en la Puebla, de suerte que el número de sus moradores sube en la actualidad á diez mil.

Hacenla famosa los paños que se tejen en sus fábricas, paños que llevan á diversas provincias, y que pasan por ser tan buenos como los de Segovia, que son los mejores de España, de donde no envian ahora á la América tanta cantidad, habiendo bajado mucho su precio, y saliendo todos los años tan fuertes remesas de la Puebla que bastan para surtir todo el pais.

Los sombreros de la Puebla son los mejores de toda la Nueva España.

Tambien hay una fábrica de cristales, cosa tanto mas rara cuanto que es la única de su clase que se ve en todo el pais.

Pero lo que mas la enriquece es la Casa de Moneda, donde se acuña la mitad de la plata que sacan de las minas de Zacatecas: por eso se mira la Puebla como la segunda Méjico, y con el tiempo competirá en poblacion con la misma capital.

Fuera de la ciudad hay jardines y huertas que surten de verdura y ensaladas las plazas. Es tierra que abunda en trigo, y está cubierta de haciendas, cultivándose tambien mucho la caña de azucar. Entre otras, la que pertenece á los religiosos de Santo Domingo, y que no está lejos de la ciudad, tiene tanta estension que se ocupan en ella doscientos negros, hombres y mugeres, sin contar sus hijos que les ayudan en el trabajo.

Guacocingo es el pueblo mas considerable que se halla entre Méjico y esta ciudad. Habitanlo quinientos Indios y cien españoles, y hay un convento de Franciscanos. Estos religiosos nos recibieron muy bien; y para agasajarnos nos hicieron ver la habilidad de los indígenas para la música vocal é instrumental.

Como las otras comunidades, la de Guacocingo posee cuanto es necesario para la comodidad y regalo de la vida. Pero los buenos padres fundaban su orgullo mas que en otra cosa, en la educacion que habian dado á varios niños del pueblo y principalmente á los muchachos que servian en el convento. Penetrados de la importancia de una buena crianza y deseosos de cumplir con un deber impuesto por la caridad cristiana, les habian enseñado á bailar á la española.

Nosotros fuimos testigos aquella misma noche

del provecho con que habian aplicado su celo á la instruccion de sus discípulos. Vinieron al convento para divertirnos unos doce muchachos, el mayor de los cuales tendria sobre quatorce años: cantaron y bailaron hasta media noche; y á la verdad no solo nos causaron placer aquellas letrillas españolas, tan bien cantadas, y con un acompañamiento de guitarra tan magistral, aquellos movimientos de cuerpo, aquellos trenzados y pasillos, aquel repiqueteo de castañuelas, y hasta sus canciones indias, sino que nos quedamos atónitos y llenos de admiracion.

Ocurríanos sin embargo en medio de nuestros aplausos algun barrunto menos mundano, y deciamos entre nosotros que hubiera valido mas para el alma de los religiosos y la edificacion de sus feligreses, el estarse en su celda estudiando, y emplear su tiempo en el coro, que andar en semejantes vanidades y escándalos. Mas al paso que íbamos conociendo el pais, nos convenciamos de que los deberes religiosos están en un profundo olvido, y que solo viven para las delicias del siglo los que han renunciado á ellos con sus votos, y debian evitarlas con el recogimiento y la penitencia.

Guacocingo ha recibido de los reyes de España casi tantos privilegios como Tlascala, porque sus habitantes se unieron con Hernan Cortés y los primeros conquistadores contra Montezuma y los Mejicanos.

Los de Guacocingo eran aliados de los Tlascaltecas, de los de Cholula y de los de Huacacola. Los de Chalco pidieron socorro á Cortés, por-

que los Mejicanos habian invadido su territorio, y talado sus campos; pero Cortés, que, ocupado de la construccion de los bergantines y de estrechar el sitio de Méjico, no podia enviarles auxilio alguno, rogó á los Tlascaltecas, y á los de Guacocingo, Huacacola y Cholula, que socorrieran á sus amigos. Los Indios auxiliares cayeron sobre las tropas de Méjico, y las atacaron con tanto denuedo, que á pesar de las grandes fuerzas con que habian salido de la capital para impedir que los Españoles se acercaran, fueron arrolladas y vencidas, quedando los de Chalco libres de la opresion de Montezuma. Todavía se conserva la memoria de la generosidad y valor con que los aliados llevaron á cabo tan brillante empresa, y por esa hazaña obtuvieron las ciudades á que pertenecian aquellos guerreros los privilegios y la estimacion de que gozan en el dia.

De Guacocingo salimos para Méjico, y pasamos la montaña elevada que habiamos visto desde la Puebla de los Angeles, distante de allí treinta millas. Es mas alta que los Alpes, y hace mas frio porque siempre está cubierta de nieve.

Desde nuestra salida de España no habiamos esperimentado un frio tan rigoroso como el que sentiamos entonces, y los Españoles, que estaban acostumbrados al calor de su clima, y lo habian sufrido mayor en la mar, apenas podian tolerarlo.

En esta última jornada anduvimos sobre treinta millas, y la mitad por lo menos subiendo y bajando la montaña.

Al llegar al punto mas elevado del camino por

donde pasamos, descubrimos la ciudad de Méji-co y la laguna que la rodea, y nos pareció que la íbamos á tocar con la mano, si bien distaba toda-vía la llanura donde está situada casi diez millas del pié de la montaña.

CAPITULO XIII.

Prosigue el Autor la descripcion de las cosas notables que vió en este viage, y aprovecha la ocasion para referir varias circunstancias curiosas de la conquista.

La segunda vez que Hernan Cortés salió de Tlascala con el intento de poner sitio á Méjico por agua y por tierra, para cuyo fin habia mandado construir cierto número de bergantines, sus tropas se acamparon junto á la montaña, y habrian perecido de frio, si la gran cantidad de leña que encontraron no hubiera servido de remedio contra la inclemencia del aire.

Al otro dia, por la mañana, subió mas arriba, y envió de descubierta cuatro hombres á caballo y cuatro infantes, los cuales hallaron el camino cerrado con enormes troncos de árboles que los Mejicanos habian cortado recientemente, y atravesado en la calzada.

Creyendo sin embargo que quizás no obstrui-

5.

rian el paso mas adelante los mismos estorbos, continuaron su descubierta, hasta que por último se vieron tan embarazados con una multitud de gruesos cedros puestos unos encima de otros, que se volvieron, asegurando á Cortés que era imposible que los caballos pasaran por aquel camino.

Cortés les preguntó si habian encontrado á algun Indio, y habiéndole respondido que no, partió inmediatamente con toda su caballería y mil infantes, mandando que el ejército lo siguiera con toda la diligencia posible.

No tardó en despejar el camino con la gente que llevaba, y habiendo quitado los árboles que lo hacian intransitable, vió pasar todas sus tropas sin daño y sin peligro, aunque con trabajo y fatiga.

Y es cosa averiguada que, si los Indios se hubieran fortificado allí y defendido aquel paso, los Españoles nunca lo hubiesen forzado, porque el camino, que ahora es bastante cómodo y ancho para que pasen las recuas cargadas de mercaderías de San Juan de Ulúa ó de azucar de las haciendas, entonces era estrechísimo y escabroso. Pero los Mejicanos se imaginaban que el paso estaba bien guardado por los árboles que habian puesto al través, y esperaban al enemigo en campo raso.

En efecto, aunque de Tlascala á Méjico hay tres caminos, no era facil sospechar que Cortés tomara el peor; mas él lo prefirió, ya porque preveia lo que iba á suceder, ya porque sabia por sus confidentes que nadie guardaba aquel paso.

Al descender la cuesta, se detuvo á descansar, y aguardó á que todo el ejército estuviese reunido para bajar á la llanura. Desde el lugar del alto se percibieron algunos fuegos ó ahumadas que los Indios hacian en diferentes partes, y eran señales ó simples hogueras de los que se habian apostado en los otros dos caminos, y esperaban á los Españoles para acometerles entre los puentes de los canales que salen de la laguna.

Cortés envió delante veinte caballos : estos pasaron por medio de los Mejicanos, y el ejército siguió su marcha, matando muchos enemigos sin recibir el mas ligero daño.

La vista de la montaña y de la llanura que está al pié, nos trajo á la memoria los grandes acontecimientos de que habian sido teatro, y nos dió asunto de conversacion toda la jornada, que nos pareció así menos incómoda y fatigosa.

El primer pueblo á donde llegamos fué Cuahutipec, que está en la falda de la montaña y depende de Tezcuco. Cerca de Cuahutipec sentó su campo el ejército de los Indios de Culhua, compuesto de cerca de cien mil hombres, enviados por los señores de Tezcuco para combatir contra Cortés, pero en vano : porque la caballería de los Españoles pasó por medio de ellos, y la artillería hizo tal estrago en sus gentes, que al punto echaron á correr.

A tres leguas de allí, descubrimos sobre la derecha, conforme íbamos caminando, la ciudad de Tezcuco en la orilla de la laguna y fuera del camino. No dejó de darnos materia de conversa-

cion aquel pueblo que habia parecido á Cortés y á los primeros conquistadores una ciudad grande y casi igual á Méjico, aunque no les opuso resistencia alguna.

En efecto, al acercarse los Españoles á la ciudad, salieron cuatro de los principales habitantes con varas de oro en las manos y una bandera en señal de paz. Presentáronse á Cortés, y le dijeron que su señor Coacuacoyocin los enviaba á rogarle que no hiciera mal en su ciudad ni las que estaban en las cercanías, á ofrecerle su amistad, y á invitarlo para que fuera á hospedarse con todo su ejército en Tezcuco, donde seria bien recibido.

Cortés recibió esa nueva con júbilo; temiendo empero que no hubiese oculta alguna perfidia en aquellos agasajos, y recelándose de los habitantes de Tezcuco, porque acababa de ver sus tropas con las de Méjico y Culhuacan, prosiguió su camino y se apoderó de Cuahutichan y Huajuta, arrabales entonces de la gran ciudad, y hoy pequeñas aldeas separadas, donde le suministraron víveres con abundancia para toda su gente.

Derribados los ídolos, entró en la ciudad. Le habian preparado en una casa grande alojamiento para él, sus Españoles y una parte de los Indios que lo acompañaban; pero como al entrar no habia visto ni mugeres ni niños, se confirmó en sus sospechas, y publicó un bando, para que ninguno de los suyos saliera, imponiendo pena de la vida al que osare quebrantar sus órdenes.

Al anochecer, habiendo subido los Españoles á las azoteas y miradores de la casa para ver el pueblo, notaron que huian muchos habitantes con sus muebles y alhajas, dirigiéndose los unos hácia los montes, y los otros á la laguna con ánimo de embarcarse; pero la precipitacion de todos descubria la existencia de un misterio estraordinario.

Habia por lo menos veinte mil barquillas de las que llaman canoas, llenas de muebles y de familias que se iban. Cortés hubiera deseado impedirlo; màs la noche estaba tan próxima, que le fué imposible, y mucho mas retener al señor de la ciudad, que habia sido uno de los primeros que habian fugado, y ya estaba quizás en Méjico.

Tezcuco es célebre todavía entre los Españoles por haber sido una de las primeras ciudades, y tal vez la primera, gobernada por un rey cristiano. Porque Cortés, sabiendo que Coacuacoyocin, rey entonces de la ciudad y pueblos vecinos, se habia fugado, mandó ir á su presencia á muchos de los habitantes que permanecian en sus casas y les dijo : Que era su voluntad que un mozo noble que lo acompañaba, el cual era descendiente de una casa noble del pais, se habia bautizado, y se llamaba Fernando, como él que era su padrino, y ademas era hijo de Nizavalpicintli, á quien habian amado tanto, fuese elegido rey de Tezcuco : puesto que Coacuacoyocin estaba entre los enemigos despues de matar á su propio hermano por quitarle su hacienda, y todo á instancias de Cuahutimoccin, enemigo mortal de los Españoles.

Así fué elegido rey y señor de Tezcuco el recien convertido Don Fernando. La noticia de la mudanza de príncipe corrió muy lejos con mucha velocidad : gran número de los habitantes volvió por conocer á su nuevo cacique, y como los unos se quedaban en sus casas y los otros regresaban á las suyas, se fué poblando la ciudad poco á poco, y no tardó en ser lo que antes era. La conducta regular y comedida de los Españoles ganó por otra parte la confianza de los naturales, que, viéndose tratados con humanidad y dulzura, obedecian sin repugnancia y hacian con gusto lo que les mandaban sus conquistadores.

Don Fernando fué siempre fiel á los Españoles, los asistió en la guerra contra Méjico, y aprendió en poco tiempo la lengua española.

No tardaron los habitantes de Cuahutichan, Huajuta y Otenco de someterse á Cortés, y pedirle perdon si en algo lo habian ofendido.

Dos dias despues que Don Fernando habia sido hecho rey de la gran ciudad de Tezcuco y de los territorios que de ella dependen y se van hasta las fronteras de Tlascala, llegaron algunos nobles de Huajuta y Cuahutichan á noticiarle que todas las fuerzas mejicanas marchaban contra ellos, y preguntarle si les permitiria que mandasen sus mugeres, sus hijos y sus muebles á la sierra; ó si llevarian sus familias y sus alhajas á donde él estaba, porque temian que cayesen en manos de los enemigos.

Cortés les respondió en nombre del rey, su ahijado y su predilecto : Que tuviesen ánimo; que no habia por qué tuvieran miedo; que deja-

ran quietas en sus casas á sus mugeres; que no abandonasen sus hogares, sino que permaneciesen en ellos pacíficamente; y que él se alegraba de que los enemigos se acercaran, pues así verian como él los trataba cuando los tuviera á las manos.

Los de Méjico no fueron á Huajuta, como se habia creido; pero Cortés les salió al encuentro luego que supo donde estaban. La fuerza que lo acompañaba se componia de doce caballos y doscientos Españoles, con dos piezas de artillería y muchos Indios de Tlascala.

Cuando se encontró con los enemigos, les embistió con ímpetu y denuedo; pero no les hizo mucho estrago, porque huyeron precipitadamente á la laguna y se embarcaron en sus canoas.

Cortés que habia entrado en Tezcuco de una manera hostil, supo granjearse el afecto de sus habitantes, y se defendió y defendió á sus aliados de todo el poder de los Mejicanos, ansiosos de vengarse de él y del rey cristiano que habia hecho elegir.

Cortés, juzgando aquel lugar conveniente para echar sus bergantines al agua, envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascala, luego que supo que estaban construidos, para que los trasportara; pero cuando llegó á las fronteras de la provincia, encontró ocho mil Indios que los llevaban ya al hombro á piezas, con todo lo necesario para su aparejo.

Iban escoltados por veinte mil guerreros, y mil Tamemes que les servian de acémilas para los víveres.

Chichimecatetl, guerrero famoso entre los Indios y capitan de mil hombres, mandaba la retaguardia, mientras Tupititl y Teutecatl, nobles de cuenta, abrian la marcha con una vanguardia de diez mil hombres.

Los Tamemes ocupaban el centro con los que llevaban los bergantines y su aparejo.

Delante de los dos capitanes de la vanguardia iban cien Españoles con ocho caballeros. Seguian despues Gonzalo de Sandoval y lo restante del ejército.

Así emprendieron su marcha á Tezcuco con una maravillosa algazara de lenguas y gritos, en cuya confusion se oya frecuentemente repetir: —¡Cristianos! ¡Cristianos! — ¡Tlascala! ¡Tlascala!—¡España! ¡España! ¡España!

Luego que llegaron á Tezcuco, entraron con muy buen orden al son de cajas y añafiles y de otros instrumentos, habiéndose engalanado con sus mejores atavíos y sus penachos. La entrada duró seis horas, y en ese tiempo no pasó cosa alguna que no fuese digna de admiracion, y que no recrease á los Españoles.

Cundió por todas partes la noticia de la llegada de las nuevas tropas auxiliares y de los bergantines, y muchas provincias fueron á someterse á Cortés, unas por temor de que les desvastaran su territorio, otras por el odio que tenian á los Mejicanos. Cortés juntó así una fuerza considerable, compuesta de sus Españoles y de los Indios amigos; y su corte en Tezcuco no era inferior á lo que antes habia sido la de Montezuma en Méjico.

Tezcuco fué el arsenal donde acabó sus preparativos para el sitio de Méjico con tan grande priesa, y se proveyó de escalas para subir al asalto, y de las demas cosas necesarias á la toma de la capital.

Estando ya hitos y aparejados los bergantines, mandó abrir un canal de media legua de largo, al cual dió doce pies de anchura y otros doce de profundidad.

Esta obra costó cincuenta dias, aunque se emplearon en ella cuatrocientos mil hombres que trabajaban todo el dia.

La ciudad conserva la gloria de tamaña empresa, y si bien su vecindario ha mermado mucho de lo que entonces era, la fama del canal se mantiene todavía sin menoscabo.

Acabado el canal, dispuso que calafatearan los bergantines con estopas y algodon. Algunos autores dicen que, á falta de sebo y aceite, se sirvieron de grasa humana, no porque Cortés permitiera que se matasen hombres con ese fin, sino porque, habiendo tantos muertos de resultas de las continuas escaramuzas y salidas con que los de Méjico querian impedir los trabajos del sitio, y estando acostumbrados los Indios á sacrificar hombres á sus dioses, abrian los cadáveres y les sacaban la grasa que aplicaban entonces á ese objeto.

Luego que los bergantines estuvieron en el agua, Cortés pasó muestra á su gente. Tenia novecientos Españoles, ochenta y seis eran de á caballo, y ciento diez y ocho estaban armados de ballestas, y arcabuces, los demas de espadas,

dagas, picas y halabardas, con coseletes y cotas de malla.

La artillería llevaba tres piezas gruesas de hierro, y quince de menor calibre de hierro colado, con ochocientas libras de pólvora y gran cantidad de balas. Los Indios auxiliares que seguian el partido de los Españoles eran cien mil, todos guerreros y amigos fieles de Cortés.

El dia de la Pentecostes se acamparon los Españoles en la llanura que está al pié de la sierra, y de que ya hemos hablado, donde Cortés dividió su ejército en tres tercios, á cada uno de los cuales dió su cabo.

Puso á Pedro de Alvarado primer cabo á la cabeza de treinta caballos y ciento setenta infantes españoles, que iban acompañados de treinta mil Indios y de dos piezas de artillería, y le mandó ir á acamparse á Tlacopan.

Nombró segundo cabo á Cristoval de Olid, y le dió treinta y tres caballos, ciento diez y ocho infantes españoles, dos piezas de artillería y treinta mil Indios con orden de ir á apostarse en Culhuacan.

Al tercer cabo Gonzalo de Sandoval entregó veinte y tres caballos y ciento sesenta infantes españoles, dos piezas de artillería y cuarenta mil Indios, dejando á su arbitrio la eleccion del lugar, en que le pareciera mas conveniente ir á situarse.

Montó un cañon y embarcó seis arcabuces á bordo de cada bergantin, nombró los capitanes que debian gobernarlos, y les dió veintitres

Españoles escogidos de propio intento, reservándose para sí el mando general de la flota.

No dejó esta última disposicion de provocar las murmuraciones de algunos de los principales del ejército, que pensando correr mas peligro donde los ponia, le intimaron so color de consejo y ruego que no se embarcara y siguiera con el cuerpo de la batalla.

Pero Cortés no hizo cuenta de lo que le decian: porque, si bien podia haber mas riesgos para ellos, importaba mucho mas á su cuidado dirigir la guerra en el agua, práctica nueva para sus gentes, que ordenar la campaña por tierra, cosa á que estaban acostumbradas.

Esperaba ademas hacerse dueño de Méjico por medio de sus bajeles, y en efecto empezó quemando la mayor parte de las canoas de la ciudad, y redujo las otras al último trance, de suerte que de nada servian á los Mejicanos, y él los incomodaba tanto, que se vieron en mas aprieto con los doce bergantines de Cortés que con todos los tercios de su ejército.

¡Cuan grande no debia ser Tezcuco entonces, cuando bastó para todos los aprestos del sitio de Méjico por agua y tierra! ¡Cuan rica y abundante ciudad que mantiene ademas de sus habitantes, que de nada se privan, mas de cien mil Indios y novecientos Españoles!

Las reflexiones que nos sugirió la antigua grandeza de aquel pueblo nos ocuparon todo lo restante del camino hasta nuestra llegada á Méjico.

Y verdaderamente el contraste de lo que ha-

bia sido con lo que era ya debia dar materia á profundas y serias conversaciones. La gran Tezcuco no pasaba de una corta poblacion, residencia de un gobernador, enviado por la corte de España, con jurisdiccion sobre todo el territorio de la provincia hasta las fronteras de Tlascala y Guacocingo. Todo el distrito con sus villas y lugares, aunque en aquel tiempo tenia su rey, no puede rendir ahora mas de mil ducados de renta al gobernador.

En la misma ciudad no pasan de ciento los Españoles que la habitan, con unos trescientos Indios, y todas sus riquezas se reducen á las verduras y frutas de sus huertas que todos los dias mandan á Méjico en sus canoas.

Tambien sacan algun dinero de sus cedros que trasportan para la construccion de los edificios de la capital; pero en la actualidad hay alguna escasez, por la profusion con que los han empleado los Españoles en sus soberbias casas. El mismo Cortés fué acusado por Panfilo de Narvaez de haber empleado seis mil troncos de cedro para las vigas de su casa.

Habia vergeles antiguamente en Tezcuco, donde se contaban mil cedros que les servian de vallado al rededor de su recinto : algunos de ellos tenian veintiseis pies de alto y doce de grueso. Ahora apenas hay cincuenta en los jardines de mas estension.

Al salir de la llanura, pasamos por Megicalcingo que era en otro tiempo una ciudad considerable; en el dia no tiene mas de cien habitantes. De Megicalcingo fuimos á Güetlavac, pue-

blecito reducido, pero muy agradable por las arboledas de frutales, los jardines y las hermosas casas de recreo que han construido los habitantes de Méjico, de donde no dista mas que algunas dos leguas y media, y al cual se va por una calzada que atraviesa por medio de la laguna.

Por allí entramos en la hermosa y célebre capital de la Nueva España el dia 3 de octubre de 1625. Paramos en una casa de recreo, situada entre jardines en el camino que va á Chapultepec: se llama San Jacinto y pertenece á los Domínicos de Manila. Permanecimos en San Jacinto hasta pasada navidad, que era el tiempo en que nos debiamos embarcar en Acapulco, puerto distante de Méjico ochenta leguas en la mar del Sur, para pasar á Manila, que es la capital de las islas Filipinas.

CAPITULO XIV.

Cuenta el Autor algunas particularidades del clima y de los alimentos del pais, las cuales sirven de entrada para la descripcion de la grande y famosa ciudad de Méjico tal cual estaba en tiempos pasados, y como se hallaba despues, con especialidad en el año de 1625.

Cautos y prudentes han andado los religiosos y Jesuitas de Manila y demas conventos de las islas Filipinas, en procurarse casas de campo y jardines en las cercanías de Méjico, para hospedar á los misioneros que van de España todos los años. Porque, si no hallaran estos un lugar cómodo donde poder descansar y reponerse de las fatigas de un viage tan largo, y tuvieran que encerrarse en los conventos de Méjico, sometiéndose á la rigorosa austeridad de su regla, no hay duda que se arrepentirian pronto de su primera resolucion, y costaria trabajo el hacerles ir adelante y arrostrar los peligros y molestias de otra navegacion en la mar del Sur. Ade-

mas es probable que harian lo posible por volverse á Europa, ó se quedarian escondidos en América, así como lo hicimos cinco de mis compañeros y yo, á pesar de la repugnancia del padre Calvo, y de los que estaban encargados de nuestra *conduccion*.

A fin pues de que los recien llegados de España que se deben embarcar en Acapulco para las Filipinas, disfruten, durante su mansion en América, de las satisfacciones y regalos que pueden aliviar sus fatigas y convienen á su estado, como tambien para que los de la ciudad de Méjico, que siempre tienen envidia á los que pasan al Asia, no los desanimen y seduzcan, han comprado los Jesuitas y las demas órdenes esas casas de recreo que no dependen de los conventos de la Nueva España, sino de los provinciales de Filipinas, los cuales envian sus vicarios, para gobernar á los religiosos y cuidar del reparo y buena administracion de sus haciendas.

La de San Jacinto, como hemos dicho, pertenecia á los frailes de Santo Domingo: allí pues nos llevaron, y permanecimos durante una temporada de cinco meses, sin hacernos falta cosa alguna de cuanto podia servir á nuestras recreaciones ordinarias y darnos fuerzas para emprender nuestra segunda navegacion.

Los jardines y huertas que dependian de la hacienda, contenian cerca de ocho fanegas de tierra, separadas por calles hermosas de limoneros y naranjos. Habia con abundancia granadas, higos y uvas, con piñas de América, zapo-

tes, chicozapotes y todas las demas frutas de Méjico.

Las berzas, ensaladas y cardos de España que se vendian, producian todos los años una renta considerable: pues todos los dias se enviaba una carreta cargada á la plaza de Méjico; y no como se quiera en esta ó la otra estacion, como en Europa podria suceder, sino en todo tiempo: porque allí no se conoce el invierno y el verano por la diferencia del frio y del calor; antes bien reina todo el año la misma temperatura, no distinguiéndose el invierno del estío por las heladas ni las nieves, sino por los aguaceros.

Gozábamos de estas delicias fuera de la casa, mientras en lo interior nos regalaban con toda clase de pescados y viandas, causándonos maravilla la abundancia de los dulces, y sobre todo de conservas de que habian hecho acopio para nosotros. Durante el tiempo de nuestra permanencia, nos llevaban á cada uno todos los lunes por la mañana media docena de cajas de codoñate ó carne de membrillo, mermelada, jalea y frutas en almibar por no hacer mencion de los bizcochos, para que fortaleciéramos nuestros estómagos, tomando un *tente en pie* por la mañana y lo restante del dia. Y á decir verdad, bien lo habiamos menester, porque sentiamos que nuestros cuerpos se desfallecian, si pasábamos mucho rato sin comer alguna friolera. En España y en las demas partes de Europa basta hacer el almuerzo, la comida y la cena, y á veces puede resistirse con una buena comida ó una buena cena todas las veinticuatro horas; pero en Mé-

jico, y otros muchos parajes de América, obsérvamos que dos ó tres horas despues de haber hecho una comida, en la cual nos habian servido tres ó cuatro platos de carnero, vaca, ternera, cabrito, pabos y otros aves y animales de caza, no podiamos estar de debilidad de estómago, y casi nos caiamos de desmayo, de modo que nos vejamos precisados á confortarnos y reponernos con una jícara de chocolate, un poco de conserva ó algunos bizcochos, para lo cual nos daban tanta cantidad.

Pareciame todo eso muy estraño, y con tanto mas motivo cuanto que, escepto la vaca, las demas viandas tenian trazas de ser gordas y suculentas como las de Europa. Consulté mis dudas con un médico, el cual me respondió: Que, si bien las carnes que comiamos ofrecian á la vista el hermoso color y la gordura de las de España, no obstante estaban muy lejos de ser tan propias para el nutrimento como las de allende la mar, á causa de la sequedad de los pastos y de la falta de cambio en la temperatura de las estaciones, no medrando la yerba como en Europa, y marchitándose muy pronto. Añadió á esas razones: Que el clima de aquella region tenia la calidad de producir cosas buenas en la apariencia, pero de poca sustancia para alimentar; que lo mismo que con las viandas que comiamos, sucedia con todas las frutas, que son tan hermosas á la vista y tan gratas al paladar, pero de ninguna virtud nutritiva por dentro; y que no hay ninguna de cuantas veiamos, por gruesa que fuera, la cual pudiese dar la mi-

tad de la sustancia que contiene una camuesa de España ó una manzana de las mas pequeñas de Inglaterra.

Como hay engaño en la apariencia esterior de las carnes y de las frutas, así se halla entre las gentes nacidas y criadas en aquel pais, las cuales muestran un esterior hermoso por de fuera, mas por dentro están llenas de disimulo y falsedad.

Muchas veces he oido á los Españoles que la reina Isabel de Inglaterra respondió á unos que les presentaron varias frutas de América: « Menester es que en el pais donde se crian estas frutas, las mugeres sean mudables y los hombres embusteros. »

Pero dejo á parte las razones que podrian alegarse en semejante materia, y me contento con escribir lo que yo he notado por mi propia esperiencia. Mi estómago me pedia sin cesar alimento, y toda la inmensa variedad de manjares que se devoran en aquel pais, no bastaba á satisfacer muestro apetito sino nuestra necesidad. Por fortuna siempre cuidaban de tenernos bien repuestos los armarios, aunque de golosinas y fruslerías.

Tampoco, cuando se nos antojaba ir á Méjico, se oponian á nuestro deseo, y nos agradaba mucho salir por la mañana, pasar el dia en la ciudad y luego volvernos al anochecer á nuestra casa. Ese paseo lo dábamos por debajo de las arcadas que sostienen un aqueducto de tres millas de largo, por donde va el agua desde Chapultepetl hasta la ciudad de Méjico.

Ahora voy á hacer la descripcion de aquella capital: ruego al lector que tome á bien cuanto he sabido durante cinco meses no menos acerca del estado en que está al presente, que del estado en que se hallaba en otro tiempo.

CAPITULO XV.

Situacion de Méjico. Descripcion de la Laguna de Méjico, y de las diferentes aguas de que se compone, con algunas circunstancias notables sobre este punto.

La situacion de Méjico es poco mas ó menos semejante á la de Venecia: la única diferencia que hay entre una y otra ciudad es que Venecia está edificada en la mar, y Méjico en un lago.

El lago, llamado la Laguna de Méjico, no presenta mas que una superficie unida; pero se divide en dos partes una de agua estancada y tranquila, y otra sujeta á flujo y reflujo segun el viento que sopla.

En la parte sosegada, el agua es dulce, buena, saludable, y lleva gran multitud de peces; mas en la que tiene flujo y reflujo, es salobre y amarga, no criándose en ella especie alguna de pescado grande ni pequeño.

El agua dulce está mas alta que la otra, y cae dentro de ella, sin volver atrás como algunos se han imaginado.

La parte salada tiene siete leguas de largo y otras tantas de ancho, y mas de veinte de circuito : la parte de agua dulce es igual en dimension, de manera que toda la laguna boja sobre cincuenta leguas á la redonda.

Las opiniones de los Españoles acerca de aquellas aguas y de los manantiales de donde provienen son muy diversas entre sí. Segun unos, no tienen mas que una fuente que nace en una sierra grande y elevada que se ve al sudoeste de Méjico, y el gusto salobre de la mitad de la laguna resulta de que la tierra que le sirve de fondo está llena de sal.

Y sea que esa opinion se asiente en la verdad ó que no tenga fundamento, la verdad es y yo lo he visto por mí mismo, que todos los dias se saca mucha sal, y que este artículo forma parte del comercio de la capital con lo restante de la provincia, y hasta con las islas Filipinas, á donde todos los años trasportan una gran cantidad.

Segun otros, la laguna tiene dos orígenes : el agua dulce viene de esa sierra puesta al sudoeste de Méjico, y el agua salada de una cordillera elevadísima mas á la parte de tramontana. Pero estos no dan razon de la salobridad del agua y piensan que tal vez se debe atribuir á la continua agitacion que esperimenta con su flujo y reflujo, si bien semejante fenómeno carece de la regularidad de las marcas del océano, y sigue solamente el ímpetu de los vientos, que á veces

revuelven el lago de tal manera que la misma mar no es mas tempestuosa.

Si empero fuese cierta esa esplicacion, ¿por qué no habian de producir los vientos el mismo efecto en la parte dulce de la laguna? Yo creo pues que, aun cuando tengan esas aguas dos fuentes distintas, la causa de la salobridad de la mitad de ellas es la tierra mineral y salitrosa de las montañas por donde pasa: Así arranca al bajar una porcion de sal, la cual se disuelve en su curso y le comunica esa calidad que la diferencia.

Yo he visto una cosa igual en la provincia de Guatemala, donde hay cerca de un pueblo llamado Amatintla, una laguna, cuyas aguas no son enteramente dulces sino algo saladas, y salen de una *montaña ardiente* ó de un volcan. El fuego del volcan procede de las minas de azufre que hay en sus entrañas, y de ellas nacen tambien cerca del pueblo dos ó tres fuentes de un agua mas que tibia, á donde van á bañarse muchas personas, por la fama que han adquirido de ser muy provechosas para todos los que necesitan tomar aguas azufradas. Estas aguas pasan por medio de una mina de azufre, y sin embargo las de la laguna que salen de la misma montaña tienen la propiedad de cubrir de sal la tierra de las cercanías, de modo que las gentes pobres van todas las mañanas á recoger la que se encuentra en la orilla como si fuera una helada.

Hay en tercer lugar otros que piensan que el agua salada de la laguna de Méjico viene de la mar del Norte que atraviesa la tierra, y que si

bien los arroyos, fuentes y manantiales que salen de la mar, pierden su salobridad á causa de la filtracion, esta puede conservarla por la mucha cantidad de minerales con que se mezcla al paso, ó porque no es tanta como debiera ser su filtracion, en razon de las grandes concavidades de las montañas, que en América son muy huecas: como lo demuestra la esperiencia con los terremotos, mucho mas frecuentes allí que en Europa; porque los vientos, encerrados en esas cavidades, hacen temblar la tierra para salir. Así pues las anchas aberturas de aquel suelo no ofrecen al agua la estrechez de que ha menester para dulcificarse, y por eso retiene la sal que ha sacado de la mar.

Pero sea de esto lo que quiera, la verdad es que no hay otro lago conocido semejante á la Laguna de Méjico, en donde se junten el agua dulce con el agua salada, y donde haya una parte que lleva peces y otra al lado que no los cria.

En otro tiempo habia alrededor de la Laguna cerca de ochenta ciudades, algunas de cinco mil familias y otras de diez mil, entre las cuales se contaba Tezcuco, que como he dicho ya, no cedia á Méjico en grandeza.

Mas cuando yo visité la Nueva España, podria haber unos treinta pueblos entre villas y lugares, la mayor parte de los cuales no tenia arriba de quinientas casas.

Dos años antes de mi salida de aquel pais, es decir, por los años de 1635 y 1636, se me aseguró que habia perecido un millon de Indios, en un trabajo que el gobierno emprendió para preservar

la ciudad de las aguas de la laguna, construyendo un malecon por medio de la sierra. El fin de esta obra era el de evitar las inundaciones á que estaba sujeta la capital, y que particularmente en 1634 fueron tan crecidas que destruyeron una gran parte de la ciudad, entraron en las iglesias edificadas en los sitios mas altos, y obligaron á los habitantes á ir en canoas de una casa á otra.

Los mas de los Indios que habitaban alrededor de la laguna, fueron empleados contra la furia de aquel elemento, y eso arruinó una multitud de lugares y aldeas, que estaban entonces á la orilla del agua y ahora están lejos, por haberle dado direccion hácia otro paraje; aunque se creia que no duraria la obra, y que el agua volveria á tomar su antiguo curso hácia Méjico.

CAPITULO XVI.

Descripcion del palacio de Montezuma, de sus armas, de sus muebles, de sus mugeres, de sus oficiales : de las diferentes funciones de estos : de las diversas especies de animales que mantenia : de los jardines, de su arsenal y de otras particularidades.

Se dice que la primera vez que entró Cortés en aquella ciudad, habia ochenta mil casas.

El palacio de Montezuma era muy grande y magnífico, llamábase Tepac en la lengua de los Indios, y tenia veinte puertas que daban salida á las calles de la ciudad.

Tenia tambien tres patios, y una fuente hermosísima en medio de muchas salas, cien estancias de veintitres y treinta pies de largo, cien baños y estufas. Y aunque en ninguna de esas obras hubiese un solo clavo, no dejaban sin embargo de ser firmes y muy sólidas.

Las paredes eran de cal y canto, y enriquecidas con jaspes y otra piedra negra con venas de

ciertos granitos encarnados como rubíes que relucian muy hermosamente.

Los techos eran rasos, y los pavimentos de cedro, de cipres y de abedul. Las habitaciones estaban pintadas y entapizadas con alfombras de algodon, pieles de conejo y plumas.

Las camas empero no correspondian á tanta magnificencia, porque eran muy sencillas y semejantes á las que usan todavía los Indios mas acomodados; es decir unas mantas tendidas sobre esteras, ó sobre paja ó bien solamente las esteras.

Habitaban en el palacio imperial mil mugeres, algunos pretenden que habia tres mil, contando las doncellas, las criadas y las esclavas; pero por lo general eran hijas de los principales nobles, y Montezuma escojia entre ellas las que mas le agradaban, dando las otras á los señores y caballeros que le servian.

Los Españoles aseguran que tenia al mismo tiempo ciento cincuenta mugeres en cinta, y que las que se hallaban en ese estado, tomaban ordinariamente medicinas para abortar, porque sabian que sus hijos no podian heredar el imperio. Ademas como no era permitido á hombre alguno el ver á las mugeres del emperador, tenian un número crecidísimo de dueñas para guardarlas.

Poseia Montezuma, dentro de Méjico, á mas del Tepac ó palacio imperial, otras varias casas. Una de ellas se componia de muchas habitaciones harto cómodas, y de hermosas galerías sostenidas por columnas de jaspe que daban vista

á un jardin delicioso. En el jardin habia por lo menos doce estanques, unos de agua salada para las aves marinas, otros de agua dulce para los pájaros que frecuentan los lagos y los rios, todos con sus esclusas correspondientes para vaciarlos, y llenarlos cuando se quisiera, á fin de conservar la pulcritud de la pluma de aquellos animales con la limpieza del agua en que se bañaban; pero apenas bastaban todos los estanques para las aves del jardin: tan grande era en número, siendo tal la variedad de sus especies, y tal la diversidad de sus formas y plumages, que los Españoles no conocian la mayor parte ni habian visto antes cosa que se les pareciera.

Ocupaba el servicio de esa casa mas de trescientas personas, y cada cual tenia su empleo diferente. Unas cuidaban de limpiar los estanques; otras iban á pescar para dar de comer á las aves que se alimentan de pescado; y otras les preparaban y daban la carne, porque á cada una le daban los mismo que solian comer en libertad en los campos ó en los rios.

Varios hombres se ocupaban tambien en limpiarles las plumas; mientras otros tenian cuidado de recoger y poner á cubierto los huevos; mas su principal encargo era desplumarlas á su debido tiempo y guardar la pluma, de que hacian ricas mantas, hermosos tapices, penachos magníficos, y varias otras obras mezcladas con oro y plata.

Otra de las casas de Montezuma estaba destinada esclusivamente á las aves de presa ó caza y á las que viven de rapiña. En ella se contaban

muchas salas y estancias altas, donde mantenian enanos, jorobados y otros individuos contrahechos de ambos sexos y de todas edades, como tambien los que nacian blancos, cosa que sucedia muy rara vez. Algunos miserables estropeaban ó deformaban á sus hijos al nacer, para que los recibieran en la casa del rey, y mostraran con la deformidad de sus cuerpos la grandeza del monarca.

En las salas bajas de la misma casa, habia jaulas para aves de rapiña de todas especies, como halcones, gavilanes, milanos y otras semejantes, y entre los halcones y gavilanes se contaban mas de doce especies diferentes.

Ademas de los trescientos hombres que estaban de servicio en la casa, habia por lo menos mil halconeros ó cetreros y cazadores, á quienes se distribuian diariamente quinientos pabos para su alimento.

Mantenian allí cazadores, para guardar las fieras y animales salvajes de las salas bajas, donde habia encerrados en grandes jaulas de madera leones, tigres, osos y lobos, y toda especie de cuadrúpedos; á fin de que Montezuma pudiera decir que nada le faltaba en su casa, y todos los dias se empleaba en la manutencion de esas alimañas una cantidad inmensa de pabos, gamos, perros y otros animales semejantes.

En la misma casa se veia otra sala llena de tinajas grandes, unas con agua y otras con tierra donde tenian serpientes y culebras gruesas como el muslo de un hombre, víboras, caimanes ó cocodrilos de veinte pies de largo, y una variedad

infinita de lagartos y otras sabandijas ponzoñosas que se hallan en el agua y en la tierra.

Las culebras y demas animales venenosos se mantenian con la sangre de los hombres que inmolaban en los sacrificios, y algunos aseguran que les echaban carne humana, con que se regalan mucho los grandes lagartos y los caimanes. . . . .

Mas lo que ofrecia un espectáculo verdaderamente horrible, era la vista de los oficiales ó empleados que andaban siempre alrededor de aquellos monstruos, pisando la sangre coagulada que inundaba el suelo, y olia peor que las inmundicias de un matadero; el rugido feroz de los leones, los silbos espantosos de las culebras y víboras, y el coro infernal de los osos, tigres y lobos, cuando acosados del hambre pedian de comer. . . . .

No obstante, en ese lugar, que toda la noche parecia la residencia de los mismos demonios, en medio de los silbos, de los ahullidos y del estruendo de tantos animales, era donde diariamente dirigia al cielo sus oraciones aquel príncipe pagano; y para el efecto habia junto á la habitacion de las fieras otra sala de ciento cincuenta pies de largo sobre treinta de ancho, la cual servia de capilla, y cuya bóveda estaba cubierta de oro y de plata en hoja, y enriquecida con una gran cantidad de perlas y piedras preciosas, como agatas, cornalinas, esmeraldas, rubíes, y otras diversas joyas.

Ese era el oratorio en que Montezuma hacia sus oraciones por la noche, y en donde el diablo le

daba sus respuestas dignas sin dudas de ser proferidas en medio de la horrible algazara de tantas fieras espantosas como formaban allí el mas exacto remedo del infierno.

No faltaba tampoco á Méjico su arsenal, bien provisto de armas de toda especie, conforme á las necesidades de la guerra del pais, como por ejemplo, arcos, flechas, hondas, chuzos, dardos, mazas, espadas, escudos, y rodelas de madera forradas de cuero y doradas.

La madera de que hacian sus armas y rodelas era estraordinariamente dura, y en la punta de sus flechas embutian un pedernal con punta, á un hueco del pescado que llaman *libisa*, cuyo veneno hacia casi incurables las heridas, cuando se quedaba el arma en la parte tocada.

Las espadas eran de palo con el corte de piedra, es decir: unas trancas, en las cuales encajaban una piedra afilada; mas con ellas hacian astillas las lanzas y derribaban la cabeza de un caballo al primer tajo, cosa que parece increible.

Pegaban el pedernal á la madera con cierta cola ó argamasa compuesta de una raiz llamada *zacolt*, y de trujali, especie de arenilla menuda y blanca que mezclaban con sangre de murciélago y otros animales, formando así una almáciga tan fuerte que, despues de aplicada, no se desprendia jamas.

Ademas de esas casas, pasma el número de las quintas y alcurias que poseia solamente para su recreo, y para irse á solazar en medio de sus hermosos jardines, y en sus huertos de yerbas medicinales, y en sus arboledas de frutales.

Habia un jardin entre otros, donde se contaban mas de mil figuras de hojas y flores, trazadas con el mas esquisito primor. Montezuma habia prohibido que se cultivaran allí berzas ni otras legumbres, ó que pudiesen acudir en la plaza; porque, en su opinion como decia, era indecente que los reyes y príncipes tuvieran entre sus placeres cosas de que se sacara algun logro, pues eso pertenecia solamente á los mercaderes.

No faltaban sin embargo huertos y vergeles fuera de la ciudad con árboles frutales, ni tampoco granjas y casas de recreo en los sotos que rodeaban la laguna, hermoseadas con fuentes, canales y estanques llenos de peces de diversas especies: ni dejaba de haber dehesas y cotos con abundancia de ciervos, gamos, liebres, zorras, lobos, y otros animales de caza, á donde iba á divertirse algunas veces, de la misma manera que los señores principales de Méjico. El número de las casas de recreo de este emperador era tan grande que hay pocos reyes que tengan otras tantas.

Su guardia se componia ordinariamente de seiscientos nobles, y cada uno de ellos llevaba consigo tres ó cuatro criados, y algunos mas segun su calidad: de modo que siempre seguia la corte un cuerpo de tres mil hombres, los cuales se mantenian con las viandas que retiraban de su mesa.

En aquel tiempo habia en el imperio de Méjico tres mil señores de pueblos, con diversos vasallos dependientes de ellos; pero treinta con especialidad podian poner en pié de guerra

un ejército de cien mil combatientes cada uno.

Todos los señores iban á vivir á la capital durante una temporada del año, no atreviéndose á salir sin licencia del emperador : y cuando se ausentaban, era menester que dejaran en la corte á uno de sus hijos ó de sus hermanos en rehenes, y como prenda de su fidelidad. Por esa razon, estaban todos obligados á tener sus casas en la ciudad de Méjico, y eso hacia la corte de Montezuma muy considerable.

Ademas el emperador no necesitaba pensar en sus edificios y casas, porque estaban á cargo de ciertas poblaciones, que, en lugar de pagar tributo, tenian por pecho el construir y reparar esas casas y edificios á sus espensas, dando todos los alarifes y demas operarios que era menester, con la piedra, la cal, la madera, el agua, y todos los otros materiales que los mismos trabajadores trasportaban á cuestas.

Era tambien obligacion suya abastecer la corte de leña, siendo el consumo de quinientas cargas de hombre al dia, y algunas veces mucho mayor en invierno.

El fuego de las chimeneas del palacio del emperador se alimentaba con corteza de encina, que se estimaba como la mejor leña, porque hacia una lumbre muy buena y daba mas claridad que los troncos gruesos.

Los tránsitos de la ciudad de Méjico se dividian en tres clases de calles muy espaciosas y bellas, una de las que formaban los canales con varios puentes para cruzarlas, otra de las calzadas, ó calles de piso firme, y la tercera de

las que eran mitad de tierra para los pasajeros, y mitad de agua para los barcos que llevaban los víveres á la plaza.

La mayor parte de las casas se mandaban por dos puertas ó salidas; daba la una á la calzada y la otra al canal, donde se embarcaban para ir á los parajes que se les antojaba.

Mas, á pesar de lo cerca que el agua está de las casas, como no es buena de beber, hacen ir agua dulce á Méjico por unas cañerías ó acueductos desde un lugar que llaman Chapultepetl, distante unas tres millas de la poblacion. Al pié de la montaña de donde sale el agua, habia dos estatuas de piedra con sus escudos y sus lanzas: una representaba á Montezuma y la otra á su padre Agiaca.

En el dia hacen bajar el agua del mismo sitio, y pasa por dos conductos ó caños sostenidos sobre arcos de piedras y ladrillos en forma de un magnífico puente. Cuando uno de los conductos está sucio, toda el agua va por el otro, hasta que lo dejan limpio.

Esa fuente abastece de agua toda la ciudad, y los aguadores la venden por las calles, unos en barriles de madera, y otros en cántaros que llevan en mulas ó borricos.

CAPITULO XVII.

De la etimologia y antigüedad de Méjico, y del origen de sus fundadores, con un compendio cronológico de sus reyes hasta Montezuma.

Cuando los Españoles se apoderaron de Méjico, se dividia la ciudad en dos grandes *calles* ó barrios : el uno se llamaba *Tlatelulco,* que quiere decir isleta, y el otro *Méjico,* que en la misma lengua significa manantial ó fuente; y como el palacio del monarca se hallaba situado en ese último barrio, tomó su nombre toda la capital.

Pero el nombre primitivo de la ciudad era Tenochtitlan, voz compuesta del que dan al fruto de nopal que los Españoles llaman higo de palo, higo de tuna ó higo chumbo, y los Indios nuchtlí, y de tetl, cuya acepcion es piedra ó roca.

En efecto, los fundadores de la ciudad echaron los primeros cimientos, de la que pronto debia

ser cabeza y corte de su imperio, junto á un peñasco situado en medio de la laguna, y al pie de la roca habia un nopal, de donde viene que Méjico tenga por armas un nopal al pié de una roca, segun la etimología del primer nombre de la ciudad.

Dicen algunos que se llamó así de Tenuc, su fundador, hijo segundo de Iztacmixcotal, cuyos hijos y su posteridad fueron los primeros pobladores de toda la parte de América que al presente llamamos Nueva-España.

Otros pretenden que el nombre de Méjico trae mucha mas remota antigüedad, y que se lo dieron los Mejitis, que han sido sus verdaderos fundadores. Cítase en apoyo de esa opinion el nombre de Méjicas que hasta hoy conservan los Indios de una de las calles de la ciudad, habiendo tomado el suyo los Mejitis de su principal ídolo Mejitli, venerado entre ellos con tanto culto como el mismo Vitzlopachtli, dios de la guerra.

La opinion empero mas recibida entre los Españoles acerca de los primeros pobladores de Méjico y de la etimologia de esta palabra es: Que los Mejicanos habitaban en la Nueva-Galicia, y que de allí se derramaron por diversas comarcas el año 720 del Señor, hasta que, en 902, guiados por Meji, su general, edificaron aquella ciudad, y la llamaron de ese modo en honra de su caudillo.

Estaban separados en siete familias ó tribus, que se habian gobernado mucho tiempo á manera de aristocracía, cuando la mas poderosa de ellas, que era la de los Navatalcas, tuvo un rey,

y todas las demas se sometieron á su gobierno y autoridad.

El primer monarca que obtuvo el poder supremo así se llamaba VITZILOVITLI.

El segundo, ACAMOPITZLI.

El tercero, CHIMALPAPOCA.

El cuarto, IZCHOLAT.

El quinto, MONTEZUMA, primero de este nombre.

El sesto, ACACIS.

El séptimo, AXAIACA.

El octavo, AUTZLOL.

El noveno, MONTEZUMA II, que reinaba cuando llegó Hernan Cortés.

El décimo, CUAHUTIMOC *, que perdió la ciudad de Méjico, y con quien feneció aquel imperio.

El mas venturoso de todos esos reyes fué Izchoatl, el cual logró subyugar por medio de su primo Tlacaetlec las otras seis tribus, y formar de ellas un pueblo sujeto á la autoridad de los reyes de Méjico.

Despues de la muerte de Izchoatl, los electores, que eran seis, eligieron por rey á Tlacaetlec, como á príncipe cuya virtud tenian ya bien esperimentada; pero él rehusó generosamente aceptar esa dignidad, diciendo : Que era mejor para el provecho de la República y bien de todos que eligieran á otro. « Por mi parte, añadió, siempre estaré pronto á ejecutar cuanto fuere necesario en servicio del Estado, y sin ser rey,

* Los escritores españoles lo llaman generalmente Guatimoczin.

seguiré trabajando como hasta ahora por la prosperidad y la defensa de la patria. »

Celebróse pues nueva eleccion, y el primero de los Montezumas fué hecho rey en lugar del que no quiso serlo.

CAPITULO XVIII.

Sucinta relacion de la toma de Méjico por los Españoles.

Los reyes mas desgraciados de aquella nacion fueron los dos últimos, Montezuma y Cuahutimoc, ambos vencidos por Cortés.

El conquistador tenia preso á Montezuma en su propio palacio; mas no creyéndolo todavía á buen recaudo, lo atrajo mañosamente á la habitacion que le servia de alojamiento, y le mandó poner grillos, reteniéndolo así hasta que se acabó la ejecucion de Cualpopoca, señor de Nahutlan, ahora Almería, condenado á muerte por haber muerto ó hecho matar á nueve Españoles.

Pero la prision del monarca, ó mas bien esa última ignominia, encendió los ánimos de sus vasallos, y todos los Mejicanos se alzaron contra Cortés y los Españoles, y pelearon con ellos por

espacio de dos ó tres dias, pidiéndoles á su emperador, y amenazándolos con la muerte y los tormentos mas atroces, si no se lo volvian en libertad.

Cortés rogó entonces á Montezuma que subiera á uno de los miradores altos de la casa que estaban apedreando con la mayor furia, y que mandara á sus súbditos que se aplacasen. Así lo hizo; pero habiéndose inclinado sobre el pretil para que pudiesen oirlo mejor, le alcanzó á la sien una piedra de la lluvia que de ellas lanzaba la muchedumbre alborotada. El malhadado príncipe cayó muerto del golpe, acabando su vida á manos de sus propios vasallos, aunque contra la voluntad de los amotinados, en medio de su corte y bajo el poder de un puñado de estrangeros.

Los Indios dicen que era de la familia mas noble de toda su linea, y el mas magnífico de todos los monarcas que le habian precedido. De ahi puede inferirse que cuando los imperios llegan á la cumbre de su prosperidad, están al borde del precipicio que los devora, ó que los reinos se hallan mas cerca de mudar de señor, cuando se juzgan mas estables y dichosos. La historia de Montezuma es una leccion terrible, en que la gloria y magnificencia del monarca aparecen como presagios formidables de la ruina de un vasto imperio.

Muerto Montezuma, eligieron los Mejicanos á Cuahutimoc por emperador, y continuaron apedreando la casa de Cortés con tanta rabia, que lo obligaron á huir de la ciudad con todos los Españoles.

Despues de haberse retirado de la capital, se fortificaron en Tlascala. Cortés mandó construir diez y seis bergantines, ó diez y ocho, como otros quieren, volvió á sitiar la ciudad de Méjico por agua y por tierra, y redujo los habitantes á tal escasez de víveres, que las casas, donde amontonaban los muertos para disimular el aprieto en que se veian, estaban todas llenas de cadáveres.

Mas aunque vieron arder el palacio de su rey Cuahutimoc y la mayor parte de la ciudad consumida por las llamas ó convertida en escombros, no por eso aflojaron en la defensa, antes siguieron peleando con mayor encono, y disputando el terreno calle á calle. En todos los parajes en que podian resistir á los conquistadores, renovaban denodados el combate; cada paso era un encuentro, cada encuentro una matanza. Los canales, las calles, las casas presentaban por donde quiera montones de cuerpos muertos, y los vivos que acertaban á cruzar por medio de tantas víctimas, y que ya ni aun cortezas de árboles tenian para alimentarse, estaban tan amarillos y flacos, que inspiraban mas lástima que los que habian cesado de padecer.

Los Españoles llegaron, al cabo de muchas fatigas y á costa de sangre á la plaza del Mercado, y se apoderaron de la mayor parte de la ciudad. Aquellas maltratadas reliquias del ejército mejicano, sin embargo, aquellos hombres tan débiles y estenuados que podia decirse que solamente les quedaba el corazon, desecharon con arrogancia la paz que, despues de haberles intimado la ren-

dicion, envió á ofrecerles el magnánimo Cortés. Respondiéronle valientemente que no debia esperar aprovecharse de sus despojos, porque si la fortuna seguia siéndoles contraria, estaban resueltos á quemar ó á echar en el lago todas sus riquezas, y á pelear hasta el último trance, mientras quedara un hombre solo vivo.

Cortés, deseoso de saber lo que todavía le quedaba por ganar, subió á una torre alta desde donde podia ver toda la ciudad, y juzgó que aun resistia la octava parte. Mandó pues atacar: volvió á encenderse la lucha, y los pobres habitantes, viendo la fatalidad de su destino y no pudiendo ya mas, rogaron á los Españoles que los esterminaran de una vez á todos, para acabar con su miseria.

Otros habia junto á la orilla de la laguna cabe un puente levadizo, los cuales gritaban á Cortés que, pues era hijo del Sol, intercediera con su padre á fin de que los hiciese perecer; y despues dirigiéndose al sol mismo, le suplicaban que pusiera fin á su mísera vida, y los dejara ir á gozar del descanso que esperaban hallar junto á su dios Cuetcavatl.

Cortes, viendo la estremidad en que estaban aquellos infelices, y creyendo que al cabo se someterian, envió un mensagero á Cuahutimoc, para que le hiciera presente el estado de miseria de sus súbditos, estado que aun seria mas triste, si él no se inclinaba á la paz.

Pero, luego que el desgraciado príncipe hubo escuchado semejante propuesta, se enfureció de manera que mandó sacrificar al embajador de

Cortés en el acto mismo, é hizo dar por respuesta á los Españoles que lo acompañaban muchos palos, imitando á los suyos á que los persiguieran á flechazos y pedradas, y diciendo que pedia la muerte y no la paz.

Viendo Cortés el endurecimiento del emperador, despues de una carnicería tan grande como habian esperimentado sus vasallos, despues de tantos combates, y despues de la pérdida de casi toda la ciudad, despachó á Sandoval con sus bergantines por un lado, y él fué por otro, á fin de someter á los que pudiesen haber permanecido en las casas y demas reparos ó sitios fuertes; pero encontró tan poca resistencia que no tuvo dificultad en hacer cuanto le plugo.

Cuando se contemplaba el número crecido de los muertos que habia en las calles y en las casas, parecia imposible que aun quedaran en toda la ciudad mas de cinco mil hombres; sin embargo aquel mismo dia se contaron entre muertos y prisioneros en el combate último cuarenta mil y mas.

Los gritos, los gemidos, los llantos de las mugeres y de los niños, eran cosa muy lamentable, y no era menos triste ni menos dificil de soportar la hediondez de los cadáveres.

Aquella noche misma resolvió Cortés por su parte acabar la guerra con una sola hazaña; mientras Cuahutimoc por la suya trató de buscar en la fuga su salud, y se embarcó en una canoa montada por veinte remeros para vogar con mayor velocidad.

Al amanecer se adelantó Cortés con su gente

y cuatro piezas de artillería hácia el barrio, en donde los habitantes que se habian escapado de los reveses de la guerra, estaban encerrados como corderos en un redil. Dió orden á Sandoval y á Alvarado que iban á bordo de los bergantines, para que cerrasen el paso á las canoas de la ciudad que estaban recatadas al amparo de ciertas casas, y con especialidad para que procurasen apoderarse del emperador, y cogerlo vivo, sin hacerle daño.

En seguida mandó á lo restante de los suyos que sacaran los bajeles de Méjico, y él subió á una torre en busca del emperador, en la cual halló á Tihuacoa, gobernador y capitan de la ciudad, á quien le costó mucho reducir á que se rindiera.

Despues salió una multitud tan grande de ancianos, mugeres y niños, y con tanta precipitacion se quisieron embarcar que sumergieron los barcos, y hubo gran número de ahogados.

Cortés prohibió con penas severas á su gente el hacer mal á aquellos infelices; pero le fué imposible contener á los de Tlascala, que mataron y sacrificaron por lo menos quince mil Mejicanos, mientras los restos de sus guerreros se defendian aun desde los terrados y corredores de las casas, y desde allí veian la ruina de su patria, y la fuga de Cuahutimoc y de toda la nobleza de la ciudad embarcada con su soberano.

Entonces Cortés, habiendo hecho tirar un arcabuzazo para que estuvieran prestos sus oficiales, no tardó en tomar posesion de toda aquella inmensa capital.

Los bergantines atravesaron tambien toda la flota de los barcos mejicanos sin la menor resistencia, y abatieron el estandarte real de Cuahutimoc.

Garcia de Holguin, capitan de uno de los bergantines, percibió la gran canoa de los veinte remos, y como sus prisioneros lo confirmasen en la sospecha que le habia inspirado la mucha gente que se veia en ella, le dió caza y á poco rato logró alcanzarla.

Cuando Cuahutimoc, que estaba en la popa y se disponia á pelear, vió las ballestas de los Españoles armadas y las espadas desnudas contra él, se rindió y declaró que era el emperador. Garcia de Holguin gozoso con tan buena presa, volvió la proa y llevó su prisionero á Cortés que lo recibió con mucha reverencia.

Pero Cuahutimoc, al verse en la presencia de Cortés, echó mano á su puñal, diciéndole que habia hecho todo lo posible para defenderse y defender á los suyos, y para no verse reducido al estado en que se encontraba; y que, pues á fuer de vencedor podia hacer de él lo que le cumpliere mas á su gusto, le rogaba que le quitase la vida, insoportable para un príncipe despues de la pérdida de su imperio.

Consoló á su cautivo lo mejor que pudo Cortés, asegurándole que no corria peligro su vida, y lo llevó á un mirador, donde le suplicó que mandara á sus súbditos, que aun se resistian, el que se sometieran. Cuahutimoc lo hizo así, los Mejicanos dejaron las armas, y se dieron á partido, si bien, á pesar del gran número de los muertos y

de los prisioneros, todavía eran mas de setenta mil combatientes.

De ese modo ganó Hernan Cortés la famosa ciudad de Méjico el dia 13 de agosto del año de gracia 1521. Todos los años se celebra ese dia en conmemoracion de tan fausto acontecimiento, y se pasea en procesion solemne el estandarte real con que se ganó la ciudad.

Puede asegurarse por consiguiente que semejante conquista fué por lo menos tan señalada como la mas considerable de las victorias que la antigüedad nos presenta en sus fastos. Allí murió uno de los mayores monarcas de la América, y allí quedó cautivo uno de los mas valientes capitanes que jamas se vieran en aquellas regiones.

El sitio duró tres meses desde que los bergantines fueron llevados á Tlascala: asistieron á Cortés en su empresa cerca de doscientos mil Indios y novecientos Españoles; tuvo ochenta caballos, diez y ocho piezas de artillería, y un número igual de bergantines.

Matáronle cincuenta Españoles, y seis mil Indios aliados y seis caballos; pero la pérdida de los Mejicanos fué horrorosa: ademas de los que perecieron de hambre y de los que arrebató la peste, murieron á manos de sus enemigos mas de ciento veinte mil personas, y una parte considerable de la nobleza, que casi toda acudió á la defensa de la capital.

Habia tanta gente en la ciudad que los víveres se acabaron muy pronto, y los habitantes tuvieron que beber agua salada, alimentarse de hojas

y cortezas de árboles, y dormir entre los muertos que exhalaban tan horrible hedor que no tardó en declararse una peste asoladora.

El valor y la constancia de aquellos Indios son ejemplares. Ni el hambre, ni la fatiga, ni la fiebre, ni el mismo abatimiento pudo menguar su noble entereza. Pelearon con denuedo; se resistieron como héroes, y solo sucumbieron por mandado de su soberano.

Debe notarse que, aun cuando los Mejícanos, como los demas Indios, comian carne humana, solamente destinaban á sus festines la de sus enemigos; porque si no hubiera sido así, en el sitio de Méjico se habrian devorado unos á otros, sobre todo no hubieran quizas perdonado las personas inútiles para la guerra.

Las mugeres se hicieron famosas en ese sitio, no solo por no haber abandonado á sus maridos ni á sus padres, sino por el cuidado con que asistian á los heridos y á los enfermos, haciendo hondas al mismo tiempo, y juntando piedras que ellas tambien tiraban desde los terrados, no con menor estrago de los enemigos que el que le causaban los hombres.

La ciudad fué entregada al saqueo: los Españoles se apoderaron del oro, de la plata y de las plumas, y los Indios auxiliares tomaron las telas de algodon, y los otros muebles que pudieron salvar del incendio, quedando sujeta de ese modo con todo su poder y sus riquezas á los Españoles.

Cortés, notando que el aire de aquella poblacion era muy templado y sano, y que estaba có-

modamente situada, pensó desde luego en reedificarla y establecer en ella el asiento principal de la justicia para todo el pais.

Sin embargo antes de ocuparnos de su prosperidad actual, es menester que añadamos á lo que se ha dicho del estado de Montezuma, y de sus palacios, la descripcion de la plaza del Mercado, y la del templo que en ella habia cuando la destruyeron los conquistadores.

CAPITULO XIX.

Descripcion del Estado de Montezuma, de sus palacios, del templo y del mercado, cuando entraron los Españoles.

La conveniencia de la laguna que da vuelta á la ciudad, sugirió á los Mejicanos el pensamiento de reservar una plaza grande para que sirviera de mercado, y pudieran juntarse en ella todos los de los otros pueblos circunvecinos á comprar, vender ó cambiar sus mercaderías, cosa tanto mas facil cuanto que poseian gran número de embarcaciones muy cómodas para ese tráfico.

Se cree que en aquel tiempo surcaban las aguas de la laguna mas de doscientas mil barcas de las que los Indios llaman *acales* y los Españoles *cánoas* ó *canóas*, que son unos esquifes á guisa de artesones de tahona, construidos de una sola pieza, y unos mayores y otros menores segun el tamaño del tronco de que están hechos.

Y en verdad que ese cómputo no debe ser abultado; porque solamente en la ciudad de Méjico habia mas de cincuenta mil que de ordinario surtian de víveres la plaza, y conducian á los pasajeros que iban y volvian, cubriéndose de esos barcos todos los canales los dias de feria ó de mercado.

El mercado se llama en la lengua del pais *Tlanquintztli* : cada pueblecillo tenia el suyo para sus ventas y compras; pero los de Méjico y Tlatelulco, como de las dos ciudades principales, eran mas considerables que los demas.

La plaza del mercado en Méjico, y lo habia cada cuatro dias, se cerraba con puertas, y era tan espaciosa que contenia mas de cien mil personas, que concurrian al mercado para tratar acerca de sus géneros.

Cada oficio, ó mas bien cada especie de mercancia tenia su puesto propio, que las otras no podian ocupar.

Habia ademas un sitio destinado á las cosas que necesitan mucho espacio como la piedra, la madera, la cal, los ladrillos y otros materiales semejantes.

Entre las varias mercadurías que solian hallarse de venta, se veian diversas clases de esteras finas y de pleita, carbon, leña, y toda especie de alfarería varnizada y pintada con sumo primor; antes, estezados y pieles con pelo adobadas, y sin pelo teñidos, para hacer zapatos ó mocacines, adargas, rodelas y forros de coseletes de madera. Se encontraban tambien con pieles de diferentes animales, pellejos de pája-

ros con pluma y aves de toda especie y de tan lindos matices, que nada podia verse mas bello ni mas maravilloso.

Los géneros de mas valor eran sin embargo la sal, mantas de algodon de diversos colores y tamaños, unas para colchas, otras para cama, otras en fin para vestidos, capas y adornos de las casas.

Se admiraban tambien en aquellas ferias otros tejidos de algodon, de que todavía se sirven los Indios para sábanas, camisas, manteles, servilletas y otras piezas de lencería.

Venian al lado de esas telas otras mantas hechas de hojas de un arbol que llaman *metl*, de palma, y de pelo de conejo que se estimaban mucho, porque eran de grande abrigo; pero los cobertores mas preciados y sin duda mas ricos eran los de pluma.

Vendíase tambien en el mercado hilo hecho de pelo de conejo, con otras clases de hilos de todos colores en madejas.

La enorme cantidad de aves y pájaros que llevaban, el uso que de esos animales hacian, y la razon porque los compraban, causaban no menos admiracion que asombro, sirviéndoles la carne para su alimento, y la pluma para tejidos en que mezclaban y disponian sus formas y matices muy agradablemente.

Pero el lugar donde se reunian mas preciosidades y riquezas era el sitio destinado á las obras de oro y de plumas, donde se hallaba cuanto se podia pedir representado á lo natural con plumas de todos colores.

Los Indios eran tan espertos en ese arte, y contrahacian tan perfectamente una mariposa ú otro animal cualquiera, los árboles, las flores, las yerbas, las raices, y en fin todo lo que se les antojaba, que en verdad era muy pasmoso y admirable.

Para salir adelante con las obras mas difíciles y darles la mano que tan acabadas las dejaba, tenian los artífices indios dos calidades escelentes, la aplicacion y la paciencia. Uno de sus obreros solia pasar todo un dia sin comer, para colocar una pluma en su verdadero sitio; volviéndola y revolviéndola antes muchísimas veces al sol y á la sombra, á fin de ver como sentaba mejor y tenia el viso y los cambiantes que él intentaba darle. Así se ven pocas naciones en el mundo que tengan la paciencia de los Indios.

Su platería era hermosa, y se admiraban sus primores en las escelentes obras de fundicion cinceladas con punzones de pedernal, con que, por su parte, contribuia á enriquecer el mercado. Trabajaban aquellos plateros unas piezas en forma de platos con ocho caras y cada cara de su metal diferente, ó de oro y plata, sin que se notase soldadura de ninguna especie. Ni eran menos de admirar ciertas calderillas que salian con asas de la fundicion, como en Europa salen las campanas con sus badajos. Vaciaban ademas en moldes peces que tenian las escamas partidas de oro y plata, y papagayos que meneaban la cabeza, la lengua y las alas, y monos que hilaban ó comian frutas, ó hacian otros muchos gestos imi-

tando los animales verdaderos. Otrosi, esmaltaban con la mayor habilidad, y sabian engastar y montar toda especie de piedra preciosa.

Pero volviendo á hablar del mercado, vendian en él oro, plata, cobre, plomo, laton y estaño, aunque muy poco de los tres últimos metales.

Habia tiendas de perlas, de piedras preciosas, de conchas de diversas clases, de esponjas y otros muchos renglones de mercería.

No faltaban en aquella plaza diferentes especies de yerbas, raices y semillas, tanto para comer como para usos medicinales.

Porque los Indios tenian generalmente grande conocimiento de las plantas curativas, y hasta las mugeres y los niños alcanzaban noticia de ellas, habiéndoles obligado la necesidad á buscar las que se imaginaban con virtud de aliviar sus males, y que la esperiencia habia señalado como eficaces en la curacion de sus enfermedades.

Gastaban poco en médicos, si bien habia entre ellos algunos que se dedicaban á esa profesion, y sobre todo muchos boticarios que llevaban al mercado ungüentos, jarabes, aguas destiladas y otras drogas para los enfermos. Su panacea universal era el reino vegetal; todo lo curaban con yerbas; tenian para cada dolencia la suya, y habian adelantado tanto en el arte, que sabian el medio de matar los piojos con el zumo de una planta de especial virtud para el efecto.

La diversidad de los comestibles era infinita, y entre los mas regalados para aquellas gentes, se contaban las culebras, que vendian con la ca-

beza y cola cortadas, perros capones, ratones, ratas, gusanos ó lombrices de tierra, y aun cierta especie de tierra particular.

Esa tierra la sacaban de la laguna de Méjico, y era una especie de costra ó fango arenoso, semejante á la espuma de la mar, que en cierta sazon del año cogian con redes, reunian en grandes montones y vendian en bollos ó pastillas en forma de tabletas.

Y la tal mercancia no se despachaba solamente en la capital, sino que la enviaban á los pueblos mas lejanos, comiéndola los Indios con tanto apetito como los Europeos el queso. Ademas creian que esa espuma era el cebo que atraia tantos pájaros á aquella laguna, con especialidad en el invierno, época del año en que acudian infinitos.

Se vendian asimismo, por reses ó por cuartos, venados, cabras monteses, corzos, liebres, conejos, perros salvajes, y otros animales semejantes cogidos en la caza.

Causaba maravilla el ver la inmensa cantidad de frutas verdes y maduras que se presentaban en la plaza.

Habia entre ellas el cacao, cuyas habas son del tamaño de una almendra, y del cual hacen el brevage llamado *chocolate,* bastante conocido al presente en Europa.

El cacao no servia solamente á los Indios de alimento, sino que lo empleaban como moneda corriente. Aun ahora ciento veinte ó ciento treinta habas de cacao de las mas gruesas, ó doscientas de las menores valen un real de á ocho, y con

cuatro ó cinco compran las frutas y demas comestibles que pueden necesitar.

Tambien se encontraban colores y tinturas de diversas clases, hechas de rosas ú otras flores, de frutas, de cortezas de árboles y de cosas semejantes.

Todas esas mercancías é infinitas mas se vendian en aquella gran plaza, y en las menores que habia en distintos parajes de la ciudad. Los mercaderes pagaban por sus tiendas y puestos cierto derecho al príncipe, que, por su parte, estaba obligado á protegerlos y libertarlos de ladrones; para eso tenia ciertos oficiales que se paseaban por el mercado, á fin de descubrir á los que hubiesen hurtado alguna cosa.

En medio de la plaza habia una casa que podia verse desde todos los sitios y puestos del mercado, y en ella residian ordinariamente doce ancianos para juzgar los procesos y diferencias mercantiles.

Su comercio se hacia por medio de trueques ó cambios : uno daba una gallina por una mazorca de maiz, otro daba mantas por sal, otro, en fin, habas de cacao, que le servian de moneda, por los objetos que se queria procurar.

Los granos y semillas se median en medidas de madera; el aceite, la miel, los vinos y los licores que hacian de palma, y de otros árboles y raices, en vasijas ó medidas de tierra.

Si alguno se servia de medidas falsas, era severamente castigado y sus medidas se rompian públicamente. Así guardaban la equidad natural, aunque todavía paganos y sin conocer al verda-

dero Dios, y aunque adoraban los ídolos ó los demonios, á quienes habian dedicado templos y aras, ó, como dice el profeta David, sacrificaban á los diablos sus hijos y sus hijas.

El templo se llama, en lengua mejicana, *Teucalis*, palabra compuesta de *Teutl*, que significa Dios, y *cali*, que quiere decir habitacion ó casa: de manera que ese nombre vale tanto como habitacion ó casa de Dios.

En la ciudad de Méjico habia muchos templos con torres ó campanarios, y con adoratorios y altares, en donde estaban colocados sus ídolos.

La forma de todos sus templos era idéntica, y en ninguna parte se veia otra que se le àsemejara. Así pues bastará describir el mayor para que se pueda tener conocimiento de los demas.

El templo principal era una plaza cuadrada, cada lado de un tiro de ballesta de largo, y tenia cuatro puertas, tres de ellas que daban á tres calzadas, y la otra á un sitio en frente á una hermosa calle.

En medio de aquel cuadro se levantaba una especie de pirámide de piedra y tierra de cincuenta toesas por la basa cada lado, y cortada hácia la estremidad, en donde formaba un plano de diez toesas en cuadro.

Por la parte de occidente habia una escalera de ciento catorce gradas, frecuentada incesantemente por los ministros de su culto, que subian y bajaban con muchas ceremonias, llevando los hombres que iban á sacrificar.

En la cima del templo ó de la pirámide se veian dos altares grandes separados uno de otro,

pero tan cerca del pretil de aquella azotea, que á grandes penas podian pasar dos personas por entre el altar y la pared. El uno estaba situado á la derecha, el otro á la izquierda, y ambos á una altura como de cinco pies. La parte posterior era de piedra, y la adornaban figuras horribles y monstruosas, pintadas con un artificio feamente hermoso.

Los adoratorios ó capillas eran unos tabernáculos de cal y canto con techos de madera, todo de esquisita labor. Cada adoratorio se componia de tres estancias, puestas unas encima de otras, y todas sostenidas por columnas, de suerte que parecian torres por su encumbramiento, y servian de grande ornato á la ciudad.

Desde lo alto de los adoratorios se descubrian todas las ciudades y poblaciones que coronaban la circunferencia de la laguna, y era una de las mas nobles perspectivas del mundo.

Montezuma hizo subir á Cortés y á los otros Españoles por ostentacion á uno de aquellos adoratorios, á fin de darles á conocer la grandeza de la capital, y les esplicó toda la fábrica del templo desde los cimientos hasta el remate.

Los sacerdotes tenian un sitio privado para celebrar sus ritos misteriosos, sin que persona alguna pudiese perturbarlos en su retiro. Allí rezaban y adoraban sus deidades, arrodillados de cara al sol naciente, al pie de un altar, en donde, como en todos los demas, habia un ídolo, pero mas grande.

Ademas de la torre que se alzaba sobre la pirámide, se contaban otras cuarenta, entre gran-

des y pequeñas, dependientes de los adoratorios que ocupaban el mismo recinto, los cuales, si bien tenian la misma estructura, no miraban sin embargo hácia el occidente, mas hácia las otras partes del horizonte, para que se distinguiera de ellos el templo principal.

Los templos no eran iguales; unos eran mas grandes que otros, y cada uno estaba dedicado á un dios particular.

Entre ellos habia uno de forma redonda, consagrado al dios del aire *Quecalcovatl,* imitando en la construccion del santuario el movimiento circular del elemento á cuya divinidad estaba dedicado.

Daba entrada al templo una puerta que remedaba en su forma la boca de una sierpe, abierta y enseñando las dientes, que habian pintado como tambien las encias. Semejante vista no dejaba de inspirar horror, especialmente á los Cristianos, que veian en ese símbolo representadas las puertas del infierno.

No se reducian á los templos mencionados los *teucalis* de la capital, á los cuales se subia del mismo modo por escaleras que llevaban á tres diferentes pisos. Cada uno de esos templos tenia su dios y una casa ó convento con sus sacerdotes y todas las cosas necesarias para su servicio.

Pero en las cercanías del templo mayor habia muchas casas, donde vivia un número considerable de sacerdotes, los cuales gozaban individualmente de rentas y provechos para su manutencion y comodidades.

En cada puerta de ese templo habia una gale-

ria ó claustro, con muchas habitaciones alrededor y encima que servian de arsenal; porque pensaban los Indios que la fuerza y la defensa de un pueblo depende de la casa de Dios, y así los Mejicanos habian puesto en el templo su armería.

Finalmente, practicaban en otros edificios llenos de ídolos grandes y pequeños de diversos metales los ritos crueles de su bárbaro culto. Esas casas, que eran pequeñas y tenebrosas, parecian mas oscuras y mas hediondas por la sangre que continuamente las regaba, y con que frotaban los suelos y las paredes todos los dias que inmolaban nuevas víctimas. En las mas habia una costra de un dedo por las paredes y de un pie en el suelo, lo que hacia semejantes lugares abominables por la vista y por la peste diabólica que exhalaban.

Los ministros del culto que frecuentaban aquellos *adoratorios* no dejaban entrar á nadie, á no ser persona de calidad y á condicion de dar un hombre, que aquellos verdugos infernales degollaban, y despues de haberse lavado en la sangre sus manos, rociaban su casa y sus ídolos.

Para la comodidad de su cocina, habia un grande algibe que llenaban de agua una vez al año por medio de una cañería, que iba allí desde la fuente principal de la ciudad.

En otros sitios de aquella clausura, habia lugares donde se criaban las aves, y jardines plantados de hermosos árboles, en los cuales cultivaban yerbas y flores para adornar los altares.

CAPITULO XX.

Descripcion de las admirables y sorprendentes riquezas que se veian en el templo, y de sus abominaciones.

Tan rico era ese templo que mantenia y acomodaba dentro de su recinto á mas de cinco mil personas empleadas en él todos los dias.

Para sufragar los gastos del templo y de los que estaban empleados en su servicio, muchas ciudades y lugares tenian obligacion de proveerlo de pan, carne, pescado, y de las demas cosas que necesitaba, con particularidad de leña; porque consumia mas que el palacio mismo del emperador.

Todos los ministros del culto vivian comodísimamente, sin ocuparse de otra cosa que del servicio de sus dioses, que eran numerosos, teniendo cada cual sus ritos y ceremonias diferentes, y aun su orden de sacerdotes distinta de las que cuidaban del culto de los otros.

En efecto pasaba de dos mil el número de esas divinidades en la ciudad de Méjico: las principales se llamaban Vitzilopuchtli * y Texcatlipuca, cuyas estatuas de piedra ocupaban los altares de la cima del templo.

Su tamaño era gigantesco: estaban cubiertas de piedras preciosas, y de láminas de oro trabajadas en figura de pájaros, de fieras, de peces y de flores, y enriquecidas de esmeraldas, turquesas, calcedonias y otras piedrecillas finas, que ocultaban con una tela de muy fina fábrica llamada en lengua del pais *necar*, pero que, quitado el velo, pasmaban por su hermosura, y despedian un resplandor maravilloso.

Uno y otro ídolo tenian una cintura muy ancha de oro en forma de serpiente, y alrededor de la garganta un collar de diez corazones tambien de oro puro, y tenian una máscara con ojos de vidrio, y la estampa de la muerte pintada en el pecho.

Los Mejicanos creian que los dos dioses eran hermanos: que Tezcatlipuca era el dios de la providencia, y Vitzilopuchtli el dios de la guerra, á quien honraban y tenian sobre todos los demas.

Tenian tambien otro dios cuya imajen plantaban en el remate de los adoratorios, y lo veneraban sobre los otros con mucha singularidad.

* Los Españoles llamaban á ese Dios *Huichilobos*, nombre que pronunciado con la aspiracion gutural que entonces daban al *h*, no carecia de chiste. El otro nombre degeneró entre ellos en un apodo harto licencioso. — E.

Este dios estaba hecho de todas las semillas que crecen en aquel pais. Para fabricarlo, molian el grano y amasaban la harina con la sangre de los niños y de las doncellas, á quienes abrian el pecho con afiladísimos cuchillos para sacarles el corazon y ofrecerlo como primicias á sus divinidades.

La consagracion de ese ídolo se celebraba con grande pompa, magnificencia y muchas ceremonias, ante todos los habitantes que se agolpaban de tropel á presenciarla, y al acabar los ritos de la consagracion los devotos le colgaban piedras preciosas, panes de oro y otras joyas de igual valor.

Despues de la ceremonia, nadie podia tocar al ídolo ni entrar en su santuario, escepto los *Tlumacaztli* ó sacerdotes de su culto.

De tiempo en tiempo rompian la imagen de su dios los Tlumacaztli, y amasaban otra de la misma manera, distribuyendo á pedacitos la antigua entre los habitantes que se estimaban muy dichosos en poseer semejante reliquia, con especialidad los soldados que la creian un talisman eficacísimo para la guerra.

Bendecian tambien con diversas palabras y ceremonias, en la consagracion de esa divinidad, cierto vaso lleno de agua que guardaban religiosamente al pie del altar, para ungir al emperador en su coronacion, y bendecir á los generales de sus tropas al entrar en campaña, dándoles á beber una poca.

Fuera del templo y en frente de la puerta principal, como á la distancia de un tiro de pie-

dra, habia una especie de teatro mas largo que ancho, construido de cal y canto, y con gradas para subir, y entre piedra y piedra de la pared se veia una calavera con los dientes hácia la parte esterior ¡ espectáculo odioso !

En lo alto del teatro habia setenta estacas á cinco ó seis pies unas de otras, las cuales tenian diversas ganchos de arriba á abajo sostenidos con ciertos puntales, y en cada gancho paraban cinco ó seis cabezas de hombre ensartadas por las sienes.

La primera vez que los Españoles entraron en la ciudad de Méjico como amigos, antes de la muerte de Montezuma, visitaron todos aquellos sitios, y dos de ellos llamados Andres de Tapia y Gonzalo de Umbria, habiéndose entretenido en considerar las cabezas que estaban ensartadas en esos ganchos y en las escaleras, contaron ciento treinta y seis mil.

Las demas torres estaban llenas, de suerte que el número era casi infinito, y habia gentes particularmente encargadas de recojer las cabezas que se caian ó de poner otras en su lugar, á fin de que siempre estuviera completo.

Pero lo mas notable y lo que dejaba mas atónito era que esos despojos pertenecian á los prisioneros que habian hecho á sus enemigos los Mejicanos, y que habian sacrificado en aquel templo. El templo, sus torres y todas sus abominaciones vinieron al suelo, y se convirtieron en cenizas y escombros, cuando los Españoles se apoderaron de la ciudad.

Por desgracia cayeron tambien entonces, y se

convirtieron en montones de ruinas con los demas templos y adoratorios, todos los palacios, las quintas y los jardines de Montezuma, la plaza del Mercado y cuanto podia haber conservado la memoria de la grandeza y de la magnificencia de la antigua Méjico.

Pero Cortés considerando la reputacion de aquella capital, y la autoridad que sus señores habian ejercido siempre en las ciudades y tribus vecinas, y conociendo la comodidad de su asiento, la hizo reedificar de nuevo, y la repartió entre los conquistadores, despues de haber señalado solares para las iglesias, los mercados, la casa de ayuntamiento, y los demas parajes necesarios para el público.

CAPITULO XXI.

Del repartimiento que hizo Cortés entre los conquistadores, de los principales palacios y barrios de la ciudad de Méjico, del terreno que destinó para casa de ayuntamiento, iglesias, y otros edificios públicos, y del estado presente de esa gran capital y sus cercanías.

El primer cuidado de Cortés fué separar á los Españoles de los Indios, y estableció sus habitaciones á la una y á la otra parte del agua, de modo que como aun hoy se ve pasa por entre los dos distritos.

Prometió á todos los que fueran naturales de la ciudad ó quisieran ir á establecerse en ella, terreno para edificar, dándoles la propiedad para ellos y sus descendientes, con otros muchos privilegios, y franquicias, á fin de atraer por ese medio mayor número de personas para poblar la capital.

Puso al mismo tiempo en libertad á Gitivaco general de las tropas mejicanas, y le dió una calle entera, nombrándolo cabeza de todos los Indios de la ciudad.

Dió asimismo otra calle á don Pedro Montezuma, hijo del difunto emperador, con ánimo de ganarse con esas dádivas y su generosidad el afecto y los aplausos del pueblo.

Distribuyó algunas otras calles é isletas entre varios nobles y señores de cuenta, para que edificasen y pudiesen habitar en su propiedad. Así quedó el terreno repartido, y todos empezaron á construir con mucho alborozo y con una diligencia increible.

Tan luego como cundió por todas aquellas comarcas que se reconstruia la ciudad de Méjico, se agolpó tal muchedumbre á ponerse bajo la proteccion de Cortés, y disfrutar la libertad y fueros que habia concedido á los pobladores, que era un asombro el ver las avenidas de gente que cubrian todos los caminos, ocupando el concurso de hombres y mugeres que se llegaron á juntar un espacio de tres millas de circuito.

Mas como trabajaban mucho y se alimentaban mal, enfermaron muchos, y no tardó en declararse una peste que devoró una infinidad de Indios: porque sus tareas eran tanto mas penosas cuanto que tenian que trasportar á hombros ó arrastrar la piedra, tierra, cal, ladrillos y demas materiales necesarios para edificar.

Sin embargo la ciudad de Méjico volvió poco á poco á verse en pie con cien mil casas mucho mas hermosas que las antiguas.

Los conquistadores construyeron sus casas al uso de España, y Cortés hizo edificar la suya sobre los cimientos del palacio de Montezuma. La casa de Cortés, que vale al presente cuatro mil

ducados anuales, se llama el Palacio del marqués del Valle, porque el rey de España le hizo donacion para él y sus herederos del valle de Guajaca. El edificio es tan magnífico que como hemos dicho se emplearon solamente en vigas siete mil troncos de cedro.

Los Españoles abrieron tambien hermosos canales que cubrieron con bóvedas para los bergantines de que se sirvieron en la toma de la ciudad, y aun hoy se ven todavía esos canales, que cuidan con el mayor esmero, á fin de conservar la memoria de tamaña espedicion.

Condenaron y cegaron las calles de agua que habia dentro de la poblacion, y en el mismo lugar han levantado muchas y muy buenas casas: de manera que Méjico no está ya como se veia anteriormente; con especialidad desde el año de 1634 que falta gran trecho para que el agua se acerque á donde solia llegar antes.

Las aguas exhalan á veces un vapor muy hediondo; mas á pesar de ese inconveniente el sitio es templado y sano, á causa de las montañas que lo rodean, y abunda en cuanto es necesario para la vida, por la fertilidad del suelo y la comodidad de la laguna.

Méjico es en la actualidad una de las mayores ciudades del mundo, considerada la estension que ocupan las casas de los Españoles y las de los Indios; y aun poco tiempo despues de la conquista era una de las mas hermosas de todas las Indias, y que mas florecia en armas y en letras.

Habia por lo menos antes en ella dos mil habitantes que tenian un caballo en su cuadra, y

estaban completamente armados, equipados y listos. Pero ya, como todos los Indios de los paises circunvecinos estan sometidos, y aun por la mayor parte aniquilados, con especialidad en los alrededores de Méjico, no temen los Españoles que se levanten contra ellos, y han olvidado el ejercicio y profesion de la milicia.

La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en aquella ciudad es tan grande, que no tiene ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plata formas, arsenal, municiones, ni artillería, para defenderse contra los enemigos domésticos ó estraños, creyendo los habitantes que basta San Juan de Ulúa para ampararlos contra las invasiones de las demás naciones, y no recelándose de sus contrarios en lo interior.

No obstante Méjico es una de las ciudades mas ricas del mundo en razon de su comercio, porque en la mar del norte tiene mas de veinte navíos de alto bordo que vienen de España todos los años y anclan en el puerto de San Juan de Ulúa, cargados no solamente de las mejores mercaderías de la metrópoli, sino de las de todos los otros paises de la cristiandad, que despues trasportan por tierra á la capital.

Por la mar del sur trafica con todos los parajes mercantiles del Perú; si bien hace su principal negocio en las Indias Orientales, de donde saca géneros preciosísimos de los lugares habitados por los Portugueses, y del Japon y de la China, sirviéndole de escala las islas Filipinas, á las cuales envian todos los años dos grandes galeones

ducados anuales, se llama el Palacio del marqués del Valle, porque el rey de España le hizo donacion para él y sus herederos del valle de Guajaca. El edificio es tan magnífico que como hemos dicho se emplearon solamente en vigas siete mil troncos de cedro.

Los Españoles abrieron tambien hermosos canales que cubrieron con bóvedas para los bergantines de que se sirvieron en la toma de la ciudad, y aun hoy se ven todavía esos canales, que cuidan con el mayor esmero, á fin de conservar la memoria de tamaña espedicion.

Condenaron y cegaron las calles de agua que habia dentro de la poblacion, y en el mismo lugar han levantado muchas y muy buenas casas: de manera que Méjico no está ya como se veia anteriormente; con especialidad desde el año de 1634 que falta gran trecho para que el agua se acerque á donde solia llegar antes.

Las aguas exhalan á veces un vapor muy hediondo; mas á pesar de ese inconveniente el sitio es templado y sano, á causa de las montañas que lo rodean, y abunda en cuanto es necesario para la vida, por la fertilidad del suelo y la comodidad de la laguna.

Méjico es en la actualidad una de las mayores ciudades del mundo, considerada la estension que ocupan las casas de los Españoles y las de los Indios; y aun poco tiempo despues de la conquista era una de las mas hermosas de todas las Indias, y que mas florecia en armas y en letras.

Habia por lo menos antes en ella dos mil habitantes que tenian un caballo en su cuadra, y

estaban completamente armados, equipados y listos. Pero ya, como todos los Indios de los paises circunvecinos estan sometidos, y aun por la mayor parte aniquilados, con especialidad en los alrededores de Méjico, no temen los Españoles que se levanten contra ellos, y han olvidado el ejercicio y profesion de la milicia.

La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en aquella ciudad es tan grande, que no tiene ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plata formas, arsenal, municiones, ni artillería, para defenderse contra los enemigos domésticos ó estraños, creyendo los habitantes que basta San Juan de Ulúa para ampararlos contra las invasiones de las demás naciones, y no receländose de sus contrarios en lo interior.

No obstante Méjico es una de las ciudades mas ricas del mundo en razon de su comercio, porque en la mar del norte tiene mas de veinte navíos de alto bordo que vienen de España todos los años y anclan en el puerto de San Juan de Ulúa, cargados no solamente de las mejores mercaderías de la metrópoli, sino de las de todos los otros paises de la cristiandad, que despues trasportan por tierra á la capital.

Por la mar del sur trafica con todos los parajes mercantiles del Perú; si bien hace su principal negocio en las Indias Orientales, de donde saca géneros preciosísimos de los lugares habitados por los Portugueses, y del Japon y de la China, sirviéndole de escala las islas Filipinas, á las cuales envian todos los años dos grandes galeones

ducados anuales, se llama el Palacio del marqués del Valle, porque el rey de España le hizo donacion para él y sus herederos del valle de Guajaca. El edificio es tan magnífico que como hemos dicho se emplearon solamente en vigas siete mil troncos de cedro.

Los Españoles abrieron tambien hermosos canales que cubrieron con bóvedas para los bergantines de que se sirvieron en la toma de la ciudad, y aun hoy se ven todavía esos canales, que cuidan con el mayor esmero, á fin de conservar la memoria de tamaña espedicion.

Condenaron y cegaron las calles de agua que habia dentro de la poblacion, y en el mismo lugar han levantado muchas y muy buenas casas: de manera que Méjico no está ya como se veia anteriormente; con especialidad desde el año de 1634 que falta gran trecho para que el agua se acerque á donde solia llegar antes.

Las aguas exhalan á veces un vapor muy hediondo; mas á pesar de ese inconveniente el sitio es templado y sano, á causa de las montañas que lo rodean, y abunda en cuanto es necesario para la vida, por la fertilidad del suelo y la comodidad de la laguna.

Méjico es en la actualidad una de las mayores ciudades del mundo, considerada la estension que ocupan las casas de los Españoles y las de los Indios; y aun poco tiempo despues de la conquista era una de las mas hermosas de todas las Indias, y que mas florecia en armas y en letras.

Habia por lo menos antes en ella dos mil habitantes que tenian un caballo en su cuadra, y

estaban completamente armados, equipados y listos. Pero ya, como todos los Indios de los paises circunvecinos estan sometidos, y aun por la mayor parte aniquilados, con especialidad en los alrededores de Méjico, no temen los Españoles que se levanten contra ellos, y han olvidado el ejercicio y profesion de la milicia.

La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en aquella ciudad es tan grande, que no tiene ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plata formas, arsenal, municiones, ni artillería, para defenderse contra los enemigos domésticos ó estraños, creyendo los habitantes que basta San Juan de Ulúa para ampararlos contra las invasiones de las demás naciones, y no receländose de sus contrarios en lo interior.

No obstante Méjico es una de las ciudades mas ricas del mundo en razon de su comercio, porque en la mar del norte tiene mas de veinte navíos de alto bordo que vienen de España todos los años y anclan en el puerto de San Juan de Ulúa, cargados no solamente de las mejores mercaderías de la metrópoli, sino de las de todos los otros paises de la cristiandad, que despues trasportan por tierra á la capital.

Por la mar del sur trafica con todos los parajes mercantiles del Perú; si bien hace su principal negocio en las Indias Orientales, de donde saca géneros preciosísimos de los lugares habitados por los Portugueses, y del Japon y de la China, sirviéndole de escala las islas Filipinas, á las cuales envian todos los años dos grandes galeones

ducados anuales, se llama el Palacio del marqués del Valle, porque el rey de España le hizo donacion para él y sus herederos del valle de Guajaca. El edificio es tan magnífico que como hemos dicho se emplearon solamente en vigas siete mil troncos de cedro.

Los Españoles abrieron tambien hermosos canales que cubrieron con bóvedas para los bergantines de que se sirvieron en la toma de la ciudad, y aun hoy se ven todavía esos canales, que cuidan con el mayor esmero, á fin de conservar la memoria de tamaña espedicion.

Condenaron y cegaron las calles de agua que habia dentro de la poblacion, y en el mismo lugar han levantado muchas y muy buenas casas: de manera que Méjico no está ya como se veia anteriormente; con especialidad desde el año de 1634 que falta gran trecho para que el agua se acerque á donde solia llegar antes.

Las aguas exhalan á veces un vapor muy hediondo; mas á pesar de ese inconveniente el sitio es templado y sano, á causa de las montañas que lo rodean, y abunda en cuanto es necesario para la vida, por la fertilidad del suelo y la comodidad de la laguna.

Méjico es en la actualidad una de las mayores ciudades del mundo, considerada la estension que ocupan las casas de los Españoles y las de los Indios; y aun poco tiempo despues de la conquista era una de las mas hermosas de todas las Indias, y que mas florecia en armas y en letras.

Habia por lo menos antes en ella dos mil habitantes que tenian un caballo en su cuadra, y

estaban completamente armados, equipados y listos. Pero ya, como todos los Indios de los paises circunvecinos estan sometidos, y aun por la mayor parte aniquilados, con especialidad en los alrededores de Méjico, no temen los Españoles que se levanten contra ellos, y han olvidado el ejercicio y profesion de la milicia.

La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en aquella ciudad es tan grande, que no tiene ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plata formas, arsenal, municiones, ni artillería, para defenderse contra los enemigos domésticos ó estraños, creyendo los habitantes que basta San Juan de Ulúa para ampararlos contra las invasiones de las demás naciones, y no recelándose de sus contrarios en lo interior.

No obstante Méjico es una de las ciudades mas ricas del mundo en razon de su comercio, porque en la mar del norte tiene mas de veinte navíos de alto bordo que vienen de España todos los años y anclan en el puerto de San Juan de Ulúa, cargados no solamente de las mejores mercaderías de la metrópoli, sino de las de todos los otros paises de la cristiandad, que despues trasportan por tierra á la capital.

Por la mar del sur trafica con todos los parajes mercantiles del Perú; si bien hace su principal negocio en las Indias Orientales, de donde saca géneros preciosísimos de los lugares habitados por los Portugueses, y del Japon y de la China, sirviéndole de escala las islas Filipinas, á las cuales envian todos los años dos grandes galeones

acompañados de dos buques menores, mientras vuelve de ellas al puerto de Acapulco igual número de embarcaciones cargadas. Desde Acapulco trasportan á Méjico las mercaderías del Asía, como hacen con las de Europa desde San Juan de Ulúa.

Hay tambien en aquella capital una seca, donde se fabrica la moneda de las barras y panes de plata que llevan de las minas de San Luis de Zacatecas, distante ochenta leguas de Méjico hácia la parte del norte.

Los Españoles se han adelantado todavía mas de cien leguas mas allá de Zacatecas, han sometido muchos Indios y han descubierto gran número de minas, por lo cual han tenido que fundar una ciudad que llaman la Nueva España.

Los naturales de aquellas comarcas son muy valientes y dan harto que hacer á los Españoles, que dificilmente se pueden mantener contra ellos.

Creese sin embargo que todavía irán mas lejos, hasta que hayan subyugado todo el territorio, que sin duda linda con las colonias inglesas de Virginia, y las regiones vecinas del mismo continente.

Posee tambien la capital una escelente universidad, cuyo edificio mandó construir el virey don Antonio de Mendoza.

Cuando se reedificó la ciudad, habia ya gran diferencia entre un conquistador y un simple habitante de Méjico. La calidad de conquistador era un título honorífico que no pertenecia sino á los que habian subyugado el pais, y el rey de Es-

paña les daba tierras y rentas para ellos y sus herederos; mientras los simples habitantes pagaban todos los años su pecho y contribucion por la casa en que moraban en la ciudad. .

Por ese punto de vana gloria se encuentran á cada paso en toda la América gentes que se dan por hidalgos entre los Españoles, pretendiendo todos en el dia que vienen por línea recta de alguno de los conquistadores, aunque sean mas pobres que Job. « ¡Donde está la hacienda de vuesa merced? » preguntaron á uno de esos caballeros andantes que infectan el pais. « La fortuna se la ha llevado; pero toda la adversidad del mundo no podrá llevarse una brizna de mi honra ni de mi nobleza. » Tal es la respuesta de todos ellos, cuando la vista del estrangero se queda clavada en los andrajos que tan mal cuadran á tanta soberbia.

Se ven remendones, y hasta tragineros que van á ganar su vida con media docena de mulas por los caminos, los cuales se dan por descendientes y herederos legítimos de la sangre de aquellos primeros heroes. El nombre de Mendoza ó de Guzman basta para que juren que son de la familia de los duques de Medina Sidonia ó los marqueses de Astorga. Sus abuelos pasaron los mares para conquistar la América, y han dado provincias enteras y reinos dilatados á la corona de España; pero la mudable fortuna les ha vuelto la espalda, y ahora se ven obligados á esconder, por modestia y respeto, á su ilustre sangre, algunos deslices de los gregüescos con una capa harto lampiña.

Reedificada la capital, y establecidos en ella los tribunales, magistrados y demas oficiales necesarios para la administracion del Estado, se estendió hasta las mas apartadas regiones la fama de Cortés y de su ciudad, y al punto se volvió á ver poblada de Indios. Poco tiempo despues aumentaron los Españoles su territorio, conquistando mas de cuatrocientas leguas que sujetaron al gobierno real de Méjico.

Mas puedo decir con verdad que desde entonces acá la han reedificado de nuevo los Españoles que han destruido la mayor parte de los Indios. Ni me atreveré á asegurar que haya en el dia, como poco despues de la conquista, cien mil casas de las cuales estaba habitada por los naturales la mayor parte.

Los Indios que hay ahora viven en uno de los arrabales llamado Guadalupe, que, cuando yo estaba allí en 1625, podia contar unos cinco mil habitantes. Posteriormente han perecido muchos por los malos tratamientos y las fatigas que les han hecho sufrir en los trabajos de la laguna. Así que no quedaran arriba de dos mil naturales, y como mil de los que llaman *mestizos*. Esa casta es la de los hijos de Europeo y de India, y el número es tan crecido, porque hay varios Españoles pobres que se casan con mugeres del pais, y otros que no se casan, sino que hallan medio de seducir á las inocentes Indias.

Los Españoles van cercenándoles cada dia mas el terreno en que habian labrado su habitacion, y de tres y aun de cuatro casas de Indios, construyen una hermosa y grande al uso de España,

con jardines y vergeles; por eso ahora casi todas las casas de Méjico son espaciosas y cómodas, y tienen jardin para servir de recreacion y desahogo á los que las habitan.

Los edificios son de piedra y buenos ladrillos; pero no son altos, á causa de los terremotos frecuentes que se padecen en aquel clima, y que podrian derribarlas si tuvieran mas de tres pisos.

Las calles son anchísimas; en las mas estrechas pueden ir de frente tres carrozas, y seis lo menos en las mayores, lo que da á la ciudad apariencias de mas grande que no es.

En la época de mi residencia en Méjico, se decia que el número de los habitantes españoles llegaba á cuarenta mil, todos tan vanos y tan ricos, que mas de la mitad tenian coche; de suerte que se creia por muy cierto que habia en ese tiempo en la ciudad mas de quince mil coches.

Es refran en el pais que en Méjico se hallan cuatro cosas hermosas, «las mugeres, los vestidos, los caballos y las calles.» Podria añadirse la quinta, que seria los trenes de la nobleza, que son mucho mas espléndidos y costosos que los de la corte de Madrid y de todos los otros reinos de Europa; porque no se perdonan para enriquecerlos ni el oro, ni la plata, ni las piedras preciosas, ni el brocado de oro, ni las esquisitas sedas de la China.

Realzan aun mas la natural hermosura de los caballos los harneses tachonados de piedras preciosas, las herraduras de plata, y cuanto puede hacer mas suntuoso y magnífico su aderezo.

No hay calle en ciudad alguna de la cristian-

dad que se acerque á las de Méjico en limpieza y aseo, y mucho menos en la opulencia de las tiendas que las adornan; sobre todo las platerías son dignas de admiracion por las grandes riquezas y esquisitas obras que en ellas se ven.

Los Indios y los Chinos que han abrazado la religion cristiana, y que visitan la ciudad todos los años, han acabado de perfeccionar á los Españoles en ese oficio, y estos trabajan ya con un primor admirable.

El virey que fué á la Nueva-España en 1625, queriendo enviar al rey de España un regalo digno de su magestad, mandó hacer un papagayo de oro, plata y piedras preciosas, ajustadas con tanta arte para representar la naturalidad de las plumas, que la obra sola se estimó en quince mil ducados.

En el convento de los Domínicos, hay una lámpara de plata en la iglesia, que tiene trescientos brazos ó candeleros para poner una vela en cada uno, y cien lamparitas que están unidas á los picos para poner aceite en ellas, obra tan variada, rara y perfecta, que se evalua en cuatrocientos mil ducados.

A lo que se dice de la lindeza de las mugeres, puedo yo añadir que gozan de tanta libertad y gustan del juego con tanta pasion, que hay entre ellas quien no tiene bastante con todo un dia y su noche para acabar una *manecilla* de primera cuando la han comenzado. Y llega su aficion hasta el punto de convidar á los hombres públicamente á que entren en sus casas para jugar.

Un dia que me paseaba yo por una calle, con

otro religioso que habia ido conmigo á la América, estaba á la ventana una señorita de grande nacimiento, la cual, conociendo que eramos *chapetones* (nombre que dan á los recien llegados de España el primer año), nos llamó y entabló conversacion con nosotros. Despues de habernos hecho algunas preguntas muy ligeras sobre España, nos dijo si no queriamos entrar, y jugariamos una *manecilla* de primera.

Los hombres y las mugeres gastan estraordinariamente en vestir, y sus ropas son por lo comun de seda, no sirviéndose de paño, ni de camelote ni de telas semejantes.

Las piedras preciosas y las perlas están allí tan en uso y tienen en eso tanta vanidad, que nada hay mas de sobra que ver cordones y hebillas de diamantes en los sombreros de los señores, y cintillos de perlas en los de los menestrales y gentes de oficio.

Hasta las Negras y las esclavas atezadas tienen sus joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes ó pulseras de perlas, y sus pendientes con alguna piedra preciosa.

El vestido y atavío de las Negras y Mulatas es tan lascivo, y sus ademanes y donaire tan embelesadores, que hay muchos Españoles, aun entre los de la primera clase, que por ellas dejan á sus mugeres.

Llevan de ordinario una saya de seda ó de indiana finísima recamada de randas de oro y plata, con un moño de cinta de color subido con sus flecos de oro, y con caidas que les bajan por detras y por delante hasta el ribete de la basquiña.

Sus camisolas son como justillos, tienen sus faldetas, pero no mangas, y se las atan con lazos de oro ó de plata.

Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas.

Las mangas son de rico lienzo de Holanda, ó de la China, muy anchas, abiertas por la estremidad, con bordados; unas de sedas de colores, y otras de seda, oro y plata, y largas hasta el suelo.

El tocado de sus cabellos, ó mas bien de sus guedejas, es una escofieta de infinitas labores, y sobre la escofieta se ponen una redesilla de seda; atada con una hermosa cinta de oro, de plata ó de seda que se cruzan por encima de la frente, y en la cual se leen algunas letras bordadas, que dicen versos ó cualquiera pensamiento de amor.

Cúbrense el pecho con una pañoleta muy fina que se prenden en lo alto del cuello á guisa de rebosillo, y cuando salen de casa añaden á su atavío una mantilla de linon ó cambrai, orlada de una randa muy ancha ó de encajes: algunas la llevan en los hombros, otras en la cabeza; pero todas cuidan de que no les pase de la cintura y les impida lucir el talle y la cadera.

Hay varias majas que se echan la mantilla al hombro, pasándose una punta por el brazo derecho y tirándose la otra al hombro izquierdo, para tener libres las mangas y andar con mejor garbo; pero se encuentran otras en la calle, que en lugar de mantilla, se sirven de una rica saya de seda, de la cual se echan parte al hombro iz-

quierdo, y parte sostienen con la mano derecha, teniendo mas trazas de jayanes atolondrados que de muchachas honradas.

Sus zapatos son muy altos, y con muchas suelas guarnecidas por fuera de un borde de plata, clavado con tachuclitas del mismo metal que tienen la cabeza muy ancha.

La mayor parte de esas mozas son esclavas, ó lo han sido antes, y el amor les ha dado la libertad para encadenar las almas y sujetarlas al yugo del pecado y del demonio.

Hay una infinidad de Negros y de Mulatos que se han vuelto altivos é insolentes hasta el estremo de poner á los Españoles en recelo de una rebelion, haciéndoles temer mas de una vez la posibilidad de una intentona de levantamiento por su parte.

Yo mismo he oido decir á algunos Españoles de mas piedad y mas religion que los otros, que temian la ira de Dios, y ver sujeta aquella ciudad á otra potencia, ó bien convertida en ruinas, en castigo de la vida escandalosa de sus habitantes, y de los crímenes que cometian los principales Españoles con ellos.

Temeria abusar de la paciencia del lector y ofender sus oidos, si me entretuviera en describir las particularidades de su depravada conducta. Solo diré que se ofende grandemente á Dios en esa segunda Sodoma; y que aun cuando ahora frolezcan sus habitantes y abunden en riquezas y deleites mundanos, llegará empero el dia en que serán trasegados como el heno, y se-

do de puñaladas á su manceba; y estaba mejor acompañado que Cuellar, que solamente era un mercader, lo hirió tan malamente que todos lo creyeron muerto.

En fin sucede muy á menudo en aquella populosa ciudad el ver que las limosnas y liberalidades estraordinarias hechas á las iglesias y á las casas religiosas, emanan de personas, cuya vida es tan relajada como escandalosa: sus habitantes encenagados en los placeres de todas clases, creyendo que sus pecados se ocultan y desaparecen con semejantes larguezas, enriquecen á porfia las iglesias, que son tan opulentas y estan construidas con tanta magnificencia que no se puede imaginar cosa mas grande ni mas suntuosa.

No hay mas que cincuenta iglesias parroquiales y conventos de frailes y de monjas; pero los que se ven son los mejores que yo conozco. Los techos y las vigas estan dorados; adornan columnas de marmol de diversos colores la mayor parte de los altares, y las gradas son de madera del Brasil; en una palabra, los tabernáculos son tan ricos que el menor vale veinte mil ducados.

Ademas de lo hermoso de los edificios, son infinitas las alhajas y riquezas que pertenecen á los altares como casullas, capas, dalmáticas, doseles, colgaduras, ornamentos de altar, candeleros, joyas, coronas de oro y de plata, y las custodias de oro y cristal, tesoros que reunidos valen una mina de plata, y podrian enriquecer á la nacion que se hiciera dueña de ellos.

No diré gran cosa de los religiosos y religiosas

de Méjico, sino que gozan de mucha mas libertad que la que tendrian en Europa, y que los escándalos que dan todos los dias, merecen que los castigue el cielo.

Cuando yo estaba allí, sucedió que los frailes de la Merced se juntaron á capítulo para elejir un provincial. Habian acudido los comendadores y padres graves de toda la provincia, pero estaban divididos en facciones, y sus opiniones no se podian conciliar. Se cruzaron los pareceres, siguiéronse las disputas, de las razones pasaron á las injurias, y de las palabras á las manos: el convento se convirtió en oficina de querellas, y la reunion canónica en motin. Ni se contentaron los reverendos padres con algunos pezcozones y puñadas, sino que tiraron de los cuchillos y navajas, cayendo muchos heridos en la refriega. Al cabo fué menester que el virey mediara en persona, asistiera al capítulo, y pusiera guardias hasta que salió elejido el provincial.

Es costumbre el que los religiosos visiten á las monjas de su orden, y que pasen parte del dia oyendo su música y comiendo sus dulces.

Para eso hay muchas salas ó locutorios con rejas de madera que separan los religiosos de las religiosas, y en los locutorios estan siempre puestas las mesas, para que los padres coman, divirtiéndolos ellas con su canto mientras se regalan con sus buenos bocados y escelentes tragos.

Los caballeros y las gentes del estado llano envian sus hijas á los conventos de monjas, para que las crien, y les enseñen á hacer toda suerte

de confituras, y obràs de aguja, con la música que está en alto grado de perfeccion allí, y me atrevo á asegurar que el pueblo concurre á las iglesias mas bien por tener el gusto de oir la música que por asistir al servicio de Dios.

Ademas enseñan á esas niñas á representar comedias, y para atraer mas gente á sus iglesias, las visten de ricas ropas, y les hacen recitar diálogos y pasos, principalmente en las fiestas de San Juan y de Navidad. No dejan de conseguir su objeto, porque cada iglesia tiene sus aficionados, que disputan y andan á zarpa la greña por cual es el convento donde representan mejor, hay mejor música ó visten con mas gala á las niñas.

Por último todo cuanto divierte y deleita los sentidos, abunda en la ciudad de Méjico, y aun en los templos, que deberian estar consagrados al servicio de Dios, y no dedicados al placer de los hombres.

La plaza mas considerable de la ciudad es la del Mercado, que sin tener la estension que tenia en tiempo de Montezuma, no deja de ser grande y muy hermosa.

Uno de sus lados corre en forma de pórtico ó de arcadas, bajo las cuales se puede andar en tiempo de lluvia, sin mojarse. Ocúpanlo las tiendas de los mercaderes de sedas, que presentan los surtidos mas variados, y delante de sus tiendas hay puestos de mugeres con toda especie de frutas y yerbas.

En frente de esos porches está el palacio del virey, que llena casi todo lo largo del mercado

con sus paredes, y los jardines de su dependencia.

A la estremidad del palacio del virey se halla la principal cárcel de la ciudad, edificada de buena manposteria.

Cerca de allí está la hermosa calle que llaman *la Platería*, donde en menos de una hora puede verse por valor de muchos millones en oro, plata, perlas y piedras preciosas.

La calle de *San Agustin* es tambien muy rica y agradable, en ella viven los mercaderes de seda. Pero una de las mas largas y mas anchas es la de *Tacuba*, donde casi todas las tiendas son de mercaderes de obras de hierro, acero y cobre, la cual va á juntarse con el acueducto que provee de agua la ciudad, y la llaman así porque es el camino por donde se va al pueblo de ese nombre.

Sin embargo la principal nombradía de la calle de *Tacuba* proviene mas que de lo largo y ancho de ella, de la cantidad de agujas que se fabrican en sus manufacturas, las cuales pasan por ser las mejores de todos aquellos paises.

Todavía hay otra calle que lleva gran ventaja á la de *Tacuba* por la magnificencia de las casas: hablo de la calle del *Aguila*, llamada así á causa de un ídolo antiguo de piedra con figura de águila, puesto en la esquina de la calle, donde subsiste desde el tiempo de la conquista.

En esa calle viven los mas de los caballeros, los nobles, y los magistrados de la cancillería. Tambien se ve en ella el palacio del marqués del Valle, descendiente de Hernan Cortés.

Los galanes de la ciudad se van á divertir todos los dias sobre las cuatro de la tarde, unos á caballo y otros en coche, á un paseo delicioso que llaman la *Alameda*, donde hay muchas calles de árboles que no penetran los rayos del sol.

Vense ordinariamente cerca de dos mil coches llenos de hidalgos, de damas y de gente acomodada del pueblo. Los hidalgos acuden por ver á las damas, unos seguidos de una docena de esclavos africanos, y otros con un séquito menor; pero todos los llevan con libreas muy costosas, y van cubiertos de rondas, flecos, trenzas y moños de seda, plata y oro, con medias de seda, rosas en los zapatos, y con el inseparable espadin al lado.

Las señoras van seguidas tambien de sus lindas esclavas que andan al lado de la carroza tan espléndidamente ataviadas como açabamos de describirlas, y cuyas caras en medio de tan ricos vestidos y de sus mantillas blancas, parecen como dice el adagio español: « Moscas en leche. »

El acompañamiento del virey, que algunas veces va á pasearse á la *Alameda*, no es menos brillante y fastuoso que el del rey de España su señor.

En el paseo venden gragea y dulces, y hay aguadores que dan de beber en vasos de cristales muy puro y muy limpio.

Pero acontece á menudo que esas juntas, sazonadas al principio con dulces y confites, acaban con una salsa harto agria; porque los amantes

zelosos de sus queridas, no pudiendo sufrir que otros les hablen, ni aun que se arrimen á ellas en su presencia, suelen echar mano á la espada ó al puñal, y se arrojan á los que creen sus rivales. Al instante brillan mil espadas desnudas, unos quieren vengar al muerto ó al herido, y otros se ponen de parte del que ha dado el golpe, y lo llevan sin envainar la espada á la primer iglesia, en cuyo sagrado está con tanta seguridad que el virey con todo su poder no podria sacarlo de allí para hacerle causa.

Durante mi permanencia en las cercanías de Méjico, se repitieron mas de una vez semejantes insultos, de que salia siempre alguno con la señal del furor y zelos de su rival.

No olvidaré que el agua pasa por debajo de todas las calles, y puedo asegurar que hácia la calle de *San Agustin* y en los parajes mas hundidos de la poblacion, los cuerpos á que dan allí sepultura, no quedan enterrados sino anegados: porque no se podria abrir un foso sin encontrarse con agua. Yo he visto los ataudes de algunas personas enterradas en esos sitios cubiertos enteramente de agua,Y esto es tan verdad que, si no repararan á cada instante las averías que causa en el convento de San Agustin, ya se habria sumergido todo el edificio.

Estando yo en Méjico, lo construian de nuevo, y noté que las columnas antiguas estaban tan hundidas que echaban encima otros cimientos. Sin embargo era la tercera vez que lo reedificaban, segun me dijeron, y que ponian nuevas

columnas sobre las columnas antiguas, que se habian sumergido en el agua.

La ciudad no tiene mas que tres caminos ó calzadas por donde pueda irse á ella, el primero por la parte del poniente tiene sobre milla y media de largo; el segundo por el lado de tramontâna corre tres millas; el tercero por el del medio dia (porque no hay camino por el de levante), podrá estenderse unas cinco millas, y fué por donde entró Hernan Cortés y se apoderó de la ciudad.

CAPITULO XXII.

De las frutas que se comen ordinariamente en Méjico, y se crian en los alrededores de la ciudad.

El higo de pala ó higo chumbo, que los Mejicanos llaman *nuchtli* y por el cual dicen algunos que dieron el nombre de *Tenuchtitlan* á aquella ciudad, es conocido en toda la América, y aun en España; pero en ninguna otra parte se halla con mas abundancia que en Méjico, siendo uno de los mejores frutos del pais.

Se asemeja al higo comun en los muchos granos que tiene dentro, aunque mas gruesos, y remata en una especie de cerco ó corona como la de la níspola.

Hay de varios colores, unos verdes por fuera y encarnados por dentro, que son muy sabrosos, otros amarillos de pulpa y otros pintados; pero los mejores son los blancos.

Es fruta que se conserva mucho tiempo, y refresca bien, por lo cual es muy estimada en el verano. Haylos que saben á peras, y otros que tienen gusto de uvas.

Los Españoles hacen mas caso de esa fruta que los naturales, por lo tanto la cultivan y la mejoran, que la cultura beneficia siempre la calidad de los frutales.

Se halla tambien una especie colorada, que no merece el mismo aprecio que las demas, á pesar de no tener mal gusto; pero da color de sangre, no solamente á la boca y la ropa del que la come, sino á la orina.

Los primeros Españoles que llegaron á las Indias, se asustaban, despues de haber comido esa clase de higos, al ver que orinaban sangre, y creyendo que perdian de aquel modo toda la de su cuerpo. Hubo asimismo médicos que al punto dieron en el mismo error, y mandaban remedios para contener la hemorragía, no sabiendo de qué causa procedia el color de sangre que motivaba el susto de sus enfermos sanos.

La corteza es gorda y llena de unas punchas casi invisibles; pero cuando se parte hasta la carne del higo, se desprende con facilidad, y se saca la parte que se come sin romperla.

Los Españoles se valen de esa fruta para hacer burlas á los estrangeros. Cuando quieren dar un chasco, toman media docena de higos chumbos, y los estregan con una servilleta, donde dejan sus punchas casi imperceptibles. Luego se la pone delante {el que quieren embromar, y cuando el incauto se limpia con ella la boca,

esas punchas se clavan á los labios como si los cosieran; y no es facil hablar, hasta que á fuerza de restregarse y lavarse, se van cayendo poco á poco.

La fruta que llaman en el pais *manjar blanco*, porque se parece en el sabor al manjar blanco que hacen de pechugas de capon, leche, arroz, azucar y agua de rosa, es del tamaño de dos grandes peras de invierno juntas. Su dulzura es como la de la miel, y se deshace en la boca en un agua con estremo agradable. Por dentro está llena de huesos negros de un gusto muy amargo, y los huesos tienen su cáscara cada uno y no se juntan, de modo que cuando se parte un *manjar blanco* por en medio parece un tablero de damas ó de ajedrez. Se come ó chupa la carne de esa fruta y se tiran los huesos.

Hablando de las frutas de Méjico, me seria imposible olvidar las piñas, no las de los pinos sino las piñas que llaman de América, y que son el fruto de unas plantas como las pitas y cuyas hojas pican del mismo modo que las de los cardos. Cuando las *piñas* llegan á su estado de sazon y madurez son del tamaño de los mas gruesos melones, y de color amarillo por dentro y por fuera, con la corteza en forma de escamas, y lo interior lleno de zumo, y es tan refrigerante que es peligroso comer mucho. En las Antillas y el Brasil, en las costas de Africa, en las Indias Orientales y casi en todos los parajes en que se hallan, las llaman *ananas*.

Para comerlas, suelen antes cortarlas á tajadas, y dejarlas por espacio de media hora en

agua y sal, á fin de corregir su frigidez y crudeza, y luego las ponen en agua fresca, y las sirven de ese modo.

Mas la mejor manera de prepararlas es hacerlas en dulce, y es la confitura mas delicada de todos aquellos paises.

La tierra lleva tambien uvas, aunque no fabrican vino, manzanas, peras, membrillos, melocotones, albaricoques, granadas, melones, higos, nueces. castañas, naranjas, limas y limones, y la mayor parte de las frutas de Europa, ademas del gran número de especies que nos son desconocidas.

El arbol escelente que los naturales llaman *metl*, crece en las cercanías de Méjico y prospera mucho mejor que en los demas parajes : allí lo plantan y cultivan como en Europa se plantan y cultivan las viñas. Sus hojas, de cerca de cuarenta clases diferentes unas de otras, sirven para varios usos : cuando estan tiernas, hacen de ellas conservas y dulces, y papel, hilaza, mantas, esteras, zapatos, mocacines, cíngulos, ceñidores y cordages. Sobre las hojas nacen tambien ciertas picas pequeñas, mas tan agudas y fuertes que se sirven de ellas como de sierras para cortar la madera. Sale de la raiz un jugo que parece jarabe y se convierte en azucar, cuando se hierve, pudiéndose sacar tambien vinagre, y aun vino, puesto que con él se embriagan los Indios á menudo. La corteza quemada es buena para curar las llagas y las heridas, y la goma que sudan las ramas de la cima del arbol, es un antídoto eficaz contra el veneno.

Por último nada falta á Méjico de cuanto puede hermosear una ciudad; y si los escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España y de Toscana y Lombardía en Italia, hubieran visto el Nuevo Mundo y la ciudad de Méjico, no habrian tardado en desdecirse de todo lo que han dicho en favor de aquellas tierras.

CAPITULO XXIII.

Del estado eclesiástico, político y militar de Méjico.

La ciudad de Méjico es cabeza de arzobispado, residencia del arzobispo y asiento del virey, que de ordinario lo es un grande de España.

El poder del virey se estiende á dar leyes y publicar ordenanzas, dar las disposiciones necesarias al gobierno y administracion de la justicia, y terminar las causas y diferencias que se suscitan en el pais, á escepcion de aquellas que por su gravedad é importancia parecen dignas de ser reservadas para el fallo del consejo de Madrid.

Aunque es grande el número de gobiernos, y hay diversos gobernadores en el pais, todos sin embargo están sujetos á la suprema autoridad del virey, de modo que el territorio que depende

del asiento real de Méjico tiene mas de cuatrocientas leguas.

Como los mas de los gobernadores son hechuras del virey, le hacen grandes regalos para seguir desempeñando las funciones del empleo; y el virey los recibe tambien de los que necesitan implorar su clemencia en el juicio de las apelaciones que se elevan á su jurisdiccion.

El rey de España le da todos los años, durante el tiempo de su gobierno, que por lo comun dura cinco, la suma de cien mil ducados que cobra de los fondos escusados ó del ahorro.

Aunque esté ya determinado el tiempo de los vireinatos, los que los alcanzan se mantienen con frecuencia en ellos cinco años y á veces diez mas de la concesion de su nombramiento, por medio de ricos presentes y buenos regalos á las personas que gozan de favor en la corte y á los consejeros de Indias.

Ademas de esa renta anual de cien mil ducados, el virey saca un provecho incalculable de los negocios que hace, cuando es, como suelen serlo todos, avaro y dado al monopolio; porque se apodera de las mercaderías que quiere, y ninguno puede venderlas, sino él ó aquellos á quienes él da licencia para eso.

Así lo verificó en mi tiempo el marqués de Serralvo, que se echó sobre la sal, y la cargó de un impuesto mas subido que el que habia pagado hasta entonces en todo el pais bajo el gobierno de los demas vireyes. Se cree que sacaba por lo menos un millon todos los años, tanto de los pre-

sentes que recibia como del comercio que hacia con España y las islas Filipinas.

El gobierno del marqués de Serralvo duró diez años, y en ese espacio de tiempo envió al rey de España un papagayo que valia seis millones de reales, y mas de cuatro millones al conde-duque de Olivares y á varios cortesanos, á fin de alargar su empleo otros cinco años.

Despues del virey, hay seis jueces ú oidores y un fiscal con doce mil ducados al año, y dos presidentes que con el virey juzgan todas las causas civiles y criminales.

Mas aunque obran de acuerdo con el virey, tienen facultad de oponerse á sus actos, y de no permitir que se ejecute lo que es contrario á las leyes. Con todo pocos son los que se atreverian á oponérsele, y así hace cuanto se le antoja, bastándole decir que le place hacerlo.

El poder escesivo junto con la avaricia del conde de Gelves, que era virey en 1624, y por otra parte la altanería del arzobispo don Alonso de Cerna, que gozaba de setenta mil ducados anuales, pusieron aquella ciudad á pique de perderse, y fueron causa del motin del populacho, que prendió fuego al palacio del virey y á la carcel que está al lado.

Como la historia de esa diferencia y sus efectos es curiosa, y puede servir de ejemplo á otras naciones, para que no envien á sus colonias gobernadores interesados y avarientos, ni prelados iracundos y llenos de vanidad, he creido que debia referirla, y por lo mismo doy al lector el compendio de ella en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV.

Historia memorable de una diferencia acaecida entre el virey y el arzobispo de Méjico, y del motin que ocasionó en la capital en 1624.

Se puede decír que el conde de Gelves fué en muchas cosas uno de los mejores vireyes que haya enviado la corte de Madrid á la América. Los Españoles lo llamaban el *juez severo* y el *fuego que consumia todos los ladrones;* porque entre los varios servicios que le debió el pais, se debe contar el de haber limpiado los caminos de los salteadores que antes los infestaban.

Para desempeñar ese encargo, tenia siempre en campaña partidas de caballería y oficiales de justicia que iban constantemente al alcance de los bandidos, y donde quiera que los cogian, los colgaban sin remision del primer arbol que tenian mas á la mano. Se asegura, y tal vez con razon, que, durante el tiempo de su vireinato, se

castigaron mas foragidos y ladrones que en toda la época anterior á su gobierno desde el tiempo de la conquista.

La integridad y rigor del conde de Gelves en cuanto concernia la justicia, no lo salvan de la mancha de avaricia, ni pueden cubrir los infinitos deslices á que lo arrastraba su sed de dinero, y que no llegó á conocer hasta que hubieron provocado el motin de la ciudad de Méjico, y el levantamiento de toda la Nueva-España.

Cuando no queria dar la cara en algunos negocios, se valia de otras personas, y con especialidad de un cierto Don Pedro Megía, que era el mas rico de la ciudad. Con este trató de hacerse dueño de todos los granos, y compró, por su medio, el maiz á los Indios al precio que quiso, y el trigo á los Españoles á catorce reales la fanega, valor establecido por las leyes del pais para tiempos de hambre. Ese precio no es subido si se considera la grande cantidad de oro y plata que hay en el pais; pero los hacendados y labradores se daban por contentos y se deshacian de sus granos, viendo que el año tenia apariencias de fertil, y no atreviéndose por otra parte á disgustar al privado del virey.

Así llenó todos los graneros que habia arrendado en el distrito, sin que nadie alcanzara á sospechar las razones de tan estraño acopio. El arcano duró sin embargo muy poco tiempo; porque luego que los granos que no habian podido estancar se iban acabando, y cuando la carestia aumentaba su precio, el virey y Don Pedro Megía enviaban gente con su trigo al mercado, y lo

vendian por la mitad mas de lo que les habia costado.

Empezaron entonces los pobres á quejarse, los ricos á murmurar, y toda la poblacion presentó una solicitud á la chancillería y al virey, para que de orden superior se bajara el trigo al precio señalado por las leyes que regian en la materia.

El virey, que iba á medias en el monopolio, interpretó la ley á medida de su capricho, diciendo que semejante providencia solo podia haber lugar en tiempos calamitosos de hambre y escasez, pero que en la época en que se pedia su ejecucion, lejos de notarse señales de falta en la cosecha, todo anunciaba un año mas fertil y abundante que los que le habian precedido; que los mercados y graneros estaban llenos de trigo, y que sobraba para abastecer la ciudad y todo el campo. A pesar pues de las leyes que eran contrarias á usura tan escandalosa, y de las reclamaciones del pueblo que demandaba su cumplimiento, prevalecieron esos sofismas, y Don Pedro Megía siguió vendiendo su trigo por cuenta suya y del virey.

Pero viendo el pueblo que el virey le negaba la proteccion y justicia que le debia como padre, recurrió á la Iglesia como á su madre en la persona de su arzobispo, á quien se representó la tiranía de Don Pedro Megía, que abusaba del valimiento que tenia con el virey para arruinar á los pobres, rogándole que hiciera aquella usura caso de conciencia, y que remediara el mal con las armas de la religion.

CAPITULO XXV.

Prosigue la historia de la querella entre el virey y el arzobispo, y de sus diferentes consecuencias.

Luego que el arzobispo tuvo aviso de que iban en busca suya, se retiró á la iglesia como al mejor seguro, hizo encender los cirios del altar mayor, se vistió de pontifical con la mitra en la cabeza, la cruz ó báculo arzobispal en una mano y en la otra el santísimo sacramento, y mandó abrir las puertas, creyendo que con aquel aparato y en medio de su clero, no se atreverian los ministros del virey á atropellar su persona.

Los oficiales de justicia encargados de la aprehension del prelado entraron en la iglesia, y se fueron derechos al altar mayor; se arrodillaron devotamente, rezaron ó aparentaron rezar, y despues levantándose y enderezándose al arzobispo, lo enteraron con mucha cortesía del objeto

de su espedicion, y le suplicaron que dejara el santísimo sacramento en el altar y oyera la lectura de las órdenes que llevaban en nombre del virey.

Mas el prelado les respondió que su amo estaba descomulgado, que no lo consideraba como miembro del cuerpo de la iglesia, que como tal miembro separado no tenia facultad para mandarle en el templo de Dios, y por lo tanto que, si tenian en algo la salvacion de sus almas, les rogaba que se volviesen en paz, sin violar los fueros de las iglesias con la ejecucion de un decreto del poder secular, pues por su parte no saldria de allí, si no lo llevaban á la fuerza con el Santísimo Sacramento.

El que hacia cabeza en la cuadrilla de las gentes del virey, llamado Tirol, manteniéndose derecho, leyó la orden que llevaba de apoderarse en nombre del virey de la persona de don Alonso la Cerna en cualquiera lugar, y de conducirla al puerto de San Juan de Ulúa, para ponerla entre las manos de los que debian embarcarla y trasportarla á España bajo partido de registro como reo de lesa majestad y perturbador del reposo público.

El arzobispo miró á Tirol sonriéndose, y le dijo que los términos injuriosos de que su señor se servia mas le cuadraban al que los usaba que á aquel á quien se aplicaban; que él y su valido don Pedro Megía eran los que habian alterado el reposo público y oprimido á los pobres; que por lo demas lo exhortaba á no cometer violencia alguna en la casa de Dios, no fuera que lo cas-

tigase como á Jeroboan por haber puesto las manos en el profeta cabe el altar, y que con ese ejemplo se guardase de intentar un sacrilegio en la iglesia.

Tirol, que no queria perder su tiempo, sin dejarle acabar su elocuente y sabio discurso, mandó en nombre del virey á un sacerdote que llevaba consigo espresamente, que tomara el Santísimo Sacramento de las manos del arzobispo y lo pusiera en el altar. Hecho así, el prelado se tuvo que despojar de sus vestiduras pontificales, y entregarse á Tirol, no sin muchas protestas contra aquella violacion de los fueros é inmunidades de la iglesia, y despues de despedirse de su clero que tomó por testigo del ultraje y afrenta con que lo atropellaban.

Lleváronlo con buen recaudo á San Juan de Ulúa, donde quedó preso bajo la custodia del gobernador del castillo, y poco tiempo despues lo embarcaron en un buque fletado al intento, y lo trasportaron á España para que diese cuenta de su mala conducta ante el rey y su consejo.

No tardaron mucho varios habitantes de Méjico á tener en secreto razonamientos estraños contra el virey, y á denostar la providencia que habia desterrado al arzobispo, y llegó el descaro hasta el punto que no se recataban en sus murmuraciones, antes las repetian y glosaban con mayor encono en público, diciendo injurias contra don Pedro Megía y el virey.

Esas manifestaciones con visos de amenazas no procedian solamente del descontento del pueblo, sino que por bajo de cuerda las escita-

ban los eclesiásticos, que al parecer habian jurado obediencia y fidelidad á su arzobispo, creyendo que podian en conciencia dejar de ser leales al magistrado por ser adictos á su pastor.

Durante quince dias no cesaron de inspirar la rebelion y de provocar la plebe á la revuelta, no solamente en la capital sino en los pueblos de las demas provincias. Escitaban á los Criollos, á los Indios y á los Mulatos, los cuales se sabia que llevaban muy á mal la justicia severa del virey; porque nunca sufren sin repugnancia la autoridad de los gobernadores que les envian de España, y menos la del que se muestra rigoroso.

Tirol volvió de San Juan de Ulúa al cabo de quince dias, y no bien se supo su vuelta cuando comenzaron á declararse abiertamente los sediciosos, y el fuego cundió de tal manera que se temia la ruina de aquella gran capital.

Como Tirol no ignoraba las malas intenciones que el pueblo tenia contra él, permanecia oculto en su casa, sin atreverse á salir. Pero al fin el cuidado de sus quehaceres lo forzó un dia á ir al palacio del virey, y se arriesgó á entrar en un coche, cuyas cortinillas tuvo buen cuidado de echar por todas partes. Su precaucion no pudo evitar que lo atisbaran: fueron advertidos los descontentos, y antes que hubiese entrado en la plaza del Mercado, ya habian hecho que lo siguieran cuatro ó cinco muchachos, que corrian detras gritando á voz en cuello. « El traidor Judas que ha vendido al vicario de Jesucristo. »

A esos muchachos se unieron algunos zagalones y á estos una multitud. Unos decian que

merecia que lo ahorcaran, otros que era menester matarlo á palos, y todos que era un traidor, un perro y un descomulgado.

El cochero viendo aquella asonada picó sus caballos y echó á correr á galope para desembarazarse de ella; pero la turba descreida siguió el coche á todo correr, tirándole una infinidad de piedras y gritando, y antes de que Tirol hubiese atravesado dos calles, se vió perseguido por mas de mil muchachos hijos de Españoles, de Indios, de Negros y de Mulatos.

En fin con grandes trabajos y á fuerza de correr para salvar la vida, llegó Tirol al palacio del virey, cuyas puertas hizo cerrar, temiendo el motin general que estalló pocos instantes despues.

Apenas habia entrado en Palacio y hecho cerrar las puertas, cuando se juntaron mas de dos mil personas de todas condiciones en la placa del Mercado : el número de los sublevados fué creciendo por momentos, y en breve se agolparon de seis á siete mil personas que gritaban contra él llamándolo « Judas » , y tirando barro y piedras á las ventanas del palacio.

El virey les envió á decir que se retirara cada uno á su casa, asegurándoles que Tirol no estaba ya en palacio, porque habia salido por un postigo de detras. El mensage del virey lejos de calmar á los amotinados, los encendió mas todavía; corriendo entre ellos dos ó tres clérigos ó frailes, que inflamaban los ánimos y aconsejaban á los sediciosos. No satisfechos con las demostraciones de su rencor, empezaron á derribar las

paredes y las puertas del edificio, habiéndose armado la mayor parte de picas, chuzos y halabardas, y otros de pistolas y escopetas que disparaban sin discrecion y sin inquietarse por las personas á quienes podian matar.

Lo mas estraño en aquel tumulto era el que ninguno de los principales habitantes de la ciudad se atrevia á salir de su casa, y el que los magistrados, empleados y oficiales estaban escondidos, en vez de presentarse á calmar el populacho y sostener la autoridad del virey en el trance peligroso á que estaba reducido.

Al contrario ya he oido decir á varios mercaderes que tenian en la plaza del Mercado sus tiendas : que se reian y que cuando acertaba á pasar alguno de esos señores, se iba diciendo. Que era menester dejar que aquella juventud se desahogara, que no hacian mas que vengarse del mal que les habian hecho, y que ya descubrieran la guarida de Tirol, de Megía y del que los apadrinaba, entendiéndose qué hablaban del virey.

Entre los mas exaltados se hizo notar un clérigo llamado Salazar, que no contento con haber disparado muchos tiros con su escopeta andaba corriendo en busca del lienzo de pared mas facil de demoler ó la puerta que mejor pudiera derribarse.

Habiendo reconocido que la puerta de la cárcel era la menos fuerte, la violentaron, ó bien la abrieron antes, porque los presos ayudaron á los revoltosos. El refresco de aquella gente desalmada, puesta allí por sus crímenes, dió mayor

empuje al motin, y entonces comenzaron á embestir el palacio de veras.

El virey viendo que ni sus amigos, ni los magistrados se presentaban á sostenerlo, salió al balcon de palacio con sus criados, é hizo enarbolar el pendon real, y tocar las trompetas para llamar á los habitantes á la defensa de la autoridad del rey, cuya persona representaba en aquel lugar.

Paso inutil. Nadie respondió al llamamiento, y los principales habitantes de la ciudad se mantuvieron ocultos en sus casas, sin querer esponerse por acudir á su socorro.

Luego que los sediciosos vieron tremolar el pendon real y oyeron pronunciar el nombre del rey en los balcones, gritaron: « ¡ Viva el rey! ¡ Muera el mal gobierno y mueran los Descomulgados ! »

Esas palabras libertaron á mas de cuatro de la horca, cuando don Martin de Carrillo fué á tomar informes de lo que habia pasado.

Tres horas estuvieron gritando y escopeteando á los que se asomaban á los balcones, mientras por su parte la gente del palacio se defendia con piedra y armas de fuego. Mas debe notarse que en toda la refriega no se oyó un cañonazo; porque como ya hemos dicho, no hay una sola pieza de artillería en Méjico.

Mas como la noche se acercaba, los sediciosos llevaron pez y fuego, y quemaron la cárcel y una parte del palacio con la puerta principal.

El incendio hizo salir á algunos caballeros y magistrados, que quisieron evitar la propagacion

de las llamas, y persuadieron al populacho á que apagaran el fuego y se retiraran.

Mientras cortaban el encendio, hubo varios que entraron en el palacio; unos robaron en las caballerizas del virey una porcion de los harneses riquísimos de sus caballos y mulas, y otros saquearon sus arcas, y se llevaron colgaduras y muebles de gran valor. Mayor hubiera sido el robo, si las principales cabezas no hubieran impedido el saqueo, diciendo que por aquellas alhajas podrian ser descubiertos y perderse.

Otros se dieron á buscar á don Pedro Megía, á Tirol, y aun al mismo virey; pero no pudieron tropezar con ellos, porque habian huido disfrazados.

No se pudo saber en mucho tiempo el paradero de los dos anteriores; mas el virey se disfrazó de fraile Francisco, y salió de palacio con un religioso: así atravesó la multitud, y logró refugiarse en el convento de San Francisco, donde se mantuvo todo aquel año, y donde yo lo ví al siguiente sin querer todavía presentarse en público, hasta que hubiese hecho saber al rey de España y á su consejo lo acontecido y el peligro que con él habia corrido toda la ciudad y de que solamente la habia librado un pronto remedio.

Su majestad católica y el consejo, despues de haber considerado atentamente el negocio, vieron que era de mucha gravedad y trascendencia por el mal ejemplo que podrian tomar en los otros dominios de América, donde siempre hay sobrados facciosos que no dejarian de imitar á

los amotinados de Méjico, si no se castigaba por lo menos á los mas culpables *.

Yo estaba en Méjico, cuando se instruia el proceso con mas calor, y supe todas las circunstancias principales por medio de un Franciscano que era confesor de don Martin de Carrillo. Despues de referirme varios pormenores del lance, me dijo : que si se hubiera de haber juzgado la causa con rigor, habrian sido castigados los mas de los principales caballeros de la ciudad, por no haber acudido al llamamiento del virey, cuan-

* El motin de Manila en el año de 1719 confirmó esa prevision. Don Fernando Bustamante, nombrado gobernador de las Islas Filipinas, quiso desde su llegada reformar los inmensos abusos y dilapidaciones enormes que se cometian ya en el ejercicio de las funciones civiles, ya el manejo de los caudales del rey como entonces llamaban á la hacienda pública. Los frailes sedujeron al pueblo y lo incitaron á la rebelion; el clero secular ahogó la enemistad que lo separaba de los hombres de cosquillo, y el mismo obispo se puso á la cabeza de la conjuracion. Cuando esta reventó, pereció en ella Bustamante, como un valiente y digno gobernador; su hijo fué muerto á su lado, y algunas otras víctimas señalaron con su sangre aquel dia de fanatismo y rebeldia; pero todos esos atentados se cometian gritando: ¡Viva la Fé! ¡Viva nuestro rey Felipe V! ¡Viva nuestro arzobispo! El arzobispo se apoderó del gobierno y lo ejerció hasta que la corte de España envió un gobernador, y trasladó al prelado revoltoso á otra diócesis.

Algunos años despues se urdió otra conspiracion contra don Francisco de Basco, sucesor del desgraciado Bustamante. Pero Basco, prevenido á tiempo, cortó la trama, embarcando al arzobispo, sucesor tambien del que habia acaudillado á los primeros amotinadores, y á otros cómplices. Nada se ha vuelto á saber del navío á cuyo bordo fueron conducidos, con las pruebas de su delito, el arzobispo, los oidores de la audiencia y algunos gefes militares. — E.

do fueron convocados á son de trompetas y con el pendon real.

Se contentaron buenamente con quitar á algunos jueces sus togas, si bien alegaron ellos que no se habian atrevido á salir, porque sabian que toda la ciudad se hubiera sublevado contra sus personas, si se hubiesen presentado en público.

Se indagó que los que habian tenido mayor parte en la asonada eran los Criollos, que tienen aversion al gobierno de España y cuantas autoridades les envia la corte de Madrid. Pero se supo tambien que la rebelion habia sido fomentada con particularidad por los eclesiásticos del bando del arzobispo, y si Salazar y otros tres clérigos no se hubiesen puesto en salvo, seguramente habrian ido á remar á las galeras de España, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra ellos.

De tantos como eran culpables no hubo mas que tres ó cuatro ahorcados, y esos lo fueron por los robos que habian cometido en el palacio del virey.

Y como de llevar la causa á rigor se habria seguido el tener que proceder contra la mayor parte de los habitantes de la ciudad, pues todos con accion, ó consejo, ó de cualquiera otro modo secreto, habian sido cómplices de aquel motin, inclinaron el ánimo del rey á la clemencia, y concedió una amnistía general.

La conducta del arzobispo escitó la reprobacion de la corte de España, que lo tuvo arrinconado mucho tiempo, hasta que por no malquis-

tarse con su partido, y no atizar el fuego abrigado aun entre las cenizas de los pasados disturbios, el consejo creyó oportuno darle una colocacion honrosa en el pais de su nacimiento, y lo envió de obispo á Zamora, pequeña diócesis de Castilla. Cortáronle pues las alas para que no remontara otra vez el vuelo; de arzobispo vino á ser obispo, y en lugar de tener sesenta mil escudos de renta, tuvo que contentarse con una congrua de cuatro á cinco mil escudos.

He creido que no debia omitir en mi libro la relacion de tamaño acontecimiento, porque representa el estado de Méjico entonces, y el lector puede sacar de ella las consecuencias que mas le cuadren, advirtiendo de paso cuan perniciosa es la avaricia en los príncipes y en los que gobiernan los Estados, y cuan funestas la vanidad y la destemplanza en los depositarios del poder de la iglesia.

Dada una descripcion amplia y minuciosa de la capital de Méjico tal cual se encontraba en tiempo de Montezuma y despues de la muerte de ese emperador, y de la confusion que reinaba en ella á mi llegada al pais, tiempo será ya de que salga de la ciudad, y hable á mis lectores de los lugares mas dignos de mencionarse que hay en sus cercanías: luego pasaremos á las otras provincias de América; y en seguida trataré del viage que hice á Guatemala, distante de Méjico mas de trescientas leguas, y de Guatemala á Costa-Rica y Nicoya mas de trescientas leguas todavía allende Guatemala, caminando siempre al sur.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Mencion de las provincias del Nuevo Mundo, y descripcion de los lugares mas señalados que se hallan en los alrededores de la ciudad de Méjico.

Aunque en todos mis viages por la América no habré andado mas de unas mil á mil y doscientas leguas, que no es ni la quinta parte de su estension, paréceme sin embargo que, para completar mi obra, será del caso que vaya mas allá de lo que he visto, y comience esta segunda parte con una mencion general de las provincias donde no he estado, describiendo en seguida mas particu-

larmente los lugares en que he residido por espacio de doce años, y los que he podido observar detenidamente y con aprovechamiento en los tránsitos de mis peregrinaciones.

Divídese esta parte del mundo en dos secciones principales, que son la *Méjicana* y la *Peruana*. Una y otra contienen varias regiones y diversas provincias, y de esas provincias las hay que son tan grandes como algunos reinos de Europa.

Pero siendo Méjico el imperio que comunica su nombre á la mitad de la América, y llamándose ahora Nueva-España, los reyes que lo poseen, juntan á sus demas títulos soberanos el de *reyes de las Españas* *.

La *Mejicana* contiene principalmente todos los paises que están hácia el norte, ó las provincias

* Nuestro viagero se equivoca en dar esa etimología al nombre de *Españas*, usado ya muchos siglos antes del descubrimiento de América. Los Romanos, hablando de la península occidental de la Europa, la llamaban las Españas. Como region, la dividian en *España ulterior* y *España citerior*, y segun su division civil, la llamaban despues *España Tarragonense*, *España Cartaginense*, y *España Bética* ó *Lusitana*, aunque algunos quieren que la provincia lusitana fuera desde el principio un convento independiente de la provincia bética ó andaluza. Los Godos conservan en sus anales la denominacion de las Españas; pero ese nombre parece mas una figura de estilo que una espresion exacta, atendida la unidad política en que se refundió la nacion. Los Arabes dividian la España por los puntos cardinales del horizonte, y así suelen sus historiadores decir las *Españas*. Alonso VI de Castilla se llamó emperador de las Españas. En una palabra, los reyes de la casa de Austria y los de la de Borbon adoptaron ese título con la intencion de entablar la unidad moral, que tanto facilita la marcha de los gobiernos monárquicos, y que todavía no ha destruido en España la influencia benéfica de su espíritu federal. —E.

hasta ahora descubiertas, á saber : Méjico, Quivira, Nicaragua, Yucatan, La Florida, Virginia, Norumbega, la Nueva Francia, la Tierra de Corte real y la Estotilanda, cuyo total es de unas cuatro mil trescientas leguas.

La *Peruana* comprende todo lo que está por el lado del Sur, y se junta con la *Mejicana* por el istmo ó estrecho de Darien, que solo tiene diez y siete millas de ancho, ó doce segun dicen algunos en la parte mas angosta, entre la mar del norte y la del sur.

Se ha propuesto muchas veces al consejo de España el abrir un canal navegable que atravesara el istmo, á fin de acortar la navegacion de los barcos que van á la China y á las Molucas.

Mas los reyes de España no han querido emprender esa obra, sea porque hayan temido acabar con los Indios que aun quedan, si se acometia semejante trabajo, sea porque hayan pensado que, abandonado el rumbo ordinario del cabo de Buena Esperanza, podrian infestarse de piratas aquellos mares.

Como quiera que sea los Españoles no se han resuelto á cortar el istmo todavía, y no alegan otras razones para justificar su indiferencia en una materia de tanta importancia. Ademas para ellos no son estímulos la comodidad que les resultaria, y la utilidad de trasportar por mar las mercaderías desde el continente americano á las islas y costas del Asia, sin los enormes gastos que ahora ocasiona ese comercio : la indolencia nacional y la cortedad de las luces del gobierno no les hacen pensar sino en el provecho del dia.

En la parte de América que hemos llamado *Peruana*, se cuentan las provincias de la Castilla de oro, de la Guiana, del Perú, de Chile, del Paraguai, y del Brasil, las cuales tienen mas de cinco mil leguas de circuito.

No entraré en la descripcion circunstanciada de todas esas provincias, porque otros autores han escrito con mas conocimiento de ellas que yo pudiera hacerlo, y porque una buena parte de ese territorio no pertenece á los Españoles. Así pues volviendo á los dominios septentrionales, me detendré en la principal de sus provincias, que es el antiguo imperio de Méjico ó reino actual de la Nueva España.

Es region que abunda en rios caudalosos, cuyas arenas van mezcladas con pepitas de oro, y en donde se encuentra multitud de cocodrilos, no tan grandes como los de Egipto pero sabrosos de comer para los Indios que se regalan con su carne.

Hácenla mas célebre los montes de Popocampeche y Popocatepetl que son de la misma naturaleza que el Etna en Sicilia y el Vesuvio en Nápoles; mas le bastaran para ser famosa otros varios montes que se ven, caminando la vuelta del sur hasta la ciudad de Leon en la provincia de Nicaragua, los cuales arrojan tambien llamas. Sin embargo Popocatepetl es uno de los principales : su nombre significa monte de humo, porque suele despedir muchas veces fuego y humo. Dista ocho leguas de Cholula, y el camino para subir es muy cansado é incómodo por las muchas piedras que lo embarazan.

Antes de que los Españoles pasaran por ese camino para ir á Méjico, envió Cortés á reconocerlo diez de sus soldados con varios Indios que les llevaban los viveres y les servian de guias*.

Conforme se iban acercando á lo alto de la montaña, oyeron un ruido tan grande en su centro que no se atrevieron á seguir adelante, porque ademas la tierra temblabla, y habia tanta ceniza que no podian andar sin mucha fatiga.

No obstante dos de los mas osados, y tal vez mas curiosos que sus compañeros, subieron á la cumbre, dejándolos atras y pasando por aquel desierto de ceniza. Llegaron á un sitio desde donde vieron una nube grandísima de humo muy espeso; pero á poco tiempo se desvaneció la oscuridad en parte, y se descubrió claramente el volcan ó boca de la caverna que tiene como una media legua de circuito. Habria podido compararse aquella sima á un horno de vidrio, de donde salia el aire con un silbo tan sutil y con tanto impetu que toda la montaña se estremecia.

El humo y el calor eran sobradamente grandes para permanecer allí largo rato. Los esploradores tuvieron que tomar el camino por donde habian subido; mas no bien llegaron á la mitad, cuando el volcan empezó á vomitar llamas, cenizas, carbones y hasta piedras hechas ascuas,

* Segun los historiadores de mas cuenta, solo obtuvo licencia para reconocer el volcan de Popocatepetl, Diego de Ordaz, el cual, salió con dos soldados de su compañía, y con varios Indios principales que se quedaron á la mitad del camino en unos adoratorios.— E.

de manera que si afortunadamente no hubieran encontrado una roca, bajo la cual se pusieron á cubierto, es constante que hubieran quedado allí hechos ceniza.

El monte de que hablamos se asemeja al Etna en lo alto y lo redondo, y en que su cima está cubierta de nieve todo el año.

En los diez años anteriores á la llegada de Cortés no habia despedido fuego ni humo; mas en 1540 comenzó á arder con un ruido infernal, asustando á los moradores de las cercanías hasta una distancia de mas de cuatro leguas. Las cenizas de la erupcion llegaron á Tlascala que está doce leguas, y no falta quien diga que se vieron caer á quince leguas de allí, y que abrasaron las flores y la yerba de los jardines, las mieses de los campos, y las telas tendidas á secar.

Tiene por límites esta provincia á la parte de oriente Yucatan y el seno Mejicano, á la de occidente el mar de la California, y á la del mediodia la parte de América llamada *Peruana:* los linderos que la terminan por la parte del norte, son desconocidos, y no podriamos asegurar con certeza, si aquella porcion del Nuevo Mundo es una isla ó un continente separado del antiguo, ó si es continuacion del mismo suelo.

La poblacion era numerosa antes de la llegada de los Españoles, pero estos hicieron morir en el espacio de diez y siete años mas de seis millones de Indios, quemándolos, arrancándoles los ojos ó echándolos á las fieras.

Esa parte principal de la América, llamada Méjico, se subdivide en cuatro provincias, que

son la de Temixtitlan, Nueva Galicia, Michoacan y Guastacan.

Temixtitlan es la provincia mas considerable de las cuatro, porque tiene sus ciudades y entre ellas la de Méjico, que, como ya hemos dicho, dá su nombre á la mitad de la América, y es la corte del virey y silla del arzobispo.

La segunda ciudad es la Puebla de los Angeles, la tercera Villa Rica, la cuarta Antequera, la quinta Michoacan, la sesta Otopan.

Pero las cuatro últimas son poblaciones de poca monta, y les ha quedado el título de ciudades, porque en un principio intentaron los Españoles poner en ellas cuatro sillas episcopales, propósito que no ha tenido cumplimiento, por haberse concentrado en la capital y en la Puebla de los Angeles la mayor parte del tráfico y habitantes de esas cuatro ciudades, con especialidad en Méjico, donde es tal la concurrencia, que el vecindario de las mas de las villas y lugares de los alrededores se compone ahora de Españoles y Mestizos.

Nunca olvidaré, hablando de los sitios que rodean la capital de la Nueva España, el que llaman Chapultepetl, famoso por haber servido de sepultura á los emperadores idólatras, y por ser en el dia el Escorial de aquella parte de América: Allí entierran á los vireyes que mueren en el pais; allí se ve un magnífico palacio con soberbios jardines hermoseados por un gran número de fuentes, y estanques de peces, á donde los vireyes y la nobleza suelen ir muchas veces á

divertirse; allí en fin se admira la capilla del virey, la cual vale mas de un millon de oro.

Tacuba es tambien un pueblo muy agradable, lleno de jardines y huertas en el camino de Chapultepetl.

Toluca es otro pueblo situado hácia el mediodia, donde se hace un rico comercio, y en particular de jamones, y canales de cerdo saladas que llevan á diversos parajes, porque es el mejor tocino de aquellos contornos.

Al poniente hay un lugar llamado la *Piedad*, que está al estremo de una de las calzadas, á donde los habitantes de Méjico van en romería á hacer sus devociones ante la imagen de la Virgen, que han enriquecido con infinidad de dones, de cadenas y de coronas de oro.

Pero el mas agradable de todos los lugares que rodean la capital es el que llaman el *Yermo* ó la soledad, el cual está tres leguas de la ciudad hácia la parte del noroeste. Y en verdad que si todas las soledades fueran como aquella, mas apacible y divertido seria vivir lejos del bullicio y confusion que en las ciudades. Los Carmelitas Descalzos que se retiraron al *Yermo*, para vivir como ermitaños, han edificado un convento, que es tanto mas digno de admiracion cuanto que está asentado en la cumbre de una montaña y circundado de rocas.

Alrededor del convento han hecho construir en las rocas como unas diez cuevas á manera de celdas para solitarios y de capillas de devocion con sus imágenes y retablos, muy adornadas las paredes de disciplinas de alambre, de varas, de

cilicios, de cíngulos con picas de yerro para ponérselos sobre la misma carne, y de otros muchos instrumentos de mortificacion, que tienen espuestos en las capillas á los ojos de todo el mundo, á fin de que se admire la penitencia y austeridad de su vida.

Todas las ermitas estan cercadas de jardines y huertas donde las frutas y las flores abundan con profusion, y dentro del recinto, que tiene cerca de una legua, corren fuentes tan claras y frescas que con la sombra de los palmitos hacen del *Yermo* el retiro mas delicioso de la tierra. Ademas las rosas, los jazmines, las flores mas delicadas y odoríferas que producen todas aquellas comarcas, todo cuanto halaga la vista, todo cuanto embelesa el olfato y encanta los sentidos; se encuentra allí, para coronar los deseos del hombre mas descontentadizo.

Cada ocho dias se relevan los ermitaños, volviendo al claustro los que han acabado su semana, y ocupando en su lugar otros que, para sobrellevar el ayuno y la penitencia, van provistos de buenas botellas de vino, confituras y otros remedios fortificantes.

Causa maravilla el ver la hermosa variedad de fuentes, saltaderos y cascadas que hay alrededor de los vergeles; pero aun da mayor placer la grande afluencia de carrozas llenas de caballeros, de damas y de otros habitantes de la capital, que van á divertirse al *Yermo* y á visitar á los ermitaños, á quienes veneran como santos.

Mas nadie los va á ver sin llevarles dulces, conservas ó cualquiera otro regalo, á fin de me-

recerles un recuerdo en sus oraciones. Les hacen tambien grandes limosnas en dinero, para que digan misas, y sobre todo llevan riquísimas ofrendas de diamantes, perlas, cadenas y coronas de oro, y vestidos y mantos de brocado de oro y de plata á una imagen que se venera en la iglesia bajo el nombre de Nuestra Señora del Monte Carmelo, en cuya capilla arden veinte lámparas de plata, valiendo la menor de ellas mas de cuatrocientos escudos.

En el camino de las ermitas hay otro lugar que conserva el nombre de *Tacubaya*, donde tienen los religiosos de San Francisco un rico convento con muchos y muy hermosos jardines. Este lugar es muy frecuentado, á causa de la escelente música de la iglesia; porque los frailes han enseñado tan bien á los naturales, que su capilla no se estima inferior á la de la catedral de Méjico.

Tales son los sitios principales de los que yo he visto, y en que me he paseado muchas veces con mis amigos, durante mi residencia en las cercanías de Méjico: y me ha parecido que debia dar noticia de ellos antes de pasar á la descripcion de las otras provincias.

La provincia de Guastacan está situada entre San Juan de Ulúa y Méjico, y no es tan pobre como la hace Heylin: porque tiene muchas haciendas sobradamente ricas, donde cultivan la caña de azucar y la cochinilla, estendiéndose hasta el valle de Guajaca que es un territorio riquísimo.

En otro tiempo fué capital de la provincia la

ciudad de Tlascala; mas en el dia son las cabezas de partido del distrito Guajaca y Jalisco, donde han establecido dos sillas episcopales.

Los Españoles han fundado en esa provincia dos colonias: la primera es la que llaman Panuco, y la segunda la de Santiago de los Valles.

La tercera provincia de la Nueva España es la de Mechoacan ó Michoacan, que tiene ochenta leguas de circuito. Es pais en estremo rico, y abunda en todas las cosas necesarias para la vida. Hay gran número de moreras para los gusanos de seda, miel, cera, y ambar negro; los habitantes trabajan en labores y telas de pluma con un primor que hace estimar sus obras como las mas esquisitas; y tambien se halla con la mayor abundancia un surtido variado de escelente pesca, de donde ha tomado el nombre la provincia, pues Mechoacan quiere decir pesquera ó lugar á propósito para pescar.

El lenguage de los Indios de la provincia es elegante y copioso en términos propios. La estatura de los habitantes es gallarda, sus formas robustas y ágiles, su ingenio agudo, y fecundo para toda obra de industria, con especialidad para las de pluma, que entran como parte principal por su belleza en los presentes que se hacen al rey de España, y en los regalos que se envian á los grandes señores de su corte.

La capital de la Provincia es Valladolid que es la silla del obispo, y luego vienen Sinsonsa, donde los reyes del pais tenian en otro tiempo su residencia, Pascuaro y Colima que son dos grandes lugares habitados por Indios y Españoles. Tam-

bien hay dos buenos puertos ó ensenadas en esta provincia, el de San Antonio y el de Santiago.

Cuando Cortés subyugó la Nueva España el reino de Mechoacan era casi tan grande como el imperio de Méjico. El rey que entonces reinaba se llamaba Cacuzin, que era uno de los grandes amigos de los Españoles y se habia declarado voluntariamente vasallo del rey de España. Sin embargo don Nuño de Guzman, primer presidente de la chancillería de Méjico, habiendo sabido que lo habian privado de su empleo, intentó hacer la guerra á los Teuchichimecos, llevando consigo quinientos Españoles y seis mil Indios sacados por fuerza de Mechoacan. En efecto conquistó la provincia de Jalisco que ahora se llama Nueva Galicia; pero al pasar por Mechoacan prendió al rey Cacuzin, aunque nada habia hecho contra él, le quitó diez mil marcos de plata con mucho oro y otras riquezas, y luego lo mandó quemar con la mayor parte de los principales de su reino, por temor de que lo delataran y diciendo que perro muerto no ladra.

CAPITULO II.

De las costumbres y usos de los pueblos de Mechoacan, de sus ceremonias, del entierro de sus reyes, y de los sacrificios que en él hacian.

El pueblo en este reino era tan supersticioso é idólatra como en las demas partes de la América.

El divorcio no estaba permitido entre ellos, sino en el caso en que uno de los esposos juraba que al tiempo de contraer matrimonio no se habian mirado fijamente entre cejas, que era la señal de su mutuo consentimiento.

Su idolatría y su crueldad se mostraban de lleno en el entierro de sus reyes. Cuando el rey se veia reducido á la estremidad y sin esperanza de cura, nombraba entre sus hijos al que habia de ser heredero de su corona, y este hacia al punto llamar á todos los gobernadores y oficiales del reino para que asistieran á las exequías de su

padre, y castigando al que no se presentaba, como reo de lesa majestad.

En cuanto se declaraba el rey muerto, todo el mundo sin escepcion de clase llevaba presentes á su sucesor, como prueba de que aprobaba su advenimiento al trono.

Mientras el rey no estaba muerto sino en la agonía, cerraban las puertas, y á nadie se le permitia entrar; mas luego que espiraba todos se vestian de luto, y podian entrar á donde el cadaver estaba de cuerpo presente, y tocarlo con las manos.

En seguida lavaban el cuerpo con aguas olorosas, le ponian una camisa muy fina, sus mocacines de piel de ciervo, sus campanillas de oro en las piernas, sus brazaletes de oro con turquesas en los brazos, un collar de oro y piedras preciosas en el cuello, y sus pendientes de oro en las orejas, con una turquesa grande en el labio inferior.

Ataviado el cuerpo de ese modo lo metian en un ataud que colocaban en una tumba ó cama, poniéndole á un lado un haz de flechas y al otro una figura ó moña de su tamaño, hecha de mantas finas, con una corona de hermosas plumas en la cabeza, mocazines en los pies, brazaletes en los brazos y collar de oro en el cuello.

Y como habia muchas personas destinadas á morir, tanto hombres como mugeres, que debian acompañarle en su tránsito de esta vida y servirle en el otro mundo, les lavaban los cuerpos con el mayor esmero, y les daban de comer y de

beber hasta que se embriagaban para sentir menos la muerte.

El nuevo rey señalaba los que debian morir para ir á servir á su padre, y los mas de aquellos desgraciados miraban su suplicio como la dicha suprema, creyendo que despues de su muerte gozarian con su rey de gloria inmortal y felicidad eterna.

En primer lugar debian morir sus doncellas nobles la primera para guardar las joyas que el rey solia llevar; la segunda para servirle de escanciana; la tercera para servirle el agua con que se lavaba las manos; la cuarta para presentarle el orinal; la quinta para cuidar de la cocina; y la sesta para lavarle la ropa.

Mataban asimismo otras muchas mugeres libres y esclavas para asistir á las nobles doncellas, y á un hombre de cada uno de los oficios del pueblo.

Acabado el lavatorio de todos los que debian morir, y cuando les habian hecho comer y beber bien, les pintaban las caras de amarillo, y los coronaban de flores.

Marchaban en seguida formando procesion delante del ataud donde iba el difunto rey los unos tocando caracoles á guisa de trompas, y varios instrumentos de huesos, y de conchas de tortuga; los otros silbando conforme andaban, pero los mas llorando y manifestando el sinsabor y congoja que les causaba la pérdida de su príncipe.

El hijo del rey muerto y otros señores de cuenta llevaban en hombros el ataud, andando pausadamente hasta el templo del dios Curicaveri, y

los demas parientes iban al lado de la caja, cantando con tono melancólico y funeral el himno de muerte, en que ensalzaban las hazañas y virtudes del monarca difunto. Los oficiales de la casa del rey y los magistrados llevaban sus armas y banderas.

Con ese orden, y limpias ya las calles de la carrera por los vecinos, salian á media noche del palacio real, alumbrados por una infinidad de hachones, y armando un estruendo horroroso con sus trompetas y timbales.

Llegada al templo la procesion, daba vuelta cuatro veces á una hoguera de pino destinada á quemar el cuerpo; despues ponian encima de aquella pira el féretro, y mientras ardia el muerto, iban matando á porrazos á todos los que llevaban esas coronas de flores, enterrándolos despues de cuatro en cuatro en una sepultura detras del templo.

Al otro dia por la mañana recojian cuidadosamente las cenizas, los huesos y las joyas, y lo envolvian todo en una rica manta que presentaban en la puerta del templo, donde un sacerdote recibia las reliquías, y despues de bendecirlas, hacia con ellas una masa, y de la masa una figura que vestian como un hombre, acomodándole una máscara y adornándola con todas las joyas y galas de que usaba el rey difunto.

Al pie de las gradas del templo habia hecha espresamente una huesa ó sepultura cuadrada de dos toesas de profundidad y cubierta de esteras finísimas de junco. En el centro habia una hermosa cama, y en esa cama ponian uno de los sa-

cerdotes el ídolo de las cenizas con los ojos vueltos hácia el oriente. Al rededor de las paredes colgaban rodelas de oro y plata, arcos y flechas, con pomposos penachos de pluma y diferentes utensilios de barro, como jarras, pucheros, platos y demas, de manera que el ajuar de la sepultura se hallaba completísimo, y los claros estaban llenos con baules, ropas, joyas, manjares, bebidas y armas.

Depositado el ídolo, cerraban la huesa con vigas y chillas, y cubrian esa techumbre de tierra por encima. De allí los nobles que habian tocado cualquiera cosa de las pertenecientes al entierro ó al muerto se iban á lavar y luego á comer en el patio del palacio real. El suelo servia de mesa en los banquetes funerales, y los convidados, despues de haber comido, se limpiaban las manos en una especie de borlas que les cobijaban la cabeza como crestas, guardando un silencio profundo que no interrumpian sino para pedir de beber.

El duelo duraba cinco dias, y durante ese tiempo no era permitido encender fuego en otra parte sino en el palacio del rey y en los templos. Tambien estaban cerradas las tiendas, y nadie salia de su casa, haciendo todos cuanto podian para mostrar el dolor que los aquejaba por la muerte de su rey.

El adulterio era entre ellos crimen capital, y condenaban á muerte al hombre y á la muger sin remision. Si el adúltero era noble, no usaban con él tanto rigor como con los plebeyos: entonces le ponian un penacho de plumas en la ca-

béza, y lo ahorcaban, quemándolo despues de ahorcado.

Mas para evitar la corrupcion y los estragos de la lujuria, permitian que hubiese mugeres comunes que podian los hombres visitar, mas en secreto, porque no habia lupanares ni mancebías.

En el dia los Indios de Mechoacan son tan adictos á la religion católica romana y tan zelosos observadores de sus preceptos como cualesquiera otros en las demas partes de la América.

La cuarta y última provincia del imperio de Méjico es la Nueva Galicia. Bañanla dos grandes ríos el uno es el Piastle y el otro el de San Sebastian.

Esta provincia se estima á causa de las muchas poblaciones de Indios que contiene, y particularmente de seis ciudades habitadas por los naturales del pais y por los Españoles.

CAPITULO III.

Continua la descripcion de las provincias dependientes de Méjico y de sus principales ciudades, con las conjeturas del Autor sobre el origen de sus pueblos.

La primera y mas considerable es la de Jalisco, ganada por Nuño de Guzman el año de 1530, cuando salió de Méjico enfurecido, y mandó quemar al rey de Mechoacan despues de haberlo hecho prisionero.

La segunda es Guadalajara.

La tercera Coarum.

La cuarta Compostela.

La quinta Espíritu Santo.

La sesta Capala, que ahora llaman Nuevo Méjico, y es donde los Españoles sostienen la guerra con mas ahinco, porque todavía no han podido reducir á su obediencia á los Indios que habitan las regiones septentrionales.

Estos Indios son valientes y dan mucho qu-

hacer á los Europeos, á causa de lo quebrado y montuoso del pais en que habitan. Muchas véces, cuando los Españoles han ido á buscarlos á sus sierras, han vuelto descalabrados, y aun completamente deshechos.

He oido decir á algunos Españoles que trizcan y saltan por aquellos vericuetos como gamos, y que cuando se acercan á ellos, disparan sus flechas con un grito espantoso, y saltan con tal ligereza por las rocas que apenas se ven sobre un pico cuando aparecen sobre otro.

El empeño de los Españoles en sujetar á esos salvajes, mas bien que á otros, á quienes podrian vencer con menos dificultad, viene del deseo de poseer las muchas minas de oro y de plata que hay en aquel pais. Parte de esas riquezas les pertenecen, porque son suyas las minas de San Luis de Zacatecas, minas de donde sacan toda la plata que se acuña en las secas de Mégico y de la Puebla de los Angeles, sin contar la que envian todos los años á España en barras, y que sube á mas de seis millones.

Ademas los Españoles se adelantan y van ganando terreno hácia el Norte, porque segun se estienden por aquella parte, descubren mayores riquezas; así quieren conquistar esas provincias, no sea que, como lo temen, les cojan la mano y se apoderen de ellas los Ingleses de la Virginia y de las otras colonias.

Yo he oido decir á los mismos Españoles que se maravillaban infinito de que los Ingleses no se internaran mas en el pais: « Menester es mucho miedo á los Indios ó sobrada pereza, para pre-

ferir una vida holgazana y la cultura de cuatro matas de tabaco á la conquista de una tierra empedrada de oro y plata. »

Es constante que el designio de los Españoles no se reduce á subyugar á los Indios que tienen en su vecindad, sino que se ensancha á la ocupacion de todo el territorio, penetrando por toda aquella tierra hasta la Florida y la Virginia, si no se tropiezan en el camino con alguna de las naciones del Norte de Europa que se oponga á su marcha mas vigorosamente que los desgraciados Indios.

Habiendo hablado brevemente de las cuatro provincias de Méjico, que es el primer miembro de la division de la América, diremos algo de las otras tres provincias que dependen de la América Mejicana ó de la parte septentrional opuesta á la Peruana; y dejaremos á un lado la Florida, la Virginia, la Norumbega, la Nueva Francia y la Estotilanda, porque no quiero escribir, como hacen muchos, por relacion de otros ó de oidas, sino por lo que yo mismo he visto y conocido por mi propia esperiencia.

En la division hecha de la parte septentrional, he puesto á continuacion de Méjico, Quivira, Yucatan y Nicaragua, tres provincias de que voy á hablar, para dar en seguida algunas noticias sobre la Peruana ó parte meridional del Nuevo Mundo.

El pais de Quivira está situado en la parte mas occidental de la América y frente á frente de la Tartaria, de cuya region se aleja tan poco

algunos son de sentir que de ella salieron los primeros habitantes del continente americano.

En efecto los pueblos de la América tienen harta semejanza, para que se crean descendientes de los Tártaros. En primer lugar Quivira y toda la parte occidental de aquella region que mira al Asia, contienen mas poblacion que la parte oriental que mira á Europa : esto prueba que las tierras occidentales han sido habitadas antes que las orientales.

En segundo lugar su rudeza y costumbres bárbaras muestran que participan mas de la condicion de los Tártaros que de ninguna otra nacion.

En tercer lugar si la parte occidental de la América no es la continuacion del mismo continente de Asia, no debe separarla de la Tartaria sino un pequeño estrecho.

Por último el pueblo de Quivira mas cercano á la Tartaria sigue las estaciones, y hace pacer sus ganados como los Tártaros *.

Toda aquella region abunda en yerba, y goza de un aire templado. Los habitantes hacen mas caso del vidrio que del oro, y los hay entre ellos que son antropófagos.

Las principales riquezas de ese pais son sus bueyes y sus vacas, que los proveen de alimento,

* No dejan de sorprender esas conjeturas en un escritor del principio del siglo décimo séptimo, y por infundadas ó ligeras que ahora nos parezcan, deben mirarse como un esfuerzo del ingenio, atendida la escasez de datos que habia entonces para aclarar un punto, sobre el cual no dan mayores luces los filósofos y naturalistas del siglo posterior.—E.

bebida, abrigo, y casi de todo lo que necesitan: porque de los cueros construyen sus moradas, ó á lo menos, los techos y paredes, de los huesos fabrican agujas y punzones, del pelo hilo, cuerdas de los nervios, y de los cuernos y vejigas vasos para beber y platos para comer: del estiercol se sirven para el fuego; hacen odres para sacar y guardar el agua de la piel de los terneros, y en fin beben la sangre de estos animales y se alimentan con su carne.

Sospéchase que tienen algun comercio con la China ó con el Catai en las provincias donde los Españoles no han entrado todavía. Aun en tiempo de la conquista y cuando Vasquez de Coronado sometió una parte del pais, descubrió en la mar ciertas embarcaciones diferentes en su fábrica de las que ordinariamente se construyen en Europa, y por eso, y porque iban al parecer cargadas de mercaderías, no es posible imaginar que pertenecieran sino á uno de los dos imperios mencionados.

Todavía no se ha descubierto en Quivira mas territorio que el de la provincia de Cibola y la de la Nueva Albion.

La primera toma el nombre de la ciudad que tiene por capital, y cuenta ademas entre sus poblaciones la ciudad de Totontao, muy agradable, asentada junto á un rio y de clima templadísimo, y la de Tinguez, donde hay un colegio de Jesuitas que solamente se ocupan en predicar y en instruir á los naturales del pais. Tinguez merece citarse por haberla quemado los Españoles que al mando de Vasquez de Coronado conquistaron la r

vincia y la redujeron á la obediencia del rey de España : despues la han reedificado y la habitan los Españoles.

La Nueva Albion está á la parte de occidente hácia la Tartaria. La frecuentan pocos Españoles, porque no han encontrado en ella minas de oro ni riquezas.

El famoso capitan Francisco Drack la descubrió y saltó en tierra, llamándola Nueva Albion, porque el rey que la gobernaba entonces se sometió voluntariamente y prestó vasallage á la reina Isabel de Inglaterra.

La tierra abunda en frutas igualmente agradables á los ojos y al paladar : los habitantes son muy humanos y caritativos con los estrangeros; pero dados á encantamientos y á la adoracion de los demonios.

El Mar Bermejo ó de California sirve de límite al pais de Quivira y tambien al imperio de Méjico.

El tercer reino que depende de la parte septentrional de América, ó para hablar con mas propiedad que se comprende en ella, es Yucatan, que fué descubierto por Hernando de Córdoba * en 1517.

Llamóse Yucatan ó Jucatan, no por causa de Joctan hijo de Hebér, como se han imaginado algunos, creyendo que partió del Oriente, donde pone su morada la Biblia en el capítulo 12 del Génesis, para ir á establecerse en aquella re-

* Francisco Fernandez de Córdoba.—E.

gion*, y sino por una frase de la lengua de sus habitantes. Yucatan ó Jucatan significa en lengua india ¿Qué decis? y los primeros Españoles que abordaron á las costas de aquella tierra la llamaron así porque, como los naturales, que no los entendian, reiteraban esa pregunta á las que ellos les hacian sobre el nombre del pais, creyeron que en efecto era Yucatan, y Yucatan se le ha quedado.

Es su forma la de una península, y boja por lo menos trescientas leguas, teniendo en frente la isla de Cuba.

Divídese en tres partes : la primera es el verdadero Yucatan, cuyas ciudades principales son Campeche, Valladolid, Mérida y Simancas, y otra llamada el Cairo por su estension y su hermosura.

Los Españoles reputan pobre aquel pais, porque no ofrece minas de plata, ni se cria en él la cochinilla ni tampoco lleva añil. Los objetos mas importantes de su comercio son miel, cera, cueros, azucar, algunas drogas para los boticarios, cañafístola, zarzaparilla, y maiz en abundancia.

Tambien da mucha madera para construir navíos, y los Españoles se aprovechan de ella para fabricar embarcaciones en que hacen mas de un viaje á Europa.

En 1632 los habitantes de ese pais estuvieron á punto de levantarse contra el gobernador de la

* No es Joctan sino Jectan, hermano de Faleg; y no hace de él mencion el capítulo duodécimo del Génesis sino el décimo, en que se refieren las generaciones de los hijos de Noé.—E.

provincia, porque los obligaba á venderle sus pabos, sus gallinas, su miel y su cera, les daba el precio que se le antojaba, y luego les revendia á un precio exorbitante lo mismo que les habia comprado, enriqueciéndose de ese modo á costa de ellos.

No pudiendo soportar un manejo que los reducia á la última miseria, resolvieron sublevarse y huir á los bosques y á las asperezas de la sierra. Abandonaron pues sus casas y permanecieron en sus guaridas algun tiempo, hasta que los religiosos de San Francisco, que ejercen en sus conciencias el mayor influjo, lograron persuadirlos á que volvieran á sus hogares. El gobernador, por evitar una sublevacion general en la provincia, les concedió un indulto sin restricciones y les prometió al mismo tiempo tratarlos con mas miramiento en lo sucesivo.

La segunda parte de la península se llama Guatemala donde yo he vivido doce años. Es uno de los distritos mas poblados de América, y allí se encuentra el mayor número de ciudades y lugares cuyo vecindario se compone de Indios, aunque los Españoles con su mal trato hayan hecho morir mas de quinientos mil.

Los naturales deben mucho á los religiosos que los protejen y defienden de la tiranía de los Españoles, si bien lo hacen por su mismo provecho, porque cuanto mas prosperan los Indios, tanto mas se enriquecen los frailes.

El clima es templado, y el suelo abunda en las cosas necesarias para la vida; sus ciudades de

marca son Guatemala, Casuca y Chiapa, de que despues hablaré por estenso.

La tercera parte de Yucatan se llama Acusamil, que es una isla situada en frente de Guatemala llamada generalmente por los Españoles Santa Cruz, á causa de su capital llamada tambien Santa Cruz.

Por último, la cuarta provincia de la Mejicana ó parte septentrional de la América sujeta á los Españoles y de que he tenido conocimiento, es Nicaragua al sudeste de Méjico. No dista de la capital de la Nueva España mas que unas cuatrocientas cincuenta leguas, y por eso tanto el terreno como los habitantes tienen mucha semejanza con el terreno y los habitantes de la provincia de Méjico.

Los naturales son de hermosa estatura y blancos de cuerpo y de rostro. Antes de abrazar la religion cristiana se gobernaban segun los principios de una buena política y conforme á un código de leyes. Pero como Solon no promulgó leyes contra los parricidas, no pudiendo imaginarse que hubiese hijos tan perversos y desnaturalizados que mataran á sus padres, del mismo modo el pueblo de Nicaragua no tenia leyes contra los regicidas, no queriendo persuadirse de que hubiese hombres capaces de atentar contra la persona de sus reyes.

Los ladrones no eran castigados con pena de la vida, sino que los hacian esclavos de la persona á quien habian robado, y los forzaban á servirle hasta que el valor de sus servicios resarcia la pérdida causada por el robo, castigo menos

bárbaro y mucho mas útil que la muerte con que las leyes de algunos paises de mayor cultura intentan reprimir ese crimen.

La provincia de Nicaragua es tan agradable, y se encuentra en ella con tanta abundancia cuanto es menester para vivir bien, que los Españoles la llaman el Paraiso de Mahoma.

Entre los árboles que llevan flores, crece uno tan sensible que en tocándole á una rama, se marchita incontinentemente *.

Los papagayos, loros y cotorras se ven tan frecuentes allí como en Europa las cornejas, y los pabos, codornices, conejos y demas clases de caza abundan de manera que son el sustento ordinario de los habitantes.

Hay muchas y crecidas poblaciones de Indios, aunque no como en los alrededores de Guatemala, y los Españoles habitan dos ciudades, á saber : Leon, donde está la residencia del obispo, y Granada puesta sobre un lago de agua dulce que boja mas de cien leguas, y aunque sin comunicacion con el Océano, tiene sin embargo su flujo y su reflujo.

Pero hablaré mas ampliamente de la provincia y de esta ciudad, cuando refiera el viage que hice á ella.

* Creo que habla de la *mimosa imperial*. — E.

CAPITULO IV.

Descripcion sucinta de la América Peruana.

Despues de haber trazado esa breve reseña de la Mejicana ó parte septentrional de la América sujeta al rey de España, y reservándome el hablar de ella mas individualmente para cuando trate de los lugares en que he vivido, y de las provincias por donde he viajado, quiero ahora describir ligeramente la Peruviana ó parte meridional del nuevo continente á fin de dar alguna idea de ella á los lectores.

Contiene pues esa mitad de la América cinco grandes reinos, de los cuales pertenecen unos enteramente y otros en parte á las coronas de Castilla y de Portugal, y son la Castilla del Oro, la Guiana, el Perú, Chile y el Brasil.

No es mi ánimo llenar esta historia de lo q

han escrito los demas acerca de las cuatro regiones últimas en donde no he estado ó no he viajado mucho; pero hablaré del Perú, limitándome á lo que he podido saber, y luego vendré á la Castilla del Oro por donde he pasado.

Tiénese el Perú por mas rico todavía que Méjico; pues si bien carece de comodidad en su tráfico por la Mar del Norte, y es menester acarrear las mercaderías que de allí vienen á Panamá, y de Panamá á lo interior por tierra, ó por la tierra de Chiagra á Portobelo en la Mar del Norte; no obstante el pais lleva ventaja en las riquezas al de la Nueva España por sus muchas y abundantes minas de plata.

Se cree que las sierras del Potosí no son otra cosa que montañas de ese metal; pero el rey de España no permite que se abran nuevas minas hasta que se agoten las antiguas, que han dado sobrada ocupacion y sendas riquezas á los Españoles desde el tiempo de la conquista.

El terreno es fertil y da todos los frutos propios del clima de España. Los olivos mejoran, y las aceitunas son mas gruesas y producen un aceite mas dulce y mas claro.

Tambien han plantado viñas, costando mucho el trasportar el vino de Europa, y la uva es mejor y el vino mas fuerte que el de España.

Cójese ademas gran cantidad de trigo en todas las tierras situadas al abrigo de las montañas, que sirven de valladar al Brasil y separan á los Indios independientes.

Pero estas sierras aprovechan sobre todo á los valles que fertilizan con las aguas de sus fuentes;

porque es necesario advertir que en los lugares habitados por los Españoles hácia la Mar del Sur no llueve jamas, y así los techos de las casas no están cubiertos sino de esteras para evitar el polvo; sin embargo ese pais que no recibe mas humedad que la del agua de las sierras y del rocío de la mañana ó el sereno de la tarde, es uno de los mas fértiles del mundo.

La capital es Lima, donde reside un virey, una Audiencia y un arzobispo.

A cosa de dos millas de la ciudad hay un puerto que llaman el Callao, donde fondean las naves que todos los años trasportan á Panamá las riquezas del Perú.

Tambien hay otras embarcaciones para el comercio de las Indias Orientales, como en todas las costas de Guatemala, y en Acapulco, puerto de la Nueva España, en la mar del Sur.

El puerto del Callao no está fortificado con el esmero que deberia estarlo, considerados los tesoros que encierran tanto el puerto como la capital.

He oido decir á muchos Españoles que el año de 1620 se presentaron delante de la bahía algunos buques holandeses (otros dicen que eran ingleses), con intencion de apresar los galeones que debian trasportar la plata del rey á Panamá; mas que habiendo tenido un falso aviso y creyendo que la flota habia dado á la vela, le dieron caza por el rumbo que á su parecer seguia. Sin ese acontecimiento, que les hizo perder la ocasion de atacar el puerto del Callao, sin duda se hubieran apoderado de él, y logrado el mayor

tesoro que hubiese entonces en ninguna otra parte del universo.

Pero como los Españoles ven rara vez buques estrangeros por aquellas aguas, viven sin temor y descuidan la fortificacion de las costas.

A pesar de la riqueza de las minas y de la fecundidad de la tierra del Perú, todavía es Chile mucho mas rico, por las minas de oro que posee.

Los naturales, gente fuerte y atrevida, resisten con denuedo á los Españoles que son infatigables en la guerra. A su robustez y valentía añaden la destreza con que han aprendido á servirse de las armas europeas, y manejan como sus enemigos la espada, la pistola y el mosquete. Ademas, han cogido á muchos Españoles, tanto hombres como mugeres, los han casado con los hombres ó mugeres de sus tribus, y los hijos de esos enlaces, que llaman Mestizos y son tan valientes como ingeniosos, han acrecentado sus fuerzas de un modo considerable.

Y dan tanto que hacer á los Españoles que la guerra de Chile es una de las mas azarosas que en el dia tengan. El consejo de Madrid saca ordinariamente los mejores soldados de las tropas de Flandes y de Italia para enviarlos á Chile, y los oficiales que han servido largo tiempo en Flandes son destinados á la misma guerra, en premio de sus hazañas; porque en efecto se enriquecen pronto con el oro que tanto abunda en aquella region.

Los Españoles tienen tres hermosas ciudades en la provincia de Chile. La Concepcion, que es obispado, Santiago y Valdivia, cuyo nombre

toma del gobernador, causa y autor de la guerra.

Valdivia era tan avaro y buscaba el oro con tanta pasion que no podia sufrir que los Indios guardasen en sus casas la mas pequeña cantidad. Para arrancárselo hacia que los apalearan, y los maltrataba hasta el punto de martarlos, si no le llevaban todo cuanto queria, obligándolos á trabajar en las minas con especial mandamiento de presentarle todos los dias cierta cantidad.

Los Indios llegaron á conocer que sus fuerzas no bastaban para satisfacer la codicia del gobernador y resolvieron no obedecerle. Antes de romper las hostilidades, se armaron para sostener la guerra, y tomando una porcion de oro se presentaron á él.

« Valdivia, le dijeron, el rocío no contenta la arena, ni los hijos de las selvas pueden saciar la sed de oro del cacique de los blancos : que harte tus entrañas lo que no llena tus ojos. »

Y repitiéndole « Bebe, bebe, » se precipitaron encima de él y le echaron por la boca el oro derretido.

Así murió Valdivia, dejando su nombre á una ciudad, despues de haber encendido la guerra que dura todavía.

No hablaré ni de la Guiana ni del Brasil, porque no he estado ni en una ni en otra parte. El Brasil pertenece á la corona de Portugal, y los Españoles lo conocen muy poco. Los Estados de las Provincias Unidas * poseen en el dia una par-

* La Holanda.

te, y sus historiadores podrán dar á conocer mejor que yo á la Europa sus riquezas.

Yo me vuelvo á la parte principal de la Peruana, llamada Castilla del Oro por el mucho que lleva su tierra.

Comprende la parte septentrional de la Peruviana, y porcion del istmo ó estrecho que está entre la mar del Norte y la del Sur.

Ademas de la abundancia de oro que allí se encuentra, la enriquecen tambien minas de plata, y especias, perlas y yerbas medicinales.

Divídese en cuatro provincias, á saber: la Castilla del oro, la Nueva Andalucia, la Nueva Granada y Cartagena.

La Castilla del Oro, situada en el estrecho mismo, no tiene mucha poblacion, á causa de la insalubridad del clima, por las copiosas aguas empantanadas que llenan el aire de vapores pestíferos.

Los principales pueblos pertenecientes á los Españoles son Nombre de Dios hácia el este, y Puerto Bello, á seis leguas de allí, habitado por Españoles, Mulatos y Negros.

Nombre de Dios está en el dia casi abandonado. Las naves que antes solian anclar en este puerto, y cargar en él la plata del rey que todos los años envian del Perú á Panamá, para trasportarlas por la Mar del Norte, fondean ahora en Puerto Bello, puerto que en efecto merece ese nombre por su hermosura, y que está fortificado á la entrada por tres castillos que mutuamente se dominan.

La tercera y principal poblacion de los Espa-

ñoles en la Castilla del Oro es Panamá, que está en la parte occidental sobre la Mar del Sur. Esta ciudad, como Nombre de Dios, fué edificada por Diego de Niquesa, el cual llamó la segunda « Nombre de Dios » porque de haber sufrido largo tiempo en la mar, y viéndose en el puerto fuera de los peligros que lo habian amenazado, dijo á su gente lleno de regocijo. « Compañeros, ya podeis saltar en tierra en el Nombre de Dios. »

Mas, como he dicho mas arriba, el aire de ese lugar es muy malsano, y en 1584 mandó el rey de España que se demolieran las casas de Nombre de Dios, y se reedificaran en un terreno mas saludable. Por estas órdenes don Pedro de Arias fundó la villa de Puerto Bello.

Pero me olvidaria de que era Inglés, si hablando de Nombre de Dios, no hiciese mencion de las acciones memorables que mis compatriotas han hecho allí, y que aun todavía admiran los Españoles.

No solamente la fama del caballero Francisco Drack es grande en aquellas tierras, sino que todos los Españoles enseñan á sus hijos á temer ese nombre, haciéndoles miedo con él; y no han olvidado como atacó la ciudad de Cartagena ni sus correrías por la costa, y con especialidad en Nombre de Dios, donde desembarcó, internándose desde allí hácia Panamá hasta la Sierra de san Pablo.

Acuérdanse ademas de uno de sus capitanes llamado Juan Oxenham, cuyo nombre quiero yo tambien inmortalizar en mi historia con la rel

cion de la memorable y atrevida hazaña que acometió en aquella costa.

Llegado este valeroso caballero con setenta hombres, gente toda resuelta, á una cala cercana á Nombre de Dios, mandó sacar del agua su bajel y cubrirlo con ramas de árboles. En seguida emprendió su camino por tierra, guiado por algunos Negros, hasta que se encontró con un rio : allí dispuso que cortaran sus gentes las maderas necesarias para construir una pinaza, y en esta embarcacion ganó la Mar del Sur, y arribó á la Isla de las Perlas, donde permaneció seis dias, apresando dos naves españolas, que llevaban á bordo sesenta mil libras de oro de peso, y doscientas mil en barras. Con este rico botin se volvió á la tierra firme.

Verdad es que un motin, acaecido luego entre sus gentes, fué causa de que no volviese jamas ni á su bajel ni á su patria ; pero no por eso la hazaña de Juan Oxenham deja de ser memorable : nadie ha hecho cosa semejante en ningun tiempo, y así los Españoles hablan de ella con asombro.

Una gran parte de la Castilla del Oro está todavía por conquistar, y sin duda debe encerrar muchos tesoros que podian caer en manos de la nacion que tuviera bastante osadía para irlos á buscar.

En 1637, estando yo en Panamá con designio de regresar á mi patria, llegaron como unos veinte Indios salvages, para tratar con el presidente de la Audiencia, y someterse al rey de España; mas por lo que supe despues en Cartagena; nada

concluyeron, porque los Españoles ne se atreven á fiarse de los Indios, que tantas veces se han sublevado contra ellos á causa de sus malos tratamientos.

Los Indios que fueron á Panamá y que yo ví, eran hombres bien formados, robustos y de hermosa estatura, y uno de ellos tenia el pelo tan rojo commo puede tenerlo el que mas en Inglaterra ó en Escocia. Llevaban sarcillos de oro, y unas chapas del mismo metal en forma de medias lunas en el labio inferior, lo cual prueba que lo hay abundantemente en su pais.

La Nueva Andalucia confina con la Castilla del Oro por la parte del norte, y con el Perú por la del mediodia.

Las poblaciones mejores de esta provincia son Tocaio, que ahora llaman los Españoles Santa Margarita, y otra á que dan el nombre de Espíritu Santo.

La Nueva Granada está puesta al medio dia de Cartagena, y se denomina así porque se asemeja en abundancia y fertilidad á la provincia de Granada de España. Posee seis ciudades considerables: la primera es Tungia, que se dice estar directamente bajo el ecuador; la segunda Tochamum; la tercera y mas rica de todas Popayan; la cuarta Santa Fé, silla del arzobispado, y residencia de la chancillería que como las Audiencias de Panamá y Guatemala tiene su sala del crimen con su alcalde, su promotor fiscal y dos oidores, cobrando estos magistrados seis mil ducados anuales de las arcas de cámaras; la quinta se llama la Palma, y la sesta Mérida.

El camino real por donde se va de Cartagena á Lima, capital del Perú, pasa todo por medio de la provincia de Granada.

El pais es fuerte por su naturaleza, porque se encuentra rodeado de montañas y rocas, cuyas gargantas y puertos son muy difíciles y angostos; pero se ve cubierto de hermosos valles, y abunda en frutas, trigo, y aun tiene algunas minas de plata y rios donde se coge oro entre las arenas.

Cartagena es la última provincia de la Castilla del Oro, cuyo territorio es tambien muy fertil; mas crece en él un arbol tan venenoso, que basta tocarlo para quedarse envenenado.

Las ciudades principales de la provincia son Cartagena tomada en 1585, y quemada por el caballero Francisco Drack, que sacó de allí una infinidad de oro y plata, y doscientas y treinta piezas de artillería.

No quisiera yo asegurar que hay en el dia tantos cañones como antes; sin embargo está muy bien fortificada aunque no lo está como Puerto-Bello.

Es Cartagena ciudad hermosísima, y en estremo rica por el comercio de las perlas que llevan de la Margarita, y por las rentas reales que envian de toda la Nueva Granada. Tiene obispo y muchas iglesias y conventos riquísimos. No está gobernada por un tribunal de justicia y una audiencia como Santa Fé, sino por el gobernador de la plaza, investido de todo poder.

Se ha propuesto varias veces al consejo de España el destinar cierto número de galeras para

que crucen por aquellas mares, pudiendo retirarse al puerto de Cartagena.

Por causa de esa ciudad ha perdido la Inglaterra la isla de la Providencia, llamada de Santa Catalina por los Españoles, la cual, aunque pequeña, hubiera podido ser muy útil á nuestro pais, y aun mas que cualquiera de las otras colonias de la América. Los Españoles lo sabian, y por eso han empleado todas las fuerzas de Cartagena para tomarla; pero confio en que vendrá tiempo que volverá á caer en nuestras manos, y que nos aprovecharemos de las ventajas que nos ofrece su situacion.

Tambien trasportan todos los años á Cartagena en fragatas pequeñas todo el añil, la cochinilla y el azucar que se coge en Guatemala; porque los Españoles creen que sea mas seguro trasportar estas mercaderías por el lago de Granada hasta Nicaragua y de allí á Cartagena, para cargarlas en los galeones que vienen de Puerto Bello con la plata del Perú, que enviarlas con las naves de las Honduras apresadas con harta frecuencia por los corsarios holandeses. Esta es ademas otra de las razones por las cuales nos han tomado la isla de la Providencia los Españoles; pues pasando tan cerca sus fragatas, querian estar á cubierto por ese lado.

Abuida es la segunda ciudad de la provincia de Cartagena. La tercera es Santa Marta, rico gobierno español, donde se temen mucho los insultos de los buques ingleses y holandeses, la cual está fundada sobre la orilla del Abuida ó Rio-Grande.

Síguenze Venezuela y la Nueva Cadiz que son dos poblaciones grandes, ricas y fuertes.

Los Españoles llaman estas tres últimas provincias de la Nueva Andalucia, la Nueva Granada y Cartagena Tierra Firme, porque sirven de valladar ó baluarte al Perú por la parte del norte, y forman la basa de una pirámide al revés.

Así ha dado el lector vuelta conmigo á la América, y le he hecho ver el continente de esta gran parte del mundo. Por ahí podrá conocerse la grandeza y poderío del rey de España, que ha sometido á su dominacion tantos y tan vastos paises que serian mayores que toda Europa, si estuvieran todos juntos en uno.

CAPITULO XVI.

Descripcion geográfica de las islas de América pertenecientes á los Españoles, y en particular de la Margarita, y de la pesca de las perlas que se hace en ella, con un estado de los principales puertos y fortalezas,

El continente de América no es solamente grande y espacioso, sino que tambien hay en sus mares islas tan grandes y aun mayores que en cualquiera otro parage del mundo. Seria cosa prolija y fastidiosa el irlas nombrando una á una, y aun empresa muy dificil poderlo hacer por no decir imposible, porque muchas hay que todavía no están descubiertas, y otras que no tienen habitantes, de manera que no se sabe cual sea su estension ni cuales las producciones de su territorio. Solo las Lucayas se cree que suben por lo menos á cuatrocientas.

Para no molestar pues á mis lectores, no describiré sino las islas de mayor cuantia, y eso con toda brevedad, comenzando por las que están

mas prójimas á Cartagena, en donde hemos dejado el continente.

La primera que reclama las alabanzas de mi pluma, es la preciosa isla de la Margarita, asentada en el mar junto á la Castilla del Oro, y á corta distancia de las islas de Cuba y de la Trinidad.

Es cierto que alguno han mirado esta isla con menosprecio, porque no tiene granos, yerbas, árboles ni agua buena de beber, habiendo llegado ocasion en que uno de sus habitantes ha dado un tonel de vino por una cuba de agua; pero la gran cantidad de perlas que da, recompensa largamente todas las faltas y privaciones á que se está espuesto en ella, y esa abundancia justifica su nombre, tomado de los Latinos que llamaban las perlas *margaritas*.

Hay en la isla varios mercaderes ricos, con cuarenta ó cincuenta esclavos negros, que solo se ocupan en pescar entre las rocas las ostias, ostras, ó conchas en que se encuentran las perlas.

Estos mercaderes hacèn gran caso de sus Negros y los halagan y tratan bien, porque necesitan confiarles esos tesoros ocultos bajo las olas, y porque toda su riqueza depende de la buena voluntad de sus esclavos, que pueden, si se les antoja, no pescar ó dejar las mejores conchas en el agua.

Los bajan á la mar en cestas, y los dejan dentro del agua hasta que tiran de la cuerda que ha servido para bajarlos, y así hacen señal de que los saquen.

He oido decir á algunos que se ocupaban de la pesca de las perlas, que alimentaban á los Negros con viandas asadas nada mas, á fin de que pudieran retener mejor y por mas tiempo la respiracion debajo del agua.

Envian todas las perlas de la Margarita á Cartagena, donde las abren, y hay una calle muy hermosa de tiendas de gente que solo se ocupa en ajustarlas y ensartarlas.

En el mes de julio fondea en la isla un buque, ó dos cuando mas, para trasportar á Cartagena los derechos del rey y las perlas de los particulares. El cargamento de uno de esos buques se estima ordinariamente en sesenta ú ochenta mil ducados, y á veces en mas; por cuyo motivo van siempre muy bien tripulados y guarnecidos, para si se encuentran con los navíos ingleses ú holandeses, como suelen temérselo.

El año 1637, que fué el de mi residencia en Cartagena, sucedió que, dándole caza á uno de estos buques un navío inglés de la isla de Providencia, que decian ser el *Neptuno*, logró alcanzarlo, y despues de un combate sobrado ligero, redujo al Español al último trance. Pero en el instante que iba á rendirse, y el navío inglés estaba para abordarlo y hacerse dueño de todas las riquezas que llevaba, (porque en efecto tenia intencion de rendirse segun me dijo en Cartagena cuatro dias despues un Español que se halló en el combate) se presentaron otros dos navíos holandeses, y pretendieron su parte de botin, alegando los poderes que tenian de los señores Estados en todas aquellas mares. Durante la dispu-

ta de las dos naciones, el buque español ganó una isla pequeña, donde se dejó encallar, y los marineros descargaron á toda priesa y escondieron en el monte una parte de las riquezas, pegando fuego á la embarcacion, cuando se vieron perseguidos por los Holandeses. Los Holandeses y los Ingleses se vieron burlados, y perdieron la presa; porque luego que se supo en Cartagena la situacion de los marineros españoles, envió el gobernador un navío de guerra, para trasportar las perlas escondidas, que no eran sin embargo la tercera parte de las que tenia á bordo el buque perdido.

La Jamáica es otra isla que depende de los Españoles y tiene doscientas ochenta millas de largo y setenta de ancho; pero aunque escede á la de la Margarita en claras corrientes y en manantiales de agua dulce, le es no obstante muy inferior en riqueza; porque todas las mercancías que en ella se encuentran se reducen á cueros, azucar y tabaco.

No se cuentan mas que dos poblaciones considerables en esa isla, Oristan y Sevilla. En la segunda se construyen embarcaciones tan buenas como las que salen de los arsenales de España.

En otro tiempo era muy poblada; pero en el dia ya no se ven Indios, porque los Españoles han hecho perecer mas de sesenta mil, y por otra parte las mugeres procuraban abortar, para que sus hijos no fueran esclavos de una nacion tan cruel.

Al otro lado de ambas islas, se levanta la de

Cuba que tiene trescientas millas de longitud y setenta de latitud, y cuya existencia supo la Europa al segundo viage que Cristobal Colon hizo á la América.

Está cubierta de selvas, de lagunas y de montañas: su clima es templado y el terreno fertil, y hay en él minas de cobre escelente. En otro tiempo se ha cogido tambien oro. Abunda en gengibre, cañafístola, almáciga, acíbar, zarzaparilla y azucar; y en ganado vacuno, pues, y caza, siendo tal la cantidad de tortugas y cerdos que los buques hacen de aquellas y de estos su principal provision cuando se vuelven á España.

Estando yo en aquella isla, tomé un dia una purga, y creyendo que me servirian algun ave ó por lo menos algo de conejo, luego que hubiere obrado el remedio, no me quedé poco atónito al ver delante de mí un trozo de puerco hervido. No pude menos de manifestar mi estrañeza, y no quise probarlo por temor de que me hiciera daño; pero me aseguraron que era la mejor vianda del pais, y que los facultativos solian mandarla, despues que se habia tomado una medicina.

Las ciudades principales de la isla de Cuba son: Santiago á la parte del norte, que fué edificada por Santiago de Velasco y es cabeza de obispado; y luego la Habana, que está asimismo al norte, tiene una rada muy buena para las embarcaciones y sirve de emporio ó mercado general: por eso los Españoles la llaman: la llave de todas las Indias.

En el puerto de la Habana permanecen las

flotas del rey de España, y se reunen las naves mercantes de todos los puertos de las provincias que acabamos de mencionar, tanto de la tierra firme como de las islas, y puede asegurarse que en el mes de setiembre se juntan allí todas las riquezas de la América, ya sean las que provienen de las rentas reales ó real hacienda, ya sean las que pertenecen á los negociantes, las cuales se estimaron el año que yo estuve en la Habana por valor de treinta millones de pesos ó de escudos.

Ese año se llegaron á juntar cincuenta y tres naves que dieron la vela el dia 16 de setiembre, un poco antes de lo ordinario, porque el viento era favorable para embocar el estrecho de Bahama.

Siendo la Habana el depósito en donde se reciben todas las riquezas de la América, los Españoles han puesto un esmero tan grande en fortificarla, que la creen inaccesible y cuentan la plaza entre las fortificaciones de primer orden como la de la ciudadela de Amberes, Milan y Pamplona.

Tiene dos fuertes castillos uno á la entrada de la bahía ó boca del puerto hácia la mar, y el otro mas adentro al otro lado de la playa.

El paso entre los dos castillos es tan angosto que solo podria pasar un buque de frente, y se puede defender tan bien por ellos que no lo forzaria una escuadra de cien navíos.

Yo he visto por dentro el mayor de esos castillos, y me ha parecido muy fuerte; pero se me antoja que podria tomarse tan pronto como va-

rias plazas de Europa, sitiándolo por tierra con un buen ejército.

El castillo está bien provisto de artillería, y entre sus cañones hay doce piezas que llaman los *Doce Apóstoles*, las cuales son de un tamaño estraordinario.

Mas por fuerte que sea la Habana no ha podido salvar seis ó siete millones que los galeones del rey tenian á bordo, aun estando estos bajo la proteccion de sus castillos.

Es el caso que en 1629, el famoso Holandés que los Españoles llaman *Pié de Palo* y á quien temen tanto como al Draque, como dicen al caballero Francisco Drack, fondeó junto al cabo de San Antonio para aguardar la flota de la Nueva España, que no faltó al tiempo que él la esperaba. No bien la hubo descubierto, cuando se le echó encima, y la atacó vigorosamente descargando toda su artillería; pero los Españoles que no tenian gana de pelear, despues de haber celebrado su consejo de guerra, creyeron mas acertado el guarecerse dentro del puerto de Matanzas en la Isla de Cuba, batiéndose en retirada, que el arriesgar los caudales del rey que se les habian confiado.

Iban en la flota española varios caballeros, y dos jueces de la Audiencia de Méjico que enviaban á España bajo partida de registro, como reos de la sedicion de que ya hemos hablado; iba un religioso dominicano, conocido mio, llamado fray Jacinto de Hoces, el cual volvia de visitar las conventos de la orden de Santo Domingo de la Nueva España, con mas de ocho mil

ducados de regalos, segun me dijo su compañero el año siguiente en Guatemala, á donde lo mandó á recojer entre sus amigos algunas contribuciones para poder regresar á España; tambien se hallaba entre los pasageros Don Martin de Carrillo, comisionado para formar causa á los culpables de la sedicion acaecida en Méjico, en cuya comision se dice que habia hecho mas de veinte mil ducados; y por último eran de aquel viage un obispo y muchos mercaderes ricos, siendo almirante de la flota Don Juan de Guzman de Torres.

Los Españoles pues ganaron el rio de Matanzas, no creyendo que los Holandeses se aventurarian á seguirlos; mas apenas entraron en él, vieron que no tenia bastante fondo, y se resolvieron á zabordar.

Baradas las embarcaciones, saltaron en tierra las personas mas considerables de la flota y echaron á correr, llevando cada cual lo que podia. Unos sacaron sus cofrecillos, otros alguna valija en donde habian metido lo que tenian de mas precioso; pero los Holandeses los persiguieron con calor, y les tiraron tantos cañonazos que los obligaron á abandonarlo todo, salvo unos cuantos cofrecillos ó papeleras que escondieron entre las matas: de modo que la mayor parte de las riquezas de la flota cayó en poder de los capitanes y marineros del valeroso Pié de Palo.

El padre Hoces se habia metido en un esquife con su cofrecillo debajo de los hábitos, y allí llevaba sus cadenas de oro, sus diamantes, sus perlas y otras piedras preciosas; pero una media

docena de Holandeses que saltaron en el esquife, todo se lo quitó, como nos refirió despues en Guatemala su compañero.

Cuando Don Juan de Guzman de Torres llegó á España, fué preso, y aunque perdió el juicio poco tiempo despues, fué condenado á muerte y decapitado.

Antes de acabar este capítulo, haré mencion de la isla principal del Nuevo Mundo, que ahora llaman la Española y sus habitantes decian antiguamente Haiti, la cual aun hoy en dia lamenta la pérdida de mas de tres millones de Indios que los Españoles sus nuevos señores han hecho perecer.

Esta isla es una de las mayores del mundo todo: boja mil y quinientas millas de circunferencia, y goza de un aire muy benigno. Su terreno es feraz, y allí se encuentran ricas minas, y se hace gran tráfico de ambar gris, de azucar, de gengibre, de cueros, y de cera.

Cuéntase que las hortalizas y demas vegetales llegan en veinte dias á su estado de sazon para comerse: argumento poderoso para demostrar la bondad de la tierra y lo templado del clima.

No solamente en nada cede á la Isla de Cuba, sino que le lleva particular ventaja en tres cosas, á saber: en la pureza del oro, que se saca muy puro de sus minas y sin mezcla de otros metales; en la bondad de sus cañas de azucar mas productivas que en ninguna otra parte; y en la fertilidad de su suelo, donde se coge ciento por uno.

Esa inmensa fertilidad proviene de cuatro

grandes rios que riegan la isla y fecundan todas sus cuatro partes.

Los cuatro rios nacen en una misma montaña situada en medio del pais, y cada una corre hácia uno de los cuatro puntos cardinales del horizonte. Juna hácia el este, Artihinaco hácia el oeste, Taccho hácia el norte y Naihus hácia el sur.

Abundan tanto los cerdos en el pais y es tanto el ganado que lo cubre que los animales se hacen montaraces en los bosques y entre las rocas. Por esa razon las naves que viajan por aquellos mares y pasan por junto á la Española, abordan á cualquiera punto desierto de la isla, si tienen necesidad de víveres, saltan en tierra algunos marineros y matan bueyes y puercos ó mas bien javaliés, hasta surtirse de la provision que han menester, sin que nadie se los estorbe, por estar desierta gran parte del territorio y haber muerto todos los Indios.

La ciudad de mas consideracion que posee es Santo Domingo, donde reside un presidente, con una audiencia compuesta de seis jueces ú oidores, y otros ministros necesarios, y donde está la silla del arzobispo, que, aun cuando no sea tan rico como otros y especialmente lós de Méjico y Lima, goza sobre ellos la preeminencia de ser primado de todas las Indias.

Despues de Santo Domingo se siguen Santa Isabel, Santo Tomás, San Juan, Maraña y Puerto, donde se hace un comercio muy provechoso de las mercaderías de la isla.

He recorrido pues de este modo por mar y tierra, las islas y la mayor parte del continente que

dependen de los Españoles, para manifestar el estado en que hoy se encuentra la América. Ademas de los bandos y parcialidades de los Españoles nacidos en el pais y de los que llegan de España, todavía hay, con especialidad en el Perú, un odio mortal contra los Vizcainos y los Castellanos, que mas de una vez ha causado serios disturbios, amagando un levantamiento general y la ruina del pais.

Los arzobispos de la América son cuatro; el de Santo Domingo, el de Méjico, el de Lima, y el de Santa Fé, pasando de treinta el número de los obispos sufragáneos.

El gobierno de los negocios del Estado y la administracion de la justicia estan en manos de dos vireyes, de los cuales reside uno en Lima y otro en Méjico. Estos tienen bajo sus órdenes otros gobernadores, presidentes y alcaldes-mayores; pero los presidentes de Guatemala y de Santo Domingo ejercen un poder tan absoluto como el de los vireyes, y tienen sujetos á su jurisdiccion otros gobernadores y magistrados secundarios, sin mas dependencia que de la corte y del consejo supremo.

CAPITULO VI.

Viage del autor de la ciudad de Méjico á Chiapa que está al medio-dia, con la descripcion de los lugares mas notables que se encuentran en el camino. El autor cuenta las razones que tuvo para no ir á Filipinas, y como lo disuadió de su propósito uno de los religiosos recien llegados de aquellas islas, y las dificultades que tuvo que vencer para salir de Méjico á escondidas de su superior.

Despues de haber dado la vuelta de América, y de haberla descrito en general, tengo intencion de describir los lugares por donde he viajado, y los sitios en donde he vivido, señalando con mas particularidad el estado, la fuerza y la riqueza de las provincias que están al sur de Méjico.

Pero mi principal designio es hacer admirar la providencia de Dios que me ha conducido en mis viages, y me ha librado de infinidad de peligros en aquellos remotos paises, como á otro Josef en el Egipto, sacándome de ellos como las espigas de la tierra de Canaan, y volviéndome á mi patria, para descubrirle las riquezas del Nuevo Mundo,

y revelar con verdad cosas que ningun otro Inglés, que yo sepa, ha visto antes que yo.

Desde el mes de octubre hasta el de febrero permanecí con mis amigos y compañeros bajo la autoridad del padre Calvo, nuestro superior, en la casa de recreacion que llaman San Jacinto, de donde podia ir con facilidad á ver todo lo que hay mas digno de notarse en los alrededores de Méjico.

Durante mi permanencia en aquella casa, procuré con el mayor esmero recoger cuantas noticias estaban á mi alcance sobre el estado de las islas Filipinas, á donde tenia ánimo de ir á mi salida de España. Por mi fortuna me encontré con un religioso, conocido de mis amigos, el cual acababa de llegar de vuelta de Manila. Este buen padre lejos de incitarnos á verificar nuestro viage, hizo cuando estuvo de su parte, á fin de quitárnoslo de la cabeza, diciéndonos que si estimábamos en algo nuestra salud y la paz del alma, no debiamos pensar en semejante pais, que allí no habia mas que redes para cazar las almas y precipitarlas en el infierno, en fin, que las ocasiones que podian tentar al mas santo no solo eran poderosas sino tan frecuentes que era cosa muy dificil poderse libertar de caer en ellas. Y añadia que, si por la salvacion de su alma no se hubiera escapado secretamente, nunca hubiera vuelto; porque sus superiores se habian negado siempre á los ruegos que de rodillas delante de ellos habia reiterado muchas veces, para obtener su licencia de volverse á España.

Nada pudimos sacar de él sin embargo acerca

de varias cosas que hubieramos querido saber, ni tampoco sobre los motivos reales de su partida, pues solamente decia, aunque muy á menudo. « Los frailes de aquellos conventos son verdaderos demonios cuando estan lejos y entre los Indios, si bien en público y delante de los superiores parecen unos santos. »

Con motivo de tales informes tuvimos una junta secreta para resolver lo que debiamos hacer, fuera para volver á España aquel mismo año, fuera para quedarnos en América en caso de no poder regresar á Europa. Porque no ignorábamos que si el padre Calvo llegaba á descubrir nuestro designio de no pasar mas adelante, nos forzaria á seguirlo so pena de escomunion, ó nos haria encerrar en la carcel de cualquier convento, hasta el momento de salir de Méjico.

Aunque nuestra resolucion de no pasar á Filipinas era un secreto que todos debiamos guardar, me fué imposible ocultársela á fray Tomas de Leon, religioso irlandés y uno de mis íntimos amigos, al cual veia yo muchas veces llevar anticipadamente con trabajo las fatigas del largo viage que aun teniamos que emprender, y mostrar grande arrepentimiento de haber dejado la España.

En cuanto le hube comunicado la resolucion que acabábamos de tomar, y lo que para realizar mi propósito pensaba yo hacer, me mostró mucho gozo y me prometió no dejarme y seguirme á donde quiera que se me antojara ir.

Acercábase el tiempo de nuestra partida, y viendo que nos faltaba para prepararnos, recur-

rimos á algunos religiosos de Méjico, para que nos instruyesen de lo que debiamos hacer á fin de no embarcarnos con la mision de Filipinas, y les dijimos que si el padre Calvo, nuestro superior, nos queria dar licencia para permanecer en Méjico ó en sus cercanías, nos quedariamos en cualquier convento hasta que encontraramos ocasion de volvernos á España.

Mas como los religiosos á quien nos descubrimos eran Criollos y nacidos en el pais, no pudieron disimular el odio irreconciliable que tenian á los que llegaban de Europa, y nos dijeron sin rodeos que los Españoles y ellos no habian podido nunca avenirse, y que sabian, á no dudarlo, que sus superiores pondrian muchos obstáculos á nuestra admision en su convento; pero que sin embargo creian que seriamos bien recibidos en la provincia de Guajaca, donde la mitad de los religiosos se componia de Españoles ó de naturales del pais. Por último nos aseguraron que en todo caso, si no hallábamos acogida en la provincia que nos indicaban, no dejariamos de ser admitidos con gusto en la de Guatemala, en la cual eran Españoles europeos los mas de los conventuales y tenian muy debajo á los nacidos en el pais.

Diónos esto mucha pesadumbre, porque consideramos que habia por lo menos trescientas lenguas entre San Jacinto y Guatemala, que ignorábamos la lengua de Méjico, y que no teniamos ni dinero ni caballerías para tan largo viage. Pero al mismo tiempo se nos ocurria, por otra parte, que las islas Filipinas estaban mas lejos y

que no habia la mas remota esperanza de poder volver de allí buenos cristianos.

Al cabo nos resolvimos á entregarnos en manos de la divina providencia, aventurándonos á emprender una jornada de trescientas leguas con los pocos medios que teniamos, y los que nos produjera la venta de nuestros libros y de algunas otras prendas, para comprarnos cada uno su caballo.

Pero mientras disponiamos con todo secreto los preparativos de nuestra espedicion á Guatemala, sucedió un caso que no dejó de desconcertarnos.

Un religioso llamado fray Pedro Boralla, que sin comunicar su designio á ninguno de sus amigos nos habia dejado con el mayor disimulo, huyó solo con direccion á Guatemala.

Su fuga irritó sobre manera á nuestro superior Calvo, que despues de haberlo hecho buscar por todas partes, se fué á ver al virey para suplicarle que empleara su autoridad y mandara requisitorias en busca del religioso fugitivo, publicando ademas un bando en la plaza del mercado, á fin de prohibir á toda clase de personas el ocultarlo ó apadrinarlo en sus casas, y obligar á quien llegare á descubrirlo que lo entregase á su superior. Le representó, para mas empeñarlo, que nadie debia seducir ni amparar en su casa á los religiosos que habian salido de España para ir á predicar el Evangelio á las Filipinas, porque eran enviados á las misiones por su majestad católica y á costa suya, y que los religiosos que mudaban de parecer en medio de su viage y abandonaban

á su superior de aquel modo, debian ser castigados por haber engañado á su majestad y robado su dinero.

Hicieron las razones del padre Calvo tanta fuerza en el virey que mandó incontinentemente publicar un bando, por el cual se obligaba á cuantos supiesen el paradero de fray Pedro Borallo, ó las personas que lo ocultaban en su casa, á dar parte á su alteza, so pena de encarcelamiento y una multa de quinientos ducados para el fisco del rey, con prohibicion, bajo las mismas penas, de hospedar ó dar asilo á cualquiera de los religiosos destinados á Filipinas, hasta que las naves del rey que debian salir del puerto de Acapulco hubiesen dado la vela.

El padre Calvo, luego que obtuvo este bando, comenzó á maltratarnos, diciéndonos que éramos esclavos del rey entregados á su direccion, y que si habia entre nosotros alguno tan atrevido que intentara fugarse (pues en efecto temia que la mayor parte lo abandonara), sabria encontrarlo, como tambien á fray Pedro Borallo, para vergüenza y confusion de unos y otros.

El discurso del superior nos causó mucho disgusto, y desalentó completamente á mi amigo Tomas de Leon, de modo que renunció en mi presencia al designio de permanecer en la Nueva España y de sustraerse del yugo del padre Calvo, protestando sin embargo que si yo persistia en mi resolucion, me guardaria el secreto con fidelidad y no me descubriria; pero, como reconocí su flaqueza, no quise fiarme, y aparenté que yo tambien desistia del proyecto de fugarme.

En seguida me dirigí á mis otros tres amigos, uno de los cuales era el mismo fray Antonio Melendez que me habia inspirado el pensamiento de abandonar la España, y los hallé muy afligidos y sin saber qué partido tomar.

Consideraban que si nos fugábamos, podian cogernos y volvernos presos á Méjico, embarcándonos al momento para Filipinas, lo que nos llenaria de vergüenza y confusion. Reflexionaban tambien sobre el bando del virey, y la dificultad de escapar de sus manos, conociendo que no dejaria de emplear su autoridad para encontrarnos. Por otra parte veian el poco caso que de ellos hacia el padre Calvo, que los trataba de esclavos y de fugitivos, y que como á tales los hacia pregonar en la plaza pública, y en fin la miseria y servidumbre á que serian reducidos, luego que llegaran á las islas Filipinas.

Pero en medio de tantas congojas nos quedaba todavía un consuelo, y era que nos aseguraban que Pedro Borallo se habia escapado felizmente, y que lo habian visto ir solo por el camino de Guatemala ; y nosotros esperábamos tener la misma fortuna, y como él poder salvarnos.

Así pues no vacilé por mi parte y les dije con franqueza que estaba resuelto á quedarme, aun cuando me dejaran solo para volverme á España ó irme á Guatemala.

Todos manifestaron el mayor júbilo, al oir mi resolucion, y me aseguraron que correrian mi suerte.

De acuerdo ya en nuestro propósito, y convenidos en que cada uno tendria su caballo prepa-

radó en Méjico, decidimos que la víspera de la salida para Acapulco de nuestros compañeros, saldriamos nosotros por la tarde dos á dos de San Jacinto, para juntarnos en Méjico en el lugar en que nos aguardaran nuestros caballos, y en seguida dejariamos la ciudad, y caminariamos toda esa noche y las otras dos ó tres noches siguientes, descansando de dia hasta que estuviésemos treinta ó cuarenta leguas de Méjico.

Nos fundábamos para obrar de ese modo en la persuasion de que el padre Calvo, cuando al levantarse no se encontrara con nosotros, no retardaria el viage de los demas compañeros, por tomarse el trabajo de hacernos buscar; y aun cuando así fuera, las pesquisas no durarian mas de un dia ó dos en la ciudad y por los caminos mas frecuentados, donde estábamos seguros de que nos tropezaran, porque habiamos resuelto alejarnos de la ruta ordinaria, y de los senderos mas trillados, durante el tiempo de nuestras primeras jornadas.

Nuestra resolucion fué ejecutada con tanto acierto como la habiamos concebido con prudencia. Aunque el secreto entre cuatro personas parece que debia correr algun peligro, nada se llegó á traslucir. Las dificultades que ofrecia un viage de trescientas leguas con tan poco dinero para los gastos y manutencion de las personas y de los caballos se vencieron, porque comprados estos, hicimos fondo comun de nuestros bolsillos, depositando en manos de uno de nuestros compañeros todo nuestro caudal, que se reducia á veinte ducados, suma que en un pais tan rico, no

vale mas que podria valer la de veinte chelines en Inglaterra ó cuatro escudos en Francia.

A pesar de que este dinero estrechamente podia bastarnos para mantener nuestros caballos algunos dias, no por eso mudamos de resolucion, confiados en la providencia de Dios mas que en socorro alguno humano.

Antes bien en lugar de desanimarnos por la escasez de nuestros recursos pecuniarios, haciamos cuenta de tener, luego que nos hubiesemos alejado unas cuarenta leguas de Méjico, no nuestros veinte ducados sino mas de cuarenta; porque pensábamos ir á hospedarnos á los conventos de religiosos que no nos conocieran, ó á las casas de los ricos hacendados españoles, y allí ademas de tratarnos bien, nos darian á nuestra despedida dinero para nuestra subsistencia por un dia ó dos.

CAPITULO VII.

El Autor sale por último de Méjico en compañía de un religioso de su orden para ir á la provincia de Guatemala, y hace una descripcion exacta de lo que ve digno de notarse en el camino, y del modo que lo recibieron los Españoles y los Indios en los lugares por donde pasó desde Guajaca que está sesenta leguas de Méjico.

La salida de Méjico era lo que nos daba mayor cuidado, porque nos habian advertido que el virey habia puesto varios alguaciles á disposicion del padre Calvo para guardar los caminos principales dia y noche, hasta que con sus religiosos partiera para Acapulco.

Mas no faltó un amigo fiel que, á pesar del bando del virey, nos ofreció sacarnos de Méjico por donde nada tuviesemos que temer de las guardias del superior, y con el auxilio de este amigo, y con un mapa que nos procuramos para que nos sirviera de guia, cuando nuestro conductor nos dejase solos, salimos de Méjico alegremente á mediados de febrero una noche como á cosa de las diez. Dimos la vuelta al arrabal de

Guadalupe, y no habiéndonos tropezado con alma viviente, seguimos espresamente la direccion opuesta al camino de Guatemala, donde sospechábamos que hubiera gente apostada. Pasamos toda la noche caminando, y por la mañana llegamos á una aldea de Indios, donde empezamos á gastar nuestro pobre caudal haciéndonos llevar un pabo y un capon para almorzar con nuestra guia antes que se volviese á Méjico.

Luego que hubimos acabado nuestro almuerzo, nos despedimos y nos fuimos á descansar, á fin de reponer nuestras fuerzas y hallarnos en estado de caminar la noche siguiente y de atravesar el pais hácia Atlixco, que está en un valle de cerca de siete leguas de circuito, llamado á causa del pueblo « el Valle de Atlixco, » famoso en toda la comarca por su abundancia de trigo, y ser el granero de donde todos los años se surte Méjico y de donde sacan su principal subsistencia los mas de los pueblos circunvecinos.

Pueblan tambien ese valle muchas aldeas de Españoles y de Indios; pero no nos atrevimos á entrar en ninguna, y fuimos hospedándonos de hacienda en hacienda fuera de los caminos reales, siendo muy bien recibidos por los ricos labradores y gentes del campo que tenian á mucha dicha el vernos en sus casas y disfrutar de nuestra conversacion.

En ese sitio empezamos ya á perder el miedo, y aun determinamos no caminar mas de noche como lechuzas, sino viajar de dia y gozar de la hermosura del valle y de los demas parages por donde teniamos que pasar atrevesando el pais.

Del Valle de Atlixco fuimos á pasar á otro que llaman el Valle de San Pablo, el cual, á pesar de no ser tan grande, es mas rico todavía, por cogerse todos los años dos cosechas de trigo. Para la primera siembran el trigo en la estacion ordinaria de las lluvias, y para la segunda en el estío, luego que acaban la siega de la primera, y que han pasado las aguas. Para regar los sembrados se sirven con mucho ingenio de los arroyos que caen de las montañas que rodean el valle, abriendo acequías ó pequeños canales por cuyo medio llevan el agua á las tierras y la retiran cuando les parece que están bien regadas.

Hay muchos labradores, que si bien no salen del cultivo de la tierra, no por eso dejan de ser muy ricos, teniendo algunos de ellos un caudal de treinta á cuarenta mil ducados en efectivo.

Nuestra buena suerte nos deparó uno de estos ricotes que era paisano de mi amigo fray Antonio Melendez, y nacido en Segovia, el cual nos retuvó para festejarnos y agasajar á su paisano por espacio de tres dias, hospedándonos en su casa.

Su mesa era de un gran señor, no solo por el servicio y vajilla de plata sino por las esquisitas viandas y manjares delicados que la cubrian; y para completar su obsequiosa hospitalidad, hacian desahumar nuestras habitaciones, y sus hijas nos regalaban dándonos música, en la cual estaban bastante instruidas.

Habiéndole descubierto Melendez el objeto de nuestra espedicion, nos dió todos los informes necesarios para que nos condujeramos por ellos hasta llegar adonde nada pudiesemos re-

celar; y allí empezamos á notar la singular providencia de Dios, que tan felizmente nos habia guiado á la casa de este amigo : porque no solo nos dió una guia al despedirnos, sino que tambien nos regaló veinte ducados para ayudarnos á proseguir nuestro viage.

De este valle fuimos dando vueltas á Tasco, donde hay un vecindario de cerca de quinientas personas que hacen un gran comercio de algodon con sus vecinos.

En Tasco nos encontramos con un fraile español de la orden de San Francisco, que nos recibió con mucha alegria, y nos trató con el mayor agasajo, al saber que acabábamos de llegar de España.

Al salir de ese pueblo entramos en el camino de Guajaca, y nos dirijimos á Chautla, que es tan rica en algodon; pero no encontramos con nadie que nos hospedara sino por nuestro dinero.

Despues de este pueblo hay otro llamado Zumpango, donde por lo menos se cuentan ochocientos habitantes entre Indios y Españoles, que por la mayor parte son ricos. Los géneros principales de su tráfico son el algodon, el azucar y la cochinilla.

Pero saliendo de Zumpango se encuentra la sierra de la Misteca, donde hay muchos y ricos pueblos de Indios, que hacen un gran comercio de seda, que es la mejor de todo el pais, y tienen tambien cera y miel en abundancia.

Varios de estos Indios trafican en Méjico y en sus contornos, y los hay que van por todo el pais con treinta ó cuarenta mulas, y poseen diez, doce

y quince mil ducados, caudal enorme para un Indio entre los Españoles, que creen que todas las riquezas de América les pertenecen.

En la sierra de la Misteca hasta Guajaca nada vimos que llamase la atencion sino algunas aldeas ó ranchos de doscientos ó trescientos habitantes, con muchas iglesias muy bien edificadas, adornadas de lámparas y candeleros de plata, y cuyos santos llevan en la cabeza riquísimas coronas.

Sin embargo en todo el camino reparamos que el suelo es en estremo fértil y abunda en trigo y maiz, y que habia mucha abundancia de azucar, algodon y miel. Acá y allí se ven diferentes porciones de terreno donde se da la cochinilla, los palmitos y otras varias especies de árboles frutales; pero sobre todo advertimos que en donde quiera habia numerosas vacadas, siendo los cueros la principal mercancía que trasportan de este pais á Europa.

Algunos dicen que en otro tiempo habia mucho oro en los alrededores de la Misteca, y los Indios lo usaban con profusion; pero que ahora no quieren descubrir las minas, temiendo que la tiranía de los Españoles los reduzca al estado de sus vecinos ó los aniquile enteramente.

Tambien se asegura que hay minas de plata, aunque los Españoles todavía no las han descubierto.

Pero las minas de hierro abundan aunque los Españoles no quieren tomarse el trabajo de beneficiarlas, porque la España los surte de mejor calidad y mas barato.

CAPITULO VIII.

Descripcion de la ciudad y obispado de Guajaca.

La primera ciudad adonde llegamos fué Guajaca, cabeza del obispado de su nombre, y aunque no de grande estension, pueblo muy lindo y muy alegre.

Está situada á sesenta leguas de distancia de Méjico, en un valle agradable que da título á la casa de los descendientes de Hernan Cortés, á quien lo dió el rey, creándolo marqués del Valle.

Es, como todas las demas de América, esceptuadas las plazas marítimas, ciudad abierta y sin murallas, baluartes, ciudadela, artillería ni municiones para defenderla.

Su vecindario apenas llegará á dos mil personas; está gobernada por un alcalde mayor, cuya

jurisdiccion se estiende mas allá del Valle hasta Nijapa, y casi hasta Tecoantepeque, que es un puerto sobre la Mar del Sur.

El Valle tendrá unas quince millas de largo y diez de ancho, y lo riega un rio muy abundante de pesca que pasa por medio.

Cúbrenlo muchos rebaños y vacadas, y provee de lanas las fábricas de paño de la Puebla de los Angeles, de cueros á los mercaderes de España, de carnes la ciudad de Guajaca y todas las demas del contorno que son estremadamente ricas, y mantienen muchos conventos de religiosos, y muchas iglesias con sus ornamentos.

Pero lo que mas nombre da al Valle de Guajaca son los buenos caballos que en él se crian, y que se consideran como los mejores del pais.

Tambien hay haciendas en que se cultiva la caña de azucar; y como á esa ventaja se reune la de sus abundantes y buenas frutas, la ciudad de Guajaca tiene fama de fabricar las mejores confituras y dulces de toda la América.

Se cuentan dentro de la poblacion seis conventos entre los de los frailes y los de las monjas, que son muy ricos; pero el de la orden de Santo Domingo lo es mas que todos los otros : porque su tesoro vale mas de tres millones, siendo la iglesia el edificio mejor y mas hermoso de toda la comarca. La obra se acabó estando yo allí y las paredes de piedra son tan gruesas que yo mismo he visto andar por encima las carretas cargadas de piedras y otros materiales.

Los dos conventos de monjas de Guajaca son nombrados por la habilidad de las religiosas

para las dos clases de bebidas que hacen en aquellos paises, y son el chocolate de que luego hablaré, y los atoles que se parecen á la leche de almendras de Europa, aunque mucho mas espesos.

Los hacen con zumo de maiz ó de trigo, estraido cuando las matas están tiernas, con especias, nuez moscada y azucar: de modo que no solo despiden un olor muy lisonjero sino que son muy nutritivos y fortifican el estómago.

No es sin embargo regalo que puede trasportarse, porque es menester servirlo donde mismo se hace; pero el chocolate lo meten en cajas, y lo envian á Méjico y á los alrededores, y aun embarcan grandes cantidades para España.

Lo que enriquece mas aquella ciudad es la seguridad con que se trasportan las mercancías de Guajaca á San Juan de Ulúa, y de San Juan de Ulúa á Guajaca por el rio Alvarado que pasa á muy corta distancia de la poblacion; pues aunque los barcos no llegan á la misma Guajaca, suben hasta los Zapotecas y San Alfonso que no distan mucho de ella.

Sobran motivos para maravillarse de la indolencia de los Españoles, que todavía no han hecho construir en todo lo largo del rio que sube hasta el corazon mismo del pais, ni un castillo, ni una torre, ni aun siquiera una batería ó un fuerte para algun destacamento, para disputar el paso á los enemigos, como si estos no pudieran fabricar bergantines ó barcas semejantes á las suyas, y hacerles así la guerra.

Mas para no hablar ya de Guajaca, solo diré que

su aire es tan templado, tanta su abundancia de todas las cosas necesarias á la vida, y tal y tan cómodo su asiento entre ambos mares del Norte y del Sur, teniendo á un lado San Juan de Ulúa y al otro Tecoantepeque, pequeño puerto sin fortificacion, que no hay parage alguno en toda la América donde yo hubiera deseado mas establecer mi morada que en aquella ciudad; y me habria quedado allí, si no hubiera sabido al llegar que los frailes criollos son tantos como en Méjico, y tienen la misma aversion á cuantos van de España.

Mientras estuvimos allí, manifestaron ese aborrecimiento mancillando la memoria de un religioso venerable, doctor en teología, el cual habia sido respetado por su saber como el oráculo de la provincia. El buen anciano murió, estando nosotros en el convento, y como durante su vida no habian podido menoscabar su reputacion, buscaron despues de su muerte algun pretesto para poderla arruinar. En efecto escudriñaron todos los rincones de su celda y descubrieron en un arca un poco de dinero que no habia declarado á su prior. Los criollos miraron esto como un crimen digno de escomunion, siendo un pecado el que un religioso posea como suya cualquiera cantidad de dinero, y falta así al voto de pobreza; dijeron que aquel respetable varon habia muerto descomulgado, y no debia ser enterrado en sagrado, y mucho menos en su iglesia ó en su convento, y el pobre teólogo fué sepultado, con mengua de su buena fama, en un hoyo que hicieron abrir en la huerta.

Semejante conducta sonó mucho en la ciudad y en toda la provincia, y escandalizó á varias personas. Los frailes quisieron escusarse diciendo que estaba descomulgado; pero la verdad era que el pobre religioso habia ido de España y que los Criollos querian satisfacer, despues de su muerte, el odio que le habian tenido durante su vida. Porque si ha de hablarse con candor, no podian hacerlo, á causa del quebrantamiento de su voto de pobreza; pues es constante y nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos, que todos los religiosos de América, unos mas y otros menos, son culpables de la misma violacion de ese voto; y hubiera podido decirse á los Criollos de Guajaca lo que dijo el Señor á los Judíos que le presentaron la muger adúltera : « El que de vosotros esté sin pecado, tírele la primera piedra. »

CAPITULO IX.

El Autor va á Chiapa distante de Guatemala cien leguas. Ventaja que encuentran los religiosos que transitan por aquel camino, y descripcion de él llena de cosas singulares..

La accion de que fuimos testigos oculares y las noticias que nosotros teniamos ya de las discusiones que habia entre los frailes de Guajaca, nos determinaron á levantar el campo y no pensar en un pueblo tan poco propio para detenernos en él. Por lo tanto tres dias despues salimos para Chiapa que está á cien leguas de Guajaca, donde supimos antes de ponernos en camino que en la mayor parte de los pueblos y aldeas de la ruta que debiamos seguir, los Indios tenian orden del alcalde mayor para dar caballos de un lugar á otro á todos los religiosos que no tuvieran dinero, para pagarlos, bastando que asentaran en el libro del registro el gasto que hiciesen, y

permaneciendo mas de veinticuatro horas en cada lugar.

A fines de año llevan los Indios ese registro al magistrado español á cuya jurisdiccion pertenecen, y este despues de ver y aprobar los gastos que se hallan asentados en él, manda que se abonen de los fondos públicos de la villa ó aldea de donde son; y para sufragar estos gastos se labra ordinariamente cierto número de aranzadas de tierra, que siembran todos los años de maiz ó de trigo, y cuya cosecha se emplea en el pago de esas deudas.

Estos auxilios caritativos nos dieron ánimo y esperanza de poder acabar nuestro viage con mucha mas facilidad que lo habiamos seguido hasta entonces.

Continuamos contentísimos el camino y llegamos á Antequera, gran villa de Indios, que fué la primera que encontramos y donde comenzamos á disfrutar de las ventajas de aquella providencia tan cristiana. Pedimos atrevidamente de cenar y cuanto necesitamos y al otro dia que debiamos partir y pagar, nos hicimos llevar el registro de la villa, sentamos en él la cuenta de nuestros gastos por nosotros y por las caballerías, y salimos de Antequera, para proseguir nuestra marcha, alabando la sabiduría y caridad de los magistrados, que habian establecido un auxilio tan cómodo para los viageros, con especialidad para los que como nosotros no tenian dinero.

Con todo no dejamos de encontrar algunas aldeas, donde los Indios no estaban dispuestos á mostrarnos la misma caridad, escusándose con

sú pobreza que no les permitia dar de comer á cuatro personas y cuatro caballos. Por eso nos vimos precisados algunas veces á alargar nuestras jornadas, á fin de llegar á cualquiera villa ó lugar considerable.

Despues de Antequera se encuentra en el mismo camino Nijapa, poblacion de ochocientos habitantes por lo menos entre Españoles é Indios: está edificada á la orilla de un rio, que segun nos dijeron, es un brazo del gran rio de Alvarado, y posee un convento riquísimo de religiosos de la orden de Santo Domingo, dondé fuimos muy bien recibidos. En la iglesia se venera una imagen de la Virgen que se asegura que hace milagros, y van las gentes de diversos lugares en romería á visitar su capilla, cuya devocion le ha procurado muchas lámparas de plata y otras varias riquezas.

Se considera ese pueblo como uno de los mas ricos de todo el pais de Guajaca, por la grande cosecha de añil, azucar y cochinilla que se coje en él.

Hay tambien muchos árboles que producen el cacao de que hacen el chocolate, mercancía de que hacen un gran comercio en aquellos paises y á que los Ingleses y Holandeses no dan mucho aprecio, cuando cojen algun barco cuyo cargamento es de cacao, porque no saben la virtud que tiene de confortar el estómago.

De allí nos dirijimos á Aguatulco y Capalita, que son dos grandes villas, situadas en un pais llano, cubierto de rebaños de ovejas y manadas de vacas, y abundantes en frutas escelentes, co^r

especialidad en piñas de América ó ananas y en zandias que en Europa llaman melones de agua. Esta última fruta se deshace en la boca como nieve, y sirve para apaciguar la sed causada por el calor terrible que aflige mas en aquella tierra por ser baja y pantanosa y estar situada cerca de la mar del Sur.

La poblacion mas considerable despues de Capalita es Tecoantepeque, plaza marítima sobre la mar del sur, con un puerto para las embarcaciones menores, como son las que navegan desde allí á Acapulco y Méjico, y á Realejo y Guatemala, y á veces tambien á Panamá. Los buques del Perú que van á Acapulco suelen abordar á este puerto, cuando tienen viento contrario.

Tecoantepeque no presenta ni sombra de fortificacion, y si los corsarios ingleses y holandeses quieren fondear en su puerto, en lugar de resistencia hallaran una rada enteramente abierta para correr todo el pais.

En toda la estension de la costa de la mar del Sur desde Acapulco hasta Panamá que se alarga mas de seiscientas cincuenta leguas, no hay mas puertos que este en el distrito de Guajaca, el de la Trinidad en la provincia de Guatemala, el de Realejo en la de Nicaragua, y el golfo de las Salinas para las pequeñas embarcaciones que van á la Costa-Rica, puertos sin artillería, y abiertos á cuantos quieran dar la vuelta al mundo para enriquecerse.

El puerto de Tecoantepeque es el mejor de todos ellos para la pesca, y así encontrábamos á

veces en el camino recuas de ochenta y cien mulas cargadas de pescado salado para Guajaca, la Puebla de los Angeles y Méjico.

Hay ricos mercaderes establecidos allí que trafican con Méjico, el Perú y las islas Filipinas, enviando sus pequeños barcos de un puerto á otro. y volviendo ricamente cargados de mercancías de todas las provincias situadas al oriente y al mediodia.

Desde este puerto á Guatemala el camino es llano y unido á lo largo de la costa de la mar del sur, y por medio de las provincias de Soconuzco y Suchutepeque; mas como nosotros queriamos ir á Chiapa, tomamos el camino de la sierra ó altas montañas de los Quelesnes, pasando de Tecoantepeque á Esteque, y de aquí entramos en un desierto de dos jornadas, donde tuvimos que pasar una noche junto á una fuente, y acostarnos en la dura tierra sin ver aldeas, ni casas ni mas guarida que unas chozas construidas para que sirvan de refugio á los que viajan por aquel yermo.

La llanura es tan escueta y abierta por el lado de la mar, y el viento que viene de aquella parte sopla con tanta violencia, que los viageros apenas pueden servirse de sus caballerías; y nadie se atreve á vivir allí, porque el viento derriba las casas, y el menor fuego que hay se convierte en poco mas que nada en un incendio que todo lo devora. Pero eso no impide que la inmensa llanura se vea animada por numerosas manadas de caballos y yeguas tanto salvajes como domésticas.

Nosotros atravesamos aquel yermo con grandes trabajos, y yo creí acabar en él mi vida: porque al segundo dia dándonos toda la priesa posible para llegar á cualquiera aldea, y habiéndose adelantado mis compañeros un buen trecho persuadidos de que yo los seguia, se apresuraron cuanto pudieron á ganar la poblacion, porque la noche estaba ya encima; pero mi caballo comenzó á rebelárseme, y á pesar de todos mis esfuerzos para hacerle andar, no quiso dar un paso, de fatigado que estaba, y trató de tirarse al suelo y tenderse.

Como yo creí que la aldea no debia hallarse muy lejos me apée con ánimo de andar y conducir de la brida mi caballo. Ni por esas: el animal no quizo moverse, y echóse por tierra sin quererse levantar.

Mi embarazo entonces no fué leve. Veia que si me aventuraba á irme solo á buscar el pueblo y dejaba mi caballo con silla y brida, corria el riesgo de perderme y perderlo; si por mi buena estrella daba con la poblacion, cuando volviera por la mañana para buscar mi caballo, me seria imposible descubrirlo en una llanura tan vasta y espaciosa, donde no habia ni arbol ni mata adonde poderlo atar, ó que me sirviera de señal para reconocer el sitio á mas de una milla de distancia.

Resolvíme pues á pasar la noche en aquel desierto en compañía de mi caballo, teniendo cuidado de que no se me estraviara durante la noche, y á aguardar el dia, seguro de que mis compañeros enviarian á buscarme y saber lo que me

habia sucedido; lo que no hicièron sin embargo porque creian que yo habia tomado la direccion de otra aldea que no está muy distante, y á ella me enviaron á buscar al dia siguiente por la mañana.

Despues de haber buscado el sitio mas cómodo para acostarme sin cenar en el suelo en medio de aquella horrible soledad, tomé la silla de mi caballo para ponérmela por cabecera, y deje el animal en libertad que paciera, consolándome en gran manera el verle cobrar fuerzas conforme iba comiendo, y el pensar que así podria resistir otras diez ó doce leguas al dia siguiente.

No habia una hora que estaba yo acostado sin poder cerrar los ojos que siempre tenia fijos en mi caballo, porque no se me fuera, cuando sentí un ruido estrepitoso: pareciame que se oian, y así era verdad, ahullidos y ladridos, como si una manada de perros hubiese acudido al yermo para cebarse en el armazon de algun caballo ó de alguna mula.

Al principio sonaba lejos aquella barahunda; pero cuanto mas paraba mi atencion en el ruido, tanto mas se me antojaba que se iba acercando. Ya distinguia mas claramente las voces y no podia confundirlas con los ladridos de los perros. En medio de la confusion creia yo apercibir los ecos de la voz humana mezclados con los gritos de fieras y animales montaraces.

Solo, en medio de un desierto inmenso, y amenazado por un peligro desconocido pero cierto, sentia que el pelo se me erizaba; el corazon queria rompérseme en el pecho; temblaba, un su-

dor frio me cubria todo el cuerpo; todo yo estaba mortal, esperando la muerte.

No sabiendo lo que podia ser aquello, me imaginaba á veces que debian de ser brujas, demonios ó Indios trasformados en fieras como suelen hacer, ó animales feroces, y de todos aguardaba la muerte. Encomendé mi alma á Dios, y creí que mi cuerpo era á cada instante presa de aquellas fieras, ó de la rabia del *leon rugiente* de que habla el Apóstol, y que busca por todas partes qué devorar.

Bien hubiera echado á correr; pero no me pareció seguro el huir, no creyendo poder evitar la muerte volviérame adonde me volviere, y así, viendo que lo mas acertado, como al cabo mostró la esperiencia, era el quedarme en donde estaba, quedéme, y á eso de media noche cesó el ruido, y yo cediendo á la fatiga del susto, de la pesadumbre y del camino, me dormí hasta por la mañana que el alba me despertó.

En cuanto abrí los ojos dí gracias á Dios porque me habia libertado del peligro en que habia estado toda la noche, ensillé mi caballo, que no se babia apartado mucho del lugar donde lo habia yo dejado la noche antes, y monté con el fin de salir pronto de aquel desierto, incorporarme lo mas pronto posible á mis compañeros, y contarles lo que me acababa de suceder.

No bien hube andado el espacio de una milla cuando llegué á un riachuelo donde se partian dos caminos, el uno tiraba todo derecho al desierto donde no veia ni poblacion, ni casas, ni árboles en dos ó tres leguas de terreno; el otro

volvia á la izquierda, y á una legua de allí se veia un bosque. Esto me hizo creer que aquella senda podia conducir al pueblo que yo buscaba.

Seguí pues este camino, y á los cincuenta pasos tuve que echar pié á tierra y llevar mi caballo de la brida; pero cuando estaba incierto del camino y me iba fatigando de andar á pié tuve la fortuna de descubrir una casa á un lado del sendero, y al otro un hombre á caballo que se vino hácia mí. Era un Indio de aquella casa ó hacienda, la cual pertenecia á otro Indio rico, alcalde de la vecina aldea. Le pregunté si faltaba mucho para Estepeque, y él me respondió señalándome los árboles, que estaba al otro lado, pero que no la podria ver hasta que estuviese encima de la poblacion.

Consolado con aquel encuentro feliz, volví á montar á caballo, y metí espuelas para llegar á los árboles que habia visto, donde mi caballo se paró, y no se quiso menear ya mas.

Viendo que me era imposible hacerle pasar adelante, le quité la silla que oculté entre unas matas, y lo deje en libertad sin temor de que lo robaran.

Seguí á pié al lugar que solo distaba unos quinientos pasos, y al llegar encontré á mis compañeros que me esperaban con mucha zozobra sin saber lo que podria haberme sucedido, despues de haberme enviado á buscar á la aldea inmediata, no imaginándose que hubiese dormido en el desierto.

Cuando les referí los ahullidos y gritos que habia oido durante la noche, me dijeron los Indios

desde Méjico donde se encuentra tanto y tan bueno, porque tiene la mar á dos pasos y ademas pasa por allí un riachuelo que lleva diversas clases de peces.

De la sierra bajan tantas las fuentes, tantos los arroyos, que los Indios riegan sus huertas con indecible facilidad, y pueden cultivar todo el año berzas y ensaladas.

Los naranjos y limoneros dulces ó agrios, las higueras y otros árboles ofrecen agradable refresco para calmar los efectos del escesivo calor del clima.

Como vimos el domingo por la mañana que hacia un tiempo muy apacible, juzgamos acertado no perder la ocasion, no fuera que dilatando nuestra partida, se levantaran los vientos y nos forzaran á detenernos en el pueblo ó bien á seguir el camino de la costa de Soconuzco. Pero los Indios nos instaron á que permaneciésemos hasta despues de comer, asegurándonos que el buen tiempo continuaria, y prometiéndonos buenas mulas y una provision de pescado frito, de aves y de frutas como las quisiéramos; de manera que no pudimos negarnos á sus ruegos y nos quedamos á comer con ellos.

Despues de comer nos trajeron en efecto nuestras mulas, y nos dieron dos Indios para que nos sirvieran de guias y llevaran nuestras provisiones, que se componian de pescado frito, un capon asado y algunas frutas, víveres suficientes para todo un dia.

Porque la cuesta hasta su mayor altura no tiene mas de siete leguas, y á una legua de allí se

encuentran las mas ricas haciendas del pais de Chiapa, donde hay un sinnúmero de caballos, de machos, mulas y vacas, pertenecientes á un don Juan de Toledo, en cuya casa estábamos seguros de hallar escelente acogida.

Aunque estas montañas son notables por la multitud de picos agudos y cimas encumbradas que suelen encadenarse y formar cordillera; no hay mas que un solo paso mencionado por los viageros; porque es el único por donde es menester atravesarlas.

Despues de comer empezamos á subir la cuesta pendiente y escabrosa de ese paso que llaman Maquilapa, y nos paramos en un sitio llano, situado en la vertiente de la montaña que parece destinado á que los viageros descansen al abrigo de todo temporal.

Allí pasamos la noche, y los Indios se esforzaron cuanto pudieron á fin de animarnos, mostrándonos que habia apariencias de buen tiempo, y asegurándonos que el otro dia por la mañana llegariamos á la estancia de don Juan de Toledo.

Con tan buenas esperanzas y mejor apetito preparamos nuestra cena sobre la verde mesa de la pradera, y dimos fin del capon y de la mayor parte del pescado frito, dejando solamente una porcion para el almuerzo del dia siguiente.

Nuestros Indios cenaron con no menores ganas que nosotros, y nuestras caballerías encontraron tambien pasto abundante : de manera que cerrada la noche nos dormimos todos al son armonioso de las fuentes cuyas aguas formaban un

dulce murmullo corriendo por entre aquellas rocas.

Al otro dia por la mañana todavía se presentaba el tiempo con las apariencias de calma que habiamos tenido la vispera : eso nos alentó, y partimos, despues de habernos desayunado con los residuos de la cena, á fin de acabar nuestra jornada y subir con buen ánimo á la cresta de Maquilapa. Pero no habiamos andado una milla cuando empezamos á oir los zumbidos del huracan, y cuanto mas subiamos tanto mas fuerte se nos antojaba, llegando á imponernos terror y á hacernos vacilar sobre si pasariamos adelante.

Como á la mitad del camino empezamos á sentirnos inclinados á volver á Tapanatepeque ó á permanecer donde nos hallábamos, hasta que el tiempo se apaciguara á eso del mediodia ó á la caida de la tarde. Al mismo tiempo nos dijeron los Indios, para darnos aliento y llevarnos mas adelante que á una milla mas arriba manaba una fuente y que al ámparo de los árboles habia una guarida espresamente construida para que sirviera de asilo á los viageros sorprendidos por la noche en aquellos sitios ó detenidos por el ímpetu de los huracanes.

Subimos con trabajo hasta el lugar que los naturales nos indicaron, con la esperanza de que el viento calmaria; pero al paso que íbamos subiendo, lo sentiamos mas y mas enfurecido, y se nos representaba la contienda entre los Psilos y Eolo, de que habla Heródoto, haciéndonos temer la suerte de aquellos rebeldes que en lugar de alcanzar la victoria hallaron su sepulcro en la

playa donde se habian juntado contra su dios. Temiamos, digo, que obstinándonos en pasar la altura de la montaña, no soplase el huracan con tanta rabia que nos precipitara miserablemente en aquellos abismos que nos amenazaban con la muerte por todos lados, como sepulturas abiertas para devorar nuestros cuerpos rotos y hechos mil pedazos.

La fuente nos fué muy grata y mucho mas el albergue por los árboles que lo rodeaban; aunque el viento soplaba con la misma fuerza, y empezábamos á consternarnos, cuando el dia espiró completamente dejándonos hasta sin la esperanza de poder volver atrás ni seguir adelante.

Estando para tendernos en el suelo sin cenar, despues de habernos mirado unos á otros sin saber qué partido tomar, descubrimos, á fuerza de mirar por todas partes, un limonero entre los árboles, cargado de limoncillos verdes.

Nuestra suerte no fué tan áspera como la de Tántalo que no podia comer la fruta que tenia sobre su cabeza ni beber el agua que corria á sus pies: cojimos con facilidad algunos limones, y bebimos el agua de la fuente con la misma ansia que habrian podido hacerlo todos los que hubieran tenido nuestra hambre sin contar con mas para cenar.

Por la mañana todavía era mayor la violencia de la tempestad, y por lo tanto nos resolvimos á permanecer en nuestro asilo como el dia anterior mas bien que deshacer lo andado por falta de ánimo.

Los Indios pensaban de la misma manera. Quedámonos en nuestro asilo y nos mantuvimos dé limones agrios y del agua de la fuente, aunque el manjar y la bebida no eran muy conformes con lo que necesitaban nuestros estómagos. Mas viendo que los Indios echaban en su agua las migas de unas tortas de maiz, de que llevaban buena provision en unos sacos pequeños como acostumbran hacer siempre que viajan, les compramos un saquillo de una peseta, que fuera de Maquilapa donde pensábamos morirnos de hambre, no hubiera valido un cuarto. Este alimento, aunque muy poco sustancioso, valia sin embargo mucho mas que el agua sola con los limones verdes, y no nos hacia tanto daño.

En ese estado permanecimos todo el martes aguardando que el tiempo se serenara y se disminuyera el viento, mas resueltos á subir al dia siguiente lo que nos quedaba de la cuesta ó á volvernos á Tapanatepeque.

El miércoles por la mañana el viento no parecia tan recio; determinamos pues esperar hasta el mediodia, creyendo que ya podria caminarse á aquella hora; pero el viento en vez de cesar, creció todavía un poco. Uno de nuestros compañeros se determinó á ir á pie una milla ó dos mas arriba, á fin de descubrir los pasos y el peligro de los vientos, y enterarnos de lo que descubriria; porque creimos que tal vez nos habian pintado el riesgo mayor de lo que podia ser en realidad, no habiendo visto hasta allí cosa alguna que inspirara tanto miedo.

Nuestro compañero volvió al cabo de dos ho-

ras, y nos dijo que podiamos continuar subiendo sin temor alguno, llevando del diestro nuestras mulas. Siguiéronse los pareceres de si debiamos ó no debiamos aventurarnos á los peligros del temporal, y en estos altercados nos cojió la noche, y tuvimos que dejar la partida para el dia siguiente, en caso de que el viento no hubiese cobrado mayor fuerza. Volvimos á echarnos sobre los limones verdes y la gacheta de harina de maiz, y así pasamos otra noche con un alimento que nos debilitaba en vez de fortalecernos y que, si hubiera durado mas tiempo nuestra permanencia en aquel parage, habria contribuido á dar al traste con nosotros.

El viento no cambió; pero el jueves, por la mañana, despues de habernos encomendado al que manda á las olas y á las tempestades, y despues de escribir nuestros nombres en la corteza de un arbol grande, y los dias que habiamos pasado allí sin tener que comer, montamos en nuestras mulas, y emprendimos nuestra marcha hácia la cumbre de la montaña.

Anduvimos largo trecho sin apercibirnos de motivo alguno de temor; pero no pudimos menos de sobrecojernos al ver los senderos angostos por donde teniamos que atravesar las rocas, y nos apeamos, creyendo mas seguro el fiarnos á nuestros dos pies que á los cuatro de una bestia.

Cuando llegamos á la cima de Maquilapa, palabra que en lengua del pais significa *cabeza sin pelo*, se presentó á nuestros ojos el verdadero peligro de que tanto habiamos oido hablar, y mas hubiéramos querido estar aun en la estancia del

camino de Tapanatepeque con nuestros limones verdes que á orillas de semejantes precipicios.

En efecto, el nombre de *cabeza calva* ó *cabeza sin pelo* cuadra muy bien á aquella cumbre sin árboles ni abrigo alguno adonde pueda refugiarse el pobre viagero. El camino que se ha de atravesar y está descubierto por la parte de la mar, no tiene mas de doscientos cincuenta pasos de largo; pero es tan estrecho, y tan alto que al verse al estremo de la senda se le va la cabeza al hombre mas resuelto. Porque si mira á un lado, ve la grande y espaciosa mar del Sur tan honda y tan debajo de los pies que deslumbra; si se vuelve al otro lado, no descubre sino rocas y precipicios de dos y tres leguas de profundidad, capaces de helarle el corazon al mas atrevido; y entre las olas prontas á tragaros, y las rocas dispuestas á haceros pedazos no hay mas que un paso que apenas tiene dos varas en algunos tramos.

Mas necesitábamos cordiales entonces para andar los doscientos y cincuenta pasos de tan peligroso camino que cuando solo comiamos limones agrios y bebiamos agua pura: así no nos quisimos esponer á entrar en aquel sendero montados en nuestras mulas, y echamos pie á tierra, entregando las caballerías á los Indios, y siguiéndolos unos detras de otros, no derechos, de miedo de algun vértigo que nos hubiera hecho perecer, sino doblados con las manos y las rodillas por el suelo, ó como suele decirse á gatas, y sin apartarnos ni un cabello en cuanto nos era posible de las huellas de los viageros y animales que habian pasado antes por allí.

En cuanto nos vimos al otro estremo del estrecho, y en el lugar en donde la montaña se comienza á ensanchar, y los árboles á ofrecer amparo contra el peligro, volvimos la vista para considerar lo que dejábamos á las espaldas, mirando con osadía, y acusando nuestra locura y la de los viageros que no prefieren rodear tres y cuatro leguas por el camino de Soconuzco y evitar de ese modo los peligros que por el de Maquilapa corren los hombres y las bestias.

En seguida nos apresuramos á llegar á la hacienda de don Juan de Toledo, que nos recibió con la mayor cordialidad. Nos hizo tomar una taza de caldo á cada uno para reparar las fuerzas perdidas de nuestros estómagos que arrojaban cuanto tomábamos, sin poder retener sustancia alguna, hasta que, gracias á varias tazas de buen caldo y á los tragos de vino, que de cuando en cuando contribuian á restablecernos, pudimos cenar bastante bien por la noche.

En aquella hacienda descansamos dos dias, y despues de habernos repuesto de las pasadas fatigas, privaciones y sustos, nos encaminamos á la villa de Acapala, pueblo grande de Indios en la provincia de Chiapa, situado á orillas del mismo rio que pasa por su capital que llaman Chiapa de los Indios para distinguirla de otra ciudad del mismo nombre que dice por la misma razon Chiapa la Real ó Chiapa de los Españoles.

CAPITULO XI.

Llegada del Autor á Chiapa de los Indios donde encuentra al padre Borallo; lo que este le cuenta, y lo que les pasa á él y sus compañeros con el prior de los Domínicos de Chiapa.

De Acapala pasamos á Chiapa de los Indios, pueblo situado en un barranco tan hondo como alta es la cima de Maquilapa, y edificado á la margen de un rio, tan caudaloso como el Tamésis cuando llega á Londres, el cual sale de la sierra de los Cuchumatlanes que está sobre el camino de Chiapa la Real á Guatemala, y corre por medio de la provincia de los Zocos, donde se pierde en las aguas del Tabasco.

En el capítulo siguiente hablaré con mas amplitud de esta otra Chiapa; aquí solo diré que fuimos muy bien tratados por los religiosos que nos miraban como miembros del cuerpo de su provincia, y nos aseguraron que su provincial se alegraria infinito de nuestra llegada, porque le

hacian falta religiosos españoles, para oponerse ó los Criollos y naturales del pais, que se esforzaban cuanto podian á fin de aumentar su influjo y dominar, como lo habian ya conseguido en Méjico y Guajaca.

Nos dijeron al mismo tiempo que el padre provincial no estaba mas qae á una jornada de distancia, y el padre Borallo con quien nos encontramos allí, nos refirió como se habia escapado de Méjico y llegado solo antes que nosotros, la buena acogida que debia á los religiosos de Chiapa, la salida de Calvo con sus compañeros para Acapulco, y el embarque de la mision para las islas Filipinas: y nos añadió que antes de partir habia escrito una carta al provincial de Chiapa y Guatemala, quejándose amargamente de él y de nosotros cuatro, y rogándole que en lugar de recibirnos en sus conventos, nos enviara á Méjico, para que al siguiente año nos embarcaran con la mision de Filipinas, pero que el provincial no habia hecho aprecio de la carta y se burlaba de su contenido.

Despues de haber sido regalados en Chiapa una semana entera por aquella buena comunidad, creimos acertado el ir á presentarnos al padre provincial, que se llamaba fray Pedro Alvarez, con intento de saber si podriamos permanecer en su provincia, ó si tendriamos que volvernos á España, puesto que en ninguna otra parte de América nos admitirian.

Encontrámoslo en un lugar ó pequeña villa que dicen San Cristoval, entre Chiapa de los Indios y Chiapa la Real, paseándose por unas calles

de árboles, especie de alameda del pueblo, que sea dicho al paso, es tan abundante de pesca como rico de buenas frutas.

Nos recibió con mucho agasajo, nos dió bien de comer y de cenar, y para mostrarnos su humildad, antes de que nos acostasemos, quiso lavarnos los pies, como Jesu-Cristo se los habia lavado á sus discípulos.

El primer dia pasó sin que casi nos hablara del objeto de nuestro viage, pero al dia siguiente nos participó su resolucion con mucha sagacidad y sutileza. Empezó pues leyéndonos la carta del padre Calvo, y glosándola nos representó lo mal que habiamos obrado, al abandonar nuestra primera vocacion y no queriendo ir á las islas Filipinas donde millares de Indios corrian peligro de perder sus almas, por falta de nuestra instruccion, puesto que no dudaba que fuésemos mas capaces de convertirlos y enseñarlos que los otros religiosos que mandarian en nuestra ausencia : que ademas habiamos fustrado las intenciones de su majestad católica, que llevado del buen concepto que desmereciamos, nos habia costeado el pasage á Nueva-España con la esperanza de que trabajásemos en la conversion de los Indios de Filipinas : en fin, que nos consideraba como presos encargados á su custodia, porque tenia facultad para apoderarse de nuestras personas y enviarnos al virey, para que segun los deseos del reverendo padre Calvo, nos mandara á Manila. « Sin embargo, añadió, todavía no quiero « descubrirles mi designio. Con todo no se afli« jan, diviértanse, y despues de comer les diré

« mas; que espero la respuesta de una carta que « he escrito á Chiapa, á fin de saber lo que debo « hacer con sus reverencias. »

El sermon de aquel anciano y grave provincial nos conmovió, porque nos costaba trabajo digerir las acusaciones de ser causa de la perdicion de tantas almas, de nuestra falta de caridad, de nuestra deslealtad hácia su majestad católica, y por último no dejó de herirnos en lo vivo la amenaza del encarcelamiento; de manera que la tal arenga fué un desayuno que nos quitó la gana de comer.

Al separarnos del venerable prelado, nos fuimos á pasear á una calle de naranjos, donde hablamos largamente del discurso que acabábamos de oir, y que nos acongojaba en estremo, porque en él veiamos juntos los intereses del rey y los de la religion, y estábamos certísimos de que nos despacharia con buen recaudo para Méjico, donde nos tratarian como á esclavos fugitivos.

Entonces perdí yo toda esperanza de volver á Inglaterra; el padre Melendez temblaba y habria querido encontrarse mejor que allí en la cumbre de Maquilapa, y los otros maldecian la hora en que habian temido la mar y abandonado al padre Calvo, sintiendo no haberse hecho á la vela con los demas compañeros.

Algunos propusieron huir y dejar al padre Alvarez como habiamos dejado al padre Calvo; pero se ocurria al momento que adonde quiera que fuésemos, no conociendo el pais, seriamos descubiertos y enviados á Méjico, y que nuestra se-

gunda fuga no. haria mas que empeorar nuestra situacion.

En medio de nuestras tribulaciones me atreví yo á decir á mis compañeros, que era imposible que el padre provincial, que siempre nos habia hablado con semblante risueño y alegre, y que hasta se habia humillado á lavarnos los pies, nos quisiera tratar de un modo tan cruel ni causarnos el menor perjuicio, que al contrario me parecia averiguado que nos amaba, por el solo hecho de haber sido de tan lejos á ofrecernos para trabajar con él en la salvacion de las almas que estaban confiadas á su celo, y cuando por otra parte le faltaban personas recien llegadas de España como nosotros que reforzaran su partido contra la faccion de los Criollos y naturales de la provincia : que el ejemplo de nuestro amigo Borallo recibido entre los religiosos de su jurisdiccion era un antecedente favorable, y que no podia ser mas severo con nosotros, sin incurrir en la nota de parcial : por último que, aun cuando no fuera posible que permaneciésemos en aquella provincia, nunca nos enviaria á Méjico á cubrirnos de vergüenza y de oprobio, sino que mas bien nos auxiliaria pàra que volvieramos á España, ó al punto que nosotros mismos elegiriamos, dándonos dinero para el viage.

Mientras nosotros estábamos con tanta agitacion sin saber qué partido tomar, el viejo Alvarez, segun todas las apariencias, nos observaba desde su ventana, y como Josef no pudo ocultar por mas tiempo el cariño que tenia á sus hermanos, así el buen prelado, notando que su dis-

curso nos habia contristado, no pudo sufrir mas tiempo el vernos en aquel estado y nos mandó su compañero para consolarnos, como lo conocimos al punto en sus palabras.

En cuanto se llegó á nosotros, nos preguntó la causa de nuestra tristeza y abatimiento, y nos dijo que el padre provincial habia notado que teniamos el espíritu agitado, pero que no debiamos tener recelo, que su reverendísima nos amaba, que tenia necesidad de nosotros, y que, pues habiamos ido á buscar asilo en su provincia, no debiamos temer que nos tratara peor que un soldado trata á un enemigo que se le rinde y al cual debe proteger segun las leyes de la guerra.

Añadió muchas cosas semejantes para reanimarnos, y entre otras que el provincial habia sido severamente censurado por los Criollos por haber admitido al padre Borallo, y que meterian mas bulla cuando nos vieran á los cuatro reforzar las filas de sus contrarios : razon por la cual deseaba que no diésemos pábulo con nuestra conducta á las murmuraciones de aquellas gentes que tenian por costumbre censurar sus mejores acciones.

En una palabra nos aseguró que el provincial no nos enviaria á Méjico, y que en caso que no pudiera establecernos en Chiapa ó en Guatemala, emplearia todo su poder y el de sus amigos en favor nuestro, y hasta nos daria dinero para que volviésemos á España.

Este discurso fué un cordial que nos hizo resucitar, y preparó nuestro estómago para la co-

mida á que no tardó en llamarnos la campana del refectorio.

Cuando entramos en la casa, el semblante jovial del prelado nos fué mas agradable que todos los manjares que habia hecho preparar, aunque su mesa parecia la de un grande. Tampoco dejamos de mirar como un buen agüero la abundancia de platos de carne y pescado, de frutas y de dulces que nos sirvieron; pero mas que todo la conversacion del padre Alvarez que nos indicaba sobradamente cuan alegre estaba de nuestra llegada.

Despues de comer nos dijo que queria jugar una mano de chaquete con cada uno de nosotros, no por ganarnos nuestro dinero, pues ya se presumia que no debia quedarnos mucho despues de un viage tan largo, sino por cinco Padrenuestros y cinco Avemarías que rezariamos por él, si perdiamos, ó nuestra admision entre los religiosos de su provincia, si ganábamos.

Plugónos en estremo la partida, porque nada perdiamos, perdiendo, y ganando, ganábamos mas que un tesoro. Ademas el capricho del provincial nos daba á entender que nuestras cosas iban bien, puesto que podiamos obtener por medio del juego el favor por que habiamos andado mas de ciento y veinte leguas.

Cada cual pues jugó á su turno, y al cabo resultó que vencimos al buen anciano; pero notamos que se dejó ganar adrede, y con el intento de que nos dijera la fortuna lo que no queria decirnos su boca.

Pero nuestra seguridad se completó con la res-

puesta que antes de acabarse el juego trajo el Indio, mandado aquella misma mañana á Chiapa con la carta, en que el provincial consultaba al padre prior y á los principales del convento sobre lo que debia hacer de nosotros.

El prior mostraba en su respuesta, así como los demas religiosos antiguos del convento, que se regocijaban mucho de nuestra llegada, y suplicaba con instancia al padre provincial que nos enviara, deseando que fuésemos huéspedes suyos, porque él mismo se habia visto en circunstancias semejantes hacia diez años. En efecto habia dejado en Méjico la mision de Filipinas, y se habia refugiado en Guatemala, donde á causa de su saber y de su capacidad esperimentaba la mayor resistencia de parte de la faccion criolla, y por eso se alegraba tanto de poder contar con un número de religiosos que lo pusiera en estado de reprimir á los que le habian perseguido.

El anciano Alvarez, conmovido con la carta del prior de Chiapa, nos dijo despues de leerla, que tenia que pagarnos lo que habia perdido, y que al dia siguiente nos enviaria á aquel convento, donde permaneceriamos hasta que encontrara lugar conveniente para que fueramos á estudiar la lengua del pais, á fin de ponernos en estado de predicar á los Indios.

Acabada nuestra conferencia, nos fuimos á dar una vuelta por el jardin, que nos parecia infinitamente mas agradable que por la mañana, con el consuelo que acababa de darnos el padre provincial. Allí, bajo las bóvedas formadas por las copas de los naranjos, dimos gracias á Dios que

se habia apiadado de nosotros en nuestro mayor conflicto, y le rogamos por el político y sabio prelado, que habiendo hecho por perder su juego por nosotros, no era justo que lo privaramos de nuestras oraciones por su salud y prosperidad, y así las ofrecimos á Dios en aquel mismo sitio con todo el fervor de nuestros corazones agradecidos.

Permanecimos en el jardin hasta la hora de cenar, y nos divertimos, ya comiendo limas y naranjas dulces, ya cogiendo limoncillos agrios y tirándonoslos unos á otros, y con especialidad al que se habia dolido tanto de no estar con el padre Calvo, obligándolo á salir del jardin á naranjazos y descargas de limones, y continuamos con este juego mas gustosamente porque vimos que el buen provincial que se habia puesto al balcon, se divertia tambien y estaba lleno de satisfaccion de vernos tan contentos.

Apenas hubimos echado del recinto al amigo de Calvo, cuando la campana nos llamó á cenar, invitándonos á ir á ver á nuestro mejor amigo el venerable Alvarez, que habia hecho preparar la mesa con la misma opulencia que al mediodia.

CAPITULO XII.

El autor sale de San Cristoval con sus compañeros, despues de haber perdido su libertad que jugaron al chaquete por unas cajas de chocolate con el provincial de los Domínicos.

Despues de cenar nos dijo el padre Alvarez que al otro dia por la mañana debiamos ponernos en camino para Chiapa, porque el prior le habia escrito que queria salir á recibirnos y darnos un almuerzo en un lugar que llaman San Felipe, lo que nos supo muy bien viendo que los provinciales y los priores se tomaban tan á pecho el festejarnos.

Sin embargo antes de irnos á recogernos dijo que queria jugar una mano de chaquete, para ver si se podria desquitar. Pero como era astuto y muy diestro, y sabia jugar perfectamente, quiso mudar de sistema para hacernos la guerra, seguro de ganarnos, y jugó con un misterio que no pudimos comprender hasta el dia siguiente. Trató

como condicion que si le ganábamos, nos daria á cada cual una caja de chocolate, pero si perdiamos, nos teniamos que constituir sus prisioneros.

Empezamos pues nuestro juego con la esperanza de ganar como en la otra partida; pero nos sucedió lo contrario, y perdimos uno detras de otro; aunque no pudiendo adivinar en que podia consistir que fuéramos prisioneros del provincial, nos fuimos á la cama sin la mas lijera inquietud.

Con todo el buen padre Alvarez nos dijo riéndose que sentia mucho que hubiésemos perdido; pero que deseaba que nunca nos viéramos en peor carcel que la suya. Para consolarnos al mismo tiempo nos regaló una caja de chocolate á cada uno, para que lo tomáramos á su salud, y nos sirviera de alivio, cuando sintiéramos el peso de nuestra pérdida.

Hasta el otro dia nos fué imposible acertar con lo que nos queria decir, creimos que era una broma, solo por divertirse con nosotros, como ya lo habia hecho, y despues de habernos despedido, nos retiramos con la mayor alegría á nuestra habitacion.

Por la mañana encontramos dos machos del provincial, y otros dos que pertenecian á sus compañeros, bien ensillados y dispuestos para montar, con una docena de Indios á caballo, que debian conducirnos por una montaña harto dificil y por medio de los bosques al lugar de San Felipe.

Despues de almorzar el buen provincial nos

abrazó despidiéndonos, y encargándonos que lo encomendáramos á Dios, y ademas que no nos asustara lo que nos pudiera acontecer, pues debiamos estar seguros de que nos amaba y haria cuanto estuviera de su parte en obsequio nuestro, si bien se veia en la precision de valerse del ardid y de la prudencia para cerrar la boca á los Criollos que nos odiaban tanto como á él.

Tomada su licencia, partimos al son de las trompetas y atabales que iban delante de nosotros, y cuyas voces llevaban los ecos á lo largo del camino, y desde la cumbre de la montaña hasta el fondo del valle, donde dejábamos al bondadoso anciano Alvarez en un barranco por todas partes coronado de rocas.

Apenas tocamos la cumbre de la montaña, cuando divisamos en un angosto valle, la villa de Chiapa de los Españoles, y dos ó tres lugares, de los cuales es uno San Felipe, situado en la misma falda.

Las trompetas que iban siempre delante, advirtieron á los habitantes de San Felipe de nuestra llegada, y los previnieron para que nos preparasen otro almuerzo, pues el frio del aire de la montaña habia avivado nuestro apetito.

A los quinientos pasos que anduvimos bajando la cuesta, nos encontramos con unos veinte Indios, montados á caballo, gente lista y bien trazada, con sus trompetas; y detras de aquella comitiva, y caballero en una mula ricamente enjaezada, venia el prior de Chiapa, llamado el padre fray Juan Bautista, hombre jovial y de tem-

peramento arriscado, aunque gordo y sobradamente repleto.

Cuando nos acercamos, nos dijo llamándonos sus hermanos fugitivos de las Filipinas: « ¡Sean « bienvenidos! Me huelgo en el alma de ver á « vuesas reverendas por acá; y por Dios que se « han de divertir mas agradablemente en este « San Felipe que ven ahí, que no hubiesemos po- « dido lograrlo en el otro San Felipè de las islas « del Asia. »

CAPITULO XIII.

Como recibieron al Autor los Indios de Chiapa y el prior de los Domínicos, y el modo que tuvo de satisfacer lo que el dia anterior habia perdido al chaquete.

Hablando así con el prior de Chiapa la Real, bajamos alegremente la montaña, y vimos que todos los habitantes de San Felipe, tanto hombres como mugeres, nos esperaban, unos con ramos de flores que se adelantaban á ofrecernos, otros con rosas que nos echaban á la cara, y otros que nos acompañaron, bailando delante de la comitiva todo el camino que habian cubierto de yerbas y de hojas de naranjo, y adornado hasta la iglesia con arcos triunfales hechos de guirnaldas de flores. Llegados al templo fuimos obsequiados por espacio de media hora con una agradable música, ejecutada por los mejores músicos de Chiapa, que espresamente habia alquilado el buen prior para solemnizar el acto de nuestro recibimiento.

Despues de la música, el padre Juan Bautista se levantó, y puesto en pie hizo una plática á los Indios, dándoles gracias por lo bien que nos habian honrado á causa de su amistad, y concediendo indulgencia plenaria para todos sus pecados pasados á los que visitaren la iglesia del lugar el domingo siguiente al tiempo de la misa ó de las vísperas.

De ese modo nos separamos del altar para sentarnos á la mesa, donde nos aguardaba un soberbio almuerzo, compuesto de viandas saladas y salsas que nos hicieron mas agradable todavía el escelente vino de Jerez que el prior nos habia mandado llevar. Despues de los platos salados, vinieron las jaleas y conservas de las monjas de Chiapa, que no habiamos comido tan buenos dulces desde San Juan de Ulúa hasta aquel lugar, y nos sirvieron para tomar cada uno nuestra jícara de chocolate, fin y postre del segundo desayuno.

Sin embargo, en medio de los regalos y agasajos del prior, no dejaba de movernos el enigma para nosotros indescifrable, de las palabras que sin cesar nos repetia, animándonos á comer bien porque á mediodia nos esperaba la mas triste comida que habriamos tenido en nuestra vida. Añadia que era menester que nos aprovecháramos de la libertad y gozáramos de sus delicias, que nos duraria largo tiempo. Nuestra llegada al convento nos procuró la esplicacion de ese misterio.

Acabado el almuerzo, los Indios nos quisieron dar tambien su fiesta, y se pusieron á correr ca-

ñas á caballo, tirándose al pasar las cañas y sirviéndose de grandes rodelas para cubrirse la cabeza y el cuerpo contra los golpes de sus adversarios, uno y otro con maravillosa destreza.

El buen prior de Chiapa nos permitió en seguida disfrutar de nuestra libertad, todo el tiempo sin duda que el provincial y él habian convenido en dejarnos por sus cartas, y era hasta la hora de comer, antes de la cual debiamos llegar al convento.

Como se acercaba esta y todavía teniamos que andar dos millas, el prior mandó que dispusieran nuestros machos, advirtiendo á los vecinos de San Felipe con las trompetas y atabales de nuestra partida. Así salimos con la misma pompa y solemnidad que habiamos entrado, con repique de campana y con gran comitiva de Indios á caballo y otros que iban danzando delante de nosotros, y tocando diversos instrumentos como antes para recibirnos.

Cuando hubimos andado unos quinientos pasos, despidió el prior á los Indios, dándoles las gracias, porque el convento estaba ya cerca, y ni allí ni en la poblacion se permite lo que se hace en el campo y las aldeas.

Los Indios se despidieron de nosotros, y continuamos nuestro camino, quedándonos solamente con dos que nos servian de mozos de espuela.

Al llegar á la distancia de cinco pasos de Chiapa, el prior con su compañero se paró y sacó de su escarcela una orden del provincial, que nos leyó y cuya sustancia era que por haber abandonado á nuestro legítimo superior Calvo en el camino de

las Islas Filipinas, y haber entrado sin su licencia en la provincia de Chiapa, no podia en conciencia recibirnos como individuos de su familia, sin que antes no castigara de algun modo las faltas cometidas. Por lo tanto mandaba al prior de Chiapa, que en cuanto entrásemos en el convento, nos mandara encerrar dos á dos en nuestras celdas, que debian servirnos de carcel por espacio de tres dias, sin permitirnos salir sino para ir al refectorio, donde á la hora de mediodia nos debiamos presentar delante de la comunidad entera, sentados en el suelo y ayunando á pan y agua. Con todo dejaba al arbitrio del prior el que por la noche nos enviara á nuestras celdas lo que se le antojara.

Tal fué la penitencia que el prudente y sagaz provincial nos impuso, la cual no dejó de parecernos agria despues de un almuerzo tan gustoso, y de causarnos desazon con la retahila de ayunos y encierros que iban á seguir á tanto regalo y tanta pompa. Entonces empezamos á recordar el juego y la condicion del provincial, y comprendimos el misterio, conociendo el alivio que nos debian procurar nuestras cajas de chocolate en los tres dias de ayuno que nos amenazaban.

Tambien nos vinieron á la memoria la comida de que nos habló el prior en San Felipe y las instancias que nos hizo para que nos aprovechásemos de nuestra libertad. Pero el buen padre que se apercibió de que nuestros semblantes se mudaron repentinamente y de que estábamos muy tristes, se echó á reir y nos aseguró que ni el provincial ni él intentaban darnos el mas leve sen-

tir, y que todo aquello era maña y ardid de política con el objeto de tapar la boca á los Criollos, impidiendo sus murmuraciones con algunas apariencias de castigo.

Prometiónos ademas que levantada nuestra prision, obtendriamos toda clase de honor y de ascenso, que nada nos faltaria, mientras estuviésemos con él, y que al ayuno á pan y agua del refectorio seguiria una buena cena que nos enviaria á nuestra celda, y que nos daria fuerzas para resistir las veinticuatro horas de nuestra penitencia.

En seguida nos encaminamos al convento de Chiapa donde fuimos perfectamente recibidos por la mayor parte de los religiosos, no habiendo en la comunidad mas que alguno que otro que nos pusiera mala cara y nos mirara de sesgo.

Apenas nos habian llevado á nuestras celdas, cuando la campana nos llamó al refectorio : los religiosos bajaron á comer, nosotros á hacer penitencia. Dicho el *Benedicite*, la comunidad se sentó à la mesa, y nosotros cuatro, Jonases de Filipinas, como nos llamaron los Criollos, tuvimos que sentarnos en el suelo con las piernas cruzadas á guisa de sastres y en medio del refectorio, para manifestar con aquel acto de humildad el disgusto y pesar que nos causaba el haber desobedecido á nuestro superior Calvo.

Al mismo tiempo que sirvieron el primer plato á los religiosos nos trajeron á cada uno de nosotros un pan razonable, y una jarra de agua clara, de que bebimos con gran placer por-

que los dos almuerzos que habiamos hecho por la mañana nos tenian á cubierto del hambre.

En medio de la vergüenza que nos debia causar nuestra humillacion, aunque nuestro castigo se imponga entre religiosos aun por faltas menores, nos consolaba la idea de que podiamos contar con la amistad del provincial y del prior, que el castigo que sufriamos era paternal, y que los mismos que nos lo imponian no dejarian de mandarnos chocolate para dulcificar nuestra pesadumbre, ni de hacer que nos trataran mejor á la noche en nuestras celdas que lo seria la comunidad en el refectorio con su cena de dos ó tres platos.

Juntábase á esto, para que llevásemos con mas resignacion todavía nuestro castigo, el que teniamos por compañero de penitencia á un fraile criollo, condenado á sentarse tambien en el suelo en castigo de ciertas cartas amorosas que se escribian él y una monja, y en que habia palabras que pasaban los límites de la castidad.

Lo amargo de su situacion no moderaba su enemistad; el buen penitente nos miraba de mal talante, y para mortificarlo por sus demostraciones de desden y enfado, me acerqué yo cuanto pude, y al repetirnos entre dientes : « Jonases rebeldes de las Filipinas, » le respondí yo en el mismo tono de voz con estos dos hexámetros que se me ocurrieron de repente :

« Si monialis amor te turpia scribere fecit.
« Ecce tibi gelidæ præbent medicamina limphæ. »

El dístico que compuse de repente allí mismo, acrecentó su enojo, y se retiró levantando los hombros y sacudiendo los codos por desprecio; pero yo lo seguí y le recité con dulzura estotro verso :

« Solamen misero est socios retinere Panettes. »

Al oir la voz *panettes,* se imaginó que yo le queria quitar su pan, y lo hubiera ahogado el susto sin el vaso de agua que se echó entre bocado y bocado. Lo fresco del agua calmó su cólera, y yo le añadí que se me antojaba que tambien habia templado la violencia de su amor.

Así comimos, y yo divertido con la vecindad de mi Criollo, y sin afligirme el no ver delante de mí sino pan y agua. Despues de comer nos llevaron otra vez á nuestras celdas donde tomamos chocolate del que nos habia regalado el padre Alvarez.

Los frailes españoles nos iban á visitar á nuestras celdas, unos por hablar y otros por darnos confituras y otras golosinas semejantes.

Al momento corrió por todo el claustro el dístico que yo habia compuesto sobre los amores y penitencia del fraile criollo, y fué el asunto de la conversacion de los demas religiosos.

Por la noche nos dieron de cenar conforme á la promesa y generosidad del prior, que quiso honrarnos con su presencia, y pasó á nuestra celda acompañado de otros dos padres que cenaron con nosotros.

Los tres dias de nuestro encarcelamiento pasa-

CAPITULO XIV.

Descripcion de la provincia de Chiapa, y de las villas y principales lugares que de ella dependen.

Aunque la provincia de Chiapa sea, en opinion de los Españoles, una de las mas pobres de América, porque todavía no se han descubierto minas en su territorio, ni recogido arenas de oro en las márgenes de sus rios, y que no tiene puertos en la mar del Sur para trasportar sus mercancías y traficar con los de Méjico, Guajaca y Guatemala, puedo sin embargo afirmar que sobrepuja mucho á las otras en la grandeza de sus poblaciones mayores y menores, y que no cede sino á Guatemala, atreviéndome á decir que en ninguna parte de América hay ciudad, villa ni aldea tan poblada de naturales del pais como Chiapa de los Indios.

Los Españoles hacen mal de mirarla con el

menosprecio que la miran; antes bien deberian considerar que está situada entre Méjico y Guatemala, y que de su fuerza ó de su debilidad depende la fuerza ó la debilidad de toda la América, pues no estando fortificada, es facil entrar por el rio de Tabasco, y ademas está contigua y es fronteriza á Yucatan.

Por otra parte las mercaderias del pais no solamente procuran á los habitantes un comercio considerable entre ellos, sino tambien con las otras provincias; y no hay parage en toda América de que la España saque tanta cochinilla como de cualquiera de los distritos de Chiapa.

Los pueblos que son grandes y de crecido vecindario aumentan considerablemente las rentas del rey con el tributo que cada natural paga todos los años por cabeza.

El pais se divide en tres provincias, á saber: la de Chiapa, la de los Zeldales y la de los Zocos, de las cuales Chiapa es la menos rica, si bien contiene Chiapa de los Indios, y todas las villas y aldeas que están situadas al norte hácia Maquilapa, y al oeste del priorato de Comitlan que posee diez aldeas y muchas haciendas, donde pace una inmensidad de ganado vacuno, caballos y mulas.

Junto al Priorato de Comitlan está el gran valle de Capanabastla, que es tambien otro priorato y se estiende hácia Soconuzco. Aumenta su considerable valor un rio caudaloso que nace en la sierra de los Cuchumatlanes, pasa por Chiapa de los Indios, y de allí corre á Tabasco, dándoles fama la mucha y buena pesca de sus aguas, y el

gran número de cabezas de ganado que pacen en su llanura, y que sirven de alimento no solo á los habitantes de Chiapa sino á los pueblos y haciendas de la comarca.

El clima de la capital y de Comitlan es frio en estremo, porque su asiento está en la cumbre de las montañas; pero el de ese valle es en estremo caloroso, porque está en una hondonada, y desde mayo hasta últimos de setiembre hay grandes y frecuentes tormentas.

La villa donde está el priorato se llama Capanabastla, y tiene un vecindario de mas de ochocientos Indios; pero todavía es mayor la de Izquintenango situada á la punta meridional del valle al pie de la sierra de los Cuchumatlanes.

El pueblo de san Bartolomé que está al estremo opuesto es aun mas grande que los otros dos, y el valle podrá tener cuarenta millas de largo y diez ó doce de ancho.

Las demas poblaciones se van prolongando por la parte de Soconuzco, y el calor, los truenos y los relámpagos se aumentan en proporcion que se acercan las costas de la mar del Sur.

Ese valle, que alimenta un número tan grande de reses, produce tambien muchísimo algodon, que es la principal mercancía del pais, por los copiosos surtidos de mantas que de él se fabrican. Los Indios se cubren con ellas, y los mercaderes de diversas provincias los van á comprar ó los habitantes las cambian con los de Soconuzco y Suchutepeque por cacao, de modo que nunca falta chocolate en la provincia.

Tampoco falta pescado, porque el rio lo lleva

abundante; ni carne, porque el valle está lleno de ganado; ni telas de que vestirse, porque aun despues de surtida la provincia, venden muchas para fuera; ni pan, porque si no hay trigo, la cosecha del maiz es suficiente para su consumo. En fin tienen caza cuanta quieren, aves y con especialidad pabos, frutas, miel, tabaco y cañas de azúcar.

Mas el dinero no es tan comun en Chiapa como en Méjico y Guajaca; y como en estas dos ciudades se cuenta por patacas ó pesos de á ocho, en Chiapa solo se cuenta por testones que valen la mitad de una pataca.

El rio que tan util es al valle y tanto contribuye á la abundancia de que allí se goza; causa tambien muchos desastres; porque los niños, y los potros y terneros que se acercan á la orilla, suelen ser víctimas de los cocodrilos, numerosos en aquel rio y muy aficionados á la carne, que comen con harta frecuencia.

La ciudad de Chiapa la Real es una de las menores de América; porque su vecindario se reduce á unas cuatrocientas familias españolas y como cien casas de naturales, unidas á la ciudad con el nombre de arrabal de los Indios y con una capilla particular.

En la ciudad no hay mas iglesia parroquial que la catedral que sirve para todos los habitantes. Tambien hay dos conventos uno de religiosos de la orden de Santo Domingo, y otro de la de San Francisco, y un pobre convento de monjas, bien gravoso para toda la poblacion.

Los Jesuitas no se han establecido en Chiapa

la Real, y como no viven sino en las ciudades ricas y opulentas, donde pueden sacar grandes limosnas y donativos estraordinarios, para mantener con esplendor sus colegios, se ha inferido que la ciudad era pobre. En efecto los mercaderes son apretados y los caballeros guardadores y económicos, y no tienen ánimos ni barruntos siquiera de generosidad. Los Jesuitas obran con acierto en considerar la pobre Chiapa como un lugar incómodo para su residencia.

El tráfico principal de los mercaderes de este pueblo es de cacao, de algodon que compran en las cercanías, de mercerías, del azucar que sacan de Chiapa de los Indios, y de un poco de cochinilla; bien que en cuanto á este último ramo no les permite hacer mucho comercio el gobernador, que saca de la cochinilla el mayor provecho.

Todos tienen sus tiendas en una plaza pequeña, que sirve de mercado, delante de la catedral. En los portales se ponen por la tarde las mugeres de los pobres Indios á cosa de las cinco, y venden á los Criollos por muy poco las drogas y bebidas que llevan de sus aldeas.

Los mercaderes mas acaudalados van á Tabasco, ó envian á comprar mercancías de España, como vinos, telas, higos, pasas, aceitunas y hierro; pero no se atreven á emplear mucho en esas cosas, porque hay pocos Españoles en el pais, y la mayor parte de los que hay, se contentan con lo necesario y pasan la vida sin regalo ni lujo.

De manera que casi todas las mercancías de

España que llegan á Chiapa son para los frailes, que se dan mejor vida y disfrutan mas diversiones que todos los demas habitantes de las tres provincias.

CAPITULO XV.

Conversacion curiosa de un caballero Criollo con el Autor.

Los caballeros de Chiapa son el refran y harmereir de todas aquellas tierras, cuando se quiere representar á uno de esos mentecatos que dan en aparentar grandezas ó saber profundo por mas pobres y majaderos que sean : y en efecto los tales hidalgos se jactan siempre de venir en linea recta de casas de duques de España ó de los primeros conquistadores, si bien en sus modales y conversacion parecen rudos y groseros como patanes, y no manifiestan ni aun asomos de sentido comun ni entendimiento por la mayor parte Los principales de la ciudad conservan los nombres magníficos de Cortés, Solis, Velasco, Toledo, Zerna y Mendoza.

Uno de ellos, que era de los primeros del pu

blo y se llamaba Don Melchor de Velasco, habiendo trabado conversacion conmigo un dia acerca de la Inglaterra y de sus habitantes, me preguntó muy seriamente : si el sol y la luna eran del mismo color en Inglaterra que en Chiapa, y si los Ingleses andaban en dos pies como los Indios, y si sacrificaban hombres como los paganos hacian en otro tiempo en aquel pais.

Ni pararon ahí las ridículas preguntas del buen hidalgo; porque aun quiso saber : si en Inglaterra se comia un manjar tan delicado como su potage de frijoles, que es el alimento de los Indios pobres y se reduce á una fuente de caldo negro como la tinta, donde se encuentran *raros in gurgito nates* algunos judihuelos cocidos en agua y sazonados con pimienta y ajo; y por último si las Inglesas estaban embarazadas tanto tiempo como las Españolas, y si los Españoles no eran mas valientes y galanes que mis compatriotas.

Pasaré por alto cien impertinencias del mismo jaez, contentándome con decir que es entre ellos muy comun el salir á la puerta despues de esa magnífica comida, donde para que los vean, se estaran media hora sacudiéndose las migas del coleto, de la gorguera y los bigotes, y escarbándose los dientes, como si se les hubiera metido entre las muelas y los colmillos algun hueso de perdiz; y si cualquiera de sus amigos acierta por suerte á pasar por delante, no dejarán de encontrarse alguna miga enredada en los bigotes, ni de esclamar. « Caballero, tarde llega, y me pesa; que acabo de comerme una perdiz escelente : » todo para decir que tiene mesa de comenda-

dor y se regala como un provincial, aunque sus aves y pescados se crian en los bancales de habichuelas ó de ajos, y solo nadan en la olla donde cuece su potage.

Con todo, á pesar de jactarse tanto de su nacimiento, no se ocupan sino de la cria y cuidado de sus reses, y su principal riqueza consiste en la labranza de las haciendas donde tienen sus vacadas y ganado mular.

Verdad es que los hay que tienen dependientes, y por eso los llaman *comendadores*, y á estos paga cada habitante cierto derecho en dinero y en aves todos los años.

No los mueve la mas leve inclinacion á las armas, y por mas que digan que desearian ver la España, ninguno de ellos se atreveria á pasar la mar, porque les parece que no hay en el mundo cosa mejor que dormir tranquilamente en su cama. Un centenar de buenos soldados desbarataria todos los tercios que pueden formarse de los tales hidalgos de Chiapa, y se apoderaria de la ciudad con tanta mas facilidad, cuanto que es un pueblo abierto, donde los burros y los machos entran y salen á todas horas para ir á pacer al campo ó dormir en sus establos.

Sin embargo Chiapa la Real tiene su gobernador como una plaza fuerte y su obispo á guisa de las grandes capitales.

El gobierno es un cargo muy considerable porque sus facultades son muy estensas, pudiendo tratar á los Españoles y á los naturales del pais, como le pluguiere, y hacer un tráfico muy provechoso de cacao y de cochinilla.

Los bienes de fortuna, empero que mal se ganan, jamas prosperan, y la esperiencia lo mostró en Don Gabriel de Orellana, gobernador que era de aquella ciudad y sus dependencias cuando yo residia allí, el cual, habiendo enviado sobre ocho mil escudos de valor en cochinilla, cacao, azucar y cueros por el rio de Tabasco con direccion al puerto de la Habana, perdió todo su cargamento que cayó en manos de los Holandeses.

CAPITULO XVI.

Del estado eclesiástico de Chiapa, de la estension del obispado, y de lo que le aconteció á un obispo que quiso prohibir en la iglesia el uso que hacian del chocolate las mugeres durante la misa, y como lo envenenaron.

El obispado de Chiapa vale ocho mil ducados anuales lo menos, y bien los merece el buen prelado que va desde tan lejos como España á vivir en un pais, cuyos habitantes son tan instruidos como Don Melchor de Velasco, y donde los asnos se crian y mantienen ó tan poca costa.

La mayor parte de las rentas del obispo consiste en ofrendas que todos los años recibe en las poblaciones mayores de los Indios que visita una vez al año para celebrar las confirmaciones, no habiendo niño confirmado que no le dé una vela de cera blanca con una cinta, y á lo menos cuatro reales de plata. Yo he visto á algunos de los mas ricos darle velas hasta de seis libras con dos varas de cinta de á media peseta la vara y,

cubiertas de arriba á abajo de reales de á ocho, porque los Indios ponen su vanidad en esas ofrendas.

En el tiempo que yo estaba en aquella ciudad, era obispo Don Bernardo de Salazar, el cual me rogó que lo acompañara en su visita, que duró un mes, por las villas y lugares de las inmediaciones de Chiapa, y me dió el encargo de tenerle la bandeja, donde Españoles y Naturales echaban sus ofrendas mientras él confirmaba, y como yo tenia gran cuidado con el otro capellan de contar escrupulosamente el producto, antes de llevar el dinero al aposento del obispo, hallé que al cabo del mes habia recibido mil seiscientos ducados solamente de ofrendas, sin contar sus derechos de visita de las cofradías, que en aquellas tierras son muy ricas, y producen sendos pesos á los obispos en sus respectivas diócesis.

Ese obispo como todos los demas de las Indias era sobradamente apegado al interés, pero varon de buenas costumbres, y cuyo celo en reprimir los abusos que se cometian en la iglesia le costó la vida, aun antes de que yo saliese de Chiapa.

Las mugeres de esa ciudad se quejan constantemente de una flaqueza de estómago tan grande, que no podrian acabar de oir una misa rezada y mucho menos la misa mayor y el sermon, sin tomar una jícara de chocolate bien caliente y alguna tazilla de conserva ó almibar, para fortalecerse. Con ese fin acostumbraban sus criadas á llevarles el chocolate á la iglesia en mitad de la misa ó del sermon, lo que nunca se verificaba

sin causar confusion y sin interrumpir los sacerdotes ó los predicadores. El obispo pues, queriendo correjir tal abuso por los medios de la dulzura, las exhortó varias veces, y aun las rogó que se abstuvieran de semejante escándalo; pero como vió que de nada servian sus reconvenciones amistosas, y que al contrario seguian con el mismo desorden, menospreciando sus consejos y exhortaciones, mandó fijar una escomunion á la puerta de la iglesia contra todas las personas que osaran comer ó beber en el templo de Dios durante los divinos oficios.

La escomunion desagradó sobre manera á todas las mugeres, con especialidad á las señoritas que dijeron á voz en cuello que si no las dejaban comer y beber en la iglesia, no podrian tampoco ellas seguir yendo. Las principales damas del pueblo que sabian la amistad que el obispo tenia con el prior y conmigo, nos suplicaron con las instancias mas eficaces que hicieramos cuanto estuviese en nuestra mano á fin de que su ilustrísima levantase la escomunion. En efecto tanto el prior como yo probamos de cuantos modos pudimos á vencer la severidad del prelado y á reducirlo á la indulgencia, alegando en favor de la costumbre del pais la debilidad de las mugeres y de sus estómagos, y manifestándole la aversion que le tendrian y el peligro que habia de que tanto rigor causara sediciones y tumultos en la iglesia y en la ciudad, temores que se fundaban en lo que habiamos oido decir á muchas personas.

Pero el buen pastor nos respondió que su vida

no era de valor alguno para él, si habia de conservarla á costa de la gloria de Dios y del lustre de su casa, y que cuanto le habiamos dicho, no lo moveria á desviarse un ápice de la senda de sus obligaciones.

Entonces las mugeres, como vieron que no mudaria de resolucion, empezaron no solamente á mirarlo con tedio sino á burlarse de él á cara descubierta, haciendo mofa de su escomunion y tomando mas chocolate que agua beben los peces en la mar.

Ese esceso fué un dia causa de que hubiese un terrible alboroto en la iglesia catedral, alboroto en que salieron á relucir muchas espadas contra los canónigos y capellanes que quisieron llevar á completa ejecucion el mandamiento del obispo quitándoles á las criadas las jícaras en que servian el chocolate á las damas. Por último viendo que no podian ganar á su ilustrísima ni con empeño ni con el escándalo, determinaron abandonar la catedral, de modo que desde entonces no se veia un alma en ella, y todo el mundo iba á oir misa á las iglesias de los conventos, donde los frailes dejaban que cada cual hiciera lo que se le antojase, y siguiera sus costumbres antiguas, sin mas que exhortar á sus fieles con la mayor dulzura, lo que les valió muy sendos pesos y cumplidos regalos en detrimento de la catedral adonde nadie ponia los pies.

No duró sin embargo mucho tiempo la ventaja pacífica de esa preferencia; porque el obispo se incomodó con los religiosos y mandó publicar otra escomunion contra los que no asistieran

al oficio divino que se celebraba en la catedral, y las mugeres cesaron de concurrir á los conventos; mas para no ir á la catedral, se quedaban en sus casas.

En medio de esas disputas entre el obispo y los frailes, los canónigos y el chocolate, las criadas y los acólitos, cayó el obispo enfermo de mucha gravedad, y se retiró al convento de los religiosos de Santo Domingo, persuadido de que nadie lo cuidaria mejor que el prior, en quien tenia puesta toda su confianza. Enviaron á buscar médicos á varios puntos, y todos los que acudieron, afirmaron que el obispo habia sido envenenado, y el pobre señor lo reconoció al morir, y rogó á Dios que perdonara á los autores de su muerte, y que aceptara el sacrificio de su vida que voluntariamente ofrecia por su gloria y por el honor de su casa. Su enfermedad no duró mas de ocho dia, y en cuanto espiró, todo el cuerpo, la cabeza y la cara se hincharon, y al tocar el cadaver por cualquiera parte, saltaba materia, señal de la putrefaccion general de todo el muerto.

Habia en la ciudad una señorita de mi conocimiento, á quien acusaban de demasiada familiaridad con uno de los pages del obispo, y esta, se decia, que por medio del page su amigo, era la autora del *jicarazo*, habiéndole suministrado el veneno en un pocillo de chocolate, de cuya manera de envenenar viene aquella palabra. Yo le oí decir á ella misma que pocas personas habian sentido la muerte del obispo, y que con especialidad las mugeres no tenian por qué llorarlo, añadiendo. « Como tantos gestos hacia al chocolate

que se tomaba en la iglesia, el que él tragara en su casa no le sentó bien.»

Ese lance dió origen á la cantaleta que despues se oyó por todas partes. «Cuidado con el chocolate de Chiapa.» Yo por mi parte no me atrevia, despues de la muerte del obispo, á tomarlo en ninguna parte, si no estaba muy seguro del afecto de toda la familia.

Las mugeres de aquella ciudad son dadas á los placeres mundanos, y el demonio les inspira diversos modos de seduccion y atractivo, para que las almas piquen en el anzuelo de la tentacion y se precipiten en el infierno envueltas en la red del pecado. Y desgraciado por otra parte el que desdeña sus finezas: que ellas saben vengarse con una jícara de chocolate ó una caja de conserva.

La señorita sobre quien recayeron las sospechas del envenenamiento del obispo, me solia enviar muy á menudo cajas de chocolate y dulces que yo recibia como regalos de agradecimiento por haberle enseñado algo de latin. Su genio festivo y sus agasajos nome parecian tampoco mal; hasta que un dia me mandó un hermosísimo palmito cubierto de rosas y jazmines y envuelto en un pañuelo.

Al desliar el pañuelo, creí hallarme entre las flores con un rico presente ó bien con algunos doblones; pero me quedé suspenso no encontrando mas que el palmito, y mucho mas al ver que habia grabado en él con la punta de un cuchillo un corazo atravesado de dos flechas, em-

blema que me esplicaba sobradamente la intencion de la que me lo enviaba.

Aquello me obligó á ser en adelante mas circunspecto, y á recibir con mayor recato sus presentes. En cuanto al palmito se lo devolví con estas palabras :

« Fruta tan fria no tiene virtud. »

Mi resolucion y mi respuesta corrieron por toda la ciudad al momento. La señorita se enfureció contra mí, y me quitó su hijo que venia á estudiar á mi clase, amenazándome varias veces que me jugaria una pasada de las de Chiapa. Así me mantuve siempre con gran cautela, acordándome del jicarazo del obispo, y no quise permanecer mucho mas tiempo en aquella desgraciada ciudad, que no merece otro elogio sino el de un vecindario de idiotas y de mugeres que solamente saben preparar chocolate para que revienten los que no ceden á sus caprichos.

CAPITULO XVII.

Descripcion de la villa de Chiapa de los Indios, y de sus privilegios, de las inclinaciones de sus habitantes, de su comercio y de sus ocupaciones ordinarias.

A doce leguas de esa Chiapa hay otra que merece mayor estima que ella y es mas que ella digna de alabanzas. Los mas de sus moradores son Indios, y su poblacion es una de las mayores que compongan los naturales en la América sujeta, pues consta por lo menos de cuatro mil familias.

Los reyes de España han otorgado á esa villa muchos fueros, mas aunque en ella se gobiernan por sí los mismos Indios, depende sin embargo de la jurisdiccion de Chiapa la Real, donde los Españoles elijen el gobernador que quieren entre los naturales con las demas autoridades subalternas.

Este gobernador puede usar espada y daga, y

goza de otras varias prerogativas sobre los Indios; y á la verdad, no hay villa ni ciudad donde resida mayor número de Indios caballeros. Don Felipe de Guzman, que era gobernador cuando yo estaba allí, era tan rico que mantenia en su caballeriza doce palafrenes tan hermosos como podia poseerlos cualquiera gobernador español del pais, y mostraba tanta firmeza y dignidad como el que mas de los señores de España. Don Felipe sostuvo un pleito en la chancillería de Guatemala contra el gobernador de Chiapa la Real, para defender los privilegios de su villa, en el cual gastó muchísimo; y cuando lo ganó, hizo celebrar su triunfo con fiestas y regocijos por agua y por tierra, y con tanta magnificencia que no habrian podido mas en la corte de Madrid.

La villa está situada á la márgen de un rio caudaloso, donde vogan muchas barcas, y en ellas aprenden los Indios á pelear á guisa de combates navales, ejercicios en que son muy duchos y esperimentados, sabiendo representar á las mil maravillas las *Ninfas del Parnaso, Neptuno, Eolo,* y las otras divinidades de los paganos, con admiracion y gran contentamiento de todos los otros Indios.

Con sus barcas ó canoas forman una armada, y sitian y bloquean una plaza segun las reglas del arte de la guerra, y la estrechan hasta obligarla á entregarse, con tanto denuedo y habilidad que parece que toda su vida se hayan criado en guerras y batallas marítimas.

Son tambien muy diestros en las corridas de toros, en el juego de cañas, en las carreras de

caballos, en la castrametacion, en la música, en el baile y todos los ejercicios corporales, en que no se muestran inferiores á los Españoles.

Construyen ciudades y torres de madera que cubren de lienzo pintado, á fin de dar mas apariencia de realidad al artificio, y las bloquean dividiendo sus barcas en dos flotas enemigas, las cuales se arrojan una á otra cohetes, carretillas y toda especie de fuegos, con tanta valentía y maña que, si el juego se volviese de veras, harto tendrian de que arrepentirse los Españoles y los frailes, por haberles dado tan buena escuela.

Tambien suelen representar comedias, y estas son sus diversiones ordinarias; pero son tan espléndidos y generosos que no perdonan gasto para festejar á los religiosos y á los moradores de los pueblos vecinos, particularmente los dias de fiesta y de regocijo público, en que por lo comun se reune allí un inmenso concurso.

La villa es rica, porque son ricos muchos de sus habitantes, los cuales trafican en el campo, como hacen los Españoles, y ejercen entre ellos mismos todos los oficios necesarios de una poblacion culta.

No carecen de carne ni pescado: el rio que pasa por delante de la villa produce abundante pesca, y hay muchas haciendas donde se cria copiosísimo ganado.

Los religiosos de la orden de Santo Domingo ocupan el primer lugar entre todos los que estan establecidos en la villa, y tienen un hermosísimo convento, con otra iglesia ó capilla, ademas de su iglesia conventual, que depende de ellos.

El calor es tan grande en aquellos parages que los religiosos y los Indios necesitan llevar al cuello un pañezuelo ó toalla para enjugarse el sudor, y como les seria imposible comer un bocado sin limpiarse los chorros de agua que les caen por el rostro, permanecen mucho mas tiempo en la mesa de lo que por su gusto estarian. Con todo las noches son frescas y deliciosas, y las gentes del pais las emplean en divertirse, ó pasearse por las arboledas y jardines de la orilla del rio.

A dos ó tres leguas de la villa hay dos ingenios de azucar uno pertenece al convento de los Domínicos de Chiapa la Real, y otro al de Chiapa de los Indios, y en uno y otro hay cerca de doscientos negros y muchos Indios que trabajan continuamente, para dar abasto de azucar á todo el pais, criándose ademas en las cercanías un gran número de machos y escelentes caballos.

La villa de Chiapa de los Indios y los otros lugares del contorno no pueden echar de menos, sino un clima algo mas templado, y el trigo que no medra en aquella tierra, aunque la falta de este grano la suplen los que no pueden pasar sin él, haciéndolo llevar de la otra Chiapa y de los alrededores de Comitlan. Ademas la falta de trigo no debe mirarse como una prueba de escasez, porque el pais abunda en maiz, y el pan que de él hacen los Españoles y los religiosos se come con tanto apetito como el de trigo.

Sin embargo los Españoles pobres y algunos Indios que han aprendido á traficar, sacan una ganancia considerable de las galletas de trigo que

llevan á vender á sus lugares y aldeas : porque, á pesar de ser duras y secas, los Indios, para quienes son cosa nueva, no dejan de comprarlas, ó bien de tomarlas por precio de algodon, del cual hay allí mayor abundancia que en el valle de Capanabastlan.

CAPITULO XVIII.

Descripcion de la provincia de los Zocos contigua á la de Chiapa, de sus riquezas, de su comercio, y de las ventajas que para el tráfico y acarreo de sus mercaderías lleva á las de sus vecinos.

Está lindando con el distrito de Chiapa el de los Zocos, que es la provincia mas acomodada del territorio de Chiapa, y se estiende por un lado hácia Tabasco, de donde por el rio de Grijalva trasporta las mercaderías del pais con toda seguridad á San Juan de Ulúa ó á la Vera Cruz.

Tambien comercia con la península de Yucatan por el abra que dicen Puerto y Real entre Grijalva y Yucatan; pero aunque el rio de Grijalva á Tabasco y Puerto real procuren tantas facilidades al comercio, la debilidad de esos puntos tiene á los Españoles en un continuo sobresalto, pues saben que el primer estrangero que se quisiera aventurar á internarse por allí en el

pais, se podria enseñorear de Chiapa y despues de todo el territorio de Guatemala. Y si no fuera porque el rio de Tabasco tiene poco fondo, porque el calor del clima es insoportable con las plagas de mosquitos que infestan las aldeas, y porque la principal riqueza de toda aquella parte no consiste sino en cacao, ya habrian hecho la conquista los Ingleses y los Holandeses, cuando entraron en el rio, y se volvieron, dejando por algunos estorbos de mezquina importancia un campo dilatado, donde tantos medios tenian para enriquecerse é inmortalizar sus nombres.

Los lugares ó aldeas de esta provincia no son muy grandes, pero son considerables por su riqueza, poseyendo mucha seda y la mejor cochinilla y con la mayor abundancia de toda la América. Apenas hay Indio que no tenga sus huertas ó campos plantados de nopales donde se cria ese precioso insecto, y no por el caso que los naturales hicieran de semejante mercancía, sino por el aprecio con que han visto que los Españoles la buscaban, ofreciéndoles por ella hasta dinero y aun forzándolos á cultivar la planta en los sitios en que se da mejor la cochinilla.

La cantidad de seda que lleva la tierra es tanta que el tráfico principal de los Indios de la comarca consiste en telas de todos colores que fabrican sus mugeres y ellos venden á los Españoles, que se las compran para mandarlas á Europa.

No deja de ser cosa admirable la diversidad de obras y labores de los Indios, siendo tal su hermosura y pulimiento que podrian servir de dechados á las mejores maestras de Inglaterra.

La gente del pais es aguda é ingeniosa, y de cuerpos bien formados. El clima es caliente por la parte de Tabasco, pero en lo interior hay parajes donde se siente mucho el frio. Los campos dan mucho maiz, aunque no medra en ellos el trigo : tampoco se ve tanto ganado allí como en los alrededores de Chiapa. En cuanto á caza, aves y pabos, á ninguna otra provincia cede la de los Zocos.

La de los Zeldales está situada detrás de la de los Zocos, estendiéndose desde la mar del norte en el continente hasta Chiapa, y por algunas partes hácia el nordoeste linda con las fronteras de Comitlan : por el lado del sudoeste toca las tierras de los Indios indómitos que suelen correr las de los Indios cristianos, talando los campos, incendiando sus aldeas y llevándoles sus ganados.

La poblacion principal de los Zeldales se llama Ococingo, y sirve de frontera contra los infieles.

Esta provincia pasa por rica entre los Españoles á causa de su mucho cacao, y de otra droga llamada *Achiote,* que es un grano con que dan color al chocolate, de que se hace la pasta que llaman tierra orellana. El arbol que da el achiote se encuentra en todas las islas y tierra firme de entre los trópicos.

Tambien hay cerdos, gallinas y pabos, codornices, vacas, ovejas, maiz, miel, y cuando yo estaba en la provincia, iban á construir un ingenio de azucar junto á Ococingo, donde se cree que podrá cultivarse la caña dulce como en el distrito de Chiapa de los Indios.

El pais por la mayor parte es alto y montañoso ; pero Ococingo está en un valle agradable, que atraviesan muchas fuentes y arroyos de agua dulce, que hacen creerlo propio para el cultivo de la caña. Los religiosos han sembrado trigo en el mismo valle y ha probado muy bien.

Despues de haber dado la descripcion del gobierno de Chiapa, que está rodeado por una parte del distrito de Soconusco y desde allí hasta Guatemala de la provincia de Suchutepeque, y por la otra de Tabasco y el territorio de los Zeldales, tan fertil en cacao y en achiote, principales drogas de que se compone el famoso chocolate, quiero, antes de salir de Chiapa para Guatemala, decir alguna cosa de las dos bebidas que tan en uso estan entre los Espoñoles, y que en mi sentir merecen ser conocidas en todas las naciones, para remediar con ellas el abuso que en toda Europa se hace del vino y los licores *.

* En el dia se ha introducido ya en gran parte de Europa el chocolate, y no por eso hay menos borrachos. — E.

CAPITULO XIX.

Del chocolate y del atole, que son dos bebidas muy en uso en las Indias, y de las diferentes maneras de prepararlas, con las calidades de los ingredientes que entran en su composicion.

Estando el chocolate hoy dia tan en uso no solo en todas las Indias occidentales sino tambien en España, en Italia y en Flandes, con la aprobacion de muchos doctos médicos, entre los cuales se cuenta Antonio Colmenero de Ledesma que ha vivido en las Indias, y ha compuesto su tratado en que habla doctamente de la naturaleza y propiedades del chocolate, me ha parecido que debia escribir en este lugar lo que he visto y conocido por mi propia esperiencia, durante doce años de residencia en el pais.

La palabra chocolate es india, compuesta, segun algunos, de *ate*, ó, segun otros, de *atle* que en lengua mejicana quiere decir *agua*, y del ruido que hace el agua en la vasija donde se echa

el chocolate que al hervir parece que repite *choco*, *choco*, *choco*, cuando se bate con el molinillo, hasta que sube la espuma á borbotones.

Como el nombre es compuesto, podemos llamarlo una confeccion ó bebida compuesta de varios ingredientes, conforme á la diferencia del temperamento de los que de ella se sirven.

Pero el ingrediente principal, sin el cual no podria hacerse, es el cacao, que es una especie de haba ó mas bien almendra muy gorda, que crece en un árbol, llamado del cacao, en una vaina ó cáscara donde á veces se encuentran hasta treinta y cuarenta de estas habas.

Aunque el cacao, como todos los demas simples, participa de las calidades de los cuatro elementos, sin embargo la opinion mas recibida entre los médicos sostiene que es frio y seco, como el elemento de la tierra, y por lo tanto de naturaleza astringente.

Mas como tambien participa de los otros elementos, y particularmente del aire, que es cálido y húmedo, resulta que tiene partes untuosas, las cuales forman una especie de manteca, con que yo he visto á las criollas frotarse la cara para ponerse el cutis mas fino.

No se debe mirar como increible lo que se dice del cacao, en cuanto á su condicion de frio y seco, y al mismo tiempo cálido y húmedo, porque, si bien la esperiencia vale mas que todos los raciocinios del mundo y esta bastaria para probarlo, sin embargo hay ejemplos que servirán de luz en la materia.

Primeramente en el rubarbo, que posee cali-

dades ardientes y purgativas, se hallan otras que son no obstante frias, secas y astringentes, y propias para fortificar el estómago y curar el flujo de vientre.

Lo mismo se nota en el acero, que participa de la naturaleza de la tierra, por su pesadez, su estreñimiento, su sequedad y su frialdad, el cual se tenia por contrario á la curacion de las obstrucciones del higado y del bazo, y hoy se emplea como remedio específico contra esos achaques.

La autoridad de Galeno puede aclarar mas el punto, pues enseña, en el libro tercero de las calidades de los simples, que la mayor parte de los medicamentos que á nuestros sentidos parecen simples; son naturalmente compuestos y contienen en sí calidades contrarias, como una fuerza repulsiva y otra retentiva, un principio que acrecenta y otro que atenua, ó uno que sacrifica y otro que condensa. Y en el capítulo décimoquinto refiere el ejemplo del caldo de gallo que relaja el vientre, siendo así que la carne del animal tiene la virtud de estreñirlo.

Para manifestar que esta oposicion de calidades se halla en diversas sustancias ó partes de los medicamentos simples, cita el mismo autor en el capítulo decimoséptimo del libro primero de los medicamentos simples, el ejemplo de la leche, en la cual se encuentran tres sustancias diferentes y que se separan unas de otras, á saber : la sustancia caseosa que tiene la virtud de cortar el flujo de vientre, la sustancia lactea que es purgativa, y la sustancia mantecosa que es anodina.

En el mosto se contienen tambien otras tres

sustancias, á saber: la del orujo que es la mas abundante y pertenece á la tierra, la que es como la flor y se reduce á la espuma ó las heces, y por último la sustancia mas pura ó el vino: y cada una de estas sustancias posee calidades y virtudes diversas, diferenciándose no menos en el color, el olor ó en semejantes accidentes.

Confórmase todo eso con la razon, cuando se considera que los alimentos de que nos servimos por mas simples que parezcan, no dejan de producir ó engendrar los cuatro humores en el hígado, los cuales se diferencian no solo en el temperamento sino en la sustancia; y segun participa el alimento mas ó menos de uno de estos humores, así el humor que mas abunde será tambien el que predomine.

De donde podemos sacar por consecuencia, que cuando el cacao está molido y revuelto, las diversas partes que le ha dado la naturaleza se mezclan artificialmente y del modo mas íntimo, de modo que las partes untuosas, cálidas y húmedas se confunden con las terrestres, las reprimen y temperan, y disminuyen su virtud astringente, templándolas y poniéndolas mas en conformidad con el temperamento cálido y húmedo del aire que con la condicion fria y seca de la tierra. Así se ve que luego que lo disponen para servirlo, apenas le dan un par de vueltas al molinillo, cuando al punto sube una espuma grasienta que indica lo que de la parte untuosa contiene.

Por lo dicho se puede ver fácilmente cuanto yerran los que hablando del chocolate, afirman

que origina opilaciones, porque el cacao es astringente, como si la calidad astringente no quedara corregida y templada por la mezcla íntima de todas las partes que lo componen, cuando está molido; ademas de que en él entran otros ingredientes que son naturalmente cálidos, y deben por fuerza comunicarle la virtud de abrir y atenuar y no la de estreñir.

Pero dejando á un lado todas estas razones, basta el cacao solo para demostrar la verdad; porque, si no está molido ni compuesto como en el chocolate, y se come tal cual el arbol lo produce, y esto es muy frecuente entre los Criollos y los Indios, entonces causa grandes obstrucciones, pone la tez pálida y empaña el rostro, del mismo modo que la opilacion, ó como les sucede á las mugeres que comen tierra ó yeso de las paredes, costumbre harto general de las Españolas que se atracan de esas cosas á fin de ponerse amarillas, porque es el color que mas les gusta, aunque suele costarles muy caro. No hay pues, segun lo espuesto, otra razon para que el cacao crudo produzca tales efectos, sino el que sus diferentes partes no se mezclan bastante cuando se masca, y para evitarlo se necesita la mezcla artificial de que acabamos de hablar.

El árbol que da el fruto es tan delicado, y el terreno en que se cria es tan cálido, que para defenderlo de los ardores del sol, plantan otros árboles que llaman *madres del cacao*, y cuando ya están crecidos y pueden cubrir con su sombra los árboles del cacao, plantan los cacaotales. Su fruto no crece desnudo sino cubierto y envuelto en

una vaina ó cáscara, y cada haba tiene ademas otra cáscara blanca llena de agua que la cubre, la cual chupan las mugeres con deleite, porque las refresca y se deshace toda en la boca.

Hay dos especies de cacao : la una de color oscuro tirando á rojo, de forma redonda y picoteada hácia la punta, es la comun; la otra de habas mas grandes, gordas y chatas, que llaman *patlage* y es blanca, mas disecativa y menos comun que la otra, pero vale mucho mas barata, porque quita el sueño; y así no se emplea tanto como la ordinaria, y solamente la gente pobre es la que la usa.

Cuanto á los otros ingredientes del chocolate, es notable la diferencia de todos los que entran en su composicion. Algunos le echan pimienta negra, que los médicos reprueban por ser demasiado cálida y seca, escepto para los que adolecen de frialdad en el hígado, y que necesitan calentarse. Por lo comun, en lugar de pimienta, suelen ponerle guindillas ó pimentillos de los que llaman *chiles*, que si bien enardecen la boca, producen sin embargo efectos húmedos y frios.

Tambien entra en el chocolate azucar blanco, canela, clavo, anis, almendras, avellanas, orejavala, sapoyal, agua de azahar, almizcle, y el achiote que se necesita para dar á la masa del chocolate el color del búcaro. Mas la dosis de estos ingredientes ha de ser proporcionada á la diversidad de temperamento del que ha de usarla. Antonio Colmenero prescribia ordinariamente para cada cien habas de cacao un par de guindillas ó pimientos chiles, un puñado de anis y

orejavala, con dos de flores de mesachusil ó vainilla, si no se prefiere el poner en lugar de la vainilla seis rosas de Alejandria en polvo, y á todo esto añadia, con dos dracmas de canela, una docena de almendras, otra de avellanas, media libra de azucar blanco, y de achiote, *quantum sufficit*, para darle color. Ese autor no era de opinion de mezclar con los ingredientes de su receta clavos de especia, almizcle ni aguas de olor, cosas que sin embargo se usan mucho allá en las Indias.

Algunos le echan maiz, que es flatulento; pero lo hacen solo por ahorro, sino es por codicia, pues aumentan la cantidad y doblan la ganancia, costando la fanega de maiz sobre ocho pesetas y valiendo la libra de chocolate ocho reales segun su precio ordinario.

La canela se tiene por el mejor de todos los ingredientes de que se compone el chocolate, y nadie la escluye de su confeccion, porque es cálida y seca en tercer grado, provoca la orina, alivia las dolencias de lós riñones, es provechosa para la vista, y al mismo tiempo obra eficazmente como cordial, segun siente el autor de estos versos:

« Commoda et urinæ cinnamomum et renibus affert;
« Lumina clarificat; diva venena fugat. »

El achiote por su naturaleza penetra y atenua, como aparece por la práctica ordinaria de los facultativos de América que prueban todos los dias sus efectos, y lo mandan á sus pacientes

para dividir y aminorar los humores crasos y groseros que obstruyen la respiracion y retienen la orina, sirviéndose de él como remedio eficaz contra toda suerte de opilaciones, y ordenándolo del mismo modo para las dificultades del pecho, las obstrucciones de las vísceras, y otros achaques semejantes.

El *achiote* es el fruto de un arbol, y se cria en unas cáscaras redondas llenas de granitos, que se muelen y amasan, para formar la pasta que llaman achiote, ó *tierra orellana* ú *orleana*, despues de secarla en bolas, tortas, bollos ó ladrillos que es la manera de venderlo.

En cuanto á las guindillas ó pimientos-chiles, haylos de cuatro especies, *chilchotes*, *chilterpines* que son muy pequeños, y que como los chilchotes pican que rabian, *tonachiles*, que son mediocremente cálidos y los comen los Indios con pan, y *chilpelaguas*, que son los que emplean por lo comun para el chocolate, tienen el casco largo y ni son tan dulces como los tonachiles ni tan picantes como los de las otras dos especies.

El mesachusil ó la vainilla, que es tambien uno de los ingredientes, es purgante.

Por lo comun se emplean todos los ingredientes citados, pero en mayor ó menor cantidad, segun el gusto de cado uno. La gente vulgar como los Indios y los Negros suelen echarse solamente cacao, achiote, maiz y algo de pimiento y anis.

A pesar de la mezcla de tantas drogas que por sí son todas cálidas, como el cacao las supera con mucho en cantidad, las templa con su virtud fria, como ellas por su parte moderan la frig-

dez del cacao : de lo cual resulta que el chocolate no es ni demasiado frio ni demasiado ardiente, sino templado y adaptable igualmente á toda clase de estómagos, con tal que se haga de él un uso moderado.

Para hacer la composicion se muele el cacao y los demas ingredientes en un mortero de piedra, ó como hacen los Indios en una piedra ancha labrada espresamente para ese oficio, á la cual dan el nombre de *metate*.

Antes de moler todas esas partes, las secan bien al fuego, á escepcion del achiote, á fin de reducirlas á polvo con mayor facilidad, aunque resolviéndolas sin cesar para que no se quemen ó tuesten demasiado ; pues cuando se secan mucho, amargan y pierden su fuerza.

La canela, los chiles y el anís deben pulverizarse antes de que se mezclen con el cacao, y se machaca despues todo junto, hasta que se hace polvo, cuidando de mover la mano del mortero de manera que se revuelva bien la mezcla.

Lo mejor es machacar separadamente todos los ingredientes, ponerlos despues en la vasija donde está el cacao, y batirlo todo con una cuchara, pasando la pasta á un mortero, debajo del cual habrá siempre unas ascuas, de manera que se conserve la piedra templada y nada mas; porque el demasiado fuego consumiria la parte untuosa.

El achiote se añade tambien mientras se muele el conjunto, para que así tome el color mas fácilmente. Adviértase que todos los ingre-

dientes deben pasarse por el cedazo, esceptuando el cacao.

Cuando todo está bien molido é incorporado, lo que se conoce por la trabazon de la masa, se toma una parte de la pasta, que está casi líquida, con una cuchara, y se van haciendo ladrillos, ó si no se quiere emplear la cuchara, se echa en unas cajitas donde se endurece en cuanto se enfria.

Los que le dan la forma de ladrillos, ponen una cucharada de la pasta en un pliego de papel. Los Indios la echan en una hoja de palmito, y lo dejan á la sombra para que se endurezca, porque el sol derrite el chocolate. Cuando la masa está ya seca, el ladrillo cae fácilmente con solo volver el papel ó la hoja de palmito; pero aunque el chocolate es grasiento, si la ponen en una caja de madera ó torre de tierra, se pega de manera, que no se puede arrancar sin rascar con un cuchillo y á veces rompiendo la vasija.

La manera de tomar el chocolate varia; porque unos como en Méjico lo beben caliente con atole, haciendo disolver una pastilla en agua hirviendo y revolviéndolo en seguida en la taza donde lo sirven, con un molinillo, y cuando está hecho espuma llenando la taza de atole bien caliente, que beben poco á poco; otros disuelven el chocolate en agua fria, batiéndolo con el molinillo, le quitan la espuma, que echan en una taza, ponen lo demas á la lumbre con azucar, y cuando está caliente, lo echan encima de la espuma que se ha separado, y así lo toman.

Pero el modo mas comun es calentar bi-

zon de no usarlo en Inglaterra como se usa en los otros paises, ya cálidos, ya frios : en todas las partes en que mas se consume, sea en las Indias, sea en España, en Italia y aun en Flandes, se halla que se acomoda á cualquiera temperamento.

Verdad es que en la América se toma con mucha mas frecuencia y en mayor cantidad que en Europa, porque en aquellos paises se padece mas de debilidades de estómago que en estos, y que son achaques que se remedian con un buen pocillo de chocolate que vuelve al cuerpo su fuerza y equilibrio.

Yo puedo asegurar por mi parte que en doce años que constantemente lo he usado, tomando una jícara por la mañana, otra antes de comer entre nueve y diez, otra una hora ó dos despues de comer, y otra sobre las cuatro ó las cinco de la tarde, me ha ido muy bien. Sobre todo, cuando queria estudiar por la noche, tomaba otra jícara á eso de las ocho que me tenia despejado y sin dormir hasta las doce. Pero si por casualidad ó descuido me faltaba á las horas acostumbradas, no dejaba de resentirme al momento de flaqueza de estómago y como de desmayos ó ansias de vomitar. De suerte que con el uso moderado que hice del chocolate, mi salud fué siempre buena, y no adolecí ni una sola vez de obstrucciones, opilaciones, fiebres ni otra indisposicion semejante.

No pretendo por eso arreglar de mi propia autoridad lo que á otro le convenga, ni trato de echarla de médico para ordenar la dósis de la bebida, ni prescribir el tiempo y menos deter-

minar los que se deban servir de ella; debo sin embargo advertir que hay algunas personas á quienes ha sentado mal, ya porque la gran cantidad del azucar las haya relajado el estómago, ya porque han usado el chocolate con esceso. Pero no solamente el chocolate sino todas las demas bebidas pueden perjudicar, á pesar de su bondad intrínseca, cuando se toman con imprudente demasía. La causa de las opilaciones de algunos es la sobrada frecuencia con que lo han tomado. Del mismo modo que el beber mucho vino, en lugar de robustecer y abrigar el estómago, engendra males frios, porque la naturaleza no puede superar ni digerir la gran cantidad para hacer un buen nutrimento; así el tomar mas chocolate del que conviene, es hábito perjudicial, porque consta de partes untuosas ó grasientas, que en gran cantidad no se pueden repartir fácilmente por donde es necesario que se distribuyan, y por fuerza lo que se queda en las venas pequeñas del hígado causa opilaciones y obstrucciones.

En fin añadiré para acabar lo que he oido decir de esta bebida indiana á los médicos del pais, y lo que yo he visto por mí mismo en varias personas, aunque no haya producido igual efecto en mí, y es que los que toman mucho chocolate se ponen obesos y repletos, cosa que parece increible, pues todos los ingredientes que lo componen, á escepcion del cacao, adelgazan mas bien que no engordan por su virtud cálida y seca en tercer grado.

Hemos dicho ademas que las calidades que

predominan en el cacao son lo frio y lo seco, que de ningun modo son calidades nutritivas capaces de aumentar la sustancia del cuerpo. Pero á todo eso puede responderse que las partes untuosas del cacao son las que producen la gordura y obesidad, y que los demas ingredientes del chocolate que son cálidos, le sirven de vehículo para pasar al hígado y á las otras partes, hasta que se convierten en sustancia carnosa; ó bien que hallando una sustancia cálida y húmeda, como lo son las partes untuosas, se convierten en ella, y así nutren la carne, y engordan el cuerpo.

Los Ingleses hacen mal de despreciar el cacao, lo que no hacen los Holandeses. Yo he oido decir á los Españoles, que habiendo apresado un barco cuyo cargamento era de cacao, arrojaron á la mar toda la mercancía, por no conocer su valor, y en su despecho la llamaban por burla *cagarrutas de carnero.*

El cacao es una de las mas ricas mercancías y aun de las mas necesarias de los Indios, y nada hay que mas enriquezca el vecindario de Chiapa, adonde llevan de Méjico y de otros parages sendos talegos de patagones solo para comprar esas *cagarrutas de carnero.*

La otra bebida de que se sirven en América es el atole, de que diré cuatro palabras, porque no se podria aplicar á los usos de nuestros paises de Europa.

El atole mas que bebida es una papilla espesa, hecha de la flor de la harina de maiz; por lo que es flatulento y melancólico.

Los Indios lo llevan caliente al mercado en ca-

charros ó pucheros, y los estudiantes criollos lo toman públicamente, como se bebe el vino en las tabernas de Inglaterra; y cuando tiene una punta de chile ó pimentillo les sabe á gloria.

Las monjas y las damas le echan canela, aguas de olor, ambar, almizcle, y mucho azucar, lo que le da mas virtud nutritiva y mayor fuerza, y los médicos lo ordenan en los casos de endeblez y decadencia, como en Europa se manda la leche de almendras.

Mas como no sea cosa que en Europa se haya gustado ni visto, dejaremos de hablar del atole, á fin de emplear mas útilmente la pluma, y emprenderé desde luego mi viage hácia Guatemala, que ha sido como mi segunda patria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.





